

EL LIBRO DE
IWO

JUAN CUADRA PÉREZ



Lectulandia

En una ciudad sin nombre, un hombre anónimo sueña noche tras noche que es un asesino cruel y despiadado, y cada mañana despierta temeroso de que un día la pesadilla se haga realidad. El miedo y el deseo de proteger a la mujer que ama lo llevan a descubrir que la reina Mab, dueña y señora del Reino, es la responsable de que sus noches sean cada vez más aterradoras. Si acaba con ella, los espantosos sueños por fin cesarán.

Cuando duermen, los humanos llegan hasta el Reino y crean allí sus sueños forjando las pesadillas con los miedos y deseos más ocultos. Una vez que los humanos han protagonizado sus fantasías más perversas e inconfesables, despiertan dejando tras de sí la parte más oscura.

Pero la muerte de Mab a manos de un durmiente ha puesto en peligro al Reino y ha desencadenado unos acontecimientos que nadie podría haber previsto. ¿O sí? Mientras los humanos pierden la capacidad de liberar las pesadillas lejos de sus vidas, cuatro de los Señores del Reino —Bestia, Oscuridad, Laberinto y Cazadora— deberán decidir cuál de ellos bajará a la Ciudad en busca del asesino de la Reina y así restaurar el equilibrio entre los mundos antes de que unas terribles y oscuras fuerzas transformen todo lo que conocemos.

Lectulandia

Juan Cuadra Pérez

El libro de Ivo

La saga de la Ciudad - 1

ePub r1.0

Haiass 24.10.14

Título original: *El libro de Ivo*
Juan Cuadra Pérez, 2014
Diseño de cubierta: Manuel Esclapez
Fotografía de cubierta: Lucca Tarlazzi

Editor digital: Haiass
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este es el libro que escribí con el tiempo que me diste.

Prólogo

Fragmentos del diario encontrado en el ático del edificio
Babilonia.

Hay cosas que deben ser contadas. Si no, se te van metiendo por dentro, se agarran a las paredes del alma y llega un momento en el que empiezan a pudrirse. Y tú te pudres con ellas. Por eso empiezo hoy esta especie de diario, para poder sacarlas y, si algún día soy lo suficientemente valiente, dártelo y que tú lo leas, que puedas ver ese otro lado que tengo. Y tal vez así pueda descansar. Dormir en paz. Porque de eso va todo esto, de dormir. ¿Has tenido alguna vez un sueño recurrente? Yo sí. Casi desde que tengo memoria, siempre ha estado ahí. No es que se repita todas las noches, pero sí muchas. Muchas más de las que quisiera. Y no es algo que quisiera tener. No creo que nadie quisiera tener un sueño así.

En el sueño soy un asesino. Bueno, en realidad no sé realmente lo que soy. A veces parezco más humano; otras, más animal. Pero de lo que estoy seguro es que no soy yo. Porque esa bestia es sanguinaria, es cruel. Y yo no lo soy. Disfruta; disfruta con lo que hace. En mis sueños es como si estuviera atrapado tras los ojos de un maníaco saboreando su deleite, su alegría. Y cuando despierto sólo quiero gritar, y olvidar. Olvidar lo más rápido posible. Porque me da miedo. Miro a mi lado, y te veo dormida, y no puedo evitar sentirme aterrorizado. Por ti. Ya sé que me dirías que es una tontería, que no debo obsesionarme. Que los sueños son sólo sueños. Pero ¿y si no lo son? ¿Y si esa bestia comienza a reptar hacia la luz y un día, cuando me despierto, ya no soy yo el que se ha despertado, sino que soy tan sólo un pasajero tras los ojos de un asesino, sin voluntad para controlar nada? Porque en lo más hondo de mi corazón sé que no es sólo un sueño.

Hace mucho que no escribo. Cojo el bolígrafo y después lo suelto. Una y otra vez. Porque en parte creo que es inútil, que ciertas cosas no desaparecen por hablar de ellas, ni por escribirlas. Y lo que he escrito hasta el momento es tan tonto que ni siquiera vale la pena enseñártelo. Pero el mismo miedo sigue ahí. La misma inseguridad. Es como el *fatum*, el destino terrible que sé que va a caer sobre mí, sobre los dos. Y no sé cómo evitarlo.

El problema del miedo es que, si no te das cuenta pronto de su poder, te paraliza. Por eso voy a empezar a moverme, a hacer cosas, a buscar. Al fin y al cabo ese es mi trabajo, así que por primera vez me dedicaré a algo realmente útil. Y lo iré apuntando en este diario, por si alguna vez sirve de algo y para recordarme a mí mismo que lo que hago tiene sentido.

En estas semanas he avanzado mucho. Mucho más de lo que pensaba, en realidad. La biblioteca de la universidad fue de bastante menos ayuda de lo que esperaba, pero las librerías han sido un verdadero filón. Nunca me había dado cuenta de la cantidad de librerías esotéricas que hay en esta ciudad. Y de gente interesante en ellas. Es como si todo el mundo estuviese buscando algo, o a la espera de algo. O quizás ambas cosas. Pero estoy divagando. Trataré de ser lo más conciso posible.

Lo primero y más importante es que realmente existe algo que domina los sueños. No es algo que puedas tocar si alargas la mano, ni golpear con un palo, pero indudablemente está. En eso todos están de acuerdo. Es algo así como la luna, que provoca las mareas y que a veces es más visible y otras menos. Pero nunca lograrías establecer la relación por ti mismo. El problema es que hay demasiados nombres, demasiadas teorías. Es como moverse en un espeso laberinto. Por lo menos ya estoy aprendiendo a ser más selectivo. Porque todo es muy, muy complejo. Por ejemplo, parece ser que no son lo mismo los sueños que las pesadillas, y que son gobernados por cosas diferentes, o tienen reinos o planos diferentes. Y dentro de las pesadillas, que es lo que en realidad me interesa, de nuevo todo se ramifica. Pero es un comienzo. Indudablemente es un comienzo. Lástima que el buscar su origen no haga que las pesadillas desaparezcan.

Cada vez avanzo más deprisa. Es como si toda mi vida me hubiese estado preparando para esto. En realidad vuelvo a esta libreta un poco como lugar de descanso, más que de trabajo. Ahora tengo hojas y hojas de apuntes y esquemas, pulcramente clasificadas y ocultas en mi despacho. Espero que cuando leas esto me perdones que haya tenido que mentirte un poco, pero sé que lo entenderás. Sé que cuando llegue el momento lo comprenderás, pero que ahora no podrías entenderlo. Porque incluso yo sólo empiezo a comprender realmente en estos días. De nuevo trataré de ser breve: hay una jerarquía. Están los durmientes, y luego están las pesadillas, que según algunos se alimentan de nuestros miedos, y según otros los gobiernan. Y dentro de las pesadillas también hay jerarquías. Y cuando digo pesadillas no me refiero a lo que podemos soñar, sino a seres, personificaciones de los miedos que habitan nuestros sueños. Creo que no es que haya una para cada sueño, sino que hay una especie de pesadillas genéricas, que controlan o gobiernan a las inferiores y a los sueños de los hombres. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que hay una gran pesadilla. Hay alguien que dirige todo. Eso o ese es mi enemigo.

La frustración. Eso es lo único que me mantiene ahora firme. O mejor dicho, la ira que provoca la frustración. Porque sé que está aquí, lo noto a mi alrededor, justo al

borde de la inteligencia, de la mente consciente, pero no consigo atraparlo. He revisado la *Oniromancia* decenas de veces, interpretándola según todas las claves posibles, pero no aclara nada. He vuelto a traducir los *Cánticos del Orfeo Durmiente* del griego, por si había algún mensaje que el traductor pasó por alto en mi edición, pero sin resultado. Y así con todos y cada uno de los libros, pergaminos, emblemas y cuadros. Nada. Es como si se protegiese. Pero si existe, puede ser encontrado. Y destruido.

Como era de esperar, una vez descubierto me parece terriblemente fácil. ¡Estaba tan a la vista! Lo difícil era realizar la conexión, pero una vez hecha, todo encaja. Mab. Por supuesto. La reina Mab. Ella es la reina de las pesadillas. «Y con tal pompa recorre en la noche cerebros de amantes, y les hace soñar el amor; rodillas de cortesanos, y les hace soñar reverencias». Ella es la maldita criatura que me hace ver los crímenes más horribles cometidos por mis manos, y disfrutar con ellos. Porque parece como si fuesen cada vez peores, como si ella temiese lo que estoy haciendo y recrudeciese sus ataques sobre mí. Pero no lo lograré. Tiene miedo. Porque sabe que hay un modo en el que puedo acabar con ella. Y lo haré. Lo haré por mí, pero sobre todo lo haré por ti.

El final se aproxima. Lo sé porque anoche mi pesadilla fue peor que nunca. Soñé que te mataba mientras dormías. Y eso es porque ella está atemorizada. La zorra Mab. No he tenido tiempo de escribir estas últimas semanas (dos meses y una semana, creo), pero es que estaba demasiado ocupado atando cabos, trazando mapas de su reino, planeando el asalto. Y he encontrado el modo. Terriblemente sencillo, terriblemente difícil. El secreto está en la vigilia. Seguro que alguna vez has estado casi dormida o casi despierta, y has hecho que tus sueños cambiasen a voluntad. Ese es el momento. Sólo tengo unos segundos, porque tanto si me despierto demasiado como si me duermo del todo no podré hacerlo; pero sé que lo lograré. Llevo planeándolo hasta el más ínfimo detalle los últimos once días. Incluso me he atrevido a acercarme un par de veces por su palacio. No lograré engañarme con ninguna de sus ilusiones ni de sus laberintos. Cuando llegue el momento atravesaré toda la distancia que nos separa en un segundo. Me lanzaré a su dragón, pero con el poder de la vigilia (el poder de modelar los sueños, amor, es como ser dios en su tierra durante unos segundos) invocaré el hielo ardiente y lo congelaré, y después me enfrentaré a ella, y crearé una espada de luz que atravesase su oscuro corazón. Entonces podré volver, o dormir, o despertar. Porque ya nunca más habrá pesadillas. Nunca más. Y podré ser el hombre que te mereces. Esta noche. Te quiero.

Edificio Babilonia

Semisótano.

El teléfono sonó apenas unos segundos después de que Miguel entrase por la puerta de la calle. Antes de cogerlo, miró el reloj verde de plástico barato que había sobre la televisión. Las ocho y diez.

—Que no sea del trabajo. Que no sea del trabajo —murmuró mientras levantaba lentamente el auricular.

Era del trabajo.

—Estaré allí en veinte minutos —dijo tras unos instantes, y se dejó caer en el maltrecho sofá con el auricular aún en la mano. Otra vez turno doble. Otra vez sin dormir. Con miedo a quedarse dormido allí mismo, Miguel se arrastró hasta el pequeño cuarto de baño, y metió directamente la cabeza bajo la ducha, con la esperanza de que el agua fría le despertase un poco. En ese momento llevaba veintiséis horas despierto, que incluían un turno de trabajo de doce horas, un par de horas de descanso, y cerca de diez horas bastante borrosas que habían incluido grandes cantidades de alcohol y alguna que otra droga. De hecho, todavía se sentía un poco colocado.

Con la cabeza aún bajo el agua, tanteó en busca de una toalla para no ponerlo todo perdido y cerró el grifo. Algo más despejado, contempló el rostro maltrecho que le devolvía el espejo. La verdad es que había tenido días peores, pensó con cierta suficiencia. A sus veintitrés años, la vida todavía no se había cobrado un precio demasiado caro en sus atractivas facciones morenas, y sus ojos, aunque algo empañados por el alcohol y la droga, conservaban una chispa de malicia que nunca le había fallado a la hora de ligar. Pero ahora no había tiempo para felicitar-se por una noche de éxito.

Sin perder más tiempo, arrojó la ropa sudada al suelo del baño y buscó sobre la cama el uniforme de trabajo, que seguía donde lo había dejado la noche anterior. Cinco minutos después ya estaba en la entrada del metro, rozándose distraídamente la incipiente barba y pensando que ya que era su día libre no podían quejarse por su aspecto.

El metro, con su rítmico vaivén, fue un verdadero desafío. Porque aunque Miguel dormía poco si tenía algo mejor que hacer (o incluso nada, como esta noche), la verdad es que le encantaba dormir. Y, sobre todo, soñar; soñar su sueño. En su sueño (que no era lo que soñaba siempre, pero que le visitaba al menos una vez a la semana) siempre era un lobo. Bueno, algo parecido a un lobo, pero más grande, más fuerte, más listo. Un depredador astuto e implacable. A veces cazaba animales pequeños, como conejos o ardillas. Otras veces cazaba animales grandes: ciervos, jabalíes. Una

vez soñó que cazaba un elefante, saltándole al cuello desde lo alto de un desfiladero. Fue estupendo. Pero lo mejor era cuando cazaba humanos. Un cazador que entraba en su bosque. Un excursionista perdido. Incluso a Caperucita. No se trataba de matar. Lo importante era la caza: la emoción, la astucia, la competición. Por eso era mejor cuando cazaba humanos. No había nada como el saber que tu presa es igual de astuta que tú. O casi. El cosquilleo en el estómago. La anticipación.

En un acto reflejo, Miguel se apretó los ojos tratando de alejar el sueño. Había estado a punto de quedarse dormido, y no podía permitírselo. Mirando discretamente a un lado y a otro, sacó la última pastilla que le quedaba de la noche de excesos y se la tomó. Le esperaba un día largo por delante.

Doce horas después, tras otro turno doble, salió del almacén con la dudosa promesa del encargado de que trataría de cambiarle el turno para que no tuviese que trabajar al día siguiente. En realidad, le daba un poco igual. Sentado en el metro de vuelta a casa, sintió como el cansancio acumulado le golpeaba con la fuerza de un muro que se desplomase sobre su cabeza. Sería estupendo poder cerrar los ojos y verse envuelto por la firme precisión de los músculos del lobo. Correr sin fatiga alguna. Perseguir. Devorar. Esa era su auténtica naturaleza.

Una vibración intensa en el bolsillo le arrancó de las puertas del sueño. Bostezando, sacó el móvil, y en cuanto vio el número, incluso antes de contestar, supo que no iba a dormir, no todavía. Iba a ser otra noche larga e intensa. E iba a necesitar más drogas para mantener la máquina en marcha.

Con una sensación de *déjà vu*, Miguel abrió la puerta de su pequeño piso justo cuando sonaba el teléfono. Llevaba cincuenta horas sin dormir, y ese timbre sólo podía anunciar que todavía no iba a poder cerrar los ojos. Observó la cama a través de una especie de bruma, como si fuese un espejismo reflejado por el aire abrasador del desierto, y con lo que le pareció una lentitud de cámara lenta alcanzó el auricular.

—Estaré allí en veinte minutos —dijo tras unos instantes.

No podía permitirse perder el trabajo, pensó irónicamente. ¿Con qué iba a pagarse las drogas, si no? Como pudo, engulló una lata de bebida de cafeína, pero mientras lo hacía tuvo la certeza de que era inútil. En ese momento sentía que ya no era él, como mucho era un agotado maquinista tratando de manejar un tren que se mueve sólo por inercia y que puede hacerse pedazos en cualquier momento. Pero así era su vida. Al menos cuando no era un lobo, añadió mentalmente con una sonrisa mientras se lavaba la cara, y durante un segundo tuvo la certeza de que era el lobo el que le devolvía la mirada desde el espejo. Y no le resultó extraño.

Con un respingo, se enderezó. Había dado una cabezada, pero eso no era el problema. El problema era que no tenía demasiado claro cómo había llegado hasta el metro. ¿Qué se había tomado? Sintió un cosquilleo en el cuello y se rascó con la pata rápidamente. Después contempló su reflejo en la ventanilla. No, no era una pata. Era una mano. Pero tenía mucho sueño. Muchísimo sueño. Y cada vez era más difícil distinguirlo todo. Si tan sólo pudiese correr un rato, estirarse, olisquear... De nuevo,

dio otro respingo, y se puso de pie para no quedarse completamente dormido.

Cincuenta y cinco horas. Quizás cincuenta y seis. La cantidad de tiempo ya había empezado a dejar de tener sentido. Desde el rincón del fondo del almacén en el que estaba apoyado contra la pared, irguió las orejas para escuchar mejor lo que hablaban en el supermercado. Olfateó el aire y sintió como se le erizaba el pelo del lomo. El encargado le llamaba. En algún lugar, una barrera se estaba rompiendo. Lo sentía. Lo sentía con toda su alma. El agotamiento. Las drogas. La falta de sueño. El lobo. Era inevitable. Estaba a punto de suceder y no podía evitarlo. Porque sería lo mejor para él. El encargado le llamó de nuevo, y comenzó a andar, y luego a trotar cada vez más deprisa. El cansancio había desaparecido. Sus músculos se tensaban con la precisión de una máquina implacable. De un empujón abrió las puertas dobles del almacén, y tres pares de ojos se volvieron hacia él. Una de las cajeras. Una cliente. El encargado. Se dio cuenta de que todavía no se habían percatado de en qué se había convertido. De quién era realmente. El encargado le hizo un gesto con la mano para que se acercase. Y se acercó. Sin dudarlo, abrió las fauces y las cerró con fuerza sobre los dedos de la mano extendida. Notó la piel y como cedía, probó el sabor intenso de la primera sangre, escuchó el dulce crujido de los huesos al mismo tiempo que sentía rasgarse los tendones y ceder el cartílago. Un mordisco limpio. Masticó un par de veces y tragó. Y entonces lanzó un aullido de total triunfo y éxtasis. Estaba libre. Por fin.



I

Despierte, señor. Hemos llegado.

NEIL GAIMAN, The Sandman, n.º1

Sé extremadamente sutil, discreto, hasta el punto de no tener forma.

SUN TZU, El arte de la guerra.

*Hands and fingers, arms and neck for the promise to find out what it is all
about.*

*[Manos y dedos, brazos y cuello a cambio de la promesa de poder
descubrir de qué va todo esto.]*

LYRIEL, «Paranoid circus».

1. El despertar

La Ciudad, ahora.

Pasos que se alejan. Una puerta que se abre y queda abierta. Un coche que arranca. Sonido de neumáticos acelerando sobre grava suelta. Y despertó. Aunque igualmente podría haber nacido en ese momento. Sus ojos parpadearon ante la luz que tenía enfrente. Una luz titilante y con el zumbido del neón. Lo cual sólo podía significar que delante de él era arriba. Estaba tendido en el suelo. Y ese no era un buen lugar para estar. Con un rápido movimiento agrupó el cuerpo y lo extendió como un resorte, poniéndose de pie en un único y fluido gesto. Alerta. Pero ¿alerta a qué? Su mente era una masa gris y uniforme. Ni un nombre. Ni un lugar. Ni un propósito. Sólo el instinto de ponerse en pie. Sólo el instinto de estar alerta. Miró a su alrededor.

Una silla que debía de haber estado atornillada al suelo, arrancada de cuajo. Una mesa igualmente atornillada, doblada por un golpe brutal. Una puerta abierta a un pasillo a oscuras. Un espejo en la pared. No un espejo de verdad; uno de los que se utilizan para observar desde el otro lado. Paredes blancas. Suelo de linóleo. Quizás una prisión. Quizás un hospital psiquiátrico. Su mirada se detuvo en la imagen que le devolvía el espejo. Una imagen que le resultaba totalmente ajena, como si con los ojos vendados se hubiese embutido en un disfraz y ahora descubriese sin sorpresa que el reflejo que veía evidentemente no era él. Porque era un él. Metro ochenta. Fibroso. Cabeza rapada. Ojos fríos. Todo ello envuelto en un pijama de hospital manchado de sangre. Cerró los ojos tratando de percibir si le dolía algo. Nada. O al menos nada en su interior, porque en cuanto cerró los ojos y dejó de concentrarse en lo que veía, todo lo demás llegó hasta él.

Lo primero fueron los olores. Olor a sangre en su ropa, pero olor a mucha más sangre en el pasillo, y en lo que había más allá del pasillo. Olor a vísceras expuestas, a bilis y a heces. El olor de la muerte más salvaje. Después, los sonidos. O en este caso su ausencia. El zumbido del cebador de la luz del techo. El rítmico pitido de un teléfono descolgado, probablemente al final del pasillo. Y nada más. No quedaba nadie con vida en el edificio. Contempló de nuevo la imagen del espejo, y el rostro desconocido le devolvió una expresión completamente desapasionada, que reflejaba fielmente cómo se sentía. No tenía miedo. No tenía ansiedad. Ni dudas. Es cierto que tampoco tenía un objetivo, ni un porqué ni un nombre. Simplemente estaba vacío. Era una hoja en blanco. Y en algún lugar al otro lado de la puerta debía de haber alguna respuesta. Así que, moviéndose en completo silencio, la cruzó.

El pasillo no era una tumba. Era un matadero. De un rápido vistazo contó ocho cadáveres. Un enfermero fornido justo al lado de la puerta. Le habían destrozado el cráneo, probablemente contra la mesa del interior de la habitación, para después

lanzarlo hacia fuera. Un par de pasos más adelante, un segundo enfermero, al que le habían partido el cuello. Después empezaba la sangre de verdad. Una enfermera. Una doctora. Un celador. Todos ellos muertos por un solo tajo que les recorría de un extremo a otro, horizontal, diagonal o verticalmente. El resultado había sido similar en todos los casos: lo que debía quedarse dentro había acabado fuera. Luego, los intentos de lucha. Tres guardias de seguridad. En realidad, era como leer un libro. El primer guardia había desenfundado su arma, pero demasiado tarde. El asesino le había inmovilizado la mano y le había hecho dispararse con su propia arma en el cuello. Después, utilizándolo como escudo, había avanzado el par de pasos necesarios para llegar hasta los dos últimos guardias y descerrajarles sendos disparos certeros al pecho. Probablemente habría recorrido todo el pasillo en menos de un minuto. Y, tras el pasillo, la puerta de salida.

Todavía sin moverse del umbral de la puerta de la habitación, miró en sentido contrario, hacia el interior del hospital. Tras unos metros de pasillo vacío se alzaba una imponente puerta de seguridad, cerrada herméticamente. Probablemente al otro lado hubiese vida, y demasiado asustados como para salir, estarían hablando con la policía. No tenía mucho tiempo. Pero necesitaba algo. Un nombre. Un objetivo. En silencio, se sumergió en la oscuridad y en el olor a sangre y vísceras del pasillo, en busca de algún despacho abierto. Probó sin éxito la primera puerta a la derecha, pasando por encima del cadáver de la doctora. Cerrada. Luego la primera a la izquierda. Abierta. Justo cuando entraba, a su espalda, el cadáver de la enfermera levantó una mano ensangrentada y abrió inútilmente la boca, pero la mayor parte de sus pulmones eran visibles a través de la amplia abertura de su pecho y no eran capaces de exhalar aire alguno. Tras unos segundos, la mano volvió a descender en completo silencio.

Mientras, en el interior del despacho, encendió la luz y buscó alguna clave en la mesa. Todo el despacho estaba forrado de archivadores, y el ordenador probablemente contuviese una cantidad inmensa de información, así que no podía pararse a investigar. Tenía que utilizar su instinto. Simplemente abrió la primera carpeta de historiales del montón que estaba en una bandeja a la derecha de la mesa. Y en la foto del historial contempló la cara que le había devuelto la mirada en el espejo. No se sorprendió. De hecho, tenía la impresión de que carecía de la capacidad de sorprenderse. Leyó el nombre: Ivo Lain. Ningún acorde especial resonó en su cabeza. Ninguna habitación sellada de su memoria se abrió de repente. Volviendo a la analogía del disfraz, era como si le hubiesen dicho que ese aspecto que no reconocía era de un asalta-ardillas, de un devora-montes, o cualquier otra combinación sin sentido. Ivo Lain. De acuerdo. El historial era grueso, así que se recostó sobre la mesa y comenzó a hojearlo. Fecha de nacimiento. Lugar. Historial médico en la infancia y la juventud. Primeros crímenes. Segundos crímenes. Condenas. Más crímenes. Internamiento indefinido. Estaba claro que no era un buen samaritano. Ivo contempló su reflejo en el cristal de la ventana y no pudo dejar de preguntarse por qué tenía el

disfraz de un asesino en serie. No se sentía así en absoluto. Aunque quizás «en absoluto» fuese demasiado rotundo. Tenía claro lo que era: un cazador. Y también parecía bastante evidente que quienquiera que hubiese matado a los trabajadores del hospital era su presa. No necesitaba mucho más, sólo ponerse en marcha.

En realidad, percibió las sirenas de la policía un segundo antes de que fueran audibles. Tres coches avanzando a gran velocidad por la carretera. Cuando llegaron al camino de grava de la entrada, él ya había apagado la luz del despacho y observaba a través de la puerta de doble hoja de cristal que daba al exterior. Tres vehículos significaban al menos seis agentes, armados y prevenidos, y probablemente más en camino. Un enfrentamiento directo era absurdo. Abrió la puerta y corrió a través de la grava. Los coches avanzaban en dirección a la puerta. Una, dos, tres zancadas. Un par de segundos más y los faros del primero le iluminarían directamente, una figura ensangrentada en mitad del camino blanco. Cuatro, cinco, seis, y con el último paso rodó para ocultarse tras un seto bajo, que separaba la zona de grava de la zona ajardinada. Los faros del vehículo barrieron el seto y continuaron hacia la puerta, seguidos de dos juegos de faros más. Ivo aguardó en completo silencio, inspirando con una deliberada calma. Dos puertas se abrieron. Luego otras dos. Y otras dos más. Pasos que se desplazaban por la grava, para colocarse a ambos lados de la puerta. El sonido de la puerta de cristal al abrirse fue la señal que esperaba. Con las seis miradas centradas en el pasillo repleto de cadáveres, Ivo cubrió en unos segundos los metros que le separaban del muro exterior del jardín y saltó apoyándose en la pared. Fue un buen salto. Puede que demasiado bueno, probablemente dos metros y medio o tres, y se sujetó con fuerza a la parte superior. Con demasiada fuerza. Una púa supuestamente de adorno pero despiadadamente afilada le atravesó la palma de la mano de lado a lado. No gritó. De hecho, no sintió dolor, del mismo modo que no le había costado encaramarse a un muro de tres metros de altura. Mientras izaba los pies, tiró con fuerza hacia arriba y deslizó la mano fuera de la púa que la atravesaba. En la escasa luz del patio, contempló el orificio. Podía verse el hueso, al menos durante unos instantes, porque la herida no sangraba y parecía estar cicatrizando. Cuando sus pies tocaron el suelo tras dejarse caer por el otro lado, apenas tenía una cicatriz. Cuando se sumergió en el bosque que se alzaba a cincuenta metros del muro, hasta la cicatriz había desaparecido. Aun así, se paró para observar críticamente el lugar donde antes estaba la herida. Nada. Mientras lo hacía, un furgón de las fuerzas especiales de la policía atravesó la carretera, pasando a apenas veinte metros de su escondite.

Ivo inspiró profundamente. Neumáticos quemados por el frenazo. El vómito de algún policía. Los restos de lo que había dejado en el interior del edificio. Pero no había rastro alguno de su presa. Así que sólo había una opción: avanzar hasta que el rastro apareciese. Así que penetró algo más en el bosque, hasta quedar fuera de la vista de la carretera, y comenzó a avanzar paralelo a ella, esperando que algo le dijese que debía tomar otro curso de acción. Siguiendo su instinto.

Olió la gasolina antes de oír las voces. En ese momento Ivo llevaba unos veinte minutos en el bosque, y calculaba que debía de haber cubierto algo más de ocho kilómetros. Si se hubiera aproximado a la carretera, que se extendía completamente recta, como un monumento a la brutalidad del hombre para con la naturaleza, podría haber visto el resplandor de la ciudad nocturna a unos diez o doce kilómetros más, pero no era el momento de abandonar su cobertura. Desde el arcén le llegaban las voces de un par de enfermeros tratando de reanimar a alguien que probablemente ya llevase muerto varios minutos. Accidente mortal. No necesitaba verlo para intuir como su presa, el asesino del hospital, había pasado a toda velocidad, acelerando al máximo una vez que se hubo cruzado con la policía. Probablemente el tipo que estaba muerto condujera cansado tras un largo día, y se hubiese confiado en el largo y recto camino a casa. O quizás el propio asesino decidió añadir otra distracción a su rastro. Un volantazo rápido para evitar una colisión frontal con el otro coche había significado una colisión frontal contra uno de los sólidos robles del borde de la carretera. Fin. Ivo cerró los ojos e inhaló con fuerza los olores que le traía el aire. Sangre y cuero. Gasolina y aceite. Sudor y materiales estériles. No valía la pena acercarse. Volvió a centrar su mirada en el bosque, sumido en la oscuridad pero completamente definido para él, y continuó su carrera infatigable.

Mientras dejaba atrás la zona del accidente y la ciudad iba convirtiéndose cada vez en un resplandor más definido en el cielo nocturno, Ivo fue considerando sus opciones. Debía enfrentarse a la realidad, y esta era que su presa ya estaría oculta entre la masa humana. No había rastro que seguir. Y eso era un auténtico problema, porque si le quitaban la presa, no tenía nada. Un nombre. Su nombre, podía decirse, que correspondía a un asesino en serie. Unas ropas ensangrentadas. Probablemente a toda la policía de la ciudad (¿qué ciudad?) en su búsqueda. ¿Considerarían que él era el responsable de lo sucedido? ¿Su presa sería el auténtico sospechoso? Con total calma aceptó la ausencia de respuestas mientras cubría los últimos kilómetros que le faltaban hasta los polígonos industriales que rodeaban la ciudad. Indudablemente tenía cosas a su favor. No se cansaba. No hacía ruido si no quería. Se curaba a enorme velocidad. ¿En qué le convertía eso? Un cazador. La respuesta le vino de forma natural. Era el Cazador, y tenía que cumplir su misión. Era su naturaleza.

Aminoró el ritmo cuando los árboles quedaron atrás, y la tierra seca fue dando paso a la tierra compacta y luego al cemento que rodeaba las naves industriales. Sin llegar a detenerse, se encaramó y saltó sobre una valla metálica de dos metros y medio. Un perro levantó las orejas y le observó durante unos segundos, pero no se decidió a moverse, y antes de que su indecisión terminase, Ivo ya había alcanzado el almacén que custodiaba y, atravesando un pequeño ventanuco que se abría sobre la

puerta corredera principal, desapareció de la vista del animal. A salvo en el interior, exploró sus alrededores sin moverse. Aceite de vehículo, por segunda vez en esa noche. Monos sudados. Jabón barato. Neumáticos. Estaba en un taller.

Desplazándose en silencio entre las herramientas y las piezas dispersas por el suelo, Ivo alcanzó el cuarto que servía de aseo y de vestuario y buscó alguna prenda de ropa de su tamaño y que no estuviese manchada de sangre. La suerte fue relativa, porque lo único que había era monos, y un mono azul manchado de grasa era sólo ligeramente más discreto que un pijama de hospital manchado de sangre. Pero algo era mejor que nada, así que se lo puso. Después cogió las ropas ensangrentadas y las quemó en un bidón con ayuda de algo de gasolina. Era todo lo que podía hacer por ocultar su rastro. Cierto que no temía que le pudiesen encontrar (de hecho, no temía nada; no creía que pudiese albergar ese tipo de sentimiento), pero el instinto le llevaba a cubrir sus huellas todo lo posible. Así que tras deshacerse de su conexión más directa con el crimen del hospital (aparte de su propia persona, por supuesto), encendió una pequeña televisión que había en un igualmente pequeño despacho, y pasó de un canal a otro buscando algún boletín de noticias. Teletienda. Películas antiguas. Vídeos musicales. Más teletienda. Una vidente hablando sola. Al parecer el crimen no era una prioridad para la madrugada televisiva. Y aun así tenía que seguir moviéndose. Sin perder un segundo más, rebuscó en la mesa del minúsculo despacho hasta encontrar una pequeña caja de caudales, que forzó fácilmente con una de las herramientas del taller. Con el poco dinero que había en su interior, abandonó velozmente la nave y penetró en la zona más habitada del polígono industrial.

3

La cafetería abría toda la noche, porque siempre había alguien trabajando en los alrededores. Y allí donde se trabaja, siempre se descansa. Por eso ni los tres clientes ni el camarero prestaron especial atención cuando un mecánico entró algo después de las cuatro de la madrugada.

—¿Una noche larga? —preguntó el camarero.

—No ha hecho más que empezar —contestó el recién llegado mientras se sentaba

—. ¿Algo de carne?

—¿Chuleta? ¿Hamburguesa?

—Una chuleta.

El camarero asintió y entró en la pequeña cocina que se abría justo detrás de la barra, y que le permitía mantener vigilado todo el local mientras trabajaba. Ivo estudió a los otros clientes. Un oficinista de unos cuarenta años, con gafas rayadas, camisa arrugada y rostro sin afeitar, que bebía café mientras revisaba con aspecto

cansado algún tipo de albarán. Una prostituta transexual no demasiado mayor, que observaba abstraída a la vidente de la televisión, mientras daba vueltas a una pequeña copa de anís. Un conductor de camiones cercano a la jubilación que devoraba una enorme hamburguesa y que alternaba su atención entre un periódico deportivo y los pechos de la prostituta. Todo era irrelevante. Todo era superfluo. Un pequeño zoo de animales sin ningún interés. Pero en alguna parte tenía que haber un impulso que seguir.

—¿Puedes subirle el volumen, guapo? —dijo la prostituta, y el camarero dejó un instante la espátula de cocina para coger el mando de la televisión.

La voz cascada y llena de acento de la vieja vidente llenó el silencio del cansancio y de la noche, e Ivo cerró los ojos para tratar de concentrarse, de sentir la dirección correcta de algún modo. Y al instante los abrió.

—... el cazador ha iniciado su búsqueda —decía la vidente—. Su presa va por delante de él, pero no podrá escapar si encuentra las herramientas adecuadas.

Ivo escrutó la pantalla. Era una cadena local, y una anciana asiática sin ojos (no ciega, sin ojos) hablaba directamente a la cámara mientras tanteaba unas piedras grabadas con runas. De repente dejó de rozar las tabas, e Ivo tuvo la impresión de que fijaba sus cuencas vacías directamente en él, atravesando la pantalla.

—Ahora me escuchas —dijo—. Ahora sabes que puedo ayudarte. Encuéntrame.

Hubo un tenso silencio, que fue roto por la prostituta.

—¿Viste qué loca la vieja? —dijo. Nadie le respondió.

—Ahora, otra llamada —continuó la anciana mientras recogía las piedras y comenzaba a agitarlas.

Ivo sintió que la conexión se había roto.

—Póngame la chuleta para llevar —dijo.

El camarero asintió.

4

Casi en el difuso límite entre los polígonos y el cinturón más exterior de la ciudad, Ivo encontró un locutorio que no cerraba, y en él un ordenador desde el que acceder a internet. No fue difícil encontrar la web de la cadena, pero tampoco resultó muy productivo; tan sólo el nombre de la vidente: Hisako Takahasi. Y el nombre le llevó a un anuncio en una página de contactos de videntes. Y de allí a un teléfono. Así que se terminó la chuleta y llamó desde el mismo locutorio. No sabía si el programa había acabado. No sabía si alguien le respondería a esas horas. Pero era lo que debía hacer. Los timbrazos fueron sucediéndose, pero finalmente alguien descolgó, y le respondió una voz juvenil.

—¿Sí? —Era una voz femenina y desprovista de acento.

—Necesito hablar con la señora Takahasi —dijo Ivo—. Soy su cazador.

Silencio. Ivo aguardó.

—Dígame la dirección, e iré hasta allí —insistió tras unos segundos.

Más silencio. Finalmente, la voz contestó.

—Mi abuela no llegará hasta el amanecer. —Sonaba indecisa y ligeramente temblorosa.

—Esperaré hasta el amanecer entonces.

La chica le dio la dirección y colgó sin esperar a que añadiese nada más. Ivo no sonrió. Su expresión seguía siendo una máscara impasible. No las máscaras de tragedia griega, con la misma expresión congelada siempre, sino con una ausencia total de expresión. Una máscara de plata, que sólo devuelve un reflejo distorsionado e irreconocible del que mira. Indescifrable. Frío. No sentía alegría. Sólo cazaba. Tras imprimir un mapa con la ruta a seguir, abandonó el locutorio. Tenía dos horas hasta el amanecer, y debía encontrar algo de ropa más discreta y tratar de descubrir si le estaban buscando o no.

2. Encuentros

La Ciudad, ahora.

Sakura Takahasi colgó el teléfono y se frotó el rostro somnoliento presa de un terror frío. Estaba pasando. No lo había dudado nunca, pero el que sucediese finalmente la llenaba de espanto de todos modos. Con las piernas temblando, se dejó caer en la silla que había junto al teléfono y miró su reloj. Hisakosan estaría de vuelta más o menos en una hora. El desconocido llegaría al amanecer. Y ella tendría que entregarle su virginidad para que pudieran salvarse. Así lo había decidido Hisakosan, y si lo había decidido era porque era imprescindible, y ella lo haría lo mejor que pudiese. Pero Sakura tenía trece años, y tenía miedo. Mucho miedo.

Miró a través de la ventana y pudo sentir que la tensión iba acumulándose en la calle, como una niebla gris y malvada que fuese cobrando cuerpo poco a poco. Carecía de los poderes de su abuela, pero había cosas que era sencillo ver si sabías dónde mirar. Si tuviera los poderes de Hisakosan, pensó, podría hacer algo. Pero no los tenía. Por eso siempre había sido una carga. Algo a lo que había que proteger. Ahora era el momento de hacer su parte, aunque fuese una parte pequeña, pasiva y terrorífica. Tratando de controlar el temblor de sus piernas, Sakura se levantó y fue a ducharse. Tenía que estar hermosa para el desconocido.

2

Cuando Hisako Takahasi llegó a su casa, algo menos de una hora antes del amanecer, ya sabía lo que iba a encontrarse. En silencio, dejó las llaves en el cuenco de la entrada y el bastón que utilizaba para salir a la calle junto a la puerta. Podía oír el sonido de la ducha a un par de paredes de distancia. Cansada, se sentó en un mullido sofá, echando de menos la frugalidad de muebles de su infancia. No acababan de gustarle los muebles occidentales, pero ese mundo era su hogar ahora. O mejor dicho, el hogar de Sakurachan. El hogar de Hisako, su mundo, fue destruido cuando los americanos lanzaron la bomba sobre su ciudad, Hiroshima. Pero la anciana jamás había perdido tiempo en lamentarse. Ni cuando murieron sus padres. Ni cuando murió su hija. Ni cuando proteger a su nieta le costó los ojos. Eso nunca había servido de nada. Así que mientras esperaba hizo lo único razonable: encendió la pequeña estufa de carbón y arrojó el hueso de una paletilla de venado al interior. Esperó mientras el calor hacía crujir el hueso y las grietas del destino iban

formándose poco a poco en él. En el momento adecuado, lo retiró de las llamas y aguardó impaciente a que se enfriase antes de comenzar a rozarlo con ansiedad, tratando de descubrir qué camino las salvaría y cuál las condenaría junto al resto de la ciudad, o de lo que quiera en lo que se estuviese convirtiendo.

3

En las calles silenciosas y frías de la hora que precede al alba, Ivo buscaba la forma de solucionar el problema de la ropa. Y la solución llegó por sí sola cuando alcanzó los primeros barrios de la periferia, unas gigantescas colmenas de edificios de un gris sucio y desconchado, engalanados tan sólo por la ropa que colgaba de los tendederos a cierta altura. Aprovechando lo solitario del momento, Ivo saltó hasta engancharse del alféizar del primer piso y se izó fácilmente hasta el pequeño saliente. Desde allí, volvió a saltar hacia arriba, sujetándose a un maltrecho reborde de la fachada, que le permitió alcanzar finalmente el segundo piso y una cuerda de la que pendía algo de ropa normal. El proceso de encontrar unos vaqueros y una camiseta de su talla requirió ascender dos pisos más, y una sigilosa bajada de cuatro pisos de altura por la pared, pero al fin era uno más entre la multitud. O eso pensaba mientras contemplaba su reflejo en el cristal de una polvorienta furgoneta.

Neumáticos que rodaban despacio sobre el asfalto. Minúscula frenada. Ivo levantó la vista y pudo contemplar cómo el coche patrulla avanzaba directamente hacia él. Vio el espanto en el rostro del ocupante del asiento del copiloto, y pudo oler el sudor frío y repentino del joven policía. Por lo visto, su rostro era del dominio público. O su máscara. Habría sonreído si fuese capaz de algo así, pero no lo era. Al lado del joven policía, un cansado veterano no se dejaba dominar por el pánico y ya estaba hablando por radio, sin aminorar ni acelerar la marcha pausada de su coche. Ivo calculó. Treinta segundos a ese ritmo. Quince cuando acelerasen. A su alrededor, las largas calles rectas de las construcciones que tienen como único objetivo aprovechar el espacio. Sin dudar, dio la espalda al coche patrulla y echó a correr, girando a la derecha en cuanto superó el primer bloque de apartamentos. Oyó que el coche aceleraba, y las sirenas rompieron el silencio de una noche que estaba a punto de dar paso al alba, pero no vaciló lo más mínimo. En cuanto hubo girado y estuvo fuera de la vista de sus perseguidores (diez segundos), saltó. Alféizar. Primer piso (cinco segundos). Reborde. Segundo piso. El coche patrulla entró en la calle a toda velocidad, pero en unos instantes paró en seco (tercer piso). Con precaución, el conductor sacó un foco por la ventanilla y lo proyectó hacia los portales de los edificios de los alrededores (cuarto piso). Cuando su compañero apareció a pie por el otro lado de la manzana, Ivo ya prácticamente había alcanzado la azotea. Sólo en ese

instante el policía más joven lanzaba una perpleja mirada hacia el cielo nocturno, pero el amanecer todavía estaba a unos minutos, y en la oscuridad Ivo era ya una diminuta sombra sobre la sombra mayor de un décimo piso.

La azotea estaba ocupada. Lo olió casi un piso antes de llegar: olor a excrementos de animal y a sudor humano. A alimentos medio podridos. A sangre seca y tiza. Luego oyó el cántico. No lo entendió (¿latín quizás?), pero la voz nerviosa que lo recitaba y el ritmo repetitivo le transmitieron una idea clara de deseos de poder, secretos que se creen llenos de fuerza, y frustración y miedo. En completo silencio, Ivo alcanzó el borde de la azotea y se elevó apenas lo suficiente para observar a su ocupante.

Al parecer, el inquilino llevaba viviendo unos días allí, si es que se podía llamar vivir a dormir sobre un montón de cartones, pasar el día entre restos de comida basura y, aparentemente, dedicarse a destripar palomas. Vestía un traje de chaqueta sucio y arrugado, pero moderno, como si hubiese pasado directamente de una vida de oficina a esconderse en ese improvisado taller de invocaciones. Ivo calculó que tendría unos cuarenta años de edad y vio que estaba empezando a quedarse calvo. Mientras salmodiaba su cántico, iba trazando un círculo con tiza en el suelo, ajeno a todo lo que le rodeaba. O eso parecía. De repente, se incorporó y apuntó directamente en dirección a Ivo con un cuchillo que debía de haber tenido oculto en el cinturón.

—Muéstrate, engendro —dijo con la mirada fija en los silenciosos ojos de Ivo—. Puedo acabar contigo, y lo haré.

Sin apartar la mirada, el inquilino tanteó en una caja que había cerca de sus pies y extrajo de ella una paloma. Con la eficacia de la experiencia, le rebanó el cuello con el cuchillo y vertió la sangre en el suelo, a sus pies.

—Poderosos Arcontes, Primigenios Arcontes, recibid esta sangre. Destruid al intruso. Sangre por sangre.

Con una sonrisa cercana al éxtasis, el inquilino contempló como de la sangre brotaban unas delgadas volutas de humo, que rápidamente se solidificaron y salieron disparadas hacia Ivo. Este saltó por encima de la barandilla y apoyó con firmeza los pies en el suelo de la azotea, preparado para recibir el impacto, pero fue un esfuerzo innecesario. Las hebras de oscuridad le atravesaron limpiamente, del todo insustanciales, y volvieron a hacerlo una y otra vez, como si el propio Ivo fuese de humo, antes de desaparecer con frustración. Los ojos del inquilino estaban completamente abiertos y paralizados por el espanto.

—¿Qué eres? —dijo en cuanto pudo hablar—. ¿Qué demonios eres? No estás vivo. No, no estás vivo.

Ivo no contestó. La verdad es que no sabía la respuesta. Tampoco le importaba.

—Voy a quedarme aquí unos minutos —dijo al fin—. Por mí puedes seguir con lo tuyo.

Y se sentó tranquilamente, con la espalda apoyada en la barandilla de la azotea. El inquilino lo observó con estupor, y después lanzó una risa desprovista de humor.

—Los Arcontes se están riendo de mí otra vez —dijo—. Otra puta vez.

El inquilino se dejó caer pesadamente en el suelo allí donde estaba, ensuciando un poco más el maltrecho traje.

—Soy un mierda, ¿sabes? —continuó.

Ivo le ignoró por completo, con los ojos cerrados y atento a los sonidos y olores de la calle que empezaba a despertarse. Al inquilino no pareció importarle.

—No sirvo para sacerdote —prosiguió—. Tampoco es que sirviera para agente de seguros. Pero al menos lo intentaba. Y ahora estoy intentándolo, joder. ¡Estoy intentándolo! —exclamó al cielo, que empezaba a clarear por el este—. ¡No tenéis por qué mandarme un engendro, un muerto andante o lo que sea esto! Pienso hacerlo... en cuanto pueda —añadió en un susurro.

Un tenso silencio cayó sobre la azotea. Ivo permaneció atento a los sonidos del suelo. Puertas. Pasos apresurados. Coches arrancando. Ni rastro de la policía ni del pánico que debiera provocar la presencia de un peligroso asesino. Se acercaba el momento de irse, si quería llegar a tiempo a su cita. Esperó unos segundos más y se incorporó. Sorprendido por el repentino movimiento, el inquilino de la azotea dio un respingo.

—¡No me mates! —gimoteó.

Ivo no lo miró. Se limitó a avanzar hacia la puerta que permitía acceder al interior del edificio, pero cuando estaba a punto de llegar sintió una mano insegura en su hombro.

—¿Bien? —dijo girándose apenas lo suficiente para ver el rostro temeroso del inquilino.

—No... No has venido a por mí —dijo, cobrando seguridad con cada palabra—. ¡No has venido a por mí!

Un destello de inteligencia apareció en su mirada, y por un instante dejó de parecer un pobre despojo.

—Es más, no tienes ni idea de por qué tendrías que venir a por mí. —El inquilino lanzó una pequeña risa nerviosa y desagradable—. Oh, dioses, no soy el único que está jodido. No sabes qué eres, ¿verdad?

Ivo no contestó. Al inquilino no pareció importarle.

—No tienes ni puta idea. Vas por ahí sin corazón, sin alma, como si fuese lo más normal del mundo —prosiguió—. Eres un cascarón. Algo a medias. Eres material defectuoso, tío.

Ivo se volvió de nuevo hacia la puerta y la abrió. El inquilino retiró la mano y siguió riéndose entre dientes, sin tratar de detenerle.

—Yo podría ayudarte, ¿sabes? —dijo a modo de despedida—. Sé cosas. Trabajo para seres que saben cosas.

Ivo se limitó a dejar que la puerta se cerrase a su espalda y comenzó a descender. Un escalón, diez, cincuenta. Era cierto que no sabía quién era ni por qué era así. Pero eso no tenía importancia. Era el Cazador. Y no veía ninguna razón por la que el

Cazador necesitase un corazón. Necesitaba una presa, y la tenía. Y necesitaba encontrarla. Por lo que la única opción era apresurarse hacia la cita que podría darle alguna pista sobre el paradero de su objetivo. Sin alterar el ritmo de su respiración, comenzó a bajar los escalones a mayor velocidad.

4

La calle parecía tranquila, pero Ivo sabía que era una falsa sensación. La policía le estaba buscando, de eso ya no tenía dudas, y sabían que estaba por esa zona, así que debía alejarse lo más deprisa posible. Pero también parecía que su foto no se había difundido aún a la población, con lo cual las masas de gente eran el único bosque que tenía a su disposición para ocultarse. Contempló la calle que conducía hacia la boca de metro, y sin pararse a considerar otras opciones, se unió a la lenta corriente humana que comenzaba a sumergirse en las profundidades de la tierra en dirección al trabajo. Obreros. Dependientes. Algún oficinista de ínfimo nivel. Madres que empujaban a niños aún medio dormidos por las escaleras que bajaban hasta las vías, y después trataban de mantenerlos alejados de ellas. Nadie le miraba. Él no miraba a nadie.

Esperó de pie delante de los raíles y cerró los ojos para mantenerse más alerta. Loción de afeitado. Desodorante. Pasta de dientes. Comida envuelta en papel de aluminio. Adrenalina. Sudor fresco y frío. Había un policía de paisano en la estación de metro. Razonable, dado que era la ruta más directa de salida. En ese momento ya le habría reconocido, y probablemente habría pedido refuerzos. Esperó. En la distancia, el rítmico temblor de un tren se intensificaba por la derecha. La dirección opuesta a la que él debía tomar. Siguió esperando. La vibración aumentó. Sonido de frenos. Al otro lado de las vías, el metro se detuvo y la gente comenzó a bajar y a subir. Esperó un poco más. Puertas que se cierran. Metal que comienza a ponerse en movimiento. Ivo abrió los ojos y con tres rápidas zancadas saltó a las vías, las cruzó de un salto y se encaramó al escaso espacio que separaba dos vagones. Oyó un «alto» a sus espaldas, pero no se volvió. El tren iba ganando velocidad rápidamente, y a su sólido traqueteo se iba sumando el retumbar de otro tren que venía en sentido contrario. Hacia él. Tres segundos. Dos. Uno. Ivo saltó de un tren a otro, girándose en mitad del vuelo. Una vez en la dirección correcta, se encaramó sin dificultad al techo del vagón y permaneció tumbado en el centro, lo más alejado posible de las miradas cansadas de los pasajeros.

Se mantuvo inmóvil durante el recorrido de dos estaciones, y en la tercera se bajó cuando el tren empezaba a frenar, justo antes de que llegase a la parada, y desde la discreción del túnel trepó al andén y entró como un pasajero más. Una vez en el

interior, cerró los ojos para detectar cualquier otro posible problema. La misma fatiga que antes. Los mismos olores a supuesta higiene. Pero algo más. Ivo abrió los ojos y contempló a un joven de ojos vidriosos por las drogas, que trataba de mantenerse despierto a toda costa. Por un instante, algo pareció resonar en su interior, una especie de reconocimiento, una especie de camaradería, pero antes de que pudiera darle forma o nombre, el tren llegó a otra estación y el joven se bajó. No tenía sentido preocuparse por ello. Tenía un objetivo. Tenía prisa. En algún lugar en la superficie estaría amaneciendo, y unas manzanas más allá del final de ese trayecto le aguardaban respuestas. O al menos, nuevas preguntas.

3. Preparativos

La Ciudad, ahora.

El inquilino de la azotea se llamaba Frank R. Schiolla, y no siempre había tenido esa residencia. Antes vivía en una idílica casa en un barrio residencial, con su jardín, su mujer, su hijo. Ahora su casa estaba embargada, su mujer y su hijo muertos, y él no había obtenido ningún beneficio de nada de ello, aunque lo había intentado. Quizás no con todas sus fuerzas, pero lo había intentado. El problema, pensó mientras comenzaba a descender lentamente por la escalera, el auténtico problema estaba en su inseguridad. Si su padre no se hubiese metido tanto con él porque era malo en el baloncesto, quizás hubiese tenido mayor autoestima. Sí, ese era el auténtico culpable de todo eso, su padre. Si el viejo cabrón no estuviese muerto, tendría que ir ahora a matarlo. Y demostrarle que era perfectamente capaz de ello. Más o menos. Porque si hubiese tenido mayor autoestima, habría pasado de estudiar como el resto de sus hermanos y hermanas, y no habría intentado impresionar al profesor Costa para que le pusiese un sobresaliente. Y sin ese estúpido trabajo, nunca habría sabido nada del código de Nag Hammadi, ni de los putos Arcontes. Rió sin humor mientras seguía bajando los escalones. «Hay Potencias que son otorgadas al hombre, pues no quieren que este llegue a salvarse para que ellas consigan ser; pues si el hombre se salva, se hacen sacrificios y se ofrecen animales a las Potencias». Era verdad que en el código de Nag Hammadi no se dice nada realmente útil, pero fue el jodido primer paso. Desde ese momento la idea, el concepto, comenzó a devorarlo.

Fueron necesarios el paso de varios años y que su maldita falta de autoestima le llevase a pasar las noches en la biblioteca de la universidad en vez de follando borracho (o a borrachas) para que comenzase a buscar mierda de verdad sobre los Arcontes. Y encontró auténtico petróleo. Nunca había entendido qué hacía un ejemplar de *El código de los amos oscuros* en el depósito de la biblioteca, pero eso sí era un libro útil de verdad. Lleno de cosas. De cosas que funcionaban. Además, el mecanismo era muy simple y no hacía falta autoestima. Sólo un poco de estómago. El problema es que luego había hecho falta mucho estómago. Pero vaya si le sirvió al principio. Sacrificó a una rata, y aprobó Derecho internacional. Sacrificó a otra, y se encontró a la rubia tetona del edificio de enfrente lo suficientemente borracha como para llevársela a su habitación, tirársela y devolverla a la puerta de su residencia sin que se enterase de nada. Fueron buenos tiempos. Todo era pequeño y controlado. Todo salía bien.

Frank siempre había sido una persona realista, consciente de sus limitaciones. Sabía que no tenía autoestima para cosas grandes. No se veía de gran abogado, ni de directivo. Así que una vez terminada la universidad, decidió seguir con cosas

pequeñas. Agente de seguros. Lo eligió porque vender un seguro era fácil, al menos con el sacrificio adecuado, y en el fondo le gustaba tratar con la gente. Cuando sabía que las cosas iban a salir a la perfección tenía mucha más confianza que en el día a día. Con su historial de éxitos continuos, no tardó demasiado en ascender en la compañía y pronto pasó a encargarse de grandes cuentas. Era una buena vida. Comprar ratones de laboratorio, sacrificarlos a los Arcontes, cerrar un pequeño contrato. Evidentemente, el dinero no le convirtió en un gran seductor (de nuevo la maldita falta de autoestima), pero le fue cogiendo el gusto a los encuentros casuales y de oportunidad favorecidos por sus tratos con los poderes oscuros; era lo bueno de ese modo de vida, follar era casi tan sencillo como pedir una pizza. Inspirado por lo idílico de la vida universitaria, fue follándose borrachas o semiinconscientes a prácticamente todas las mujeres del edificio de clase media en el que vivía: desde la señora Longo, que rondaba los cincuenta y era aficionada «casualmente» a abusar mucho de la ginebra y a dejar la puerta mal cerrada; hasta la hija de los Moretti, en los últimos años del instituto, que cuando sus padres estaban de viaje salía a emborracharse con sus amigos y regresaba en tan mal estado que solía dejarse las llaves en la puerta, si es que llegaba a entrar. Si no, Frank se encargaba de ayudarla. Eran buenos tiempos, pero con limitaciones. Fue eso lo que le llevó a buscar el modo de mejorar. Con la guía de los propios Arcontes, pronto dio con el *Códice de los sacrificios*, del monje medieval Docrelli, y con él las cosas subieron de nivel.

Es cierto que el primer gato resultó más complicado de matar de lo que pensaba (y más caro), pero pronto descubrió que en muchos centros de rescate de animales no hacían casi preguntas, y pudo obtener un suministro constante. Arañazos aparte (gajes del oficio), pronto dominó la técnica, y eso le permitió aspirar a más: despacho propio, gastos pagados. Incluso decidió que era el momento de sentar la cabeza y buscarse una chica sólo justo más allá de su alcance. Se decidió por Carla, una preciosidad rubia que le recordaba a aquella primera chica de la universidad, y que trabajaba como contable en la empresa que compartía planta con su agencia de seguros. Una sucesión de problemas personales y familiares hicieron que finalmente Carla estuviese tan vulnerable que acabó por rendirse ante los muy limitados encantos de Frank, y se casaron lo más rápidamente posible. Un embarazo casi automático le pareció la forma definitiva de sellar la relación, y se encargó de que se produjese. Pero con lo que no había contado era con que las embarazadas son gordas, caprichosas e inseguras, y tras ello los niños son llorones y molestos. En pocos meses, esa familia aparentemente perfecta comenzó a ser un coñazo inaguantable.

Pero aun así le ayudó a prosperar en el trabajo. Una chispa de genialidad le hizo provocar que su abandonada y solitaria mujer se liase con el subdirector de zona, de modo que fue promocionado de tal modo que su ascenso incluía un generoso aumento y la necesidad de largos viajes para cerrar lucrativos tratos. Fue la vuelta a la buena vida. Con una pequeña visita a la tienda de animales más cercana, no tenía problemas en cerrar el trato y en encontrar alguna compañera «dispuesta» a pasar un

buen rato con él.

Frank se detuvo para recobrar el aliento. Todavía le quedaba por bajar un cuarto del edificio y le dolía el costado. Realmente estaba en mala forma. Con nostalgia, pensó en esa segunda época dorada. ¡Si hubiese sido capaz de conformarse con ello! Pero en algún momento le pudo la estupidez, o el orgullo, o ambas cosas. Se hartó de que a su mujer (que al fin y al cabo era suya) se la follase un capullo que era su jefe. Él tenía que ser el jefe. Él tenía que tener el control. Así que buscó el manuscrito adecuado y logró comprárselo a un exmonje armenio con el que contactó por internet. El procedimiento era claro; los resultados, incuestionables. Lo único que le faltaba era justo aquello que no podía conseguir: un par de huevos para llevarlo todo a cabo. Aun así lo intentó. Quiso autoconvencerse de que estaba preparado, de que podía rajarle el cuello a la puta de su mujer y al engendro de Frank junior. En cuanto lo hiciese, los Arcontes estarían tan cargados de energía que le darían lo que quisiera y todo quedaría borrado y cubierto. Como si nunca hubiese sucedido. Como si nunca hubiese sucedido, pero con él en la jodida cima del mundo. Así eran los Arcontes; el *quid pro quo* más primitivo y simple: sangre y vida a cambio de deseos. Lo que quieras. Todo. Por su precio. Así que los drogó con un somnífero y los llevó al sótano de su idílico chalet con jardín. Lo había organizado de tal modo que tenía todo el fin de semana para juntar el ánimo necesario para rebanarles el cuello. Trazó el círculo ritual en el suelo. Escribió las invocaciones. Pronunció los salmos. Y se quedó allí de pie, con el cuchillo en la mano, mirando como sus gargantas latían y respiraban con el profundo sosiego de los calmantes. Un minuto tras otro. Una hora tras otra. Cada vez que daba un paso decidido hacia uno de ellos, inmediatamente daba dos pasitos rápidos hacia atrás. En un momento dado, jugueteando aburrido con el cuchillo, se hizo un pequeño corte en el dedo. Casi pudo oír que los Arcontes se partían el culo de risa cuando su patética gota de sangre cayó solitaria en el círculo de invocación. La maldita autoestima. Si hubiese tenido un poco más, le habría echado valor y ahora sería el rey del mundo. Al final, los acontecimientos se aceleraron. El efecto de los somníferos comenzó a desvanecerse, algún capullo llamó a la puerta (testigos de Jehová, comerciales de compañías de telefonía e internet, o quizás hasta agentes de seguros, nunca llegó a saberlo) y él perdió la poca valentía que le quedaba. Metió las cuatro cosas importantes en una maleta (el cuchillo, sus libros y algo de dinero en efectivo que guardaba para emergencias) y salió corriendo por la puerta trasera.

Frank se detuvo finalmente en el descansillo que llevaba hasta el portal del edificio. Desde ese patético instante que marcaba el comienzo del punto más bajo de su patética vida, habían transcurrido al menos tres semanas. Uno pierde la noción del tiempo en ese maldito palomar. Pero a nadie se le ocurriría ir a buscarlo a los tejados de un barrio de mierda, y las migas atraían a las palomas como malditas ratas con plumas. El problema, se dijo, es que no tenía ni puta idea de cómo solucionarlo. Cómo librarse de los posibles cargos que hubiese en su contra. Cómo recuperar su trabajo. Cómo volver a ser el dueño de su maldita vida. Hasta ahora. Ahora lo único

que necesitaba era encontrar un cementerio y hablar por primera vez cara a cara con sus jefes. Los de verdad. Frank respiró profundamente el aire contaminado de la periferia, cargado del hedor de factoría del cercano polígono industrial. Hoy era su día. Sujetó con fuerza la paloma que llevaba en el bolsillo de la sucia chaqueta, tratando de que no se le escapase ni se asfixiase en el proceso, y comenzó a caminar hacia la parada de autobús más cercana.

2

—¿Comprendes que esto es necesario? —dijo la cansada voz de Hisako.

—Sí, abuela —contestó Sakura.

—También sé que no comprendes por qué es necesario, pequeña —añadió la anciana—, pero sin que yo pueda evitarlo lo acabarás comprendiendo, y eso verás que no es bueno.

—No tema, Hisakosan —repuso Sakura—. Haré lo que me diga. No se preocupe más.

La anciana sonrió sin alegría ante el tono aterrorizado de la muchacha, que negaba cualquier valor a sus aparentemente valientes palabras. Pero era la única opción. Como otras tantas veces en la vida. Una repentina punzada de dolor le atravesó los párpados vacíos. Todavía le sucedía a veces, cuando se preocupaba por Sakurachan, aunque hacía ya diez años que había perdido los ojos. Ese era el primer precio que había tenido que pagar para proteger a su nieta.

Fue cuando acababan de mudarse a la ciudad. Vieja, sin apenas conocimiento del país y con una niña de tres años a su cargo, Hisako pensó que el mejor lugar para instalarse era entre sus compañeros, en el pequeño barrio que hacía las veces de *ghetto* en el extrarradio. Ese fue su primer error, y el único que se permitió. Una vez allí, intentó dedicarse a lo único que sabía hacer y que todavía podía hacer a su edad. Sus días de aprendiz de geisha habían quedado atrás. También los malos tiempos después de la guerra, en los que tuvo que hacer cosas de las que no estaba orgullosa. Pero las tabas y los huesos nunca le habían fallado. Así que empezó a recibir a gente. Compatriotas que añoraban los métodos tradicionales de congraciarse con los espíritus. Después, cuando empezó a hacerse cierto renombre, gentes de todas partes. Fue en ese momento cuando atrajo la atención del señor Arai. Una tarde, se presentó educadamente con unos dulces y una tarjeta de bienvenida, lo cual era raro porque Hisako llevaba ya tres meses en el barrio. Con la máxima cortesía, se excusó ante la invitación de la anciana para que pasase a tomar el té, y prometió volver otro día con menos prisa. Todo corrección y simpatía. Salvo por el pequeño detalle de que la tarjeta de bienvenida no era tal, sino una factura. Una cantidad, a entregar

semanalmente, que casi las habría dejado en la indigencia. Así que Hisako la dejó con respeto en el mueble de la entrada, junto a los dulces sin tocar, y pensó qué podía hacer.

Consultó los huesos. Apeló a los espíritus de sus antepasados. Calculó si su precaria economía soportaría mudarse y tratar de empezar de nuevo, pero ya no tenía ahorros y el negocio no estaba yendo tan bien. Pensó en la posibilidad de ceder al chantaje, pero comprendió que si lo hacía ni siquiera podría alimentar dignamente a su nieta. Así que optó por la única salida posible: esperar lo mejor y prepararse para lo peor.

El señor Arai regresó tres días después, al final de la semana. Venía acompañado de dos jóvenes de aspecto mucho menos educado. Respetuosamente, con la justa inclinación de cabeza y tronco, Hisako le dijo que no podía permitirse pagar, que había enviado a su nieta con unos parientes, y que casi todo lo que obtenía se lo enviaba a ellos, con lo cual le era imposible satisfacer la demanda del señor Arai, pero que lo haría en cuanto el negocio mejorase. En silencio, la anciana esperó lo mejor. Pero no sucedió. Desde la puerta, con voz alta y clara para que pudiese oírse en toda la calle, el señor Arai dijo que le daba dos días para pensárselo, y que cuando volviese, si seguía empeñada en no pagarle, le sacaría los ojos. Fue una afirmación improvisada, fruto de la frustración de ver que una vieja se resistía a doblegarse y de que la amenaza que tenía preparada, que era la integridad física de la pequeña, le hubiese sido arrebatada. Pero la amenaza había sido pronunciada en público, y el señor Arai tendría que atenerse a ella. En eso consistía el honor. Por su parte, la pequeña mentira de Hisako sobre el paradero de Sakura, que dormía tranquilamente en su cuarto, era la primera parte de prepararse para lo peor.

Pasaron dos días. El señor Arai volvió, con sus dos acompañantes y un tercero, de mediana edad y con un maletín de gastado cuero negro. Antes de abrir, Hisako se aseguró de que Sakura estaba dormida, y salió a recibir a la comitiva. Nuevamente, con toda la corrección y la calma que se le exigía a una mujer de su experiencia, rechazó la proposición del señor Arai. El señor Arai repuso que lo lamentaba mucho, y la dejó en las manos del señor Yamane, que extrajo de su maletín un par de herramientas médicas sencillas pero efectivas. Hisako no opuso resistencia cuando la inmovilizaron sobre la mesa de la cocina. Sólo tenía que concentrarse en una cosa: no gritar. Sabía que si gritaba, Sakura se despertaría, y quizás salvase los ojos, pero no a su nieta. Así que no gritó. En un momento dado, uno de los hombres que la sujetaban la soltó para vomitar en el fregadero. Ya no lo vio, pero lo oyó. Cuando el proceso hubo terminado, el señor Yamane le dejó un vendaje puesto, y los apósitos necesarios para cambiárselo y que no se infectase. También le dejó los ojos en un frasco. Desde la puerta, el señor Arai le informó de que volvería la semana siguiente a por su dinero, y que si no lo tenía, la mataría. Hisako no respondió. El dolor era atroz. Despiadado. El sufrimiento, inimaginable. La angustia, inmensa, inabarcable. Tal y como había supuesto que serían. Así que, con Sakura aún dormida, concentró todo

ese dolor. Todo ese sufrimiento. Toda esa angustia. Todo ese odio. Y lo dobló. Lo plegó. Lo volvió a doblar como si de una figura de origami se tratase. Le dio forma. Todo lo que había aprendido en su larga vida estaba allí: las sílabas de poder del monje que la salvó de la bomba de Hiroshima, y que después la utilizó de esclava sexual; las maldiciones de la joven china que le enseñó a ganarse la vida con su cuerpo y a sobrevivir al hambre y la posguerra; los símbolos del apuesto *gaijin* que le devolvió la confianza en sí misma y la inició en los excesos superfluos de la magia occidental. Todo. Tenía dolor y sabiduría suficientes para arrasar una ciudad. Más que de sobra para acabar con un puñado de extorsionadores. Nadie fue a visitarla la semana siguiente.

El señor Arai fue ingresado esa misma noche en un hospital. El diagnóstico que garabateó un residente inseguro y totalmente confundido, tras dieciséis horas de agonía absoluta del paciente, fue intoxicación alimentaria. La realidad es que su cuerpo había sido devorado desde el interior por cientos de diminutas serpientes. Nervio a nervio. El señor Yamane tuvo un desgraciado accidente al precipitarse por una alcantarilla abierta. La caída no fue mortal, sólo se partió una pierna. Aun así, su cuerpo fue encontrado varias semanas después, en una revisión rutinaria de las cloacas. El forense indicó que probablemente se lo hubiesen comido las ratas. Probablemente vivo. El joven de nombre desconocido que vomitó tuvo suerte, y perdió la vida sin apenas sufrimiento en un choque frontal de su moto contra un muro a casi doscientos kilómetros por hora. Al parecer iba borracho, e Hisako siempre pensó que se había suicidado, bien por remordimientos o al intuir las fuerzas que se habían desatado en su contra. Su compañero decidió alejarse del barrio, y tuvo un encuentro con un grupo de neonazis que, al parecer sin provocación alguna, le golpearon, le violaron repetidas veces y le dejaron morir con una barra de metal de casi un metro incrustada en el recto. Nadie más volvió a molestar a la anciana ni a su nieta. Nunca. Los vecinos se encargaron de que tuviesen comida y ayuda mientras se recuperaba de sus heridas. Algunos comerciantes incluso le ofrecieron una compensación económica por su sufrimiento y los efectos beneficiosos que había tenido en el barrio, pero Hisako la rechazó con educación. Sólo había hecho lo necesario. Finalmente, como el dolor no desaparecía y llevarla a un auténtico hospital habría despertado demasiadas preguntas, el hijo de la señora Kikuchi, que iba a la universidad y conocía a mucha gente extraña, sugirió que llevasen a la anciana a ver al Irlandés. El Irlandés la ayudó a aliviar el dolor, y a otras cosas, y a su vez ella le ayudó a él. Y todo mejoró.

De eso hacía ya diez años. Y de nuevo Hisako Takahasi no tenía otra opción que esperar lo mejor y prepararse para lo peor. Aunque en esa ocasión salvar a Sakura implicase hacerle daño. Todo requiere siempre un sacrificio. O al menos todo lo importante.

—Ya estoy lista, Hisakosan —dijo su nieta desde la habitación.

Lista quería decir vestida con el kimono de novia, peinada, perfumada. La

anciana sabía demasiado bien lo que significaba estar lista. Y sabía que Sakura no lo estaba. Pero ante lo que se aproximaba no había otra opción.

—Ve a tu habitación, Sakurachan —respondió con una sonrisa, que esperó que su nieta pudiese ver—. Aguarda allí hasta que te llame.

Sakura asintió, y la oyó retroceder y sentarse en el futón. Percibió su respiración rápida y tensa, el roce inquieto de sus manos sobre la delicada tela del kimono. Conteniendo un suspiro de dolor que sabía que no ayudaría a nadie, la anciana avanzó hacia la puerta con los pasos lentos del que sabe que se dirige hacia su propio funeral. Llegó a ella apenas unos instantes antes de que llamasen al timbre. Y abrió.

4. El mensaje

La Ciudad, ahora.

A pesar de haber matado a muchos (muchísimos) animales, era la primera vez que Frank R. Schiolla pisaba un cementerio. No le pareció nada del otro mundo. Cuando murieron sus abuelos, él era demasiado pequeño y supuestamente demasiado impresionable como para ver el espectáculo. Y muchos años después, cuando murió su padre, dio la casualidad de que estaba de viaje de negocios, de modo que el no acudir al funeral le pareció lo más natural, y conllevó la ventaja añadida de que su familia prácticamente le desterró, y ya no tuvo que mandar felicitaciones por Navidad nunca más. Tras ello había habido un par de fallecidos relativamente próximos (la madre de algún directivo, un tío de su mujer), pero siempre había logrado evitar hacer acto de presencia en los sepelios. Y no es que les tuviese un especial respeto. La muerte no le asustaba, ni le resultaba desagradable ni grotesca. Simplemente le parecía absurdo perder un par de horas preciosas de su vida dedicándoselas a un pedazo de carne a punto de pudrirse. Pero ahora había un buen motivo, así que allí estaba, tratando de darle algún sentido al mapa que había en la entrada.

En teoría, el proceso a seguir era sencillo. Cualquiera que supiera fijarse en los detalles podría llevarlo a cabo, y de hecho históricamente no eran pocos los individuos que habían entrado en contacto con los Arcontes sin tener conciencia auténtica de su presencia, simplemente fijándose en los detalles. Frank no tenía ni idea de si podían existir el cielo y el infierno, pero algo en su interior le decía que gran parte de esas leyendas de pactos con el diablo y venta de almas tenían en gran medida que ver con la forma de actuar de los Arcontes. Pero hay una gran diferencia entre saber cómo se hace algo, y hacerlo. Iba a hablar con un Arconte. No a sacrificar a una rata y esperar que un pardillo firmase un contrato. Era la misma diferencia que hay entre pulsar el botón del microondas y que el agua se caliente, y encontrarte un puto hongo nuclear delante de las narices. O eso suponía. La verdad es que no tenía ni la más remota idea de lo que se iba a encontrar, y probablemente eso le asustase aún más. Pero tenía que hacerlo. Era su oportunidad para deshacer los errores. Para triunfar como se merecía.

Sin tener del todo claro lo que significaba la enorme variedad de símbolos del mapa (malditos cementerios multirreligiosos, o como quiera que se llamasen, pensó), Frank optó por dirigirse hacia lo que estaba marcado como «Administración-depósito». Mentalmente, repasó los pasos de la invocación: hacerse un corte en el dedo, manchar con su sangre la paloma, degollar la paloma, verter su sangre primero sobre sus ojos y después un poco en su boca. Todo ello pronunciando durante el proceso las invocaciones adecuadas, que tampoco eran nada del otro mundo. Y la

puerta se abriría, y lo que quiera que fuese un Arconte aparecería. Pan comido, en cuanto encontrase la maldita puerta.

En el edificio de administración había un aséptico mostrador, más propio de la recepción de una elegante oficina de seguros (como la suya, pensó con amargura) que de un sitio lleno de gente muerta, y tras el mostrador un veinteañero pulcro y sonriente, tan sonriente que a Frank le entraron ganas de darle una bofetada para recordarle que no era más que un patético aprendiz de sepulturero. Pero lo que hizo fue corresponderle con su mejor sonrisa de vendedor, y preguntar educadamente.

—¿El osario, por favor? —dijo con un tono en la misma medida inocente y confiado.

—Debe utilizar la entrada exterior —le indicó el encargado del mostrador, señalando la puerta por la que había entrado—. Gire a la derecha, y bajando por la escalera.

—Gracias —se despidió Frank.

Así de fácil. Si parece que sabes lo que estás haciendo, generalmente la gente cree que sabes lo que estás haciendo. Al menos los mierdecillas como el del mostrador. Si los peces gordos y las tías buenas se le hubiesen dado igual de bien, nunca habría necesitado matar una rata, pero en cuanto veía la posibilidad de lograr algo grande, se venía abajo como una gelatina puesta al sol. Lo había aceptado hace mucho tiempo, así era él.

Salió al exterior y rodeó el edificio hacia la derecha, encontrando fácilmente la escalera que conducía al osario. Llamó a la puerta. Nadie contestó. Comprobó la cerradura. Estaba abierta. Sin embargo el osario no era como se lo esperaba. En su mente, quizás influida por demasiadas películas de terror en su adolescencia, se había imaginado una especie de gruta repleta de huesos (al fin y al cabo era un osario, ¿no?), un cruce entre catacumbas medievales y fosa común. Pero lo que encontró fue una pequeña habitación alicatada con azulejos blancos, en la que se habían montado grandes estanterías metálicas que llegaban hasta el techo, y en cuyas baldas se acumulaban bolsas de plástico negro de aspecto robusto. Frank supuso que en su interior estarían los huesos. Primero el mapa, propio de un centro comercial; luego el oficinista absurdo; ahora las bolsas de plástico en estanterías. Claramente el mundo estaba tratando de convencerse de que la muerte era un simple proceso administrativo, aséptico y necesario, aunque a veces doloroso. Pero no era así. Era sangre, dolor y mierda para unos. Triunfo y éxito para otros. Y él quería ser de esos otros. Así que sin perder más tiempo cerró la puerta a su espalda, confió en que no le interrumpieran, y sacó la paloma y el cuchillo.

El comienzo fue sutil. Un parpadeo demasiado largo. Una pequeña mancha en la pupila que desaparece en cuanto te fijas en ella. Una sombra que se mueve quizás unos instantes cuando todo lo demás está quieto. Entonces una gota de sangre resbaló por el párpado, superó las pestañas y penetró en su ojo, cubriendo todo de un velo rojo. Frank se frotó el ojo, tratando de aclarar la vista, y allí estaba. No era una sombra, aunque en realidad sí lo era; una sombra de algo mucho más oscuro y antiguo que cualquier cosa que Frank pudiera imaginar. No era la sombra que proyecta el sol o la luna; era una sombra de la oscuridad que había antes de que nadie pudiese concebir siquiera la existencia de la luz. Pero aun así era una sombra: carecía de fuerza, de sustancia, de voz, casi de poder. Era todo lo que los Arcontes eran capaces de proyectar en este mundo, en esta época y en este momento, incluso en un lugar tan propicio para ellos como un osario. Apenas una millonésima parte de lo que habían sido y lo que podían ser. Más que suficiente para que Frank sintiese como la orina se le escapaba y destruía cualquier fantasía de higiene que pudiese quedarle.

Tragando saliva para ver si así lograba tragarse también algo del miedo, Frank intentó concentrarse en busca de alguna forma o pista en la sombra que le diese una clave de cómo comunicarse con ella. Era indefinida, pero claramente más alta que larga. Como una sábana rectangular y oscura. O mejor dicho, pensó, como si algo estuviese envuelto en esa sábana rectangular y oscura. Intentó tragar saliva de nuevo, pero tenía la boca seca.

—Tengo un mensaje —dijo, y sin tener claro por qué lo hacía, se dejó caer de rodillas frente a la sombra y clavó la mirada en el suelo—. Un regalo. Una gran oportunidad.

Eso último no lo sabía, pero lo suponía, o más bien quería suponerlo. El encuentro de esta mañana no podía ser casual, no iba a permitir que fuera casual si podía evitarlo. No hubo respuesta alguna, pero Frank se resistió a levantar la mirada. Sentía la intangible presencia de la sombra frente a él, y con un escalofrío fue consciente de que la figura se estaba aproximando, con un susurro demasiado bajo para ser inteligible. Unos instantes después no necesitó levantar la mirada para observar la parte inferior de la oscura forma justo frente a él. Algo tiró de su barbilla hacia arriba, como si una mano fría como la muerte e inexorable como el tiempo estuviera levantándosela, y sin querer hacerlo (en ese momento habría preferido sacarse los ojos, si hubiese sido una persona con valor para hacer algo así, pero sabía de sobra que no lo era), fijó la vista en el lugar en el que deberían estar los ojos de la sombra. Una sombra dentro de otra sombra. Una oscuridad dentro de otra. Y allí, en el fondo, un hambre insaciable, una sed inmensa, un vacío que nunca podría ser llenado, pero que quería, deseaba, exigía siempre lo mismo: carne, sangre, vida. Frank sintió como sus esfínteres se descontrolaban, y su última comida alcanzó el exterior antes de lo previsto. A su interrogador no pareció importarle.

Porque eso era lo que estaba sucediendo. La sombra estaba penetrando en él: en sus conocimientos, en sus recuerdos, en sus vivencias. Volviéndolas del derecho y del

revés, como un carcelero eficiente que no quisiese dejarse nada valioso antes de mandar a su víctima a la cámara de gas. Lo revisó todo. Lo valoró todo. Y al final, cuando Frank pensó que ya no le quedaba nada, que no era posible desnudarle más y que sólo le aguardaba sentir cómo le desgarraban su misma alma, si es que tenía algo así, y la devoraban frente a sus llorosos ojos cubiertos de sangre de paloma, la sombra le devolvió algo: una promesa. Una promesa que no tenía límites: riquezas, mujeres, fuerza, gloria. Podía tenerlo todo. Todo. A cambio de un precio, por supuesto, pero de un precio tremendamente razonable y proporcional. Indudablemente aceptó. Un instante después estaba tumbado en el suelo, riendo de forma histérica y descontrolada, sin ser consciente de que se estaba revolcando entre sus propios excrementos, pero si se hubiese dado cuenta en ese momento no le habría importado demasiado. Al fin y al cabo, si jugaba bien sus cartas iba a convertirse en el jodido rey del mundo.

3

La risa cesó con la misma brusquedad con la que se había iniciado, y Frank R. Schiolla se incorporó y miró su reloj con preocupación. Tenía que correr como un cabrón si quería interceptar a su objetivo a tiempo. Así que salió corriendo del osario, sin preocuparse por el rastro de fluidos que iba dejando tras de sí. Mientras atravesaba velozmente los cuidados senderos del cementerio (¿qué se creían?, ¿que era un puto jardín?) fue reuniendo todo el dinero que le quedaba en un fajo pulcro y ordenado, y preparó su mejor sonrisa de «no te puedes imaginar el día que he tenido hoy». En cuanto llegó a la calzada, levantó la mano del fajo a la espera de que alguien parase. Unos segundos después, una maltrecha furgoneta se detuvo en seco frente a él. Frank había supuesto que lo que pararía sería un taxi, pero no estaba para remilgos. Hoy no.

—¿Puedo ayudarle, amigo? —dijo un joven rubio con barba y un marcado acento que no reconoció.

—¿Puede llevarme a media ciudad de camino en veinte minutos? —preguntó Frank con una sonrisa de complejidad—. Me estoy jugando mi futuro en ello.

—Si ese fajo es para mí, sin dudar, amigo —dijo el improvisado chófer, y se estiró para abrirle la puerta del acompañante.

Cuando lo hizo, el hedor que rodeaba a Frank llegó hasta él, y arrugó la nariz, pero no por eso dejó de abrir la puerta.

—¿Una noche difícil, amigo? —dijo el conductor cuando Frank ya había colocado sus húmedos pantalones sobre el asiento, con un sonido plastoso.

—No puede ni imaginarlo —contestó Frank, mientras buscaba en el vehículo una

pista que le permitiese saber algo más de su conductor.

Un buen vendedor tenía que estar atento a los detalles. Había una pequeña foto donde se veía a una chica rubia en la puerta de un edificio en mal estado, pero no fue capaz de ubicar ni el lugar ni los rasgos de la chica.

—Es mi hermana Tanya —dijo el conductor, mientras le tendía la mano y aceleraba al mismo tiempo—. Alekséi Serguéyevich Sidorov.

—Frank R. Schiolla —respondió Frank, sin saber si la familiaridad de su conductor le molestaba o le agradaba.

Alekséi miró durante unos instantes los pantalones manchados de orina y heces, y luego el fajo de billetes que Frank seguía manteniendo sujeto y a la vista. Luego lanzó una risa clara y sincera, y estirándose de nuevo abrió la guantera. En su interior había una botella de vodka, un par de vasos y un bote de pepinillos en vinagre.

—En la siguiente a la derecha —dijo Frank mientras destapaba el inesperado desayuno y le pasaba un vaso a su chófer.

4

Quince minutos después estaba sin un céntimo en el bolsillo, y en mitad de un barrio en el que al parecer sólo había chinos. O japoneses. O asiáticos. O a quién mierda le importaba. El asunto es que había llegado a tiempo. Justo a tiempo. Casi antes de que acabase de echar una ojeada a los edificios que le rodeaban, vio salir de la boca de metro al engendro que le había visitado un par de horas antes. Y el engendro también lo vio. Aun así, no cambió de dirección ni aminoró el ritmo, por lo que Frank tuvo que cruzar la calle rápidamente para interceptarlo. Sólo cuando estuvo colocado directamente enfrente de él, el extraño se detuvo. En silencio, mirándole con esos ojos inexpresivos, con ese rostro inexpresivo. Como si llevase puesta una maldita máscara de plata que no reflejase nada. Un escalofrío le recorrió la espalda, pero no le impidió mostrar de nuevo su sonrisa de vendedor. Ojalá tuviese ahora una buena rata en el bolsillo para evitar que se torcieran las cosas. Pero no había tiempo para nada más.

—Traigo un mensaje importante para ti —dijo—. Un trato. Un trato muy beneficioso.

La jodida máscara de plata no se alteró lo más mínimo, así que Frank prosiguió sin dejarse intimidar, o al menos sin dejarse intimidar demasiado.

—Mis amos pueden darte a quien buscas —dijo, y quiso creer que esa afirmación provocaba una minúscula onda en el rostro de su interlocutor, pero quizás fuesen imaginaciones suyas—. En el momento en que quieras, pueden ponerlo a tu alcance. Sólo exigen un precio justo por ello.

Ahora el silencio dramático. Un buen vendedor tiene que saber lanzar el anzuelo, y después dejar que la presa pique sola. Que demuestre interés. Traerlo a tu terreno. Pero el engendro no picó. No preguntó cuál era el precio justo. No preguntó cómo podían entregarle a quien estaba buscando, ni cómo sabían de quién se trataba, ni quiénes eran sus amos. El cabrón ni siquiera lanzó una mirada de interés. Se limitó a permanecer en silencio e inmóvil delante de Frank. Diez segundos. Veinte. Treinta. Sin poder aguantar la tensión, levantó las manos de forma conciliadora, como si le hubiesen amenazado físicamente, y se echó a un lado. Y el hijoputa silencioso siguió andando, como si en vez de recibir lo que en teoría era la oferta de su vida, hubiese tenido que pararse en un maldito semáforo.

Pero ya estaba hecho, se dijo Frank. Él había cumplido su parte, había entregado el mensaje. Ahora a esperar. Si encontraba la forma de volver hasta su azotea sin blanca y sin saber realmente dónde estaba. Y oliendo a mierda. Se metió las manos en los bolsillos (húmedos y pringosos) y comenzó a caminar silbando una cancioncilla tradicional. Hoy podía ser el comienzo de lo mejor de su vida, y no iba a dejar que unos pequeños detalles lo estropeasen.

5

Ivo dejó atrás al inquilino de la azotea y continuó avanzando sin pausa hacia su destino. No necesitaba cerrar los ojos para seguir oliendo el hedor que emanaba de él, pero eso no hacía su propuesta más o menos interesante, ni más o menos útil. Simplemente era otra opción; otra opción sin origen ni final, sin objetivo. Aún era un cazador sin presa, y no podía permitirse seguir siéndolo mucho más tiempo. Lo notaba. Algo estaba sucediendo. No allí, no a unos kilómetros, fuesen pocos o muchos. Algo estaba sucediendo en otra parte, y ese algo iba a complicar mucho su caza.

Finalmente recorrió los últimos metros que le faltaban y subió los cuatro escalones que le dejaron en la puerta de Hisako Takahasi. La vidente. Y se detuvo frente al timbre. Había llegado hasta allí porque era su única opción. Ahora tenía otra. Hasta hace unos instantes, eso no habría significado nada. Si una pista no conducía a nada, podría seguir la otra. Esa era la esencia del cazador: no importaba cuánto corriese su presa, ni cómo de bien se escondiera. Al final acabaría encontrándola. Y sin embargo... Sin embargo ahora notaba un reloj pendiendo sobre su cabeza, un gigantesco reloj de arena negra del que dependía el futuro del mundo. No, no del mundo. En otra parte. Del que dependía el futuro de todo. Tenía que elegir bien, porque a partir de ese momento quizás volver atrás para seguir otra pista significase llegar demasiado tarde. Y había prometido que no les fallaría. Lo supo en cuanto

surgió el pensamiento. No sabía a quiénes ni por qué, pero sabía que había hecho esa promesa. Y que estaba dispuesto a cumplirla, sin detenerse ante nada ni nadie. A sangre, hierro y muerte. Esas tres palabras provocaron un eco lleno de intensidad en su espíritu, y habría esbozado una fría sonrisa si hubiese sido capaz. Dudar también era perder un tiempo que ya no tenía. Así que llamó al timbre.

5. El cuchillo y la flor

La Ciudad, ahora.

Desde el mismo momento en que entró en la pequeña casa, Ivo supo que había elegido el camino lento. Había sido su decisión libre, y ya no tenía sentido lamentarse, pero indudablemente iba a ser lo menos parecido a una carrera de velocidad.

Nada más cruzar la puerta, la anciana le recibió con una profunda reverencia.

—Bienvenido al hogar Takahasi, Cazador —dijo, y al volver a incorporarse centró sus cuencas vacías en él—. Entra libremente, y devuelve hospitalidad por hospitalidad, honor por honor, regalo por regalo.

No era un saludo. Era un conjuro. Ivo sintió que en las palabras había mucho más que sonido. Había fuerzas antiguas entrelazadas, energías ancestrales y poderosos lazos. Pero eran lazos que les resultaban ajenos, igual que había sucedido con el fútil ataque que había lanzado contra él el inquilino de la terraza.

—Te informo, anciana —le contestó—, de que tu magia humana no tiene ningún poder sobre mí.

Si es que se sorprendió al oírlo, Hisako no lo dejó traslucir. Se limitó a inclinar de nuevo la cabeza, esa vez un poco menos.

—En ese caso, apelo a tu magnanimidad y justicia, Cazador —repuso, y le indicó que la siguiese hacia el salón contiguo.

Toda la casa estaba amueblada al estilo oriental, así que Ivo imitó a la anciana y se sentó en el suelo, colocándose cada uno a un lado de una pequeña mesa de té. Entonces vio a la muchacha. Tendría unos trece años y desprendía miedo por cada uno de sus poros, aunque intentaba que no se notase. Vestía un delicado kimono, y parecía peinada y maquillada para alguna ocasión especial, lo cual resultaba fuera de lugar.

—Mi nieta, Sakura —dijo la anciana, que de algún modo había notado que la atención de Ivo estaba en otra parte—. Atiende a nuestro invitado, Sakurachan.

La chica asintió y se retiró hacia una pequeña cocina. Ivo no tenía sed. Tampoco hambre. Pero era consciente de que llevaba muchas horas sin comer ni beber, y de que probablemente el cuerpo que llevaba necesitaría sustento si pretendía que le durase, así que esperó en completo silencio mientras la joven trabajaba en la cocina y la anciana permanecía en un silencio igual de completo. El camino lento. Unos minutos después, Sakura regresó con una bandeja pulcramente organizada con una variedad de pequeños platos.

—*Kaiseki* —dijo la anciana.

Ivo engulló la comida con rapidez, sin saborearla especialmente ni disfrutar de

ello. Para él era tan sólo un proceso necesario. Luego llegó otro plato, con elementos más dulces, y también dio cuenta de él. Sólo cuando su nieta hubo retirado ese segundo plato, Hisako habló.

2

En silencio y lo más rápido posible, Sakura retiró la bandeja con los platos y se ocultó en la cocina. En cierto modo, el desconocido era menos terrible de lo que había pensado. Y al mismo tiempo mucho más espantoso. Cuando Hisakosan le explicó lo que tendría que hacer, el mayor temor de Sakura, aparte de lo evidente del acto en sí, era que el desconocido fuese... no sabía cómo explicarlo. Un depravado. Alguien mayor, feo, repulsivo, que la mirase continuamente con lujuria mientras se acariciaba la entrepierna. Alguien que la contemplase como un objeto, y que tratase de tocarla antes de tiempo, o más de lo necesario. Alguien violento y brutal, que le chillase y la insultase. Y el desconocido no era así. Es cierto que no era especialmente atractivo, pero tampoco era desagradable. No era lujurioso. Ni violento. En cierto modo, pensó, era como si simplemente no fuera. Apenas había hablado, apenas la había mirado, y había engullido sin emoción ni alegría. Con un escalofrío, repitió mentalmente tres de las pocas palabras que había dicho: «tu magia humana». ¿Qué era, entonces, esa criatura sin emociones? ¿Era un cascarón vacío de algo que debía temer? ¿Algo que desgarraría su envoltura cuando fuesen al dormitorio, y la desgarraría a ella para siempre? Involuntariamente, Sakura se llevó la mano al vientre. Al otro lado de la delgada pared, Hisakosan empezó a hablar, pero ella no pudo soportar quedarse a escuchar. Tenía que confiar en su abuela. ¿Qué podía hacer, si no? Era lo único que tenía. Mareada y con ganas de vomitar, se acercó a la ventana de la cocina y sacó la cabeza todo lo que pudo por ella en busca de algo de aire fresco, pero fuera todo estaba en suspenso. Tampoco había alivio para ella en el exterior.

3

—Has aceptado mi hospitalidad y mis rituales —dijo Hisako—, y ahora debo entregarte lo prometido.

El Cazador permaneció inexpresivo, pero atento. La anciana no necesitaba ojos para ser consciente de ello. Lenta y ceremoniosamente, levantó un sencillo cuchillo con empuñadura y vaina de madera.

—Este *tanto* —continuó— fue ganado con mucho sufrimiento. Ha sido empleado para matar a señores y plebeyos, y probó sangre no humana cuando todavía su metal no se había enfriado.

Con gran ceremonia, le ofreció el arma al Cazador.

—He leído el destino —añadió Hisako—, y sin un arma adecuada no podrás derrotar a tu oponente. Acepta esta a cambio de un precio justo.

Ivo contempló la antigua hoja. Podía sentir su poder, su mortífero filo. La fuerza que aportaría a cualquier mano que la empuñase. Lo sencillo que sería matar y destruir con ella. Y casi al mismo tiempo sintió que, aunque la anciana tenía razón en lo que decía, esa arma en concreto no le serviría de nada.

—Hierro —dijo, y las palabras surgieron de nuevo de ese rincón de instinto que le iba guiando a impulsos—. Necesito un cuchillo de hierro puro.

Una fina línea de disgusto se formó en el rostro de Hisako. No había podido prever eso. Pero no todo estaba perdido.

—No dispongo aquí de un arma de esas características —dijo sin dejar de ofrecer el *tanto*—, pero puedo proporcionártela si consideras justo el acuerdo.

Ivo escrutó a la anciana. No le estaba engañando. Y ahora estaba completamente seguro de que ese cuchillo iba a resultarle imprescindible.

—Te escucho.

Hisako asintió, pero guardó silencio unos segundos. De nuevo revisó todas las líneas del destino, todas las posibilidades, todos los caminos. Pero nada había cambiado. Sólo había una opción para estar segura de que Sakura se salvaría, y era esta.

—Acepta a mi nieta como consorte, y te proporcionaré el arma.

—No necesito consorte —repuso Ivo.

—No estoy diciendo que la necesites, Cazador —insistió Hisako—. Sólo te estoy pidiendo que consumes el pacto. Con eso me daré por generosamente pagada.

Ivo reflexionó sobre las implicaciones y posibilidades de la oferta, pero aunque había cosas que sabía, había demasiadas cosas que aún no sabía ni comprendía. Sabía que necesitaba el cuchillo de hierro. Sabía que la anciana podía conseguírselo. Pero no sabía qué podía significar que la muchacha se convirtiese en su esposa. De hecho, no estaba seguro de que tuviese la capacidad física de practicar sexo. No sentía deseo alguno, aunque comprendiese que necesitaba comer y beber. Pero ¿una erección? El pensamiento le pareció completamente ridículo y fuera de lugar. Era el Cazador. No copulaba. No reía. No bailaba. Sólo perseguía, atrapaba y destruía. Y para eso necesitaba el cuchillo. Así que no había mucho más que decidir.

—Acepto —contestó finalmente. Hisako asintió, pero no se permitió ningún tipo de sonrisa. No había alegría en lo que acababa de hacer. Sólo necesidad.

—Te ruego, Cazador, que aceptes igualmente este cuchillo como parte de la dote —dijo, e Ivo lo cogió y lo dejó a su lado en el suelo—. Ahora, completemos la ceremonia. ¡Sakurachan!

Al oír su nombre, la muchacha se apresuró a reunir lo necesario para preparar el té. No había escuchado todo, pero no le hizo falta. No podía frenarse lo inevitable.

4

El futón, que durante los últimos años se había convertido en su rincón personal para soñar y planear, para escapar a otros mundos y ser cualquier cosa que deseara, se había transformado de repente en una prisión y un cadalso. Sakurachan moriría en unos minutos. No podía dejar de pensarlo. Y después quedaría lo que el desconocido dejase de ella. Si es que quedaba algo. La suave pero firme mano de su abuela la empujó ligeramente, y Sakura dio los dos últimos pasos y se arrodilló junto a la cama. El Cazador las seguía unos pasos más atrás.

—Es posible que no sea capaz de hacerlo, anciana —dijo con su voz desprovista de cualquier emoción.

—Debe hacerse —repuso Hisakosan—. Debe sellarse el trato.

—Hay otros modos de sellarlo —insistió el Cazador—. Podría pronunciar un juramento.

No parecía estar incómodo ni inseguro. Nada lo delataba, pero a pesar de ello sus palabras indicaban que se sentía reacio a llevar a cabo lo inevitable. Por un segundo Sakura quiso creer que había una posibilidad para ella. Pensar en recibir un juramento de matrimonio del Cazador era terrible, pero menos. Una promesa distante y lejana de un futuro hipotético, que quizás le daría tiempo para descubrir a un hombre apuesto y amable tras esa helada máscara de plata. Levantó la mirada a la pequeña estantería que había sobre su cama y que albergaba sus novelas favoritas, aquellas que había ido reuniendo poco a poco en librerías de segundo mano. Novelas en las que los jóvenes héroes y heroínas siempre encuentran pronto al amor de su vida, pero tienen tiempo de crecer antes de que ese amor se transforme en carne, sangre y dolor. Como Simón y Miriamele en *Añoranzas y pesares*. Como Cosette y Marius en *Los miserables*. Su mirada se detuvo en el gastado ejemplar en dos volúmenes. «¿Por qué tienen que pasarle cosas malas a la gente buena?», pensó. Y en su mente resonó la voz de su abuela: «¿Y por qué no?».

Cualquier posibilidad desapareció en cuanto Hisakosan contestó tozuda al Cazador.

—No —dijo—. Un juramento puede romperse. Pero hay cosas que no pueden ser deshechas, y esta es la más segura que conozco.

El Cazador se encogió de hombros y entró en la pequeña habitación de Sakura. Su presencia era como el lento avance de un glaciar, que con su descenso pasivo pero ineludible va destrozando todo lo que toca. En silencio, Hisakosan se arrodilló justo

en la entrada de la habitación, de espaldas al interior, aunque fuera simbólicamente. Una lágrima cayó lentamente de sus cuencas vacías en cuanto le hubo dado la espalda a su nieta, pero Sakura nunca lo supo. De hecho, sus pensamientos estaban ya a miles de kilómetros de distancia de su abuela. Toda su atención, todo su temor, todo su espanto estaban centrados en la mano que el desconocido alzaba lentamente hacia su mejilla. Le rozó la cara con la punta de los dedos, unos dedos ásperos y fríos. Su mirada era inescrutable. Dejó la mano allí durante cinco, diez segundos. No se movía, no desviaba la mirada (aunque realmente no la miraba a ella, más bien miraba a través de ella); Sakura casi diría que no respiraba. La muchacha sintió que si esa insoportable pausa se prolongaba un poco más, se vendría abajo y trataría de salir corriendo de la habitación. Y eso significaría su muerte y la de su abuela, o algo peor. Eso lo había comprendido perfectamente. Con manos temblorosas, comenzó a bajarse el kimono.

—Tómame, por favor —dijo bajando la mirada. Silencio. La mano se retiró de su mejilla. Y el Cazador se rió.

5

Desde el momento en que vio a la muchacha, incluso antes de cruzar la puerta de su habitación, Ivo supo que no iba a poder tener sexo con ella. Comer era una necesidad que comprendía imprescindible para su cuerpo, y que podía llevar a cabo. Pero el sexo... La idea era absurda. ¿Poner su pene en erección, desnudar a la chiquilla y penetrarla? ¿Por qué? ¿Para qué? La sonrisa inexistente se esbozó en su mente. Era el Cazador. No sentía deseo. Y no podía inventárselo. Trató de explicárselo a la anciana, pero no atendió a razones, así que no tenía más remedio que intentarlo. Extendió la mano para rozar su carne, una carne cálida y temblorosa. Podía oler su miedo, un miedo callado y sumiso, y trató de percibir algún trazo de excitación o de deseo bajo ese miedo, para intentar quizás hacerlo suyo. Nada. La muchacha sólo estaba aterrorizada. ¿Cómo transformar el miedo de una chiquilla en excitación por su parte? Pensó en lo que habría hecho el otro Ivo, el anterior. Habría sido rápido y directo. Para empezar, la presencia de una «presa» le habría excitado directamente. Su erección habría sido visible a través del pantalón, y probablemente la habría apretado contra la chica para aumentar su pánico. Entonces le habría arrancado el precioso kimono, destrozándolo a ser posible. La habría lanzado sobre el futón y se habría quitado la ropa lentamente, para que ella tuviese tiempo de saborear el espanto. El terror de la víctima como alimento del deseo. La violencia transformada en sexo. El sexo transformado en violencia. Ese era el camino de depredadores humanos como Ivo. Ese era el único camino para poder consumir el pacto como quería la anciana.

—Tómame, por favor —dijo la muchacha.

Ivo retiró la mano. Visualizó de nuevo el proceso. Jirones de ropa. Carne suave y blanca al descubierto. El miedo. Sobre todo el miedo. Una embestida violenta. Sangre y gritos. La satisfacción brutal y despiadada. Y lanzó una carcajada, una carcajada sincera y fría como su propio corazón. Su pene permanecía flácido e inútil, y tenía la certeza de que seguiría así. No iba a pasar como quería la anciana, pero tendría que hacerlo de algún modo.

—Te llamas Sakura, ¿verdad? —dijo. La muchacha asintió—. Vale. Siéntate y quédate tranquila. Hoy no va a violarte nadie. Vuelvo en un momento.

Ante la sorpresa de la chica y el desconcierto de la anciana, Ivo abandonó el dormitorio y cruzó el pequeño salón para llegar hasta el baño. Allí se lavó las manos rápido pero a conciencia, cogió un bote de crema hidratante que había junto al jabón y regresó.

—Tumbate —dijo. Sakura se tumbó e Ivo le indicó que doblase las piernas y se levantase el kimono, dejando a la vista unas sencillas braguitas blancas. La muchacha empezó a respirar agitadamente.

—¿Te gustan las novelas de fantasía? —preguntó.

—Sí —respondió Sakura tras unos segundos de desconcierto.

—¿Por qué?

—No sé... Porque...

Ivo no esperó a que terminase. Mientras comenzaba a hablar, se aplicó una generosa cantidad de crema hidratante en la mano, apartó la ropa interior y rápidamente le introdujo dos dedos en la vagina y los sacó de nuevo. Antes de que el grito surgiese de los labios de la muchacha, ya había terminado y estaba de pie.

—Ya estamos casados, anciana —dijo mientras acudía a la cocina para limpiarse la mano con una servilleta—. Sangre derramada, promesas irrompibles y demás.

La anciana miró en su dirección, desconcertada.

—Esa no es la forma... —balbuceó.

—Tú misma lo has dicho. Hay cosas que no pueden ser deshechas. Cumple tu parte —dijo Ivo—. Este es todo el tiempo que voy a concederos.

La vidente se incorporó, rehaciendo el gesto lo mejor que pudo.

—Recuerda, Cazador —dijo—, que ahora tienes una esposa, con los compromisos que eso representa, incluso para alguien como tú.

—Lo recordaré —repuso Ivo—. Ahora, mi cuchillo.

La anciana asintió y comenzó a avanzar hacia la puerta. Ivo se dispuso a seguirla, pero en el último instante se dio la vuelta y recogió el *tanto* que había dejado junto a la mesa. Lo sopesó. Era una buena arma. En dos zancadas cruzó el salón y se lo entregó a Sakura, que se encontraba encogida en el futón. Podía oler la pequeña mancha de sangre en la parte baja del kimono. La muchacha lo cogió sin mirarlo. Ivo no esperaba otra cosa, pero aun así le habló.

—Ahora estamos casados —dijo—. No debes temer nada de mí. Ni de nadie.

Sakura levantó la mirada para contemplar los gélidos ojos del Cazador. Y supo que lo que decía era verdad. Después volvió a acurrucarse, con el cuchillo firmemente aferrado con la mano derecha.

—¿Eso es lo que querías, anciana? —dijo Ivo volviéndose hacia Hisako.

La vidente asintió.

—Vamos a ver al Irlandés —anunció mientras abría la puerta de la calle—. Él te conseguirá tu cuchillo.

6. El Irlandés

La Ciudad, ahora.

Sombra bebió con cuidado un sorbo de su taza de té *Earl grey*, pero se quemó igualmente. A través del sucio cristal de la ventana podía contemplar el movimiento habitual del mercadillo que comenzaba a organizarse, como cada mañana. Tenderetes que exponían artesanía de cuero, supuesto arte de importación, ropa ecológica, verduras aún más ecológicas. Un poco de todo lo que pudiese atraer a una buena mezcla de turistas y paseantes de otras zonas de la ciudad. Si levantaba la vista, podía contemplar las maltrechas columnas del templo de Apolo, lo único que quedaba después de siglos de reutilización y expolio, justo al otro lado de la horrible valla de protección, cubierta de pintadas y carteles. Buena forma de proteger el patrimonio.

Había sido una noche extraña. Había ido a ver a Olena, pero al final se habían pasado todo el rato hablando. Y él no estaba para derrochar el dinero. Cuando salió, el cabrón de Mijailo, que debía de haber estado escuchando al otro lado, se rió en su cara y le dio una palmadita en el hombro. Dijo algo en ucraniano, que debía de ser muy gracioso y ofensivo, pero Sombra prefirió dejarlo pasar. Como siempre. Prefirió quedarse con el recuerdo de Olena, de cómo le miraba mientras hablaban, como si lograra olvidarse por un momento de que estaba trabajando. Sombra sabía que no era así, no era ningún estúpido. Muchas otras cosas sí, pero estúpido no. Pero de todas formas le gustaba pensarlo. Y, cómo no, ella había hecho la pregunta que todos los que le conocían realmente acababan haciendo, y que los que no le conocían nunca se planteaban.

—¿Por qué te llaman el Irlandés, Sombra? —dijo con su hermoso acento—. Porque no eres irlandés, ¿verdad? ¿No son muchos dos apodosos?

—¿Quieres la versión larga o la corta? —replicó sentado en el borde de la cama.

A su lado, Olena estaba cómodamente tumbada. Tenía un cuerpo hermoso y curvilíneo, con fuerza. No como esas modelos de cuarenta kilos. De hecho, prácticamente tenían la misma altura, y con los zapatos de tacón Olena le sacaba un par de centímetros. Pero casi nunca estaban uno al lado del otro con zapatos. Sombra acarició un mechón de su pelo rubio, que se había recogido en una cola para estar más cómoda, y le hizo cosquillas en la nariz con él.

—La corta —dijo Olena sonriendo y apartándole la mano. Era una sonrisa sincera, y eso significaba mucho en un lugar y en un momento como ese—. Y no hagas tonterías con el pelo. No quiero que me lo enredes.

—La corta. —Sombra suspiró—. Vale. Como soy pelirrojo, cuando me mudé aquí alguien comentó que debía de ser irlandés. Y la idea pareció calar. Después, cuando el primero me llamó «Irlandés» a la cara, al parecer ya todos estaban de acuerdo en

que ese era mi apodo oficial. Yo no me sentí con fuerzas para cambiar el pensamiento de la masa.

—Menos mal que era la corta —bromeó Olena, volviéndose para poner la cabeza sobre las piernas de Sombra.

El pronunciado escote de su blusa se desplazó, de modo que sus pechos quedaron prácticamente a la vista. Sus pezones destacaban con intensidad sobre su blanca piel, y Sombra se sintió tentado de dejarse llevar, desabrocharle el par de botones que quedaban sin quitar, y morderlos y besarlos con intensidad. Pero estaba preocupado. Realmente preocupado. Y todavía no se había atrevido a plantear el tema, aunque se estaban quedando sin tiempo. No podía permitirse pagar una segunda hora.

—Sabes que nos estamos quedando sin tiempo, ¿verdad? —le dijo la chica, como si le hubiese leído la mente.

Sombra asintió.

—Y sabes que me gusta follar contigo. Es más, espero que cuando vengas, follemos —continuó—. Es mi trabajo, no lo olvides.

—No lo olvido —dijo Sombra. Ahora o nunca. Y tenía que ser ahora—. Pero quería comentarte algo. Algo importante.

—¿No empezará con una tontería del tipo «me he enamorado», «voy a sacarte de esto» y cosas así? —Olena sonrió al decirlo, pero Sombra sabía que había tristeza en el fondo de sus ojos azules.

—No. Es más simple que eso, y menos melodramático, al menos lo que puedo contarte.

—Así que hoy es noche de intrigas. —Olena rió de nuevo—. Te escucho, oh poderoso mago.

—No me llames así —se quejó Sombra, con una nota de seriedad en la voz—. Mi padre era el *magus*. Yo no. Yo sólo intento sobrevivir.

—Como todos —repuso Olena, y un silencio cargado de melancolía se instaló entre los dos.

Pero Sombra no podía permitirse más pausas esa noche.

—Va a pasar algo, Olena —dijo sin darle más vueltas—. No sé qué es, pero sé que va a ser pronto. Un día, dos a lo sumo. Y va a ser malo. Muy malo.

Olena permaneció en silencio, mirándole. Sabía que no mentía. Él nunca le mentía. Y era un tipo lo suficientemente extraño como para hacerle caso cuando decía algo así. Pero sus opciones eran muy limitadas.

—¿Y qué se supone que puedo hacer? —dijo tras unos segundos.

—No lo sé —respondió Sombra con sinceridad—. No tengo ni idea. Pero ten cuidado. Y si las cosas se ponen realmente malas, enciértrate aquí o sube a la azotea. Si sigo vivo, vendré a por ti.

—¿Tan malo va a ser?

Sombra se limitó a asentir y le acarició el pelo. No hablaron más esa noche, ni siquiera cuando se despidieron con un beso lleno de dulzura.

Y ahora era de día, y Sombra notaba en cada fibra de su ser que ese algo malo iba a llamar a su puerta de un momento a otro. Con desgana, como quien se enfrenta a algo inevitable pero no por eso menos desagradable, buscó las cartas del tarot. Hacía ya tres días que las había sacado de su lugar habitual en un cajón de la mesilla de su dormitorio para trasladarlas a la mesa polivalente, pero no se había decidido a utilizarlas. Finalmente las encontró entre la tabla de cortar y un montón de folios donde había estado tomando notas sobre unos libros que le habían encargado. La mesa polivalente era la única superficie lisa y amplia del piso (que en realidad tampoco era un piso, sino una antigua carpintería reconvertida en un proyecto de *loft*), y se esforzaba con bastante éxito por servir de escritorio, mesa de cocina y mesa de comedor al mismo tiempo. Sombra despejó todo el espacio posible, que no era demasiado, y extendió el tapete verde oscuro en el que envolvía las cartas sobre la curtida superficie de madera. La mesa era de roble, lo cual le ayuda a sentirse en cierto modo en casa. Ya estaba en la carpintería cuando la compró, y las innumerables muescas que la recorrían indicaban que no la habían utilizado precisamente para tomar el té. Tenía una historia, y eso le gustaba, sobre todo porque era el único mueble con historia del piso. El resto era una mezcla más o menos coherente de muebles de IKEA y muebles con defectos estéticos.

Sombra miró de nuevo por el ventanal que tenía a su espalda. Sabía que estaba perdiendo el tiempo. Porque sabía con la misma seguridad que las cartas no iban a decirle nada bueno. Contempló dudoso la puerta, temiendo y deseando al mismo tiempo que lo que tuviese que pasar pasase ya, y se ahorrara el mal trago del tarot. Nadie llamó. Así que se volvió de nuevo hacia la mesa y barajó las cartas. Sus cartas. Su padre era un mago tradicional, educado en los principios de la Golden Dawn, estudioso de los textos de Aleister Crowley y toda la demás parafernalia, y cuando se dignaba a descender a un medio tan simple como el tarot, siempre utilizaba un antiguo tarot de Marsella, que fue el primero que Sombra vio en su vida, aunque nunca se le había permitido tocarlo. «Ya se sabe, esas cosas se descargan —dijo con cinismo Sombra mientras sonreía—, como una maldita batería que haga mal contacto». Su madre siempre había seguido otros caminos. Magia de la tierra, brujería tradicional, wicca. Su tarot era una de esas cosas feministas llenas de diosas y heroínas. Era evidente que a ella le funcionaba perfectamente, pero no era algo con lo que Sombra se pudiera sentir cómodo, como cuando te dan un vestido de fiesta lleno de volantes y cintas y te piden que lo dobles con cuidado. Había sido complicado vivir entre dos mundos. Por eso, en cuanto pudo, se compró su primer tarot, uno de esos tarots eróticos con ilustraciones de Luis Royo, que escandalizó a todo el mundo, aunque no se lo dijeran. Pero ese nunca había sido su tarot. Esa era una forma de rebelarse contra demasiadas tensiones en demasiadas direcciones diferentes. Unos meses después, en una pequeña librería encontró finalmente su tarot, un tarot ilustrado con motivos de la mitología nórdica. De eso hacía ya casi veinte años.

Veinte años, pensó con cierta nostalgia mientras terminaba de barajar y dejaba el

mazo de gastados bordes frente a él. Cortó y sacó cinco cartas. Vertical, horizontal, horizontal, horizontal, vertical. El drakkar. Una tirada sencilla: hacia dónde van las cosas y hacia dónde podrían ir. Y en el medio él, el motivo de la consulta, la pregunta. vi. Los Enamorados. En su caso, Frigg, Vile y Ve. Cuando Odín tuvo que huir de Asgard, Vile y Ve se quedaron con su trono, pero también con su esposa Frigg. El significado era claro: una elección importante, bien en lo profesional, bien en lo afectivo. Y no hacía falta ser un genio para saber que Olena estaría en medio. Sombra levantó la mirada hacia el extremo superior del drakkar. Hacia dónde iban las cosas y por qué. Una valquiria le devolvió la mirada. La Muerte. Cambio imprevisto, transformación radical. No necesariamente malo, no necesariamente bueno. Todo ello apoyado en Loki. El Loco. Alguien ha hecho alguna estupidez y ahora todos iban a tener que encajarlo del mejor modo posible. Suspiró y después centró su atención en las dos cartas que había bajo los Enamorados. La ruta alternativa, el otro camino posible y su destino. La primera carta de esa zona era la Luna. Mani. En la mitología nórdica, la luna era masculina. En algunos casos, luna y sol eran hermanos, pero también había una leyenda sobre un hombre que a punto de morir se entregó al sol, femenino, convirtiéndose en su esclavo. Ilustraciones aparte, la Luna siempre indica un error en la percepción, creer lo que no es. Y si se seguía ese camino, al final aguardaba la torre. Asgard. La ciudad celestial, primera en caer cuando llegue el Ragnarök. Todo en lo que creías se va a derrumbar, y será por tu culpa. De puta madre. Sombra recogió las cartas. Sabía que no iban a decirle nada bueno, y no se lo habían dicho. ¿Así que las cosas iban a ir mal o peor? Pues adelante.

El timbre de la puerta sonó. Sombra no se sorprendió. Ahora que había desayunado malas noticias y ya se le había quedado frío el té, lo único que faltaba eran los visitantes no deseados. Vacío la taza casi llena en el fregadero y se dirigió sin prisa a la puerta.

2

Ivo contempló el barrio que le rodeaba mientras esperaban a que les abrieran la puerta. En silencio a su lado, la anciana no volvió a llamar, aunque el Irlandés no parecía darse prisa en recibir a sus visitantes. Las ruinas del templo atrajeron su atención. Nadie reparaba en ellas. Y sin embargo eran lo más auténtico de todo el escenario. Estaban antes de que cualquiera de los transeúntes llegara. Seguirían cuando todos se hubieran marchado. La idea de algo inmutable, si no eterno, le hizo sentirse una pizca más cómodo de lo que había estado desde que despertó. Quizás dos centímetros más cerca de casa, pensó esbozando una sonrisa inexistente.

Cuando la puerta se abrió, la figura del otro lado no le impresionó, pero tampoco

lo esperaba. El hombre que les había abierto tendría unos treinta años, y si algo destacaba de él a primera vista era su cabello intensamente pelirrojo, que llevaba desordenado, como si no se hubiese preocupado por peinarse esa mañana. Su ropa era sencilla y cómoda: unas zapatillas de deporte, un pantalón vaquero desgastado y una camiseta gris con un diseño en forma de nudo celta. Pero eso era quedarse en la superficie, e Ivo ya no podía permitírselo. Sin demasiado esfuerzo, extendió su percepción un paso más. Un pequeño pentáculo de plata colgando de una cadena también de plata en su cuello, bajo la camiseta. Un tatuaje en ambos antebrazos: *Nec spe* en el brazo derecho, *Nec metu* en el izquierdo. Sin esperanza, sin miedo. Inspiró con fuerza tratando de captar algún aroma que contradijese el lema del tatuaje, pero no lo halló. ¿Valiente o cobarde? ¿Previsor o estúpido? Ivo no era quién para juzgarlo. Sólo venía a recoger un cuchillo.

El Irlandés no dijo nada cuando los vio. De hecho, no parecía realmente sorprendido. Simplemente hizo una pequeña inclinación de cabeza a la vidente, que no pudo verla pero actuó como si lo hubiera hecho, y les abrió paso al interior de la vivienda. Ivo la estudió con la misma atención que había utilizado con su dueño. Ignoró la gran mesa que parecía contener todo el mundo de su anfitrión, y se concentró en los pequeños detalles. Una cama de cuerpo y medio en una esquina del gran espacio que constituía casi en su totalidad la casa. Sin deshacer y fría. Nadie había dormido en ella esa noche. A su lado, un sillón de orejas de cuero, de aspecto confortable, pero con una fea quemadura en uno de los brazos; y sobre el asiento y a su alrededor, libros. Libros antiguos y modernos. Tratados de hierbas y ungüentos. Runas y símbolos. Filosofía mágica. Libros conocidos y al alcance de cualquiera, pero también obras antiguas, todos ellos repletos de marcadores y anotaciones. El sillón era el lugar para investigar; la mesa, para trabajar. A Ivo le agradó en cierto modo el caos que reinaba en ella, la posibilidad de cortar unas cebollas mientras uno traducía un papiro mágico griego o actualizaba su blog. Más allá de esos dos espacios se extendían multitud de estanterías y baúles, infinidad de objetos. Y en algún lugar de esa sala estaba lo que había acudido a buscar. No necesitaba verlo; si se concentraba, podía sentir fácilmente la gelidez del hierro en sus venas.

—Siempre es un honor recibir tu visita, Hisakosan —dijo el Irlandés.

—Pero me temo que no es una visita de placer —repuso la anciana—. Nuevamente me encuentro en una situación de necesidad, y solicito tu colaboración.

El Irlandés despejó rápidamente un par de taburetes que había junto a la mesa y le indicó a Ivo que tomase asiento, mientras conducía él mismo a la anciana hasta el otro. Él permaneció de pie, al otro lado de la masa de objetos, con un aspecto profesional.

—Estoy a tu disposición —dijo cuando se hubieron sentado, pero no sin antes escrutar el inexpresivo rostro de Ivo durante unos instantes más de lo que resultaba cortés.

—Mi acompañante va a realizarte una petición —dijo Hisako—, que yo compraré

por el precio que consideres justo. Y así nuestro trato quedará cerrado.

Esto último lo añadió dirigiéndose a Ivo, que ni siquiera asintió. Estaba demasiado ocupado registrando los sutiles movimientos y susurros de su anfitrión. Estaba haciendo algo. Rozó una navaja cerrada que tenía sobre la mesa, al parecer como pisapapeles, y articuló un par de sílabas inaudibles. Se tocó durante menos de un segundo el colgante del cuello a través de la tela, al tiempo que formaba un extraño gesto con la otra mano. Distendió los hombros, e Ivo pudo sentir como una sutil corriente de energía se acumulaba en torno a su pecho y se proyectaba hacia él. Estaba sondeándolo, tratando de descubrir quién era. O qué era. Pues adelante. Desvió la mirada hacia la ventana y dejó que su magia le alcanzase.

3

Sombra trató de mantenerse impertérrito, pero un escalofrío le recorrió la espalda. No sabía exactamente qué era lo que acompañaba a Hisakosan, pero tenía clarísimo lo que no era. No era humano. No había ningún corazón latiendo en su pecho. Quizás lo hubiese habido en algún momento, pero ya no. Era como si lo que quiera que se sentase al lado de la anciana hubiera decidido ponerse ese traje para dar una vuelta. Y resultaba que el rostro del desconocido le sonaba un poco. ¿Se habían cruzado en un pasado más o menos lejano? ¿Le había visto en uno de los escasos lugares que frecuentaba? El escalofrío se repitió multiplicado por mil. Ya lo recordaba.

—Hisakosan —dijo lo más calmado posible—, ¿sabes que a tu acompañante lo está buscando la policía por varios asesinatos? Está en las noticias de esta mañana.

La anciana no se alteró, lo cual en realidad no sorprendió a Sombra, pero sabía que era su obligación avisarla, sólo por si acaso.

—El aspecto o lo que se atribuya a mi acompañante no es relevante —repuso la anciana—. Pero si lo que dices es correcto, debemos apresurarnos. Haz tu petición, Cazador.

El visitante centró su mirada en Sombra. Ivo Lain. Asesino múltiple encarcelado en un hospital psiquiátrico. Fugado anoche, dejando un reguero de víctimas. Pero su mirada no era la de un asesino. Básicamente no era, pensó Sombra. Era como mirar un pozo. Lo que fuera que estuviese utilizando el cuerpo de Ivo Lain como vehículo no se preocupaba por las minucias humanas como la vida y la muerte. No era la primera vez que tenía que enfrentarse a una mirada de ese tipo. Y los resultados nunca habían sido buenos para la humanidad en su conjunto.

—Quiero un cuchillo de hierro —dijo aquel a quien Hisako había llamado el Cazador.

Sombra se puso pálido. Hierro. Hadas. *Tuatha Dé Danann*. Tres cosas de las que

sabía más de lo que desearía. Lanzó una mirada interrogante al rostro de la anciana, pero era la misma máscara de la decisión. Así que mientras antes los alejase de allí, mejor. Rápidamente se dirigió hacia un viejo baúl de madera cerrado por unos arneses de cuero y lo abrió. De las muchas cosas que había en su interior, tomó un pequeño objeto envuelto en un gastado paño de tela y lo llevó hasta la mesa, depositándolo con cuidado delante de Hisako.

—Un cuchillo de hierro celta —dijo—. Es viejo y es quebradizo. No es una buena arma para matar a un hombre. Pero eso ya lo sabes.

La última frase iba dirigida a Ivo, que no reaccionó. Se limitó a coger el envoltorio y guardarlo en la cintura de su pantalón, sin abrirlo.

—Pon tu precio y habremos terminado —dijo la anciana.

—Es un regalo —comentó Sombra.

Enseguida se dio cuenta de que había dicho lo menos apropiado para acelerar las cosas. El ceño de Hisako se frunció, y sus labios se endurecieron.

—No puedo aceptar un regalo, Irlandés —contestó con frialdad—. Es una deuda demasiado grande, y lo sabes.

—Me he expresado mal, Hisakosan —repuso rápidamente Sombra. Notaba que todo lo malo que había estado acercándose estaba a punto de estallar. Lo notaba en cada fibra de su cuerpo. Y si no se daba prisa, iba a estallarle en medio de su propia mesa—. Lo que quería decir es que, ya que mi oficio es suministrar cosas, lo considero por bien pagado si colaboras prestándome tu sabiduría cuando así lo requiera.

El rostro de la anciana se mantuvo en suspenso, buscando grietas y trampas en la reformulación del trato que acababan de ofrecerle. Sombra suspiró. Hacía diez años que conocía a la anciana y todavía no se había acostumbrado a esa retorcida y ritualista forma de entender el mundo. A un par de manzanas de distancia, el campanario de la iglesia resonó, aunque no era la hora en punto. Ya no había tiempo. Miró hacia la ventana, pero al otro lado todo parecía normal. Todavía.

—Veinte —dijo Sombra—. Dame un billete de veinte y es vuestra.

Hisako asintió y dejó que una minúscula sonrisa aflorara a sus labios mientras sacaba un pequeño monedero, del que extrajo un billete cuidadosamente doblado, y comenzó a extenderlo. Sombra tendió la mano. Pero ya era demasiado tarde.

7. Las puertas

La Ciudad, ahora.

En algún lugar, alguien había cerrado una puerta. Y le habían dejado fuera. Sombra era incapaz de concretar más la sensación, pero era enormemente intensa y urgente. Como si estuviese oyendo el pitido cada vez más agudo de una bomba cayendo sobre su cabeza desde una altura gigantesca, y no supiese en qué dirección correr para salvarse. No era el único que lo había notado. Frente a él, Ivo Lain se levantó como impulsado por un resorte, con la mirada clavada en el exterior. En realidad su expresión no cambió, seguía siendo la misma máscara de plata, pero era como si se hubiese rodeado de una urgencia que no tenía antes. Sin decir una palabra, se puso en pie, cruzó en tres zancadas el espacio que le separaba de la puerta y salió a la calle sin molestarse en cerrar. Por la ventana de la zona de la casa que él consideraba sin lugar a dudas la cocina, Sombra pudo ver que Ivo avanzaba sin dudarle a través de la multitud y desaparecía rápidamente de la vista. Una multitud bastante parecida a la de unos segundos antes, por cierto. Al parecer, el eco atronador de las puertas al cerrarse no había sido tan atronador como cabía esperar. Sin tener claro por qué, eso le molestó. En algún lugar, algo había empezado a venirse abajo, y dentro de nada estaría desplomándose sobre ellos, pero la masa del otro lado de la ventana no se podía permitir olvidarse un momento de ir al banco ni de comprar lechugas y abrir los ojos por una vez en su vida. Un insistente carraspeo le devolvió a la realidad de su cocina, donde la vidente permanecía sentada frente a él.

—Creo que yo también me iré —dijo Hisako.

—¿Quiere que la acompañe al metro, Hisakosan? —se ofreció Sombra sin ninguna gana de hacerlo.

—No es necesario, Irlandés —repuso la anciana—. Me has sido de gran ayuda hoy, y no lo olvidaré.

Eso era mucho decir, para el tremendamente cuidadoso modo de hablar de Hisako, y Sombra se sorprendió realmente al oírla. Sin decir más, la vidente avanzó sin dudar hasta la puerta y extendió su bastón blanco.

—Espero que nos volvamos a ver —dijo justo cuando comenzaba a bajar los tres escalones que conducían a la calle, pero el tono dejaba completamente claro que en realidad lo que creía es que no volverían a verse. Y la ominosa premonición de la última frase de Hisako en realidad tranquilizó un poco a Sombra.

Si él no era el único que llevaba días viendo venir lo que quisiera que se cernía sobre ellos, entonces probablemente alguien estuviese haciendo algo. Lo cual le daba el completo derecho a atrincherarse en casa y esperar a que pasase la tormenta con la conciencia tranquila. Pero primero necesitaba provisiones.

Rápidamente echó un vistazo al armario junto al fregadero que le servía de alacena, y estudió el irregular contenido de la nevera. Un poco de esto, un poco de aquello. Cogió la mochila, metió un par de bolsas reutilizables y se dispuso a salir, pero en el último momento su mirada se detuvo de nuevo en el envoltorio del tarot. Dudó con el pomo en la mano. Si tan sólo lograra saber algo más de las puertas. Un dónde. Un porqué. Un para qué. Suspirando, dejó la mochila en el suelo y extendió el tapete. «Qué demonios —se dijo—, cuando la ciudad está en llamas no vas a ponerte nervioso porque no te da tiempo a preparar el almuerzo». Así que dejó el mazo sobre la tela y se preparó otro té, con la esperanza de poder terminar lo que había empezado antes de la esperada visita.

Una vez que el agua estuvo en la taza, con su bolsita flotando en el interior, Sombra regresó a la mesa y empezó a barajar. El problema básico era qué preguntar. El tarot, o por lo menos su tarot, no era demasiado útil para cosas muy concretas ni muy alejadas. Eso sí, era un consejero despiadadamente sincero cuando se trataba de decirle que la iba a cagar. Preguntar qué iba a suceder era demasiado amplio. Qué eran las puertas o dónde estaban, demasiado concreto. Tomó un sorbo de té y se quemó, luego siguió barajando un rato más. Lo lógico sería preguntar por qué habían cerrado las puertas, o para qué. Esbozó en su mente ambas preguntas y dejó que la energía fluyese a través de sus brazos y de sus manos hasta el mazo. Un poco más. Dejó las cartas sobre la mesa, cortó y fue dando la vuelta a las cinco primeras. La Emperatriz, la Justicia, la Rueda, el Diablo, el Juicio. Las cartas eran tremendamente claras. En este momento (la Rueda) estaba pasando lo que tenía que pasar, y todo avanzaba hacia la diosa Saga, representada en la carta de la Emperatriz. Sombra notaba que esta vez tenía que atender más al concepto que al significado. Le estaban contando una historia. Alguien iba a hacer justicia para devolver a su lugar a la Emperatriz, y mientras tanto alguien, ese dios Hödr ciego y engañado de la carta del Diablo, iba a provocar la llegada del Ragnarök, el cambio y la renovación de todo, positivo quizás. Para los que sobreviviesen.

Sombra cogió la taza de té y dio otro par de sorbos mirando las cartas que tenía extendidas sobre la tela. Ya sabía el argumento. El problema era que desconocía quiénes eran los actores. ¿Acababa de darle un arma mortal al paladín de la Emperatriz? ¿O estaba ayudando a aquel que buscaba traer la destrucción y el cambio? Sea como fuere, se dijo pragmáticamente, ya no era su problema, no si podía evitarlo. Las puertas se habían cerrado, fuese donde fuese. Y él iba a salir a comprar, y después a cerrar la suya a conciencia hasta que el mundo se fuese a la mierda o volviese a la normalidad.

—Así soy yo —se dijo en voz alta cuando al dejar la taza en el fregadero vio su reflejo en el cristal de la ventana. Después cogió la mochila y salió rápidamente, cerciorándose de que cerraba la puerta con llave.

Sentada en el vagón de metro que la devolvía a su casa, Hisako trató de comprender lo que había sucedido, o mejor dicho, lo que estaba sucediendo a su alrededor. El Cazador se había marchado y ya estaba más allá del alcance de su percepción, pero había forjado el trato, y eso era lo importante. A partir de ahí, las líneas del destino se volvían difusas. En realidad, nunca había sabido con certeza lo que iba a suceder, sólo tuvo claro los pasos necesarios para salvar a Sakurachan. Y los había dado todos y cada uno, a pesar del dolor que eso les había causado a ambas, y la herida física y emocional que ya las separaría para siempre. Hisako sabía que con el tiempo la muchacha lo entendería, e incluso se lo agradecería, pero con cada segundo que pasaba estaba más segura de que no llegaría a vivir ese momento. El pacto se había sellado, y Sakurachan estaba a salvo, pero nada ni nadie más lo estaba.

Dejándose acunar por el vaivén del tren, se sumergió en las vibraciones, en las ondas, tratando de escudriñar a través de ese rítmico movimiento los hilos que el destino tendía ante ella, pero sólo encontró una maraña confusa, un nudo cruelmente enredado a partir del cual era imposible continuar. Era cierto que sin las herramientas adecuadas el destino siempre era ambiguo o difuso, pero su visión nunca le había fallado tan completa y absolutamente. Ni cuando era una adolescente hambrienta y perdida en las calles de Hiroshima. Ni cuando sacrificó sus ojos para salvar a su nieta. Era un don que la había acompañado desde que tenía memoria, y eso era mucho tiempo. Así que, pensó con resignación, si ahora no era capaz de percibir el futuro, era porque no le quedaba ningún futuro. ¿Horas? ¿Días, en el mejor de los casos? Hisako no creía que resistiese tanto. De modo que tenía que aprovechar cada minuto de los que le quedaban. Tenía mucho que enseñarle a Sakura en las siguientes horas.

Con un chirrido, el metro se detuvo en su estación y la vidente bajó con seguridad. Sólo al poner el pie en el andén y cambiar el continuo vaivén por la solidez del suelo lo sintió. Quizás había estado demasiado preocupada por la inminencia de su propia muerte. Quizás hasta ahora había sido demasiado sutil. Pero ahí estaba. Creciendo suavemente. Algo había pasado y ahora el mundo estaba comenzando a inundarse, de un modo lento y continuo. Notaba la marea lamiéndole los dedos de los pies, suave y persistente, e indudablemente creciendo. Lenta, muy lentamente, pero creciendo. Y cuando alcanzase la altura suficiente, los ahogaría a todos, los llenaría con su oscuridad, y los haría suyos. Sintiendo que las fuerzas la abandonaban, se arrodilló muy despacio, sosteniéndose a medias con el bastón para no caer, y rozó con los dedos la invisible sábana que cubría el suelo. La notó cálida y espesa. Se la acercó a la nariz. La saboreó con la punta de la lengua. Olía a sexo y a violencia. Sabía a miedo y a muerte. Probó un poco más y notó que la energía penetraba a través de su garganta y descendía abrasando sus pulmones, su estómago.

Su corazón se aceleró, golpeando con fuerza a través de su pecho. Los oídos comenzaron a pitarle, se tambaleó y le pareció sentir que unas manos la agarraban para que no cayese. Pero no hacía falta. Igual que habían llegado, las sensaciones desaparecieron. Hisako se irguió con facilidad, apartando bruscamente a la solícita mujer que había acudido en su auxilio. No la necesitaba. Ya no. Recorrió con la lengua el resto de la energía que quedaba en sus labios y un escalofrío de intensidad le recorrió la espalda. Nada había podido con ella. Nadie. Y ahora tenía la certeza de que eso no iba a cambiar. Con paso firme y una fría sonrisa en el rostro, se dirigió hacia la escalera que conducía a la calle. Sakura tenía mucho que aprender y no había tiempo para estupideces. De hecho, nunca lo había habido, y ya era hora de que lo comprendiera.

3

Ivo quería correr. Se lo pedía cada partícula de su cuerpo. Se lo gritaba cada fragmento de su alma. Se lo exigía silenciosamente cada segundo que perdía caminando. Pero no podía hacerlo. Con lo que le había dicho el Irlandés estaba claro que la policía le estaría buscando por todas partes, y si su rostro era de dominio público lo que menos le convenía era atravesar a la carrera una calle llena de gente. Pero quería correr. Correr sin parar, correr infatigablemente hasta alcanzar a su objetivo. Y destruirlo sin piedad alguna. Para eso había venido. Por eso era el Cazador. Siguió caminando.

Había perdido un tiempo precioso, ahora no tenía ninguna duda de ello. Las Puertas se habían cerrado y él había quedado fuera, aislado de su hogar. Ciertamente seguía sin saber cuál era ese hogar, ni dónde se encontraban esas Puertas (la grande, de piedra negra; las dos pequeñas, de piedra blanca), pero la certeza de la separación era desoladora. Probablemente así debió de sentirse el ángel Lucifer al ser arrojado desde su hogar, pensó. Aunque albergaba un fragmento de esperanza, porque del mismo modo que era consciente de que las Puertas se habían cerrado, sabía que no había sido por sus acciones. Algo había sucedido allí (dondequiera que fuese allí) y habían tenido que cerrarlas. Todavía podía cumplir su misión y hacer que volvieran a abrirlas. Si tan sólo comprendiese cuál era su misión...

Ivo contempló la masa de gente que entraba y salía de la boca de metro hasta la que había llegado. No tenía muchas opciones. De hecho, sólo le quedaba una. Había acudido a la vidente y había obtenido un cuchillo de hierro, que sentía helado y sólido en la cintura del pantalón. Pero no le había acercado en absoluto a su presa. Así que la única otra vía era regresar a la azotea y a su inquilino, o a sus amos, y obtener la información que necesitaba. Aunque eso significase volver a la zona donde había

tenido los primeros encontronazos con la policía. Ivo sonrió sin hacerlo. Él era el Cazador. Ellos eran los que debían tener miedo. Todo lo que necesitaba era una distracción, y luego moverse con rapidez y en silencio. No había tiempo para esperar a la noche, así que cuanto más visible, mejor. Lentamente le dio la espalda a la boca de metro y escrutó los alrededores. El modo más rápido de atraer la atención del pastor era creando el pánico entre el rebaño, y el modo más sencillo de generar ese pánico era poniendo en peligro a sus cachorros. Un pequeño restaurante. No. Una tienda de embutidos. No. Observó un autobús escolar que se detenía para recoger a un grupo de tres jóvenes, con sus mochilas. Y corrió. Esquivó fácilmente a un ejecutivo gordo que avanzaba concentrado en su teléfono, saltó sobre un carrito de la compra que su dueña había dejado en mitad de la calle mientras hablaba con una conocida. Empujó hacia un lado a un joven que salió repentinamente de un portal, derribándolo sobre otro transeúnte. Y de un último salto se situó en el escalón inferior de la puerta del autobús. Los rostros desconcertados del conductor y de la monitora le observaron sin saber qué hacer. Ivo no les dio tiempo a reaccionar. Subió los dos escalones que le faltaban y con una mano agarró a la monitora del cuello de la camisa, arrojándola fácilmente sobre la acera. Después se volvió hacia el conductor.

—Arranque. —El conductor contempló la máscara helada del Cazador. Y arrancó—. Vaya al centro comercial más cercano. Deprisa.

Ivo pronunció estas últimas palabras con la fuerza suficiente como para que la aturdida monitora las oyese desde el suelo. Después, las puertas se cerraron y los niños empezaron a gritar. A Ivo no le importó. Unos treinta chicos entre doce y dieciséis años. El autobús medio lleno. Y bajo el control de un psicópata peligroso fugado. Más que suficiente para atraer toda la atención requerida. Sólo necesitaba un último toque.

—Coja la radio, el móvil o lo que use —le dijo al conductor, un cincuentón de aspecto cansado que casi no se atrevía a mirarle—, y hable con sus jefes. Díales que Ivo Lain tiene el autobús, y que mataré a todos los chicos uno a uno, y con mis propias manos, si alguien trata de detenernos. Ahora.

La dilatación de las pupilas del conductor le reveló a Ivo que ya no tenía ninguna duda de quién era el asaltante, si es que antes no la tuvo. El señuelo ya había sido lanzado. Sólo tenía que ser lo suficientemente rápido como para escapar antes de que las mandíbulas se cerrasen sobre él. Mientras el conductor hablaba entre tartamudeos a través de un teléfono móvil y trataba de mantener el autobús en movimiento entre el espeso tráfico de la mañana, Ivo dio un par de pasos entre las filas de asientos. A su paso, adolescentes se encogían contra las ventanas. Algunos lloraban, otros murmuraban, otros se concentraban en mirar hacia otro lado. Con una excepción. Más o menos a mitad del autobús, un chico de unos trece años le observaba atentamente. No era miedo lo que había en su rostro, tampoco curiosidad. Era una extraña cualidad de... desesperanza. Como si comprendiese que había cosas inevitables en la vida, inevitables y terribles, y que algunas le iban a suceder a él. Ivo

no se tomó la molestia de corregirle. Todo dependía de la velocidad.

Pocos minutos después, cuando los gritos se habían reducido a gimoteos y conversaciones susurradas, el sudoroso y congestionado conductor le indicó el gigantesco cartel luminoso que indicaba el centro comercial.

—Meta el autobús en el aparcamiento —ordenó Ivo.

El conductor le observó con pánico.

—Es un aparcamiento subterráneo —dijo—. El autobús no cabe.

—Pues estréllelo contra la entrada.

El conductor no replicó. Tragó saliva y cogió el micrófono para rogar a los chicos que se pusieran el cinturón de seguridad y se prepararan para un choque. Ivo permaneció de pie, atento. Lentamente, el autobús giró para separarse de la calle principal y enfilar la entrada del aparcamiento. El conductor le observó de reojo, pero Ivo no dijo nada, así que redujo la velocidad un poco más con cada metro que recorrían hacia la valla de advertencia que indicaba la altura máxima. El autobús chocó contra ella con un chirrido de metal, mientras el conductor prácticamente detenía el vehículo.

—Le dije que no cabía —advirtió con temor.

—Siga —dijo Ivo.

Muy despacio, el autobús continuó avanzando, con un chirrido escalofriante de metal contra metal. Los chavales más pequeños empezaron a chillar de nuevo. La parte superior del frontal del autobús comenzó a combarse. El cristal del parabrisas se agrietó en miles de pedazos, pero permaneció en su sitio.

—Siga —insistió Ivo.

La valla cedió y, libre de los pernos que la sujetaban al suelo, permitió al autobús avanzar un poco más, hacia la viga de hormigón que sostenía el techo del aparcamiento y que no tenía intención de ceder.

—Por favor —suplicó el conductor.

—Sólo tiene que incrustar el autobús en la entrada, y esto habrá acabado.

El conductor sollozó y pisó el acelerador lo mínimo. Fue una colisión a cámara lenta, pero una colisión en toda regla. Cuando el hormigón derribó la parte superior del cristal, Ivo lo empujó con fuerza con la pierna, desencajándolo de un golpe y despejando el camino para saltar a través del parabrisas hasta el suelo del aparcamiento. Y empezó a correr. Corrió con todas sus fuerzas, apenas una sombra borrosa que pasaba junto a las escasas personas que había en el sótano. En unos segundos ya tenía a la vista la salida del otro lado, y empezaba a acercarse gente para ver el caos que había dejado a sus espaldas. Cincuenta metros. Ivo vio a un hombre de unos veinticinco años, vestido con unos vaqueros y una sudadera con capucha, apoyado descuidadamente en la pared junto a la entrada, pero observando hacia el interior. No esperaba menos. Aceleró aún más. Cuarenta metros. Sólo entonces el policía de paisano le vio. Treinta metros. Lentamente, o al menos lentamente desde la perspectiva de Ivo, se llevó la mano a la parte baja de la espalda, donde debía de tener

oculta la pistola. Veinte metros. El arma trazó un lento arco desde la espalda, tratando de alinear el cañón con el borrón que se abalanzaba sobre el policía. Diez metros. Ivo saltó. No fue una trayectoria directa, sino que saltó ligeramente en diagonal, para tomar impulso adicional en la pared en mitad del vuelo y, a continuación, precipitarse directamente sobre su víctima, con los brazos por delante. Su codo golpeó en giro con toda la fuerza del impulso, impactando contra la mandíbula del policía. El hueso crujió, la cabeza giró y el cuerpo cayó sin resistencia al suelo, con Ivo encima de él, en cuclillas. Justo en el exterior, otro policía de paisano acababa de volverse hacia el interior, justo a tiempo para ver lo sucedido. Veinte metros. Ivo saltó desde la posición en cuclillas, rodando hacia la derecha y volviendo a quedar agazapado. Diez metros. El otro policía comenzó a sacar su arma. De nuevo saltó rodando en sentido opuesto, de modo que acabó en la misma puerta del aparcamiento, él en un extremo y el policía en el otro, a unos cinco metros de distancia. Inició el salto final. Pero sólo lo inició. Al ver que comenzaba a incorporarse, su presa, pensando que iba a saltar de nuevo, levantó el arma y disparó instintivamente al aire. Cuando fue consciente de su error, Ivo ya había rodado hasta sus pies y se incorporó aprovechando la potencia del giro para lanzar su codo contra la base de la mandíbula del policía, que voló por los aires hasta chocar contra la pared y caer inconsciente al suelo. La pistola resbaló de su mano, y durante un instante Ivo la observó con desprecio. Después salió a la calle andando con total tranquilidad. Miró a los dos lados, y a la derecha, a unos veinte metros, localizó la boca de metro más cercana. En total había tardado menos de un minuto en estar bajo tierra, y cuando las sirenas comenzaron a acercarse, su tren ya se alejaba en dirección a la periferia.

4

La azotea seguía igual de mugrienta cuando Frank R. Schiolla regresó, sólo que como él estaba mucho más asqueroso, no le molestó tanto. Había sido un calvario regresar en metro, entre las miradas de asco y los insultos y las amenazas directas para que se alejase, pero ya estaba de nuevo allí. Hogar, dulce hogar. Y a partir de ese momento todo iba a ir mejor. Vio que una paloma estúpida estaba picoteando restos de comida, y con una decisión que le sorprendió a él mismo, la cogió por el cuello, apretando con fuerza mientras invocaba los dones de los Arcontes. Le giró el cuello y le arrancó la cabeza mientras seguía recitando, y vertió la sangre caliente y vital sobre el suelo, trazando un complejo diseño al tiempo que visualizaba con claridad su deseo. Todo era más fácil ahora. Ya había hablado con los jefes. Ya sabía cómo tenía que tratar con ellos. Volvió a salir del tejado, con la certeza de que un piso más abajo habría una puerta abierta y una ducha caliente para él.

Algo más de treinta minutos después, regresó a la azotea duchado y afeitado, con ropa limpia, y comiendo un tazón de cereales de chocolate. Siempre le habían gustado los cereales. Le parecía una forma rápida y segura de tomar un desayuno completo, si es que las cajas decían la verdad, lo cual era poco probable. Tomó otra cucharada y sonrió ante el incongruente aspecto que debía de tener, desayunando escalera arriba con un impecable traje de Emidio Tucci. Él se habría contentado con un chándal limpio más o menos de su talla, pero estaba claro que ahora iba a ser el amo del mundo, y sus amos querían que vistiese en consonancia, porque su misterioso benefactor de dos pisos más abajo, además de dejarse la llave bajo la alfombra, tenía su misma talla y un gusto exquisito para la ropa.

Cuando llegó finalmente a la azotea, se recostó en la barandilla para terminar el desayuno tardío contemplando la ciudad. Se preguntaba cuándo vendría el engendro ese, el Cazador. Supuso que pronto. La verdad es que había notado algo raro en la ducha, pero como estaba masturbándose, tampoco tenía muy claro qué había sido. No es que fuese un lumbreras en la percepción sobrenatural. Más bien era un tipo que sabía leer las instrucciones, se dijo, dedicándose su mejor sonrisa falsa de triunfador. En el fondo era totalmente consciente de que seguía siendo el mismo perdedor de siempre, y si no se cagaba de miedo encima ante la idea de ser el mediador entre esa cosa y los Arcontes era porque ya lo había hecho hacía un rato. Lo cual, por cierto, le había abierto el apetito. Así que apuró la última cucharada y esperó.

Edificio Babilonia

Segundo.

Anna literalmente corrió los metros de pasillo que separaban el ascensor de su puerta y, temblando, intentó meter la llave en la cerradura. No lo logró y las llaves cayeron al suelo con un sonido que le pareció atronador. Miró hacia el ascensor, que permanecía cerrado. Luego hacia la puerta de la escalera, que también estaba cerrada. Sólo se oía el ensordecedor tintineo de sus llaves y su respiración cada vez más rápida. Notó que empezaba a marearse y no podía permitirse caer desmayada en el pasillo. Ya casi había llegado. A duras penas logró controlar el temblor de su mano lo suficiente como para encajar la llave, y la giró. Una vuelta. Otra. Media más. La cerradura se abrió y empujó la puerta con todo el cuerpo, para después volverse y cerrar tras de sí. Una vuelta, dos vueltas. En casa. Pero ¿a salvo? El terror seguía atenazando sus entrañas, como un cangrejo de acero negro que le apretase con todas sus patas y le clavase las pinzas en los pulmones.

Mientras intentaba que esos mismos pulmones dejaran de arderle y que el corazón no se le saliese del pecho, Anna trató de recordar todo lo que había pasado en las últimas horas, buscando qué había provocado el ataque de pánico, pero no logró encontrar nada concreto. De hecho, Anna siempre tenía miedo. Siempre. Por las mañanas, el primer pensamiento al despertarse era el temor de haberse quedado ciega durante la noche y no poder abrir los ojos, o haber sufrido una apoplejía y estar parálitica. Superada esa primera sacudida de terror, pasaba a la siguiente. Terrores razonables, como resbalar en la ducha, caerse y partirse el cuello, o quedar paralizada y ver lentamente como el nivel del agua iba ascendiendo, bloqueado el desagüe por sus piernas inmóviles, y morir ahogada lenta y agónicamente. También terrores menos razonables, como que una astilla de plástico del cepillo de dientes se desprendiese, clavándose en su garganta e infectándose con las bacterias de la boca, bacterias que probablemente ya serían resistentes a los antibióticos, y que la irían devorando lentamente por dentro en horas o días. Y eso antes del desayuno. Evidentemente, Anna sabía que estaba enferma, o loca, o ambas cosas. No sabía si era neurosis, paranoia o algún otro nombre más técnico, puede que con siglas. Sólo sabía que siempre se había sentido así. El miedo para ella era como el aire: entraba, removía su interior, salía. Y enseguida volvía a entrar. Aun así, había aprendido a vivir con él, e incluso a que no se le notase. Sólo una dilatación de pupilas repentina, o un temblor inapreciable, o una sutil aceleración en la respiración, y eso en los peores momentos. Pero seguía saliendo por la puerta cada día, entrando en el metro, acudiendo al trabajo. Hablando con las personas. En ocasiones, incluso relacionándose un poco más. Pero era complicado. Ducharse era imprescindible,

aunque pudiese partirse la columna y ahogarse. Lavarse los dientes era imprescindible. Pero podía vivir sin echar un polvo si así evitaba que la dejaran inconsciente durante el sexo para después despertar y ver que la iban desollando y destripando lentamente mientras la grababan en vídeo para alguna red de *snuff*. Luego estaban los puntos intermedios. Sabía que debería ir a un psiquiatra o a un psicólogo, pero el riesgo de que le lavasen el cerebro y la utilizaran como asesina programada era demasiado alto. Así que simplemente cogía aire, volvía a soltarlo, y seguía con su vida. Hasta esa mañana.

Desde que recordaba, para Anna el miedo siempre entraba y salía, un caleidoscopio de colores siempre cambiantes aunque de intensidad controlable. Pero esa mañana el miedo no salió. Más o menos cuando llevaba una hora en la oficina, el miedo a un corte mortal con un folio infectado con orina de rata debía dejar paso al miedo a que el agua del dispensador estuviese contaminada con lejía y le produjese unas terribles ampollas en la boca y la garganta, que ni siquiera le permitirían pedir ayuda mientras moría asfixiándose en el mismo suelo. Pero no fue así. Mientras bebía, un miedo no reemplazó al otro, sino que se le unió. Era una sensación nueva y desconocida, desconcertante y agotadora. Mientras regresaba a su puesto de trabajo ligeramente desorientada, le asaltó, como siempre que iba a sentarse, el miedo a que la silla se partiese y cayese aplastándose alguna vértebra vital, o le produjese una contusión que la matase en unas horas, y ese recién llegado se unió a los demás. Era demasiado. Cogió su bolso y corrió hacia el ascensor, donde siempre había la posibilidad de que un maníaco diese a la parada de emergencia y la estrangulase antes de que nadie pudiese hacer nada. Por no hablar de roturas de cables y caídas a plomo. En la calle, el riesgo de ser embestida por un conductor borracho era desorbitado, pero tuvo que dejar espacio a la caída de un cenicero de bronce desde una de las ventanas del edificio y para los ataques de perros infectados de rabia. Anna creía que ya no había sitio para nada más, que la cabeza o el corazón le iban a estallar allí mismo, pero no fue así.

Por si fuera poco, en el metro (colisiones, descarrilamientos, terroristas suicidas, atracadores, ratas, gases venenosos) recibió el impacto de una noticia real, ya que todo el mundo hablaba del secuestro de un autobús de jóvenes por parte de un psicópata fugado esa noche. La simplicidad de la realidad le pareció minúscula frente a la enormidad de las posibilidades desconocidas, pero aun así dejó en ella su fragmento de terror, sobre todo cuando detuvo la vista unos instantes en otro pasajero, un hombre fuerte con un rostro tan inexpresivo que parecía que llevaba puesta una máscara de plata. El hombre no le devolvió la mirada, sumido en sus propios pensamientos, y Anna bajó rápidamente en cuanto llegó a su parada. Y corrió. Porque entre la gigantesca ola de terror que la inundaba, tenía perfectamente claro que eso era sólo el heraldo de algo mucho mayor, mucho más concreto. Y que estaba justo detrás de él.

Ahora, en su apartamento, temblando incontrolablemente, no se sentía mucho

más segura. Pero se sentía algo segura. Y era un comienzo. En cuanto abriese la puerta, eso que estaba al otro lado (y no tenía dudas de que estaba ahí) se abalanzaría sobre ella y la mataría. Rió sin alegría. Porque Anna no quería morir. Nunca. Jamás. Y el hecho de prever continuamente todas las infinitas formas de hacerlo no hacía más que reforzar sus ganas de vivir. Sólo tenía que dejar la puerta cerrada. Ahora. Para siempre. Contempló dudando la mirilla que atravesaba la puerta blindada. Sólo tenía que acercarse, dar dos pasos y mirar. Y lo vería. Sólo dos pasos.

Se dio la vuelta y corrió hasta el sofá (resbalar y caer, clavarse un clavo oxidado y contaminado), tapándose con una manta ligera (mohos y esporas mortales entre sus hebras, ácaros asesinos, dormirse con la manta alrededor del cuello y caerse del sofá ahorcándose) como si fuese una niña pequeña. O mejor, como si fuese un globo a punto de estallar. Anna recorrió con la mirada su infierno personal, repleto de máquinas de tortura y asesinos ocultos que se disponían a seguir lanzándose contra ella, y se preguntó cuánto tiempo resistiría antes de, por primera vez en sus veintiséis años de vida, desear estar muerta. Y abrir la puerta.



II

Si ignoras los planes de tus rivales, no puedes hacer alianzas precisas.

SUN TZU, El arte de la guerra

Truth is just a philosophic term that doesn't serve the ways of life.

*[La verdad es tan sólo un término filosófico que no resulta útil en el modo
de vivir.]*

LYRIEL, «Paranoid circus».

8. El Salón de Mármol

El Reino, antes.

Priscus contempló la intimidatoria extensión del Salón de Mármol y la imponente mole del Dragón en su centro, y se detuvo unos instantes para considerar la mejor forma de rodearlo sin atraer su atención. Sura se le acercó en silencio y se detuvo a su lado.

—¿Problemas de logística? —dijo con sorna.

—No todos nos dedicamos sólo a tareas ridículamente sencillas —repuso Priscus.

Ambos eran servidores del Reino, pero mientras que Sura trabajaba de mensajera y doncella de la reina Mab, Priscus actuaba como mayordomo del Salón, lo cual con frecuencia le ponía en el camino del Dragón. Como ahora. El Dragón. Con frecuencia, para los servidores era más un elemento del terreno que una entidad viva. Cuarenta metros de la cabeza al nacimiento de la cola. Treinta metros más de cola. Escamas de acero mate recubriendo todo el cuerpo. Patas capaces de aplastar un coche sin el menor esfuerzo, simplemente posándose sobre él. Fauces capaces de devorar a varias personas de un mordisco. Garras que podían segar el muro más resistente como si fuese una hoja de papel. Y aun así, nada de eso preocupaba realmente a los servidores. Ese era el reino del Dragón, y ellos eran las criaturas del Reino, o mejor dicho, de la Reina. Y el Dragón servía a la Reina. El problema era que, cuando no estaba desempeñando sus funciones por el Reino, el Dragón descansaba en el Salón de Mármol, convirtiéndose con frecuencia en un muro infranqueable que exigía largos rodeos si un servidor no quería exponerse a verse atrapado bajo sus inexorables escamas. Si el Dragón se giraba para acomodarse, no le preocupaba lo que hubiese a su alrededor, y más de un servidor había quedado aplastado bajo la inmensa mole metálica hasta que el Dragón había decidido moverse de nuevo. Eso realmente no causaba daño al servidor, pero era molesto. En un lugar donde todo era fluido, la solidez y la inmovilidad eran más angustiosas que ninguna otra cosa.

—¿Y bien? —insistió Sura—. ¿Vas a rodearlo o a tratar de cruzar?

La decisión no era tan simple y se relacionaba con la naturaleza misma del Reino, como bien sabía Priscus. No es que él llevase allí desde el principio, pero sí había llegado uno de los primeros. Por eso era el mayordomo del Salón. Por eso comprendía realmente la importancia de la diferencia.

El Reino era fluido. O entendido de otro modo, no era nada realmente hasta que comenzaba a doblegarse a la voluntad de algún forjador, fuese un soñador que hubiese cruzado las Puertas o fuese uno de los Señores. Nada permanecía estable en él, ni siquiera los servidores, que eran tanto sus habitantes como parte de su esencia.

Nada, menos el Salón de Mármol. Cuando la reina Mab penetró en el Reino, que aún no era el Reino, tomó posesión de él, y el Salón de Mármol se solidificó a su alrededor: una extensión de algo más de un centenar de metros de diámetro de puro mármol blanco, sostenida por columnas que delimitaban su perímetro circular, y al otro lado de las arcadas que enmarcaban esas columnas, la cambiante masa gris del Reino. Las columnas se alzaban casi cincuenta metros, hasta un techo en forma de cúpula que se extendía veinte metros más, de modo que podía albergar fácilmente al Dragón las escasas veces que decidía erguirse sobre sus patas traseras, dándole al conjunto una forma de domo. Era hermoso, vacío y perpetuo, opuesto al perpetuo cambio que gobernaba lo que había más allá de sus límites. O al menos vacío cuando no daba descanso al Dragón. Ahora, si Priscus cruzaba y el Dragón decidía estirarse o girarse en su reposo (lo cual hacía con mucha frecuencia, como bien sabía el mayordomo, con la misma languidez y despreocupación que un gato de proporciones monstruosas), podía quedar atrapado bajo él, y no deseaba para nada volver a vivir esa experiencia, potenciada por el hecho de que, incluso en el Salón de Mármol, el tiempo continuaba siendo fluido. ¿Un segundo o un milenio bajo las escamas? Era imposible distinguirlos.

Por su parte, la otra opción conllevaba sus propios riesgos. Priscus era un servidor, un habitante y servidor del Reino, con lo cual estaba sometido a los designios de cualquier forjador si se acercaba lo suficiente. Podía cruzar un arco para rodear el Salón y pasar a formar parte de la pesadilla de cualquier humano que hubiese entrado en el Reino, actuando normalmente como figurante: el líder de los transeúntes que se ríen del soñador que descubre que está desnudo al salir a la calle; el mayor de los perros que persiguen al soñador que huye atemorizado; quizás algo más sutil, como una vez en que a Priscus le había sido dada la forma de una tormenta de nieve que azotaba un coche aislado en mitad de una carretera perdida. Era algo completamente impredecible, y una vez que hubiese entrado en contacto con un forjador, el servidor debía aguardar pacientemente en su papel hasta que la pesadilla concluyese, fuese un minuto o días o años, según la percepción del soñador. Y luego estaban los Señores, claro.

No era habitual que los Señores del Reino actuaran tan cerca del propio Salón, pero algunas veces acudían a reclutar servidores para forjar alguna creación especialmente poderosa. Los mortales no los necesitaban en realidad, o eso se comentaba entre los servidores más antiguos, pero los Señores acudían siempre que uno de sus aspectos era invocado con intensidad por varios forjadores, y tomaban el control de la pesadilla. Y eso resultaba agotador. En una ocasión, Priscus fue reclutado por la Oscuridad y se pasó (al menos desde el punto de vista del servidor) prácticamente dos semanas convertido en un ruido pavoroso tras las puertas de una docena de niños estúpidos que la noche anterior habían visto una película demasiado aterradora para su edad.

—Venga, Priscus —le apremió Sura—, decídete.

El anciano servidor escrutó a su colega. ¿A qué tanta prisa? Sura le contempló con ojos en apariencia inocentes, con las manos a la espalda y meciéndose ligeramente. Dado que los servidores estaban sujetos a la voluntad de los forjadores, el Salón de Mármol era el único lugar donde se les podía ver con un aspecto fijo, pero esa apariencia en realidad no dependía de ellos, sino que había sido concedida por la reina Mab cuando determinó las leyes que regirían el Salón. Pelo negro y lacio, de longitud variable pero nunca demasiado corto. Piel blanca, con un ligero matiz verdoso. Grandes ojos negros, labios pálidos. Sólo la nariz y las orejas permitían diferenciar en algo su aspecto, y los rasgos propios de lo femenino y lo masculino, pero eso no era un problema para ellos. Todo servidor reconocía siempre a uno de sus congéneres, y lo mismo sucedía con los Señores. El aspecto era irrelevante en el Reino. Lo importante era la esencia. Priscus se ajustó ligeramente la toga, y suspiró. Los servidores no recordaban nada de su estado anterior, y el mayordomo no era una excepción. Algunos decían que eran soñadores que habían muerto durante el sueño. Otros, que eran humanos que habían sido reclutados por alguno de los Señores a lo largo del tiempo. Había incluso quienes mantenían que nunca habían sido humanos, y que eran los auténticos habitantes del Reino que estaban allí desde antes de que llegase la reina Mab y lo convirtiese realmente en el Reino. Priscus no se preocupaba por la teología, pero se sentía cómodo con su toga, a diferencia de otros servidores, que parecían no saber qué hacer con la ropa que el Salón exigía, lo cual le había ido dando la convicción más o menos firme de que había vivido en la época de Roma. Sura no. Llevaba la toga no como un vestido digno, sino como una especie de excusa para enseñar porciones de carne verdosa. Como si fuese una universitaria en una de esas fiestas de disfraces. Así que las manos detrás de la espalda implicaban que estaba escondiendo algo.

—A mí no me engañas, jovencuela —dijo con un gruñido.

—Vamos, Priscus, no volvamos con eso de jovencuela —se quejó Sura—. El tiempo es fluido aquí, ¿recuerdas?

—Por supuesto, ¿y recuerdas este sitio antes de que estuviera yo? —repuso el mayordomo.

—No —respondió la joven servidora a regañadientes.

—Pues yo sí lo recuerdo sin ti —dijo Priscus—. Así que no te hagas la interesante. Tú también tienes que cruzar, y estás esperando a ver qué hago yo para hacer lo mismo.

—Vale, oh sabio Priscus —convino Sura con una sonrisa, mostrando finalmente las manos, en las que llevaba una caja de marfil de la que asomaba un pergamino enrollado y sellado con lacre negro—. Me has pillado. Ilumíname con tu sabiduría antes de que nos volvamos nosotros también columnas de piedra. Tanta inmovilidad me agota.

—Como a todos —dijo el mayordomo, y después suspiró. En realidad, cuando había prisa sólo había una opción posible—. Vamos a cruzar, así que mantente cerca

de mí.

2

—¿Izquierda o derecha? —preguntó Sura contemplando la inmensa extensión del Dragón.

—Izquierda, por supuesto —respondió Priscus.

—¡Venga ya! —se quejó la joven servidora—. ¡Pero si estamos casi en la base de la cola! ¡Hay menos camino por aquí!

—Por la cabeza —dijo Priscus, y comenzó a andar—. Siempre por la cabeza. La cola puede agitarse en cualquier momento, y es terriblemente rápida. Con una pata quizás tengamos alguna posibilidad de correr para apartarnos.

—Que es la versión elegante de «A los abuelos les gusta pasear» —repuso Sura con una sonrisa, pero el mayordomo no entró al trapo y se limitó a seguir caminando.

—¿Y qué te trae por el Salón hoy? —preguntó la joven servidora tras unos segundos de caminar en silencio.

Priscus lo estaba esperando. Sura era incapaz de permanecer callada, al menos en esa forma.

—Otra vez hay unas esquiras que arreglar en el otro extremo —contestó.

—¿Qué son unas esquiras?

El mayordomo se detuvo y se volvió para contemplar el rostro de la servidora con una mirada que incluía en la misma medida asombro y desesperación.

—¡Pero si te lo he explicado al menos cinco veces! —dijo levantando la voz sin poder evitarlo. Él siempre había sido mesurado, pero la chiquilla lo sacaba de sus casillas.

—Pero es que yo casi nunca te presto atención, Priscus —respondió Sura con una expresión de inocente sinceridad—. Tú hablas y hablas de tonterías de viejo, y yo me pongo a pensar en mis cosas.

El mayordomo ahogó un rugido de frustración y se dio la vuelta para seguir andando, pero la joven servidora le pasó una mano por la espalda, recostando la cabeza en su hombro.

—Venga, no te enfades —dijo parpadeando mucho, como si fuese a ponerse a llorar, lo cual era doblemente falso porque, en esa forma, para los servidores llorar era algo prácticamente imposible; a pesar de todo, a Priscus le hizo gracia el gesto—. Te prometo que esta vez prestaré atención, y así no volveré a preguntártelo cada vez que crucemos el Salón juntos. Compañero. Amigo.

El mayordomo lanzó una carcajada breve y seca, bajó el brazo de la muchacha de su hombro y comenzó a explicarle mientras continuaban andando.

—A veces los soñadores alcanzan el Salón —comenzó—. Es raro, pero a veces pasa. En esas ocasiones, como sucede de forma natural en ellos, tratan de forjar lo que les rodea, pero el Salón ya fue forjado y fijado hace mucho tiempo por la reina Mab, como bien sabes.

Sura asintió mientras fingía un bostezo y Priscus le lanzaba una mirada de desaprobación.

—Evidentemente —continuó—, la voluntad de un forjador no es rival para los inconmensurables poderes de la Reina; aun así, algunos, pocos, muy pocos de hecho, logran afectar ligeramente la estructura: arañazos en el suelo, muescas en las columnas o alguna minúscula grieta, en el peor de los casos. Y entonces acudo yo para arreglarlo. ¿Te ha quedado claro?

—Tan claro que casi me muero de aburrimiento —contestó Sura con un bostezo que esa vez no era fingido—. Ya recuerdo por qué no atiendes cuando hablas.

—En ese caso —repuso Priscus—, no te interesará saber cómo arreglo las esquirlas.

El mayordomo sonrió y guardó silencio. Un paso. Dos. Cinco.

—¡Vaaale! —rezongó Sura—. Tú ganas. ¿Cómo lo arreglas?

—Simplemente, voy al lugar y recuerdo cómo era esa parte del Salón cuando se creó. La reina Mab le dio forma, y esa es su forma. Con recordarlo es suficiente para deshacer lo que haya hecho cualquier soñador.

—¿Y si la esquirla la hubiese causado uno de los Señores? —preguntó la joven servidora, ligeramente interesada a su pesar.

—Entonces yo no sería capaz de ayudar al Salón a recordar —reconoció Priscus—, pero cualquier otro Señor o la misma Reina podrían hacerlo fácilmente. Aun así, un Señor nunca trataría de cambiar la esencia del Salón, así que deja de decir tonterías.

—En ese caso —dijo Sura, contemplando el trecho que aún les quedaba para aproximarse a la cabeza del Dragón, que afortunadamente permanecía inmóvil—, pregúntame de quién es el mensaje.

—No pienso hacerlo —contestó el mayordomo, a sabiendas de que su intento iba a ser inútil.

—No importa, te lo contaré igual —replicó la joven servidora mirando con orgullo el sello del pergamino que portaba—. Tú me torturas haciéndome rodear al Dragón por el lado largo, y yo te torturo con mi interesantísima vida. Vengo de las Puertas.

Aquello sí interesó a Priscus. Normalmente sólo los servidores que las custodiaban permanecían cerca de las Puertas, ya que, como el propio Salón, era un lugar estable y, por eso mismo, desagradable para todos los habitantes del Reino. Priscus no tuvo tiempo de preguntar antes de que Sura continuara con su explicación.

—Como lo oyes. De las mismísimas Puertas —explicó la joven—. La Reina me encargó llevar un mensaje al Torturador, y este me dijo que acudiese a las Puertas. He

estado en el Archivo. ¿A que no te lo esperabas?

El mayordomo la contempló con incredulidad. Así que existía un Archivo. Siempre se había rumoreado que había un lugar estable en el que se acumulaban textos escritos por forjadores que detallaban el Reino, su historia, su naturaleza y sus habitantes, pero la renuencia natural de los servidores a permanecer en lugares estables, y la escasa importancia que daban a todo lo relacionado con ellos, había hecho que casi nadie se preocupase por los rumores que circulaban sobre ellos.

—¿Y cómo es? —preguntó Priscus.

—No sé, estable —respondió Sura encogiéndose de hombros—. Un montón de pergaminos enrollados en estantes en un cuchitril subterráneo. Hay una trampilla oculta en una de las Puertas Blancas, y desde allí se baja. Olía a rancio, sonaba a rancio, hasta sabía a rancio, con ese aire espeso y pastoso. Cogí lo que me habían encargado, creo, porque había como cien mil rollos de pergamino, y salí pitando.

Priscus asintió, pero no preguntó nada más. Estaba bien saber que el Archivo existía realmente, pero tampoco le aportaba nada, y no quería alentar más el parloteo de su acompañante, aunque sus intentos fueron inútiles.

—Y ahora estoy de vuelta para encontrarme con el Torturador, a ver si con el papelajo este puede dar una respuesta a la Reina. Si es que el Dragón se acaba alguna vez y podemos darle la vuelta, oh, astuto guía.

El mayordomo no respondió a la puya, ni preguntó más por la misión de Sura, del mismo modo que ella tampoco había preguntado a los Señores, ni había tratado de descubrir qué ponía en el texto. La curiosidad no era parte de la naturaleza de los servidores, no en un sentido tradicional. Curiosidad quizás por experimentar, pero no por saber.

—¿En qué es lo más raro en que te han forjado? —preguntó Sura unos metros más adelante. Evidentemente, el silencio era incompatible con la joven servidora—. Y no me cuentes otra vez lo de la ventisca, que eso ya me lo sé. ¿Has sido un rey en un harén? ¿El hermano incestuoso de alguna joven mojigata y calentorra?

Priscus la miró enarcando una ceja.

—¿Calentorra? ¿De dónde sacas esa forma de hablar?

—Del mundo, colega, del mundo. —Sura sonrió—. No todos nos estamos volviendo de mármol.

La joven servidora siempre le preguntaba por aventuras sexuales, pero el mayordomo no había tenido mucha experiencia en ese ámbito. Aunque todos los servidores se debían al Reino y estaban sometidos a los forjadores, resultaba evidente que cada uno tenía un carácter propio y, salvo que hubiese una necesidad acuciante, solían formar parte sólo de pesadillas acordes a ese carácter. Y todo lo que rodeaba a Priscus siempre había sido más inmaterial, más sutil de lo que complacía a la joven servidora.

—El otro día —continuó Sura— estaba con una forjadora que huía de un violador. Entonces yo era su hermana, y el violador, al ver que no la encontraba en su

pequeña casa de campo, venía a mi habitación y nos poníamos dale que te pego. Y más dale que te pego. Y un poco más. Y ella miraba por la cerradura y veía que me lo estaba pasando bomba, y el colega se quitaba la máscara y resulta que era su padre, y entre el espanto y el llanto, la tía empezaba a masturbarse. Y se despertó y yo me quedé a medias.

El mayordomo la miró sin decir nada, pero la joven servidora contestó a su gesto de desaprobación.

—¿Y qué le voy a hacer si me va la marcha? —se disculpó sin disculparse, con una amplia sonrisa. Todo servidor disfrutaba siendo servidor, y eso era lo que les unía al Reino—. Dicen que cuando a los forjadores les da por hacer guerras, eso es la bomba —añadió Sura con tono reconciliador. Priscus recordaba todas las guerras.

—Te encantaría —dijo el mayordomo—. Para los forjadores, guerra y violación son cosas que van unidas invariablemente. Miles, cientos de miles de personas forjando sobre el mismo tema. La Víctima y el Torturador están tremendamente ocupados siempre que hay guerra. Y...

—Siempre hay guerras —completó la frase Sura.

Priscus asintió con satisfacción. Al parecer, no todo lo que le contaba se perdía en el abismo de su superficialidad.

—¿Es que el Dragón no se acaba nunca? —protestó la joven rompiendo el segundo de satisfacción de su acompañante.

—Ya casi hemos llegado —repuso, y era cierto.

Estaban alcanzando el final del cuello del Dragón, que descansaba con la cabeza vuelta hacia el lado opuesto al suyo, enroscado como un felino de escamas metálicas y de proporciones monstruosas, aguardando a que sus servicios fueran requeridos por el Reino o por la propia Reina. Priscus se detuvo cuando alcanzaron más o menos la nuca.

—De acuerdo, ahora vamos a pasar a la carrera —avisó a su acompañante—. Si le da por bostezar, nos absorberá; si le da por toser, nos arrojará hasta quién sabe dónde. Si escupe, las llamas desharán esta forma y pasará mucho tiempo antes de que puedas volver a hacer algo divertido.

—Paso —dijo Sura con expresión atenta y concentrada por primera vez—. ¿Todo recto, entonces?

—Todo recto —contestó Priscus, y echaron a correr.

Fue una carrera rápida y silenciosa. La edad era algo de aspecto, no de esencia, para los servidores, y ambos mantenían el mismo ritmo decidido mientras superaban la oreja primero, luego el hocico, y finalmente dejaban atrás los orificios nasales y la lengua, que asomaba ligeramente. Sólo unos metros después Sura se permitió lanzar una mirada hacia atrás por encima del hombro. Y se detuvo en seco.

—Priscus...

El mayordomo se detuvo también, sorprendido por lo que había percibido en la voz de la joven, una tonalidad incompatible con la misma naturaleza de los

servidores, o eso pensaba. En la voz de Sura había miedo. Cuando se volvió, Priscus comprendió por qué. El Dragón estaba muerto. Y eso era imposible. Pero era. Una delgada capa de escarcha negra recubría sus ojos vacíos, sus fauces colgaban flácidas y entreabiertas, y ningún vapor ni calor surgía de ellas. Sus garras estaban encogidas en un estertor de muerte. El Dragón estaba muerto.

—La Reina —acertó a decir Sura—. Tengo que avisar a la Reina.

El mayordomo no contestó. Simplemente le señaló el cuerpo pequeño y desmadejado que yacía en un charco de sangre, sangre increíblemente roja en el blanco suelo del Salón, justo entre las patas delanteras del Dragón, como si este hubiese tratado de defenderla hasta sus últimas fuerzas. El Dragón estaba muerto. La Reina estaba muerta. La joven servidora la observó sin saber qué hacer, queriendo acercarse al cadáver pero sin atreverse a hacerlo, y derramando lágrimas negras de sus negros ojos. Abría la boca una y otra vez, pero de ella sólo brotaba un gemido sin palabras.

—Avisa a los heraldos —logró decir Priscus finalmente—. Hay que convocar a los Señores.

Sura asintió y, sin dejar de derramar lágrimas impregnadas de ceniza, abandonó el Salón de Mármol.

9. Los Señores

El Reino, antes.

Los heraldos partieron lo más rápido posible, dado lo incierto de su destino. Más allá del Salón de Mármol, el Reino era lo que deseasen los forjadores en cada instante, y en algún lugar de esa caótica mezcla de realidades debían encontrar a los Señores. Pero los Señores eran como faros brillantes en una noche despejada, y ningún heraldo dudó sobre el camino que debía seguir.

Un joven universitario soñaba con un examen crucial. Incapaz de estudiar, agobiado, llevaba una chuleta oculta en el bolsillo. Cuando el profesor volvió la mirada hacia otro lado, sacó el pequeño papel y lo desplegó. Pero ahí no estaban las respuestas. Era un índice que indicaba que debía buscar en el otro bolsillo. Sintió un escalofrío cuando la mirada vigilante del profesor pasó sobre él, y unos instantes después logró sacar otro pedazo de papel. Pero en él sólo decía que lo tenía escrito en el calcetín. Aunque allí tampoco estaba. Consultó el papel de debajo del reloj, que hacía referencia a algo en la suela del zapato del pie izquierdo. Y frente a él, inexorable, el reloj iba avanzando, y cada vez quedaba menos tiempo para encontrar la respuesta correcta. Y en el zapato izquierdo tampoco estaba. Cuando empezaba a mirar en el derecho, de repente un ujier entró con apresuramiento y murmuró algo al oído del profesor, que sin decir una palabra simplemente desapareció, y con él la angustia, y la pesadilla se desdibujó a su alrededor. El joven despertó. Pero seguía sin estar preparado para el examen del día siguiente.

Una anciana soñaba que era niña de nuevo, y un oficial elegante y guapo acababa de entregarle una carta con una sonrisa. «Ábrela, pequeña», le había dicho con un guiño encantador, pero ella sabía que si la abría descubriría que su padre había muerto en una escaramuza en los márgenes del río Somme, y que tendría que ir al orfanato, donde le pasarían cosas muy malas. Pero si no la abría, el joven oficial la escondería, y entonces, el día menos pensado, al abrir un libro de recetas o un periódico, la encontraría y perdería todo lo que hubiese hecho hasta ese momento. Entonces tocaron el claxon en el exterior, y el oficial se asomó. Un soldado se acercó y le susurró algo. Sin perder la sonrisa, el oficial le cogió la carta de las manos y la rompió en pedazos, y se fue, y la pesadilla se difuminó a su alrededor. Y despertó. Pero los recuerdos del orfanato seguían allí.

Una embarazada que acababa de perder a su bebé soñaba que el feto en realidad no estaba muerto, que no lo estaría mientras lo mantuviese junto a su pecho. Corría sin parar por los pasillos del hospital, buscando un lugar para esconderse, porque sabía que la doctora que le había dicho que estaba muerto la buscaba para arrebatárselo a su niño, y ningún lugar era lo suficientemente bueno. Tenía que hallar el lugar

perfecto, porque en cualquier otro la encontraría, y entonces estaría muerto para siempre, así que corría sin parar, y cada vez la tenía más cerca. Inesperadamente, los altavoces del hospital cobraron vida, llamando a la doctora para que acudiese con urgencia al puesto de enfermeras más cercano, y la doctora fue a atender la llamada, y la pesadilla se fundió a su alrededor, y despertó. Pero su bebé seguía muerto.

Un niño soñaba que había un monstruo brutal en su casa. En ese momento se estaba comiendo al perro, y ya se había comido a su hermano mayor, y en breve subiría a comérselo a él. Pero no subió. Alguien silbó, como llamando a un perro, y el monstruo salió trotando, y la pesadilla se deshizo a su alrededor, y despertó. Llamó a su madre, que acudió con un vaso de agua y le arropó, y volvió a dormirse, esa vez sin soñar.

Más allá del Reino, en un pequeño estudio, un dibujante trabajaba con ahínco en una ilustración de su último cómic, *Prisioneras en el Harén*. En la viñeta en la que estaba ocupado, dos hermosas mujeres, hermanas, que habían sido secuestradas por orden de un jeque, eran obligadas a sodomizarse mutuamente con un enorme dildo doble frente a una multitud que vitoreaba. Nada nuevo en su trabajo, pero era sólo el primer paso. Ahora venía el giro original, la innovación... Pero la idea se le fue. Se quedó en blanco. Cansado, se desperezó y fue en busca de un café y de la inspiración perdida, preocupado por los plazos de entrega.

Más allá del Reino, en el sótano de un discreto club de parejas, una mujer recibía los impactos rítmicos de un látigo de cuero azotando su ingle, sus labios, su clítoris, y sintió que la mezcla agónica de dolor y placer iba poco a poco preparando el estallido de su segundo orgasmo. Con anticipación, tensó la espalda aferrando con más fuerza las cuerdas que le sujetaban las muñecas. Se preparó para el siguiente golpe y la oleada correspondiente, pero cuando este llegó, inesperadamente sólo sintió dolor. Ya no se sentía cómoda. Ya no tenía sentido. Pronunció la palabra de seguridad y en un par de minutos se despidió ligeramente incómoda de su compañera, y se fue a casa.

2

—Te he dicho que la dejes como está —la regañó Priscus.

—No puedo, Priscus, no puedo —suplicó Sura, todavía sin dejar de llorar—. No puedo verla así. Déjame por lo menos que la tape. Que la limpie. No se merece esto.

—No se lo merece —convino el mayordomo—. Pero los Señores deben ver lo que ha sucedido sin que intervengamos.

Sura no respondió, sino que se limitó a estrujar el borde de su túnica, con la mirada clavada en el cuerpo destrozado de su Reina. Ella era su doncella. Ella debería haber estado allí. Hacer algo. Protegerla. Avisar a alguien. Morir por ella. Cualquier

cosa, menos estar de paseo entre pergaminos.

—Priscus... —suplicó de nuevo.

—Ya llegan —dijo el mayordomo, intentando animarla—. ¿No lo notas?

Sura enjugó las lágrimas inútilmente con el borde de la túnica, y trató de percibir lo que le indicaba Priscus, aunque no fue necesario, porque los Señores llegaron en ese mismo instante.

Al igual que los servidores, los Señores no tenían forma fija más allá de los muros del Salón de Mármol, pero a diferencia de ellos, el aspecto que adoptaban entre las columnas blancas no era determinado por el lugar, sino que respondía a la naturaleza de cada uno de ellos. Eran lo que eran, y ni el Salón ni nada podía cambiar eso.

El primero en llegar fue la Bestia, que por lo que sabía Sura, en el Salón tenía el aspecto de una loba gigantesca, aunque cuando la joven servidora la vio, añadió mentalmente que ese «gigantesca» había que entenderlo en el mismo sentido en que un tiranosaurio es una lagartija gigantesca o una bomba atómica es un petardo gigantesco. A continuación apareció la Oscuridad, con quien Sura ya había coincidido otras veces, y que en cierta medida la reconfortó. Su aspecto entre las columnas era el de un atractivo joven de edad indeterminada, con una brillante piel blanca que prácticamente relucía, un cabello rubio níveo y unos resplandecientes ojos dorados. Vestía una inmaculada túnica blanca, adornada con encajes de plata, y su sonrisa rivalizaba con el resplandor del metal. Sura habría querido acercarse a él para pedirle que ocultase a la Reina, pero casi en el mismo instante se materializó la Cazadora. Con sus ropajes de cuero envolviendo sus ágiles curvas, la Cazadora atravesó velozmente la extensión de la sala y en unos instantes llegó junto al cadáver, escrutándolo en silencio a través de las ranuras oscuras que eran el único elemento que rompía el vacío de la máscara de plata que cubría su rostro. Al verla a su lado, al lado de la pobre Reina, Sura comprendió que ya no quería cubrir el cadáver. Ahora quería encontrar al asesino y descuartizarlo con sus manos. En respuesta a sus emociones, o quizás al revés, la Cazadora volvió su rostro hacia la joven servidora y clavó los abismos negros que había tras los ojos de su máscara en ella, buscando respuestas o información. Sura le abrió su esencia, pero no había nada que añadir, así que la Cazadora centró de nuevo su mirada en el cuerpo, arrodillada junto a él.

—Despejad la sala, por favor —resonó una voz, y la doncella de la Reina se volvió para ver al Laberinto, que en el Salón adoptaba la apariencia de un hombre cubierto totalmente de tatuajes, un dédalo de líneas sobre su piel. Carecía por completo de pelo y apenas se cubría con una pequeña túnica carmesí, poco más que un taparrabos. Sura y Priscus asintieron, y en silencio abandonaron el Salón de Mármol. Más allá de sus límites, el Reino permanecía lleno de vida, lleno de temores y de deseos. La joven servidora sintió como el mayordomo la impulsaba ligeramente hacia un forjador, que fantaseaba con la posibilidad de seducir a su profesora a pesar de lo escandalosa y peligrosa que le parecía la idea, y silenciosamente se lo agradeció, mientras la voluntad del soñador la iba dotando de cuerpo, rostro y unas

ganas locas de follárselo. Pero un rincón de su esencia, y de la de todos los habitantes del Reino, estaba en ese momento totalmente centrada en el Salón de Mármol y en lo que fuesen a decidir sus ocupantes.

3

—No está muerta —dijo la Oscuridad con su voz suave y cantarina—. O no totalmente. Si lo estuviera, ya no tendríamos Salón en el que reunirnos.

—Estoy de acuerdo —repuso la Cazadora, con una voz metálica que surgía desde detrás de su máscara, mientras se acuclillaba y estudiaba atentamente las heridas, rozándolas apenas con un dedo fuerte y flexible.

—Pero está lo más parecido a muerta que puede estar sin estarlo —añadió el Laberinto mientras él también se arrodillaba junto al cuerpo.

La Bestia expresó su disgusto mentalmente, aunque en el Salón resonó como un gruñido. No era momento para estúpidos juegos de palabras, aunque el Laberinto no pudiese evitarlo.

La Cazadora se aproximó el dedo manchado de sangre a la máscara, como si fuese a olerlo o lamerlo, pero ningún relieve alteró su lisa superficie. Aparentemente satisfecha, se incorporó y se dirigió hacia el rostro del Dragón. Sus compañeros permanecieron junto al cadáver de la Reina, sin poder apartar la mirada de él.

—¿Y los gemelos? —preguntó tras unos instantes la Oscuridad, pero no fue necesario que nadie contestara, porque junto a ellos se materializó una figura voluptuosa, de largos cabellos rubios e inocentes ojos azules, vestida con un sencillito vestido de hilo blanco.

—Siento el retraso —dijo la Víctima con voz temblorosa—, y me temo que mi hermano se va a retrasar aún más.

La pregunta por el paradero del Torturador quedó flotando entre los Señores, mientras la Víctima se arrodillaba junto al cadáver de la reina. La sangre comenzó a empapar sus blancos ropajes, ascendiendo lentamente desde sus rodillas mientras sus lágrimas cristalinas caían lentamente en silencio. Los Señores respetaron su dolor durante un par de minutos, pero no podían permitirse mucho más.

—Mi dama —dijo la Oscuridad, inclinándose junto a ella y ayudándola a incorporarse—, sé que es un momento duro y que todos sufrimos... pero está muerta. ¿Dónde se encuentra vuestro hermano?

La Víctima trató de hablar, pero un nuevo sollozo se lo impidió. De algún lugar de su túnica, el Laberinto extrajo un pañuelo primorosamente doblado y se lo tendió a la desconsolada Señora, que se lo agradeció con voz entrecortada. Sin embargo, el pedazo de tela resultó estar más que doblado, y cada vez que la Víctima intentaba

tirar de una punta para desplegarlo, el nudo se cerraba más. Al final, desistió de su intento y se enjugó las lágrimas lo mejor que pudo con la compacta bola de tela. Dejando caer al suelo su colosal cuerpo, la Bestia lanzó un bufido de desesperación.

—Mi dama... —insistió la Oscuridad.

—El Torturador ha acudido a las Puertas —dijo por fin la Víctima, tras inspirar profundamente para serenarse—. Al parecer, el ataque no era algo que estuviese más allá del conocimiento de la Reina, o al menos de sus sospechas. Encargó a mi hermano que investigase ciertos asuntos, pero es todo lo que sé.

—En ese caso, esperaremos —dijo la Oscuridad, y los demás Señores asintieron.

—Yo no —disintió la voz metálica de la Cazadora desde el otro lado de la cabeza del Dragón—. Voy de caza. El asesino dejó su esencia en todo el ataque. Puedo rastrearlo. Y lo haré.

—Eso es magnífico —replicó la Oscuridad mientras rodeaba la cabeza del Dragón para poder ver a la Cazadora—, salvo por el hecho de que el asesino ya estará más allá del Reino, y no puedes llegar hasta él.

La Cazadora no respondió desde detrás de su máscara de plata, aunque sabía que era verdad. Todos los sabían. Pero cada cual era su naturaleza, y eso no podía cambiarse.

—Volveré lo antes posible —dijo, y abandonó el Salón.

Mientras se fundía con la masa cambiante del Reino, aún tuvo tiempo de oír la voz angustiada de la Víctima.

—Llamemos a Sura, a su doncella —propuso—. No podemos dejarla así.

Si hubo una respuesta, ya no alcanzó a oírla, sumergida en la bruma grisácea en que consistía el Reino sin un forjador que le diese forma. A la Oscuridad le gustaba llamarla «la posibilidad sin forma», y al Laberinto, «el enigma». Para la Bestia, ponerle nombre le parecía una total pérdida de tiempo, pero aun así para la Cazadora era el páramo. Así que cruzó el páramo todo lo rápido que pudo, que era mucho. A su paso, los mundos que iban forjando los soñadores eran apenas borrones confusos que ni le importaban ni la distraían. Tenía un rastro muy claro, y nada, en el Reino ni fuera de él, podría impedirle seguirlo. Aunque la condujese hasta un callejón sin salida o, como suponía, a un abismo que no podría cruzar. Aun así, corrió con todas sus fuerzas.

4

El Torturador contempló los estantes repletos de pergaminos con cierta nostalgia. No había acudido a esa sala en mucho, mucho tiempo; sin embargo, siempre se sentía cómodo en ella. A su lado, un servidor de aspecto aburrido bostezó.

—Puedes volver a tu puesto, Libo —dijo el Torturador—. De hecho, no te he pedido que bajaran.

—No se preocupe, jefe —repuso el servidor—, ya me marchó. Es que llevo en la Puerta, no sé, muchísimo tiempo, y nunca me había apetecido mirar lo que había aquí abajo. Y ahora sé por qué.

Sin decir más, el servidor ascendió por la pequeña escalerilla y volvió a la superficie. Así era su naturaleza, pensó el Torturador, incompatible con los lugares estables. Dales algo cambiante, y entonces sí, estarán atentos, dedicados y solícitos. Pero ponlos junto a una trampilla en una Puerta, y podrán pasar mil años sin que se les ocurra mirar adónde lleva. Que venía a ser más o menos lo que había pasado con Libo, si no le fallaba la memoria respecto a cuándo llegó el vigilante de la Puerta al Reino.

El Torturador no era una criatura dada a la compasión, ni mucho menos a la autocompasión, pero los últimos acontecimientos eran de tal magnitud que gastó unos preciosos segundos en lamentarse de su falta de diligencia. La Reina le había hecho partícipe de sus sospechas. Le había pedido su consejo. Y él se había limitado a mandar a una joven servidora en busca de un manuscrito que quizás le ayudase a aclarar las ideas, si es que había cogido el correcto, y si es que él tenía tiempo de leerlo... Y no lo había tenido, evidentemente; y ahora ella estaba muerta, y él tratando de expiar su falta, si es que era posible. Fin de la autocompasión.

El Torturador conocía todos y cada uno de los pergaminos allí presentes, ya que de un modo u otro todos estaban allí por él. No era el Archivo, como los servidores solían llamarlo. Era su Archivo. Ciertamente que él no había escrito ni uno solo de los textos que atesoraba, pero habían sido su esfuerzo y su dedicación los que habían logrado que incontables forjadores de épocas y lugares remotos fueran transcribiendo o recopilando toda aquella información que al Torturador le resultaba interesante: historias sobre los orígenes del Reino, descripciones más o menos ajustadas de sus Señores, relatos de los intentos de conquista o dominio por parte de los señores, supuestos hechizos y conjuros para atar o invocar a uno de los Señores, rituales de adoración a las Musas Oscuras... Y así hasta formar una biblioteca de varios cientos de ejemplares, recogidos cuidadosamente recién forjados y transportados hasta ese lugar estable antes de que la mutabilidad del Reino los deshiciese tras la partida de su forjador. El Torturador no los había leído todos, ni siquiera un tercio, pero sabía que estaban allí, y sabía lo que contenían, y quería pensar que eso era lo importante. Así que ahora, cuando finalmente era necesario, no dudó. Tercera fila empezando por arriba, cuarta columna empezando por la izquierda. Y en ese nicho, el pergamino sujeto por una cinta azul con tres nudos: *De la muerte de los Señores de la Pesadilla y su posible resurrección*, por Fray Roberto de Dos Hermanas. No lo abrió. Lo cogió cuidadosamente y buscó su segundo objetivo. Primera fila empezando por arriba, novena columna, una simple tira de cuero con ocho nudos: *La alquimia de las pesadillas*, por Giuseppe Corsi. Si en alguno de los pergaminos había algo útil para

deshacer lo sucedido, sería en aquellos. Por lo demás, era absurdo lamentarse por lo que no había hecho, así que no lo hizo.

No oyó sus pasos, pero sintió su presencia, como cualquier otro habitante del Reino. Aun así, la llegada de la Cazadora le sorprendió ligeramente.

—Te hacía en el Salón de Mármol —dijo el Torturador, guardando cuidadosamente los dos preciosos pergaminos en un portarrollos de mármol blanco, de la misma sustancia que el Salón.

—He seguido el rastro del asesino —respondió la Cazadora desde el otro lado de su máscara de plata.

—¿Y conducía hasta mi Archivo? —preguntó con sarcasmo el Torturador.

La Cazadora ignoró el tono.

—Llegaba hasta las Puertas, y las cruzaba —respondió—. Más allá de mi alcance y de la venganza del Reino.

—De momento, mi Señora, de momento —repuso el Torturador, mientras le indicaba con un gesto que volvieran a la superficie.

10. Las piedras

El Reino, antes.

La sangre había desaparecido, retirada con infinito cuidado por las suaves caricias de las esponjas, pero eso solamente había hecho más visibles las mortales heridas. Un tajo profundo, desde el hombro izquierdo hasta prácticamente la cadera derecha. Una puñalada brutal, que le atravesaba el vientre y salía por la espalda. Parecía humana, terriblemente humana, aunque nunca lo había sido. Su cabello, negro y espeso, estaba suelto para que se secase después de haberle enjugado la sangre. Sus ropas destrozadas yacían a un lado, y en su hermosa y blanca desnudez las heridas eran una aberración imposible a ojos de las servidoras que la amortajaban.

Sura miró con pena a su compañera. Corda era aún más joven que ella, y quizás por eso era la única que se había ofrecido a ayudarla en la tarea. A los demás la inmovilidad del Salón de Mármol les causaba un malestar prácticamente doloroso ahora que la Reina había muerto, y la visión de su carne abierta era insoportable. Pero Sura tenía que hacerlo. Ella era su doncella. Así que con la insegura ayuda de Corda, que a cada momento tenía que apartarse unos segundos para que sus lágrimas cenicientas no manchasen de nuevo el cuerpo, la había levantado y la había llevado hasta un catafalco que el Laberinto había dispuesto para que reposase. Allí le habían retirado los vestidos y habían lavado su cuerpo con sus propias manos, encogiéndose cada vez que accidentalmente rozaban el borde limpio y suave de las heridas. Ahora aguardaban a que la Víctima les trajese un lienzo para envolverla, mientras que los demás Señores se habían retirado al otro lado del Dragón para deliberar, lo cual les daba cierta intimidad.

—¿Crees...? —preguntó Corda, insegura—. ¿Crees que podrán curarla?

Sura la observó con pena. Corda llevaba el pelo negro recogido en una desmañada trenza que dejaba caer por delante de un hombro, y el modo con que solía llevarse la mano al rostro hacía pensar que, si es que realmente los servidores eran humanos antes de ser parte del Reino, tenía que haber llevado gafas. Se la veía pequeña e insegura, como una adolescente humana. Jamás había visto a la Reina en persona. Una o dos veces a lo sumo había participado en un sueño forjado por los Señores. Pero ahí estaba, la única que había soportado el dolor lo suficiente para hacer lo correcto.

—Harán lo correcto, pequeña —respondió la doncella, que de repente se sentía mucho más vieja—. Sea lo que sea.

Ambas guardaron silencio, hasta que la Víctima apareció junto a ellas con una hermosa tela de raso negra.

—Me pareció lo más apropiado —dijo la Señora a modo de justificación—. Hay

demasiado blanco en esta sala, y el momento es triste. Muy triste.

La Víctima no había dejado de llorar desde que vio a la Reina, pero se esforzó por que sus lágrimas no estropearan la tela mientras se la tendía a las servidoras. Después se arrodilló junto al catafalco y tomó entre sus manos los dedos fríos de la Reina, con un gemido lastimero. Sura no la compadecía. Al fin y al cabo, ella era la Víctima, su naturaleza era el sufrimiento y la autocompasión. Simplemente estaba haciendo lo que sabía, se dijo. Si la Reina no hubiese muerto, estaría llorando por otro motivo en alguna otra parte. Así que sus lágrimas no valían lo mismo. Pero parecía enormemente sincera.

Mientras la doncella envolvía a su Reina con firmes capas de sudario, se vio obligada a separar los dedos fríos de la caricia de la Víctima, y no pudo evitar pensar que su rostro cubierto de lágrimas brillantes, tan distintas a las de los servidores, era muy hermoso. Realmente uno sentía la tentación de hacerla llorar sólo para contemplar esa belleza. Por un instante sopesó la posibilidad de abofetearla. ¿Qué pasaría? La Víctima no era uno de los Señores, o no totalmente. De hecho, por lo que había oído, ni ella ni su hermano tenían el poder para forjar el Reino. Se hacían llamar las Musas Oscuras, pero si es que tenían poder, sólo era más allá de las Puertas. No eran de la misma naturaleza que los servidores. Eran... otra cosa. Algo avergonzada, se dio cuenta de que se había quedado mirando fijamente a la Víctima, pero esta no pareció molesta.

—Por favor —le dijo mientras se ponía algo más recta, aunque permanecía de rodillas.

Su rostro estaba justo a la altura de la mano de Sura. La servidora no lo pensó realmente. Sólo sintió que todo el dolor de lo que estaba pasando se acumulaba en su pecho, toda la rabia y la frustración. Y ella era tan rubia y tan brillante... Lanzó la mano de revés, golpeándole con todas sus fuerzas en la mejilla, con tanta potencia que la Víctima salió despedida y su cabeza impactó contra los adornos del catafalco. Cuando se enderezó lentamente, Sura vio que sus nudillos habían dejado una marca rojiza e intensa en el rostro de la Musa Oscura.

—Por favor —repitió, clavando sus brillantes ojos azules en los ojos negros de la servidora.

Sura la golpeó de nuevo, esa vez con el puño cerrado. La Víctima cayó tendida en el suelo, y una gota de sangre afloró en su labio. Se enderezó una vez más, lentamente. En ningún momento había dejado de llorar.

—Por favor —volvió a decir.

Sura sintió que toda la ira se concentraba en su pecho, que todo el odio, el sufrimiento y la frustración por lo sucedido parecían dispuestos a hacerla explotar. Y de repente se transformaron. Con su mirada hundida en los ojos azules de la Víctima, la doncella de la Reina se arrodilló junto a ella y la besó. Fue un beso desesperado y apasionado, en el que se sintió completamente correspondida. Cuando sus labios se separaron, todo dolía menos. A su derecha, Corda la miraba desconcertada, pero no le

dijo nada. Se limitó a coger el borde de la mortaja y a terminar de colocarlo en silencio.

Mientras, la Víctima, con el rostro de nuevo immaculado y cubierto de lágrimas, se alejó hacia el otro lado del Dragón, respondiendo a una silenciosa llamada de su hermano.

2

—Hay un modo —dijo el Torturador en cuanto la Víctima se hubo reunido con el resto de los Señores—. No es sencillo, no es rápido. De hecho, ni siquiera es seguro que funcione. Pero hay un modo. Permittedme que emplee las palabras del propio autor, Fray Roberto de Dos Hermanas, monje de enorme capacidad de introspección onírica, creador de hermosísimas ilustraciones que iluminaban con todo detalle las torturas de las mártires y, finalmente, martirizado él mismo por la Inquisición, al ser considerados sus dibujos inspirados por fuerzas maléficas. La adaptación al lenguaje moderno es mía, pero he tratado de conservar la poesía de las palabras:

»Ha de saberse, por lo tanto, que como el vulgo dice de los monarcas temporales, el Reino y su soberana son uno, y no es posible destruir al uno dejando incólume a la otra, ni tampoco del modo inverso, pues son la misma esencia, del mismo modo que no puede fundirse la cara de un maravedí conservando tan sólo su cruz. Ello háceme pensar que todo intento de dar muerte a la Altísima Señora del Reino no sería más que una fantasmagoría producida por la voluntad del forjador y, por lo tanto, por su voluntad mantenida, hasta que esta o este cesaren de existir, momento en el cual quedaría deshecho todo lo causado.

—¿En palabras sencillas? —dijo la Bestia con un gruñido.

—La Reina no está muerta —aclaró el Laberinto—. Sólo parece estar muerta porque su asesino cree que la ha matado. Así que matando al matador, nada sustentará la creencia, y la muerte desaparecerá.

—O, como dice el vulgo —añadió el Torturador—, muerto el perro, se acabó la rabia. Si encontramos al asesino y lo matamos, eso nos devolverá a la Reina.

—¿Y ya está? —preguntó, aliviada, la Víctima.

—Seguro que no —dijo la Oscuridad—. Los detalles escabrosos, Torturador, por favor.

El Torturador asintió.

—Hace falta matar al asesino de cierta forma y procesar su cuerpo de cierto modo —explicó—. Primero, debe ser desollado y, con su piel y los tendones de manos y pies, debe coserse una bolsa, en cuyo interior se introducirán, por este orden, su lengua, sus ojos y sus orejas. Después hay que eviscerarlo e incinerarlo prendiendo

fuego a su propia grasa desde el interior de su cavidad abdominal. Los restos de cenizas y huesos, una vez triturados, también deben introducirse en la bolsa, y cuando apliquemos el unguento resultante a las heridas de la Reina, esta volverá a nosotros.

—¿Y el Dragón? —La pregunta surgió envuelta en otro de los gruñidos de la Bestia.

—El Dragón no está muerto, sólo paralizado. —Fue la Cazadora quien respondió—. En cuanto la Reina regrese, deshará sus cadenas.

—Magnífico, estupendo —dijo la Oscuridad—, salvo porque para eso hay que abandonar el Reino. Las Musas Oscuras pueden hacerlo, pero sin poder para actuar, y los Señores, que tenemos ese poder, no podemos cruzar las Puertas. ¿Y ahora qué?

—Ahora, quizás también haya un modo de solucionar eso —repuso el Torturador, sacando el segundo pergamino.

3

Iniciaron el procedimiento con diligencia. Dos fragmentos del mármol del Salón, recogidos antes de que Priscus, el mayordomo, hubiese reconstruido las esquirlas. Sangre de la reina Mab, que en esos momentos era un material del que se disponía en abundancia; saliva del Dragón.

—No creo que funcione —declaró la Oscuridad, mientras sujetaba las gigantescas fauces del Dragón con ayuda de la Cazadora, para que el Torturador pudiese bañar con comodidad la piedra en la saliva.

—Y probablemente no funcione —reconoció el Torturador—, pero es la única opción que he encontrado. Giuseppe Corsi indudablemente estaba loco, pero era un alquimista muy competente para su época y, a su modo, sentó la base de las drogas psicotrópicas. Listo.

Los dos Señores dejaron caer los dientes, que hicieron un ruido seco al entrecochar. La Cazadora pasó una mano suave por los ojos nublados del Dragón. Como siempre, su máscara permanecía inalterable, pero en el gesto se delataba cierta ternura. Todos los Señores se consideraban iguales, pero indudablemente por un lado estaban el Dragón, la Bestia y la Cazadora, y por otro, la Oscuridad, el Laberinto y la reina Mab, del mismo modo que las Musas Oscuras eran diferentes a los Señores. Era un asunto de naturalezas.

—¿Y ahora qué? —preguntó la Cazadora con su voz metálica.

—Ahora esto —dijo el Torturador mientras sujetaba con firmeza la astilla bañada en saliva del Dragón y la clavaba en el pecho de la Cazadora.

Tuvo que presionar con fuerza, pero finalmente logró atravesar el justillo de cuero y hundirla en la carne, justo sobre el corazón. La Señora no emitió sonido alguno y,

evidentemente, la máscara de plata no se alteró. Cuando el Torturador retiró el fragmento de mármol, se había vuelto de un color argentino.

—¿Por qué ella? ¿Por qué no yo? —rugió la Bestia, aunque sabía perfectamente la respuesta.

La Cazadora se dio la vuelta. De pie como estaba, las fisuras de su rostro quedaban justo a la altura de los ojos de la gigantesca loba.

—Lo traeré, hermana —dijo sujetando con fuerza el pelaje de la cabeza de la Bestia—. Lo traeré desollado, mutilado y destripado, en una bolsa de su propia piel.

—Y difícilmente podrías tú hacer eso sin pulgares oponibles —interrumpió la Oscuridad.

—No es cuestión de pulgares, Oscuridad —terció el Torturador—; es cuestión de encontrar un recipiente adecuado, y no creo que pueda hallar ninguno para la Bestia.

—Son demasiados factores —dijo finalmente el Laberinto, que había permanecido en silencio y aparte desde que se inició el proceso—. Encontrar un humano al que el Torturador pueda poseer, hacerle entrega de las piedras, hacerlo llegar hasta un recipiente, y que lleve a cabo el ritual.

—Y después, que el ritual funcione —apuntó la Oscuridad.

—Vamos, si fuese sencillo no sería tan divertido —repuso el Torturador con una sonrisa despiadada.

—No es divertido —cortó la Víctima. Nadie replicó.

En silencio, los cuatro Señores y las dos Musas Oscuras se dirigieron a las Puertas, dejando al mayordomo del Salón y a la doncella de la Reina a cargo de los cadáveres. Era improbable sufrir otro ataque, pero si se producía estarían atentos, así que dieron los consejos oportunos y se pusieron en marcha. Era una visión inusitada, una comitiva sombría y terrible que atravesaba el Reino aplastando cualquier pesadilla que los desprevenidos forjadores pudieran alzar en su camino. A su llegada, los sueños de los soñadores estallaban en una miríada de temores y espantos, y los forjadores inevitablemente despertaban cubiertos en sudor, aterrorizados por todo y por nada al mismo tiempo. Pocos pudieron volver a conciliar el sueño esa noche. Afortunadamente para los soñadores, el trayecto fue rápido.

Desde las Puertas, Libo y Macra, guardianes de las Puertas Blancas que señalaban la salida del Reino, los vieron aproximarse y acudieron a recibirlos. Prócula, la guardiana de la Puerta Negra, permaneció en su puesto, contemplando el vacío del que surgían los forjadores para penetrar en el Reino. Pocas veces los Señores visitaban ese lugar, aparte de las ocasiones en las que el Torturador acudía al Archivo, y no había ningún protocolo concreto al respecto, o al menos ninguno que los servidores conociesen. Al fin y al cabo, las Puertas eran un lugar estable, así que las cosas eran como eran.

Tras unos instantes de duda, la comitiva enfiló finalmente hacia la Puerta custodiada por Macra, más que nada porque el Torturador no tenía ganas de volver a hablar con Libo ni de que los Señores curioseasen en su Archivo. La servidora, de

aspecto arrugado y con el pelo larguísimo recogido en una espesa trenza que casi llegaba al suelo, hizo una ligera reverencia, pero nada más.

—Si os puedo ser de ayuda... —dijo insegura, sin saber bien a quién dirigirse.

—No te preocupes, Macra —contestó la Oscuridad—, no puedes ayudarnos lo más mínimo. Sigue con tus quehaceres.

En el fondo aliviada, la servidora se retiró. Los grandes asuntos de los Señores no eran para su especie.

—¿Y ahora qué? —preguntó la Oscuridad, una vez que la guardiana de la Puerta se hubo alejado—. ¿Esperamos?

—Esperamos —dijo el Torturador—. Pero no hará falta esperar mucho. Mi anfitrión pronto abandonará el Reino, y entonces tendremos que ser rápidos y precisos.

Le tendió las dos piedras a la Víctima, una plateada con la saliva del Dragón y otra rojiza por la sangre de la Reina.

—Cuando el forjador pase —continuó—, yo iré con él. En ese momento tú debes entregarle las piedras, justo cuando esté a punto de cruzar la Puerta Blanca.

La Víctima asintió, cogiendo las piedras con un cuidado reverencial. Aún seguía llorando.

—Y en cuanto cruce —concluyó dirigiéndose hacia la Cazadora—, debes saltar hacia las piedras. Ahora estás unida a ellas, así que deberías poder hacerlo. Una vez que ambas piedras se reúnan en el cuerpo de un soñador, serás el soñador.

—Y nos cobraremos nuestra justa venganza —gruñó la Bestia.

—Así será, hermana, así será —dijo la Cazadora, palmeándole el lomo.

Los Señores esperaron.

4

El doctor Harold Zweig no solía recordar sus sueños, pero eso no significaba que no soñara. De hecho, en ese momento estaba acercándose a la salida del Reino, aunque no lo recordaría al despertar. Sólo tendría una ligera sensación de alivio, sin saber que se debía a que había pasado la última hora golpeando con un pisapapeles a su insigne colega, el doctor Blumer, que hace un par de días había publicado un artículo catastróficamente parecido al que él estaba terminando. Zweig sabía que había sido pura y cruel casualidad, que no había mediado mala intención ni plagio, por lo que no podía culparle, ni lo hacía. Pero en el Reino podía dejar salir libremente sus ganas de hundirle la nariz en el cráneo con un pisapapeles en forma de pirámide de bronce, sin tener que sufrir las molestias de recordarlo luego. Lo que el doctor Zweig no sabía mientras abandonada el mundo que había forjado y avanzaba tranquilamente hacia

una de las Puertas Blancas era que no sería él quien despertaría, o al menos no totalmente. Un paso antes de cruzar la Puerta Blanca, una hermosa muchacha rubia le colocó dos piedras en la mano, sin saber por qué. Zweig sonrió en señal de agradecimiento (porque era un regalo, ¿no?), y las apretó con fuerza. Comenzó a dar un paso más y sintió como otro desconocido le pasaba la mano sobre los hombros, sonriéndole como si fueran amigos de toda la vida. Lo cierto era que le sonaba de algo. El pie se posó al otro lado. Y desapareció. Y con él, el Torturador y las piedras, y menos de un segundo después les siguieron la Víctima y la Cazadora. El resto de los Señores no tuvieron más remedio que esperar.

Lo hicieron en silencio, mientras los forjadores seguían entrando continuamente por la Puerta Negra y saliendo por las Puertas Blancas. Estos de vez en cuando les lanzaban una mirada dubitativa, pero en un terreno estable, tan cerca del despertar, los Señores y lo que representaban eran apenas un recuerdo lejano en la memoria de aquellos que estaban a punto de abrir los ojos. Sólo eran un extraño tatuado, un hombre rubio y sonriente, y una loba desconcertantemente grande. Pero al fin y al cabo estaban soñando, así que no había por qué extrañarse. Sólo los más perceptivos pudieron descubrir la expresión tensa y preocupada en sus rostros, aunque era una preocupación totalmente ajena a los pensamientos y los sentimientos humanos. Nada que un buen desayuno no borrara por completo. Finalmente, tras lo que a la Oscuridad le pareció una vida, al Laberinto una eternidad y a la Bestia demasiado tiempo, el Torturador regresó. Su rostro grave y ceniciento y la ausencia de su hermana no hicieron necesarias las palabras, pero aun así las pronunció.

—No ha salido bien.

—¿Hemos fracasado? —preguntó la Oscuridad, aunque había una afirmación tras sus palabras.

—No —repuso el Torturador, en un tono que sin embargo no dejaba espacio para alegría ninguna—. Pero el ritual no ha podido completarse. Mi anfitrión no soportó la tensión, o quizás el poder de las piedras fuese demasiado intenso. Logré que incrustase una piedra en el corazón del receptáculo, pero todo se descontroló antes de que le hiciésemos tragar la segunda, y fui expulsado.

—¿Qué significa eso? —rugió lastimeramente la Bestia—. ¿Que hemos perdido a la Cazadora? ¿Por qué no está aquí si el ritual ha fallado?

El Torturador suspiró y se llevó una mano al rostro cansado, como para limpiarse un sudor invisible.

—No sé lo que significa —dijo finalmente—. Nunca se había hecho. Puede que esté fragmentada y no sepa quién es. O quizás haya poseído al maldito doctor Zweig y esté indefensa en un cuerpo mortal. Las dos opciones son malas, porque o bien no sabrá cuál es su misión, o bien no tendrá el poder para cumplirla.

El Torturador se dejó caer en el suelo, agotado, y clavó la mirada en el suelo negro de la Puerta.

—¿Y la Víctima? —preguntó el Laberinto tras unos instantes.

—La está buscando —contestó el Torturador—, pero es una aguja en un pajar. Yo iré a ayudarla en cuanto me recupere un poco.

La Bestia lanzó un aullido intenso y lastimero, que atravesó incontables pesadillas por todo el Reino, y que hizo despertarse con una tristeza terrorífica a miles de forjadores.

—¿Qué pasará ahora, hermanos? —gimió.

Incómodo, el Laberinto miró hacia la negrura de la Puerta, y el Torturador golpeó el suelo inútilmente con un pie. Pero la Oscuridad se sintió obligado a contestar. Era su naturaleza.

—Cualquier cosa. Y no podremos hacer nada para evitarlo —dijo con su mejor sonrisa.

11. Las Sombras

El Reino, antes.

Las tres se habían ofrecido voluntarias para la misión, si es que ese concepto tenía sentido cuando en realidad todas eran parte de lo mismo. Los humanos las llamaban Arcontes, pero ellas eran las Sombras del Amo, y ese era su auténtico nombre. Aun así, casi todas se habían buscado nombres propios, probablemente por su prolongado contacto con los hombres. Y las tres que dieron un paso al frente cuando se planteó la misión fueron Púa, Muela y Cuchilla. Podría decirse que eran las más veteranas y experimentadas de las Sombras, pero también podría decirse que eran las más jóvenes e inconscientes, porque todas ellas compartían la misma memoria y los mismos recuerdos y conocimientos, aunque su carácter variase ligeramente. Púa era veloz e ingeniosa; Muela, más lenta y brutal; Cuchilla, fría y mortífera. Las tres eran crueles. Las tres eran sabias. Y ninguna de ellas había entrado jamás en el Reino. Es cierto que durante mucho tiempo las Sombras habían fantaseado con esa idea, e incluso se había esbozado algún plan totalmente imposible de llevar a cabo, pero nunca había existido una posibilidad real de éxito. Hasta ahora. Cuando llegó hasta el consejo la noticia de que la Cazadora estaba en el mundo, eso les llevó a la única conclusión lógica: algo terrible había sucedido en el Reino. Y si ese algo terrible era tan terrible como para sacar a uno de los Señores de su confortable fortaleza, probablemente sería tan terrible como para permitir que las Sombras pudieran asaltar el Reino.

Lo que sabían de él no era mucho, pero era lo suficiente. La reina Mab lo conocía todo, y lo dominaba todo. Así que, si había sucedido algo que ella no pudiese solucionar, eso sólo podía significar que la Reina estaba muerta o malherida. Y ante la Reina se alzaba el Dragón, inexorable, inexpugnable, indestructible. Por tanto, si la Reina había sido herida, eso sólo podía significar que el Dragón había caído antes que ella. Y sin la Reina ni el Dragón, el Reino era vulnerable. Esa fue la conclusión a la que llegaron las Sombras del Amo, y en ese momento Púa, Muela y Cuchilla dieron un paso al frente, ofreciéndose como voluntarias para penetrar en el Reino y confirmar lo que el consejo suponía. Sus hermanas aceptaron su valeroso ofrecimiento, que no lo era tanto, ya que al compartir en esencia la misma mente, las Sombras realmente no morían nunca, no mientras siguiese existiendo al menos una, no mientras el Amo siguiese vivo.

Así que iniciaron su camino. Aunque nadie las esperaba, las Sombras hicieron todo lo posible para permanecer ocultas, que era mucho. Primero, encontraron a tres soñadores, sin relación entre sí pero que se dirigían hacia la Puerta Negra al mismo tiempo. Rosseta, una ejecutiva de casi cuarenta años, agobiada por su incierto ascenso en la compañía. El pequeño Pau, que había estado escuchando las historias de miedo

que su hermana mayor y sus amigas habían estado contando. Y Yuga, que se había acostado dolorida en cada una de sus articulaciones, pero que sabía que en cuanto despertase debía seguir plantando arroz si quería poder darle de comer a sus nietos. Tres forjadores más entre la marea continua que se dirigían a las Puertas, y si Prócula, la servidora que custodiaba la entrada, hubiese prestado su más absoluta atención a esos forjadores, lo más que podría haber detectado era una ligera discrepancia entre el movimiento de su cuerpo y el de su sombra, apenas visible en la penumbra del Reino. Pero Prócula no estaba atenta. Nunca había nada por lo que estar atento. Sólo permanecía junto a la Puerta, sintiéndose agotada por la estabilidad del lugar, pero al mismo tiempo maravillándose por el mosaico infinito de los soñadores. Por eso permanecía allí, por la inmensa magia de la variedad humana, y porque lo había mandado la Reina. No porque hubiese nada que vigilar. Hasta ahora.

Una vez dentro, los Arcontes se separaron ligeramente, sujetos con firmeza a sus soñadores y totalmente ocultos en las pesadillas que estaban forjando, y mediante susurros, súplicas y amenazas, lograron que fueran avanzando poco a poco hacia su objetivo. En el inmenso caos siempre cambiante del Reino, donde pesadillas y forjadores se mezclaban y volvían a mezclar continuamente, a nadie le llamaron la atención los tres soñadores que se iban aproximando poco a poco a los alrededores del Salón de Mármol. Cuando consideraron que la distancia era lo bastante segura, Púa y Muela se separaron de sus anfitriones y se deslizaron hacia el Salón, mientras que Cuchilla continuaba con discreción el avance hacia su propio destino. Justo antes de cruzar uno de los arcos que permitía entrar en el Salón de Mármol, las Sombras se detuvieron. Nunca habían penetrado en él. De hecho, nunca ninguno de los Arcontes había llegado tan lejos. No sabían qué podía aguardarles al otro lado, ni qué podía sucederles. Sólo sabían que valdría la pena. Entraron.

Y en el interior descubrieron tres cosas. El Dragón había muerto. La Reina había muerto. Y no estaban solos en el Salón.

2

—No puedes hacer nada más, Sura. Descansa un poco.

El brazo de Priscus trató inútilmente de alejar a la doncella del catafalco de su Reina mientras decía esto, pero nuevamente sin resultado. Desde que los Señores partieron hacia las Puertas, hacía ya bastante, no se había movido.

—No hay descanso —respondió Sura, prácticamente aferrándose a los bajorrelieves de mármol—. No hasta que haya venganza. No hasta que ella misma me diga que me levante.

Priscus calló las palabras que le vinieron a la boca, pero no pudo evitar pensarlas.

¿Y si no volvía nunca? ¿Y si la Reina se había ido para siempre? Hubo un «antes del Reino». Ni él ni ningún otro servidor lo habían conocido, pero sabía que lo hubo. Y luego llegó la reina Mab, y con ella los Señores. Así que igual que habían venido, podían irse. Tal vez ese fuese el comienzo.

—Es inútil, Priscus —intervino Corda.

La jovencísima servidora había decidido permanecer en el Salón junto a la doncella, aunque ya realmente no había nada que hacer allí, salvo esa supuesta labor de vigilancia que habían encargado los Señores.

—Quince minutos —insistió el mayordomo—. Un paseo rápido, darle un buen repaso a algún forjador, y volver. Te sentará bien.

Sabía que sus palabras estaban cayendo inútilmente sobre el catafalco, pero Priscus se sentía en la obligación de intentarlo, intentarlo hasta que lo consiguiese. Sura no era así, no debía ser así. Ella era alegre, independiente, rebelde, hasta divertida, aceptó. Y ahora su rostro cada vez se parecía más a la máscara cenicienta que cubría las facciones de la reina Mab.

—¿Qué es eso?

La voz de Corda le sacó de sus reflexiones. No podía existir un «eso» en el Salón de Mármol. Pero allí estaba. Dos, para ser más exactos. A pocos metros de uno de los arcos de entrada, dos Sombras vagamente humanoides se erguían, como si estuviesen observando atentamente la escena. Estaban estudiando los cadáveres, comprendió Priscus. El Dragón. La reina Mab. Y no eran del Reino.

—Sura, ve a buscar ayuda.

—¿Qué? —La joven servidora ni siquiera había levantado la mirada.

—¡Ahora! —rugió Priscus.

Pero ahora ya casi era demasiado tarde. Con un movimiento fluido y veloz, como una ola que avanza cada vez más rápido para romper contra la costa, las Sombras planearon hacia ellos. Con todas sus fuerzas, el mayordomo agarró a Sura por un brazo y la lanzó lo más lejos posible, interponiéndose entre ella y el silencioso atacante.

Su apariencia podía ser inmaterial, pero eran sólidos como el acero. El golpe le acertó de pleno, en todo el pecho, lanzándole un par de metros por el aire antes de caer sobre el frío mármol. Por el rabillo del ojo pudo ver que Sura corría hacia los arcos del otro extremo del Salón, y eso le dio fuerzas para incorporarse. Frente a él, la Sombra oscilaba, como una cobra a punto de atacar. Moviéndose muy despacio, sin apenas levantar los pies del suelo, Priscus trató de cerrarle el paso totalmente hacia la doncella, pero enseguida comprendió que le iba a ser imposible. Unos metros a su derecha, la otra Sombra se estaba alzando sobre el cuerpo de Corda. La pobre muchacha no había tenido ninguna oportunidad; la Sombra se enroscó con la brutal eficiencia de una boa en torno a su cintura, hasta que el cuerpo crujió y prácticamente se partió en dos, y ahora yacía desmadejado en el suelo. Durante un segundo pensó que le rodearía para atacarle por dos frentes, pero en lugar de ello pareció

intercambiar un murmullo ininteligible con su compañera y se lanzó planeando tras Sura. El mayordomo no se atrevió a mirar atrás, pero confió en que la servidora ya hubiese cruzado a la inmensidad del Reino. En sus cambiantes aguas tendría una oportunidad. Pero donde se encontraba sólo había mármol. Duro y frío como la muerte que le aguardaba, si no lograba evitarlo.

La Sombra se encogió para lanzar su ataque. Y Priscus pensó en la ciudad de Roma. La imponente arquitectura del Coliseo. El rugido de la multitud. La arena caliente bajo sus pies, sedienta de sangre. El estremecedor crujido del metal contra el hueso. Vivir. Morir. Todo dependía de un segundo, de un movimiento. Y luego, la gloria o el olvido. El mayordomo no sabía si realmente había vivido en Roma, no podía saberlo. Pero en ese momento quiso creer que sí, con todas sus fuerzas. La Sombra saltó. Fue un salto directo, con toda su despiadada brutalidad, sin dar concesiones a la sutileza ni a la estrategia. Iba a golpearle y a aplastarle el pecho. Priscus se echó a un lado. Con un movimiento medido y veloz, se apartó volviéndose lo justo para colocarse a la espalda de su atacante, y con experta precisión le sujetó donde debería estar la garganta con el antebrazo, cerrando la presa con el otro brazo. La Sombra se frenó, poniéndose recta, momento en que el mayordomo se dejó caer de espaldas al suelo, sujetando con sus piernas la cintura de la criatura. La Sombra se agitó unos segundos, trató de revolcarse, de girarse, de escurrirse, pero no había misericordia en la presa de Priscus. Finalmente se detuvo. No podía matarla, y lo sabía. De hecho, sus fuerzas se acabarían en algún momento, y entonces ella le mataría a él. Pero para eso quedaba todavía un buen rato. Ahora todo dependía de Sura.

3

Roseta contempló inquieta la fila de cubículos, cada uno con dos escritorios en su interior. Si se ponía de pie podía ver si estaban ocupados o vacíos, pero en realidad no tenía forma de saber si sus ocupantes estaban trabajando o no. Y necesitaba que trabajasen. Había que terminarlo todo a tiempo. Era imprescindible. Sintió el nudo de la angustia en la boca del estómago, y de nuevo se incorporó. Sí, estaban todos en su sitio. Pero ¿y si estaban chateando? ¿O leyendo el periódico? No, no podía quedarse en su escritorio. Lo rodeó, y nuevamente comenzó a realizar la ronda. Aunque estaba claro que en el momento en que se había levantado todos se habrían puesto a trabajar. Pero en cuanto se sentase volverían a sus estupideces, para hacerla fracasar. El nudo del estómago se apretó un poco más, si era posible. El auricular *bluetooth* de su oído pitó dos veces, y después oyó una voz, casi un susurro.

—La nueva.

¿La nueva? ¿Encima había una nueva? Así jamás terminarían a tiempo. Escrutó atentamente los cubículos, tratando de reconocerla, pero todo eran caras conocidas.

—La nueva —insistió el susurro, y Rosseta avanzó con todos los sentidos puestos en el rostro de sus subordinados.

Ahí estaba, casi al final de la fila. En cuanto la vio, centró la mirada en el monitor, pero Rosseta estaba segura de que estaba espiándola, vigilando sus movimientos. Seguro que querría aprovechar un descuido para irse a fumar un cigarro, a tomarse un café; a perder el tiempo, en definitiva. Su tiempo. Los nuevos siempre actuaban así. Pero ella no lo permitiría, no ahora que había tanto en juego. Sintió que el pánico la invadía durante un instante y se apoyó en la delgada pared de uno de los cubículos para recuperar el ánimo.

La nueva se levantó.

—No debes permitir que se vaya —la apremió el susurro, aunque no era necesario.

—¡Tú, la nueva! —dijo levantando la voz lo suficiente como para que la oyese con claridad pero no tanto como para que pudieran decir que gritaba.

La chica se volvió hacia ella. Veintipocos años, pelirroja y con algunas pecas en torno a la nariz, con esa piel blanca y perfecta de quien no tiene que preocuparse por ella. Rosseta la odió al momento. Ella había tenido que trabajar durísimo para llegar a donde estaba, y estaba segura de que esa fresca no había logrado el trabajo precisamente por su currículum.

—Debo salir un momento —se excusó antes de que llegase a su lado, como si el mundo estuviese a su servicio.

Oh, Rosseta había conocido a más de una así en la universidad. De hecho, se parecía muchísimo a ese zorrón que le quitó la beca...

—Hay trabajo que hacer, y vas a hacerlo ahora —dijo sintiendo que la furia crecía en su interior, igual que un susurro de odio acumulado.

Pero la pelirroja no se sentó.

—Será sólo un instante —insistió con toda su soberbia—, pero es imprescindible que salga. Es un asunto personal muy grave.

—No la dejes —la apremió el auricular—. Detenla. Va a hacer que te despidan. Va a robártelo todo. No debe salir.

Rosseta la sujetó de la muñeca, pero la pelirroja retorció la mano liberándose. Aunque era rápida, Rosseta iba al gimnasio cinco días a la semana, y no para convertirse en un bomboncito. Tenía que mantenerse en forma, y lo estaba. Esa niñata apenas le llegaba a la barbilla, y no podía pesar ni cuarenta y cinco kilos. Si hacía falta, la haría pedazos. Delante de todos. Así aprenderían.

—Mira, doña importante —dijo, enviándola a empujones al interior del cubículo hasta sentarla—, de aquí nadie se mueve si yo no lo digo. Nadie mea, nadie bebe, nadie respira. ¿Entendido?

Rosseta se inclinó sobre ella, hasta que su rostro estuvo a un par de centímetros

escasos del de la pelirroja. Evidentemente, no pudo ver venir el golpe. Una rodilla le golpeó con todas sus fuerzas en la entepierna, y después recibió un empujón que la dejó encogida en el suelo. Dolía mucho, pero aun así logró sujetarle el tobillo antes de que escapase.

—No te irás —gimió desde el suelo.

Y la suela de un zapato de tacón se le clavó en la cara. Aflojó la mano. En su oído, el susurro se transformó en un rugido de frustración y rabia descontrolada. Y despertó.

Sura saltó al vacío gris que flota entre las pesadillas, y sin poder evitarlo se vio atraída por el siguiente forjador. ¿Dónde demonios estaban los Señores? Mientras iba transformándose para adaptarse a los deseos del soñador, observó que la Sombra la seguía de cerca.

—Sí, voy a partirte en dos. Te gusta, ¿verdad? ¿Te gusta?

—Fóllame, hermanito, no pares.

Jan siguió moviendo las caderas con fuerza. Empezaba a faltarle el aliento, pero no pensaba parar. No sabía si había sido la cerveza, o la marihuana, o el hecho de que siempre había querido tirársela, pero ahí estaba, con la polla dentro de su hermana. Y a ella no parecía molestarle mucho precisamente. Ella le empujó con la pierna, girando para ponerse encima, y comenzó a cabalgarlo con poderosos movimientos de cadera. Estaba a punto de explotar. Y vio la pantalla del ordenador.

—Lennart te matará, ¿lo sabes?

Jan volvió a leer la frase que había aparecido en el chat. No recordaba con quién estaba hablando, pero la gigantesca imagen del novio de Karin le vino a la mente. Eso le ayudó a no correrse, pero no era una idea agradable.

—Va a partirte todos los huesos —continuó la pantalla.

Era más que probable. Lennart tenía una mala leche más que conocida, y «de broma» había dislocado más de un brazo, demostrando lo bueno que era en la mierda esa que practicaba, *vale tudo* o lo que fuese.

—Va a partirte todos los huesos, y después te matará —insistió el chat.

Jan lanzó un gemido, cuando Karin se bajó de encima y pasó a chuparle la polla como si no hubiese mañana. Eso no era humano. Quería correrse. Pero quería vivir.

—Tienes que matarla —le aconsejó el monitor.

Un rincón pequeño, oscuro y cruel de Jan comprendió que tenía razón. No podría reconocer nunca que se había follado a su hermana. Era mejor matarla y que pensaran que la habían violado y la habían asesinado. Esas cosas pasaban en América, ¿no? ¿Por qué no aquí?

—Date prisa —le apremió el chat.

Jan comenzó a buscar algo pesado para golpearle en la cabeza, rezando para que no le cortase la polla de un mordisco en el proceso, pero lo único que tenía a mano era el puto libro de *El lobo estepario*, que no había logrado terminar de leerse todavía, y un patético flexo que no dejaría inconsciente ni a un gatito. Trató de

incorporarse un poco, a ver si encontraba algo más útil, pero en ese momento Karin le metió un dedo en el culo, o puede que fuesen dos. Con un estallido de placer, se corrió con todas sus fuerzas. Y despertó.

El vacío gris la recibió con su calmada vacuidad, y Sura sintió la presencia de la Oscuridad, como un faro que la guiaba con fuerza. Se impulsó con energía hacia la siguiente pesadilla, y mientras iba transformándose por la voluntad del forjador, sintió un impacto helado en la espalda y notó que una masa viscosa la envolvía con una fuerza espantosa.

—Está en el armario —dijo Maciel tratando de que no le temblase la voz.

El policía que había ido para ayudarle parecía atento y amable, pero algo le decía que no estaría bien hacerle enfadar.

—Veamos, entonces, a ese monstruo —dijo el agente, con una sonrisa brillante en los labios—. Échate a un lado.

Maciel retrocedió. Y entonces lo supo. Si el policía abría la puerta, el monstruo saldría. No podrían detenerlo. Devoraría al policía amable, y después se lo comería a él. No podía permitir que abriera la puerta.

—¡Espere! —gritó mientras se lanzaba para sujetarle la mano—. ¡No abra, por favor!

—Hay que abrir, pequeño; así verás que no hay nada.

Pero es que sí lo había. Sí lo había. Abrió la boca para intentar explicárselo, pero antes de que pudiera articular palabra, el policía lo cogió por la pechera del pijama y sin ningún esfuerzo lo lanzó por el aire, para ir a estrellarse contra la esquina de la habitación. Un segundo después, la puerta del armario estalló hacia fuera. Y vio al monstruo. Sólo que no era un monstruo, más bien era una especie de manta sucia, o un gigantesco moco negro, que estaba envolviendo a una chica. No, no era una chica. Era su mami. Y no, no la estaba envolviendo, se dijo Maciel. La estaba matando. Sin poder evitarlo, lanzó un grito histérico de puro terror, y el policía levantó una mano para exigir silencio. Y despertó.

La habitación se disolvió en torno a la Oscuridad, y sólo permanecieron la servidora y la Sombra, pero no fue un vacío gris lo que lo sustituyó. Estaban volando. En un instante, el Arconte llamado Púa sintió que su presa perdía solidez y se transformaba en parte del aire que les rodeaba, en viento. Pero no era un viento cualquiera. Era el corazón de un tornado. La Sombra trató de retroceder, de alejarse de esa pesadilla, pero era imposible. La fuerza del viento la arrastraba hacia el centro, y las ráfagas más intensas comenzaron a arrancar jirones del borde de su forma. Primero pequeñas gotas, después grandes pedazos. A continuación, lo demás. En unos segundos, las Sombras del Amo fueron conscientes de que la hermana Púa ya no poseía forma propia. Ni siquiera lo consideraron un contratiempo. Sólo era un paso más hacia su victoria.

Los vientos se disolvieron en la posibilidad sin forma, permitiéndole a la servidora adoptar un aspecto propio.

—El Salón... —jadeó Sura—. La Reina...

La Oscuridad no necesitó escuchar nada más.

—Busca a los demás —le ordenó mientras saltaba hacia los arcos de mármol blanco.

Se impulsó en la ira y la frustración de un hombre que se había enterado ese día de que su mujer estaba embarazada, aunque sabía que él era estéril. Saltó sobre una casa que cada vez tenía más goteras, sin importar cuántas grietas sellase su dueña, ni lo rápido que lo hiciese. Cruzó a través de una enorme pila de cajas de regalo que, ante la angustia cada vez mayor de la niña del cumpleaños, no parecían contener más que animales muertos. Y entró en el Salón.

En cuanto posó el pie en su interior, su forma se solidificó, tan sujeto a las normas del Salón de Mármol como el más ínfimo de los servidores. En el suelo frente a él, junto al catafalco de la Reina, el mayordomo del Salón a duras penas mantenía sujeta a otra Sombra, que sin embargo estaba liberándose poco a poco. El rostro del servidor estaba congestionado por el esfuerzo, y la Oscuridad prefirió que no agotase totalmente sus mermadas energías.

—Suéltalo, Priscus —ordenó con voz firme y desenfadada—. Aquí, Sombra, he venido a derrotarte con mi sarcasmo. —Y le obsequió con su deslumbrante sonrisa.

En un instante el mayordomo aflojó su presa, y en el siguiente la Sombra estaba sobre la Oscuridad. El Señor saltó a un lado, rodando por el suelo para evitar el golpe. No había sido demasiado elegante ni demasiado heroico, pero era consciente de que su forma actual estaba enormemente limitada. Sin perder un instante, se puso en pie y continuó retrocediendo. No parecía que el servidor fuese a recuperar fuerzas muy rápido, así que trató de atraer a su oponente hacia los arcos y la posibilidad sin forma, donde podría hacerla pedazos en un instante. Un paso, dos, tres. La Sombra fue más rápida.

Con un giro inesperado en mitad del salto, el Arconte Muela cayó sobre la Oscuridad, y sintió la inmensa satisfacción de inmovilizar a uno de los Señores contra el frío mármol. Lanzó un vistazo rápido para asegurarse de que la otra molesta criatura no era un peligro de momento, y se permitió el placer de liberarle el rostro para poder saborear aún más su victoria.

—Has de saber que serás el primero en caer —susurró triunfante—, pero que todo el Reino caerá detrás.

Lanzó una risa suave y malévola, pero para su decepción el Señor no pareció amilanarse. De hecho, le sonrió.

—Te crees poderoso, amigo mío —le dijo la Oscuridad, sin hacer ningún intento por liberarse—, pero en realidad no eres más que un trapo viejo. Y como tal vas a terminar.

Muela sintió el tirón, un tirón de una fuerza inimaginable, y sin poder evitarlo se vio arrancada del suelo y zarandeada inmisericordemente a un lado y a otro por unas mandíbulas gigantescas. Trató de girarse, de retorcerse, pero no había escapatoria. Con sus últimas fuerzas, logró volver el rostro hacia su inoportuno verdugo, y justo antes de disolverse pudo contemplar los brillantes ojos de la Bestia.

12. Las Puertas

El Reino, antes.

—Hay una más —gruñó la Bestia en cuanto se hubo disuelto la Sombra que tenía entre las mandíbulas—. La he olido mientras me acercaba.

La Oscuridad se incorporó, limpiándose un polvo imaginario de la ropa.

—Nunca hay una Cazadora cerca cuando se la necesita, ¿verdad? ¿Alguna idea de qué era eso? —añadió tras una pausa.

—Lo importante no es qué son, sino adónde se dirige la que ha escapado —dijo el Laberinto, que entraba en el Salón de Mármol junto a Sura—. Parece que me he perdido el enfrentamiento.

—Habrías tenido la misma patética actuación que yo, no te preocupes —dijo la Oscuridad dándole una palmadita en el hombro.

—Son fuertes, Señores —terció Priscus, todavía jadeando—, pero no invencibles.

—Lástima que en nuestra forma estable sólo uno de nosotros sepa cómo se deletrea «combate». Por si no te has dado cuenta, nos hemos quedado los intelectuales, y la Bestia, por supuesto.

El mayordomo frunció el ceño ante el comentario de la Oscuridad. No le agradaba el cinismo de ese Señor, no le parecía nada constructivo, pero no dijo nada. Fue el Laberinto el que lanzó un gruñido de disgusto.

—No voy a quedarme a escuchar tonterías —dijo mientras se ponía en marcha hacia uno de los arcos del Salón—. Voy a las Puertas. Si algún otro visitante no deseado se atreve a pisar más allá de la arcada, me encargaré de él. —Y desapareció en el enigma.

La Oscuridad suspiró y trató de desentumecer los hombros, doloridos por la presión de la Sombra. A unos pasos de distancia, la doncella de la Reina se había arrodillado al lado del cuerpo maltrecho de la otra servidora. La Oscuridad se sintió en la obligación de consolarla.

—En realidad no está muerta —le explicó—, o no más que el Dragón. Cuando la reina Mab regrese, la dejará como nueva. Si regresa... —No pudo evitar añadir lo último. Era su naturaleza—. Y ahora, ideas. Tanto la Bestia como yo mismo somos lo que somos. Necesitamos una mente fresca con planes frescos.

—No tiene sentido —dijo Sura incorporándose—. Dos de los atacantes han venido a un lugar concreto, e hicieron todo lo posible para que no se diese la alarma. El tercero, en cambio, ni permaneció aquí ni me persiguió. No tiene lógica que se dedique a vagar por el Reino sin más.

—¿Habrás vuelto a las Puertas para huir e informar? —preguntó el mayordomo sin mucha seguridad.

No parecía demasiado convincente, ya que ni siquiera había entrado en el Salón de Mármol, con lo cual, o bien podían comunicarse entre sí, o bien tenía otro destino. Pero eso último carecía de toda lógica. El Reino era lo que era en cada instante. No había más destinos. No había más lugares estables. ¿O sí?

—¿Podría haber ido a algún otro lugar, maestro Oscuridad?

El Señor le miró levantando una ceja sorprendida.

—Podría haber ido a cualquier lugar, amigo mío.

—No, maestro —insistió Priscus—, quiero decir a un lugar estable.

El rostro casi siempre impasible de la Oscuridad se demudó, y cruzó una mirada de entendimiento con la Bestia.

—El Tercer Lugar... —musitó la Bestia—. Súbete, muchacha, tenemos que darnos prisa.

Sin perder un segundo, Sura trepó de un salto al lomo de la gigantesca loba. En un instante habían salvado la distancia que les separaba del límite del Salón y saltaban a la cambiante masa del Reino. Mientras, la Oscuridad se dirigió al mayordomo.

—Has hecho un gran servicio, Priscus —dijo—, y no creo que haya más peligro para el Salón, pero permanece atento. Si te ves en la necesidad de hacerlo, salva el cuerpo de la Reina y abandona al Dragón.

El mayordomo asintió con gesto cansado, y no preguntó hacia dónde se dirigía el Señor mientras se alejaba, aunque la Oscuridad se lo reveló de igual manera.

—Ha llegado el momento de echar la llave y hacer inventario —dijo con una sonrisa a modo de despedida antes de cruzar uno de los grandes arcos.

En silencio, Priscus recogió el cuerpo de Corda, que parecía pequeño y a punto de deshacerse, como una muñeca rota, y lo dejó con infinito cuidado junto al catafalco de la Reina. Después se incorporó, estiró los brazos para desentumecerlos y aguardó vigilante.

2

Atravesar el Reino a lomos de la Bestia no tenía nada que ver con cruzarlo del modo habitual, como descubrió Sura rápidamente. Ignoraba si los demás Señores tenían esa potestad o era una característica de la Bestia, pero la gigantesca loba parecía avanzar en línea recta, literalmente atravesando las pesadillas que se encontraba a su paso. En un callejón solitario, un par de violadores borrachos y su aterrorizada víctima vieron que una criatura descomunal salía de una pared, derribándola, y desaparecía abriendo un agujero similar en el muro del otro lado. En una gigantesca casa de muñecas en la que los niños eran encerrados en frascos de cristal, una loba entró de un salto por un

amplio ventanal y salió destrozando una ventana más pequeña en el otro extremo. En un avión que se tambaleaba en medio de una tormenta eléctrica, los pasajeros de la ventanilla del ala vieron que una criatura se posaba en una de las alas, saltaba sobre el techo y corría sobre la otra ala para saltar de nuevo al cielo. Vieron también que el motor derecho se había incendiado.

Sujeta al pelaje de la Bestia, Sura no se veía afectada por la voluntad de los forjadores con los que se cruzaban, así que el paseo estaba resultando relativamente gris y monótono para la esencia cambiante de un servidor, tanto que estuvo tentada de soltarse cuando cruzaron el doloroso recuerdo de cómo una esposa había descubierto con sus propios ojos que su marido la engañaba con su mejor amiga, y que su mejor amiga follaba mucho mejor que ella. La doncella de la Reina sintió el placentero y familiar tirón del deseo. Era su naturaleza. Pero no era el momento. Así pues, en vez de lanzarse a la pesadilla, preguntó:

—¿Qué es el Tercer Lugar?

—Una prisión —fue la lacónica respuesta de la Bestia.

Sura insistió:

—Una prisión ¿para quién?

La Bestia no contestó, y ahogando un bostezo, la servidora confió en que el viaje no durase mucho. Y así fue. En un instante estaban corriendo sobre la cubierta de un crucero que ardía, con gente gritando por todas partes, y un segundo después, tras un ágil salto por encima de la borda de estribor, habían llegado.

No era de mármol. Eso fue lo primero que le llamó la atención a la servidora. Tanto las Puertas como el Salón eran de ese mismo material, Sura suponía que porque ese era el aspecto que adoptaba el Reino al solidificarse, pero no era así. El lugar que la rodeaba era de granito, áspero e irregular. Una llanura semicircular que terminaba en una imponente pared de granito. Y en su centro, una puerta de doble hoja, tan desproporcionadamente grande como los arcos del Salón de Mármol. Cerrada.

—Abajo —gruñó la Bestia deteniéndose en la orilla de la extensión de granito.

La doncella obedeció al instante. El tacto del suelo era rasposo, contrastando enormemente con la suavidad del mármol. Rasposo y antiguo, como si ese lugar ya estuviera allí antes que el Salón y las Puertas. Antes que el Reino. Eso no lo había creado la Reina, pensó Sura; a lo sumo, lo había transformado. Pero en ese caso, ¿quién lo había creado? Contempló las puertas de granito y tuvo la certeza de que la respuesta estaba al otro lado.

—Allí —gruñó la Bestia, y comenzó a correr.

Efectivamente, casi junto a la base de las puertas podía verse una Sombra, pequeña en comparación, que avanzaba velozmente. Demasiado veloz para alcanzarla a tiempo, de hecho. Sura dudó. No podía correr más rápido que la Bestia. No era capaz de llegar hasta la criatura antes de que ella alcanzase la prisión de granito. Entonces ¿por qué la había traído? Sintió que la impotencia crecía en su interior y se transformaba en furia. Habían entrado en el Salón de Mármol. En su propia casa.

Habían matado a la Reina. A su reina. Y después habían vuelto a atacarles. Habían matado a Corda. Le importaba una mierda si habían sido los mismos o no. Pero no iba a permitir que se saliesen con la suya. Sintió que las manos le hormigueaban, y al mirar hacia ella estaban manchadas de rojo. Manchadas de la sangre de la Reina. La doncella no saltó. No corrió. No voló. Simplemente estaba en el borde del claro, y luego estaba frente a las puertas de granito. La Sombra avanzaba hacia ella a toda velocidad, dispuesta a derribarla o atravesarla, y tras ella las puertas. Iba a liberar a su amo. No pensaba pararse.

—No —dijo Sura levantando una mano. No hubo viento, ni sonido alguno que indicase lo que había sucedido, pero la Sombra rebotó como si un muro invisible se hubiese alzado frente a ella, trazando un arco irregular por el aire. Justo hasta las fauces de la Bestia. En unos segundos todo había terminado, y la doncella volvió a mirarse las manos, que de nuevo tenían su color blanco verdoso habitual.

—¿Y ahora? —preguntó mientras volvía a subir a lomos de la Bestia.

—A las Puertas —fue toda la respuesta que recibió. Y por una vez, no preguntó más. Tenía mucho en qué pensar.

3

El Laberinto alcanzó las Puertas, adoptando su forma estable, cubierta de tatuajes. Todo estaba como siempre. Los soñadores entraban por la Puerta Negra, forjaban sus pesadillas y después partían por las Puertas Blancas. Y sin embargo, todo había cambiado. Habían sido atacados. Por segunda vez. Primero, el asesino desconocido. Segundo, los Arcontes, no tenía duda de ello. Pero su capacidad para proteger el Tercer Lugar era nula. Por eso había acudido a las Puertas. No temía realmente un nuevo ataque, o al menos no tan pronto, pero quería pensar con claridad, sin la interferencia de los otros Señores. Con la Bestia cerca todo se volvía demasiado directo, y con la Oscuridad, demasiado melodramático. Y ahora lo que necesitaban era estrategia. No podría idear una defensa perfecta, porque eso era parte de la esencia del Dragón y sólo de él, pero podría crear una defensa que retrasase al enemigo lo necesario. Si es que realmente llegaban a tener suficiente tiempo para algo, añadió para sí mismo con el tono desenfadado de la Oscuridad. Aun así, sonrió.

—Maestro Laberinto, es un honor teneros aquí. —Era Prócula, la guardiana de la Puerta Negra.

—Unos intrusos han penetrado en el Reino —dijo sin más dilación, provocando una expresión de espanto y desconcierto en el rostro de la servidora—. Así que piensa en el modo de expiar tu falta. Cuando acabe lo que he venido a hacer, espero una respuesta.

«Con eso la tendré entretenida un buen rato», pensó. Necesitaba calma y tranquilidad, no servidores aburridos interrogándole. Él era el que hacía las preguntas. Él era el Laberinto. Pero la Puerta Negra no parecía en disposición de decirle nada. ¿Cómo proteger el Reino? ¿Cómo defender a la Reina y al Tercer Lugar hasta que la Cazadora cumpliera su misión, si es que eso era posible? Sabía que sólo existía una opción, pero era una opción sin precedentes, y que podría acarrear consecuencias catastróficas. O sin mayor importancia. Era lo que pasaba con las cosas que nunca se habían hecho.

—¿Algún plan astuto y retorcido? —preguntó la Oscuridad caminando hasta situarse junto al Laberinto.

A su alrededor, los soñadores entraban en un flujo continuo y eterno, una marea infinita y eterna que comprendía toda la variedad de la raza humana.

—Hay que cerrar las Puertas. —No era una pregunta.

—Temía que me dijese algo así —repuso la Oscuridad, sopesando la altura de la arcada bajo la que se encontraban—. Vamos a necesitar cien mil servidores y dos cuerdas muy largas. Y dos chimpancés para que suban y las aten al tirador. Ah, perdona, que no hay tirador.

El Laberinto le lanzó una mirada envenenada.

—No hay otra opción.

—Si la hay, hermano Laberinto, sólo que a nosotros no se nos ocurre. Cerremos las Puertas, entonces. ¿Y luego qué?

El Laberinto se encogió de hombros, contrayendo los retorcidos tatuajes que le cubrían.

—Entonces, veremos.

—Si es que hay algo que ver. —La Oscuridad suspiró—. ¡Prócula! ¡Te necesitamos!

La servidora se acercó, mirando a todos lados menos al rostro del Laberinto.

—Aún no tengo la respuesta, mi señor —murmuró cuando llegó junto a ellos.

—Olvida la respuesta —dijo el Laberinto—. Olvida si quieres también la pregunta. Queremos que cierres la Puerta Negra.

La servidora le miró sin comprender.

—¿Puede hacerse? —insistió.

—Nunca se ha hecho, maestro Laberinto —contestó la guardiana.

—Eso no responde a la pregunta que te ha hecho el Laberinto, Prócula —terció la Oscuridad—. ¿Puede hacerse?

La servidora reflexionó unos segundos antes de contestar.

—Creo que sí. Sí.

—Pues hazlo.

—Pero... —dudó la guardiana— ¿y los forjadores? ¿Qué sucederá con ellos?

—Los que están dentro saldrán por las Puertas Blancas —dijo el Laberinto contemplándolas en la distancia—. Después las cerraremos también.

—¿Y los que quieren entrar? —La voz de Prócula era ya sólo un hilo tembloroso.

—No podrán —contestó la Oscuridad—. Signifique lo que signifique eso. Ciérrala.

No había más que decir. La guardiana de la Puerta Negra se volvió hacia las dos gigantescas hojas de mármol negro. No lo había hecho nunca. Nadie lo había hecho. Pero eran unas puertas, así que en su naturaleza estaba el poder cerrarse. Así que las cerró.

Al otro lado, los soñadores podían estar acumulándose, protestando, o quizás regresando a su mundo sin haberse liberado de sus pesadillas. No lo sabían. No podían saberlo. A este lado, la corriente de forjadores fue reduciéndose mientras se dispersaban por el Reino, hasta que sólo tres figuras quedaron en pie junto a las losas de mármol negro. La Oscuridad. El Laberinto. La guardiana de la Puerta Negra. Ninguno habló, y aún permanecieron en silencio cuando se unieron a ellos la Bestia y Sura.

—El Tercer Lugar está a salvo —gruñó la Señora, mientras contemplaba la pared de mármol que se alzaba donde antes había una arcada.

El Laberinto asintió.

—Sería conveniente vaciar el Reino lo antes posible —dijo, y la Bestia asintió y partió de nuevo.

En miles, quizás millones de hogares, hombres, mujeres y niños despertaron, con sus pesadillas interrumpidas por la aparición a veces oportuna, a veces terrorífica, y en la mayoría de los casos incoherente, de una gigantesca loba. La corriente de soñadores que cruzaban las Puertas Blancas en dirección al mundo se transformó en un poderoso río, luego en una riada, y más tarde comenzó a menguar, conforme el Reino iba despidiendo a sus últimos visitantes. Finalmente, un joven adolescente y un anciano fueron los últimos en cruzar las Puertas, y sus respectivos guardianes recibieron la misma orden que antes había recibido su compañera Prócula. Y cerraron las Puertas.

El Reino estaba cerrado. El Reino estaba vacío.

Más allá de las Puertas podía verse un yermo gris, carente de cualquier relieve. Sin niebla, sin brumas. Sin nada. A Sura le pareció que si se esforzaba, podía intuir en la distancia el resplandor blanco del Salón de Mármol, a lo que debían de ser muchos kilómetros de distancia, y supuso que aún más lejos debería estar la masa oscura del Tercer Lugar.

Los Señores y los servidores intercambiaron miradas con la misma sensación de inseguridad.

—¿Este era el plan? —preguntó finamente la Oscuridad—. Supongo que no está mal, si pretendías que nadie pudiese esconderse.

El Laberinto no respondió. Dio tres, cuatro pasos, hasta salir de la superficie de mármol de las Puertas y pisar la extensión gris del enigma. Una vez allí, se volvió hacia sus acompañantes y sonrió. A su espalda creció un laberinto mortal de paredes

vivientes formadas por cuchillas y cadenas erizadas de púas, que se enroscaban y agitaban como serpientes vivas.

—Nuestra casa, nuestras reglas —rugió, y las murallas del laberinto le devolvieron una ovación metálica.

La Oscuridad no quería decirlo, pero lo dijo:

—Espero que cuando lleguen los invitados, estén de acuerdo.

Edificio Babilonia

Quinto.

Un padre siempre tenía que estar atento a los peligros. Los peligros tangibles, por supuesto, como las enfermedades, los accidentes, la violencia. Cualquier padre sabía eso. Pero estaban los otros peligros, los intangibles. Los que eran realmente peligrosos. Los que amenazaban el alma inmortal. Esos eran los que realmente preocupaban a Oriol, los que le obsesionaban en los momentos de rezo y reflexión antes de dormir, y los que le obligaban a convertirse en una muralla infranqueable que defendiese a sus hijos. Así le habían educado, y así pensaba educarlos.

El problema era que el mundo no compartía su punto de vista. Por ejemplo, ese esfuerzo del gobierno por lavarle el cerebro a los niños, con toda esa basura a favor de la promiscuidad, el aborto y la homosexualidad. Evidentemente, sus cinco hijos acudían a un magnífico colegio religioso, pero la amenaza de la «educación sexual» estaba por todas partes. Todo ello le llevaba a medidas duras pero necesarias, como la inspección rutinaria de los cuartos de los niños. Ahora la que más le preocupaba era Carlota. Al ser la mayor, era una influencia para todos, y una referencia directa para sus dos hermanas menores, Emma y Pilar. Los niños eran distintos, iban por otro lado y requerían un poco menos de cuidado. Pero la virtud era clave en cualquier buena muchacha. Y era el deber de Oriol que sus hijas lo fueran.

Y aun así, estaba fallando en algo. La última vez encontró una de esas inmundas y pornográficas revistas «para adolescentes» escondida en la bolsa de ballet de Carlota, repleta de actores medio desnudos, cantantes vestidas como prostitutas (si es que a eso se le podía llamar ir vestidas) y artículos repugnantes sobre cómo transformar a cualquier joven buena y piadosa en una cualquiera. Cuando esa noche Carlota volvió de los grupos de oración, tuvo que tomar una decisión drástica. Ya tenía catorce años, ya era casi una mujer. No podía desviarse. Así que le ordenó que quemase la revista y luego la «guió» en la disciplina. Él llevaba años autoflagelándose, y sólo le había hecho más recto. Ella tendría que aprender igual. Esperaba también que el cilicio que le había hecho ponerse ayudase, pero aún tenía el temor en el corazón. El diablo era insidioso, y él tenía que ser una muralla no firme, infranqueable. Abrió la puerta de la habitación de las niñas.

A la derecha estaban las literas de las pequeñas y a la izquierda la cama de Carlota. Hacían sus deberes en el cuarto de estudios, con toda la familia. El exceso de intimidad sólo alentaba malas ideas. Con metódica atención, Oriol fue revisando los colchones, las mesillas de noche, los armarios, las mochilas, hasta que no hubo rincón alguno que no pasase por su paternal vigilancia. Finalmente, se permitió dar gracias a Dios y sonreír satisfecho. Aun así, en cuanto cerró la puerta a su espalda, de nuevo le

dominó la inquietud. En realidad era un desasosiego que llevaba creciendo desde esa mañana y que no lograba ubicar, una inquietud especialmente extraña porque iba acompañada de una sensación de fuerza, de poder de dominio. Era la seguridad de que se estaban alzando ante él peligros cada vez mayores, y la certeza de que ninguno podría superarle. Tan intensa era la sensación, que había decidido volver a casa al mediodía en vez de quedarse en el trabajo a comer, para así poder estar solo en el piso y asegurarse de que todo estaba en orden. Y así parecía ser. Sin tener claro el siguiente paso pero con ese apremio cada vez más intenso, se asomó a la ventana, a tiempo de ver que la chica del segundo recorría los últimos metros hasta el edificio y desaparecía en el portal. Frunció el ceño. Una chica de esa edad, atractiva y sin marido, ni siquiera novio. Eso nunca indicaba nada nuevo. En la mente de Oriol las opciones se reducían a dos: o era lesbiana, o era prostituta (cobrase o no), y no tenía claro qué era peor. El sonido de la puerta y de risas le sacó de sus reflexiones. No tenía por qué haber risa en su casa a esas horas.

Cuando se asomó al recibidor, vio allí a Emma madre, con el teléfono en la mano.

—Oriol, ¿qué haces en casa a estas horas? —Parecía sorprendida, pero no mucho. ¿O sí?—. Tenías que haberme avisado para prepararte algo de comer. Voy a ver qué te encuentro.

Emma le dio un beso en la mejilla y desapareció en la cocina. No había colgado el móvil, o lo había hecho sin despedirse. Todas las alarmas se dispararon en su interior. ¿Con quién estaba hablando su mujer? ¿De qué se reía? A Oriol se le ocurrían muy pocos motivos para reírse. Dejó que su instinto fluyera, que la energía que llevaba inundándole todo el día cristalizase y ascendiese hasta su pecho, hasta sus manos. Entró en la cocina.

—¿Con quién hablas? —Emma estaba de nuevo con el teléfono en la oreja, sonriendo.

—Luego hablamos —se despidió y colgó rápidamente—. Con Luisa, del gimnasio.

No fue él, fue el instinto el que la abofeteó e hizo que el móvil saliese disparado por el aire, estrellándose contra el suelo y escupiendo la tapa y la batería.

—No me mientas.

Su mujer le miró aterrorizada un segundo, sólo un segundo. Luego bajó los ojos.

—No lo conoces —susurró, y se encogió intuyendo un nuevo golpe, pero este no llegó.

Oriol era la muralla de la virtud, no se le podía engañar, no se le podía derrotar. Pero no era cruel. Al menos, no si no hacía falta.

—No lo volverás a ver, ni hablarás con él. Nunca.

Emma asintió, con la mirada baja y las lágrimas a punto de brotar. Luego, como impulsada por la justicia que inundaba a Oriol, se arrodilló ante él y le abrazó las rodillas.

—Perdóname, mi amor, mi dueño —suplicó—. No ha pasado nada, nada.

—Lo sé —concedió magnánimo él. Y realmente lo sabía. No le podía ocultar nada—. Prepárame una tortilla y algo de embutido. En cuanto lleguen los niños, voy a ponerles las cosas muy claras. En esta casa se van a acabar los despropósitos. Para siempre.

Emma le besó la mano antes de levantarse, con un brillo de adoración y sumisión en la mirada, y fue hacia la nevera. Mientras, Oriol se sentó a la mesa de la cocina.

—Y luego lo mismo tengo que empezar a disciplinar a los vecinos —reflexionó en voz alta.



III

El principal engaño que se valora en las operaciones militares no se dirige sólo a los enemigos, sino que empieza por las propias tropas, para hacer que le sigan a uno sin saber adónde van.

SUN TZU, El arte de la guerra.

Reality is nothing than the register of crimes of a humankind.

[La realidad es tan sólo el registro de los crímenes de la humanidad.]

LYRIEL, «Paranoid circus».

13. El trato

La Ciudad, ahora.

Llegó con la discreción de una araña de cacería y la sutileza de un rinoceronte en celo.

—Veamos ese trato —dijo el Cazador abriendo de repente la puerta de la azotea—. Empezando por lo que tú o tus amos entendéis por un trato justo.

Frank suponía que vendría pronto, pero no esperaba que tan pronto. Todavía tenía los restos del desayuno por el medio, y no había podido organizar las cosas para dar la apariencia segura y profesional que quería para esa entrevista. Además, esa cosa seguía dándole un miedo de muerte.

—No... No es tan simple, amigo. —Había tartamudeado un poco, pero el «amigo» le había dado un toque profesional, o eso quiso pensar.

—Pues que lo sea.

El cabrón era frío como el hielo y, evidentemente, no pensaba darle un respiro, así que Frank cogió aire, se protegió tras su mejor sonrisa de vendedor, y trató de tomar el control de la conversación antes de que se descontrolase del todo.

—Verás —dijo—, los asuntos importantes, y este es de lo más importante, hay que tratarlos directamente con los jefes.

Ahora, un silencio para crear interés, pero el Cazador no mordió el anzuelo. Tras un minuto de reloj mirándose en completo silencio, aceptó que la maldita máscara de plata que tenía delante no iba a rebajarse a preguntarle dónde estaban sus amos o cómo se hablaba con ellos, así que Frank suspiró, hundió los hombros en gesto de derrota, y claudicó.

—Tenemos que ir hasta un punto de encuentro —explicó—, un cementerio cercano.

—Eso es un problema —repuso el Cazador. Frank contuvo un gemido de frustración tras una nueva sonrisa profesional. «Malditas divas con sus exigencias».

—¿Por? —Cordialidad, cordialidad e interés, se repitió. Ya le llegaría su momento.

El Cazador dio un par de pasos hasta llegar al borde de la azotea, y contempló el atareado ir y venir de los peatones, muchos metros más abajo.

—Supongo que aquí no llega la prensa... —En realidad no había sonreído, de hecho tenía el rostro tan impasible como siempre, pero Frank habría jurado que la criatura había sonreído detrás de esos ojos de acero—. Pero toda la ciudad me está buscando. Cierto que en este momento lo están haciendo bastante lejos de aquí, pero me están buscando. Ya me he arriesgado demasiado viniendo a verte.

—Bien —terció Frank—, nada de problemas, entonces. Soluciones. Tengo un par

de trucos en la manga...

La frase quedó en suspenso, cuando recordó el nulo efecto que había tenido su magia cuando unas horas antes se había cruzado por primera vez con el Cazador. Pero en ese momento había sido una magia burda y directa, quiso consolarse. Las cosas más sutiles, más elegantes, tenían que seguir funcionando.

La criatura le respondió en su línea habitual, sin responder, así que Frank acudió a por una más de sus útiles palomas, y comenzó a trazar unos símbolos en el suelo.

—Si eres tan amable —le pidió cuando hubo terminado.

El Cazador entró en el diagrama. Cambiar un rostro, o al menos como la gente percibía ese rostro, no era tan complicado, sobre todo si no te importaba lograr ninguna apariencia concreta. Hacerse pasar por alguien ya era algo totalmente distinto, como descubrió cuando intentó tirarse a la esposa de Lamoretti, pero él era un romántico, y esa escena de *Excalibur* siempre le había gustado. El disfraz no aguantó ni tres segundos, aunque él creyó que había logrado un parecido asombroso. Si hubiese sido un hombre de verdad, se lamentó mientras iniciaba las salmodias, le habría dado un par de bofetadas a esa guarra y habría completado la faena, pero con su habitual falta de ánimo se había largado con el rabo entre las piernas, nunca mejor dicho, y ni se le había pasado por la cabeza volver a intentarlo. Pero eso se iba a acabar muy pronto. Iba a ser el rey del mundo. Sólo tenía que hacer funcionar un sencillo conjuro. Que no estaba funcionando, por cierto.

La magia oscura y espesa de los Arcontes, empapada en sangre y deseos primitivos, resbalaba inútilmente sobre el rostro del Cazador. Era como tratar de trepar por un palo engrasado.

—Tengo una idea mejor —dijo, borrando los símbolos con el pie antes de que la cosa se percatase de que no era capaz de afectarla, o eso quiso creer.

En el fondo estaba seguro de que el Cazador pensaba que no era más que un patético perdedor, aunque ahora llevase un traje limpio y ya no oliese a mierda.

Se dirigió a por otra paloma, aprovechando el pequeño paseo para tomar aire y recuperar la confianza. Respiró profundamente y dejó vagar la mirada por la masa de edificios y personas que pronto serían suyos, intentando que eso le reconfortase. Cuando fuese el rey del mundo ya no tendría que volver a sentirse inseguro. Era imposible tener problemas de autoestima cuando lo gobiernas todo. Inició los cánticos de nuevo, pero esta vez situándose él en el centro de los símbolos que iba trazando. Él era vendedor. Cuando hay algo que no quieres que descubra el comprador, tienes dos opciones: o lo ocultas, o pones justo al lado algo tan llamativo que ni se da cuenta de lo otro. Así que eso es lo que hizo. Dejó que la fuerza oscura y antigua de los Arcontes le impregnase, y con precisión y velocidad creó para él una máscara de enorme deformidad. Se permitió una pizca de orgullo ante esa genialidad. Lo obvio habría sido crear un rostro muy hermoso, pero la gente tiende a recordar esas cosas, y a contarlas, y a que la tomen en serio. Si dices que has visto al hombre elefante, te dirán que estás exagerando, y a otra cosa. El hombre elefante con traje

caro, para más señas. Mientras, nadie se va a fijar en que justo al lado está el fugitivo número uno.

—En marcha —dijo volviéndose hacia el Cazador en cuanto hubo completado el trabajo.

Esperaba, si no un repullo, al menos una mueca de asco o sorpresa, pero no hubo nada. Absolutamente nada. Mientras bajaban la escalera, Frank se preguntó de qué maldito lugar había salido esa criatura si su nuevo rostro le había dejado indiferente. Y enseguida aceptó que le daba igual. Iba a ser el Rey del Mundo.

2

Cuando llegaron al metro, Frank empezó a pensar que quizás el aspecto de hombre elefante no había sido tan buena idea. La gente estaba muy rara ese día. Cuando estaban esperando en el andén a que llegase su tren, una anciana le había mirado con asco (hasta ahí normal), para justo después empezar a decir en voz alta y clara que qué clase de metro era ese, que permitía que cualquiera entrase en él. Frank no tenía claro si se había cruzado con la hija secreta del Führer en un día malo o simplemente había sido casualidad, pero ahora tenía enfrente a dos chavales de unos veinte o veinticinco años, bien vestidos y engominados, jersey por los hombros incluido, que no dejaban de murmurar cosas sobre «la basura» y la necesidad de «limpiar de una vez por todas la ciudad», siempre con miradas hacia él. ¿Es que no se percataban de su impecable traje? ¿Qué sería lo siguiente?, pensó. ¿Que unos niños les tirasen piedras al salir a la calle? Trató de mantener la compostura, pero el rostro que se había buscado le impedía escudarse tras su profesional sonrisa, con lo cual se sentía aún más inseguro, como un cojo sin su bastón. Y para terminar de alegrarle el día, a la cosa que tenía a su lado no parecía importarle nada en absoluto. Nada. Ni lo que pasaba con los dos aspirantes a basureros, ni la gordita encantadora que casi les mete las tetas en la boca en un traqueteo, ni lo que estaba comentando todo el vagón.

Porque esa era otra. Al parecer tenía sentado al lado a un puto asesino psicópata secuestrador de niños, violador de perros y quién sabe qué mil cosas más. Frank se pasó una mano por el cuello de la camisa para tratar de conseguir un poco más de aire. Empezaba a hacer calor en ese vagón. Quería suponer que la mitad de lo que oía decir a los pasajeros eran exageraciones y la otra mitad inexactitudes, pero aun así le quedaba de sobra para convertir al Cazador en una mala bestia de cuidado. Si es que los tranquilos eran los peores. Estaba seguro de que podría destriparlo sin que se le alterase la respiración. ¡Qué, la respiración! Ni el pulso. Suponiendo que tuviese pulso, claro.

La buena noticia era que ya quedaba poco. En tres paradas llegarían a la estación

de al lado del cementerio, y una vez allí estarían más o menos a salvo y podría arriesgarse a deshacer la máscara antes de que le pegasen una paliza totalmente innecesaria. Luego, ya era entre los Arcontes y el Cazador. Agarrotado por la tensión, se estiró un poco en su asiento para desentumecerse, y misteriosamente eso desató la tormenta.

—¿Estás cómodo, hijoputa?

Era el más alto de los dos pijos el que le insultó, dándole un empujón con el pie en la pierna. El golpe no le dolió, le dolió que le manchase el traje. Cuando fuese el Rey del Mundo, toda la gente que valía la pena, como él, podría llevar una paloma en el bolsillo para encargarse de escoria como esa, pero ahora estaba a merced de los elementos.

—¿Qué pasa, monstruo? ¿No sabes hablar? —se animó su compañero, continuando con las pataditas.

¿Y ahora qué? Si a la cosa que tenía a su lado le daba por sacar algo de su genio, a la mierda la cobertura. Pero no tenía ninguna gana de recibir una paliza de dos capullos engominados. Dos paradas.

—No contesta. Además de deforme, ¿eres subnormal?

—Te hemos hecho una pregunta.

Ahí llegó el primer golpe de verdad. Fue una bofetada, ni siquiera demasiado fuerte, pero dolió. Frank no era ningún héroe. De hecho, era todo lo contrario. Y mucho menos un mártir. La gente estaba empezando a alejarse de ellos, y nadie parecía dispuesto a intervenir. Incluso tuvo la impresión de que parte de los murmullos de fondo estaban alentando a sus cívicos agresores.

—A ver si a mí me entiende mejor.

Comparada con la segunda, la primera bofetada fue una caricia. Le acertó no sólo en el rostro, sino también en la oreja, con tal fuerza que le pareció que le iba a estallar la cara. Se le saltaron las lágrimas, y el oído le zumbaba. A la mierda las gestas para convertirse en el Rey del Mundo, la policía y los matones. No pensaba recibir lo que quisiera que viniese después de ese golpe.

—Señor Lain, ¿podría...?

Si hubiese tenido que declarar sobre los acontecimientos que siguieron a continuación, Frank habría dicho con toda la sinceridad del mundo que no tenía la más remota idea de lo que había pasado. El Cazador era rápido como una serpiente hasta al culo de cocaína. Le pareció intuir que se había levantado, y con el mismo gesto ya había un pijo en el suelo, quizás por un puñetazo, quizás por un codazo, o podría haberlo tirado con la punta de la polla. Él no vio nada, pero el caso fue que estaba en el suelo. Y medio segundo después, la cosa se enganchó en una de las barras del vagón y le clavó una rodilla en la cara al segundo. O una bota. O nuevamente la punta de la polla. Era un borrón en movimiento. Probablemente no habrían pasado más de tres segundos entre que se levantó y se sentó, y ahí estaban sus dos problemas engominados, en el suelo, sin moverse. Pudo confirmar que

respiraban, pero nada más.

Nadie se acercó. Eso fue lo más raro. Ni se asustaron. Nadie sacó el móvil, ni mandó discretamente un mensaje, ni se alejó con prisas hacia otro vagón. Simplemente siguieron a lo suyo, con los dos cuerpos desmadejados en el suelo. Frank no se cuestionó su suerte. No buscó grandes causas sobrenaturales que explicasen por qué toda la ciudad parecía estar volviéndose loca. Sólo agradeció a su perra suerte que no le hubiesen partido la cara, y se bajó con su acompañante lo más rápido posible en cuanto llegaron a su parada. Cuando fuese el Rey del Mundo, ya se encargaría de que todo fuese como tenía que ser. Cuánto echaba de menos sonreír.

3

En cuanto pisaron el terreno del cementerio, Frank deshizo el conjuro y, evitando volver a ver al absurdo recepcionista, avanzó haciendo muecas hacia el osario. La cosa, por supuesto, iba a su lado sin pronunciar palabra. Sin hacer ruido. No había forma de acostumbrarse a eso. De hecho, necesitó todo el camino hasta la escalera del osario para juntar el ánimo necesario y llevar a cabo la petición que los Arcontes le habían indicado.

—Antes de entrar —dijo volviéndose con toda la calma que pudo reunir—, es necesario que traigas el precio que mis Señores exigen. —Evidentemente, él no dijo nada, se limitó a mirarlo, así que no perdió el tiempo con pausas dramáticas—. Una paloma o un mamífero pequeño serán suficientes para el sacrificio.

El Cazador le observó durante un par de segundos más de la cuenta, y Frank dudó sobre si estaría pensando en la posibilidad de sacrificarlo a él, pero finalmente se dio la vuelta para desaparecer en los jardines del cementerio. Suspirando aliviado, recostó la espalda en la pared del edificio y sacó un paquete de tabaco del bolsillo. No era de la marca que solía fumar, pero era lo que había encontrado. Ahora, ¿dónde había puesto el mechero?

—Tu ardilla.

Frank levantó la mirada. ¿Cuánto había tardado? ¿Dos minutos? Él no era nadie para criticar a los Arcontes, pero como prueba había resultado decepcionante. Suspiró, cogió con cuidado el roedor y abrió la puerta del osario. El Cazador le siguió como una sombra y se colocó sin hacer ruido contra la pared. El olor a mierda en el recinto seguía siendo importante, pero se consoló con la idea de que al menos era su mierda, repitiéndose que pisar la mierda de un desconocido sería mucho menos digno. E inició el ritual.

Sinceramente pensaba que como era la segunda vez que lo llevaba a cabo, pasaría menos miedo, pero no fue así. Si no volvió a mearse encima fue porque esa vez había

tenido la precaución de venir con la vejiga vacía, a pesar de que en esa ocasión directamente se postró de rodillas con la esperanza de no ver a la Sombra. Lo que oía era más que suficiente para helarle la sangre.

—Se te saluda, Cazador —siseó la Sombra.

Frank sólo veía unos jirones de su parte inferior por el rabillo del ojo, pero le pareció percibir que era algo más sólida que la última vez, y no tuvo claro si eso era bueno o malo para él.

—¿Qué podéis ofrecerme? ¿Y qué queréis a cambio de vuestra ayuda?

La voz de la cosa era tan indiferente como siempre. En un rincón pequeño y optimista de su corazón había esperado, ansiado, que el Cazador al menos temblase un poquito ante los Arcontes, pero el rincón grande y pesimista siempre había tenido la certeza de que no sería así.

Hubo un murmullo indefinido en la Sombra, más bien en el interior de la Sombra, como si estuviese conversando con alguien que no estaba presente.

—Dos corazones... humanos. —Había cierto tono de burla en la Sombra cuando contestó—. Dos corazones por cada pregunta. Y podemos darte la respuesta a todas las preguntas de este mundo.

Frank sintió que le venía un retortijón. Sin atreverse a moverse, a mirar, a respirar, maldijo en silencio el acuerdo. Él tenía un corazón, y estaba ahí al lado. La duda le atravesó con la brutalidad de un hacha poco afilada. ¿No se suponía que él iba a ser el Rey del Mundo? ¿No tenían los Arcontes planes para él? ¿O había sido todo un engaño, y ahora le iban a ofrecer en bandeja a la cosa? Pensó en correr, pero sabía que el Cazador le cogería antes de que lograra salir del cementerio. Probablemente antes de que lograra salir del osario. Cerró los ojos con fuerza, esperando escuchar el sonido del metal al desenvainarse, esperando sentir el doloroso corte de un cuchillo en su cuello, o directamente en su pecho, aguardando un golpe que le derribase y dejase sus costillas expuestas. Pero no llegó. Lo que escuchó fueron pasos alejándose. Y a continuación lo que sintió fue el contacto glacial de la mano del Arconte en su mejilla, obligándole a mirar de nuevo a su negro vacío.

—Y ahora que estamos solos, mi fiel siervo —siseó la Sombra—, hablemos de los planes que tenemos para ti.

—Sí, amo.

Frank sonrió. Al final resultaba que sí que iba a ser el Rey del Mundo.

4

Ivo dejó que el sol del mediodía le bañase durante unos segundos, mientras decidía qué hacer. La nueva ruta había resultado igual de lenta que la anterior, igual de

infructuosa y estéril. Seguía sin saber cuál era su presa ni dónde encontrarla. Seguía sin saber qué estaba sucediendo y por qué sentía esa urgencia que tiraba de él amenazando con desgarrarle. Seguía siendo un juguete que las distintas fuerzas de esa ciudad se pasaban de uno a otro. De momento.

¿Y ahora qué? Iba a llegar tarde, lo sentía en cada nervio de su cuerpo. Pero también sentía que no existía la posibilidad de llegar un poco tarde, o casi tarde. Así que en realidad ya no había prisa. No valía la pena arriesgarse a cruzar una ciudad que le buscaba en cada rincón. Esperaría. Las Puertas se habían cerrado, y cada minuto que pasaba los ecos de ese cierre se iban sintiendo más. Cuando cayese la noche, Ivo tuvo la certeza de que un criminal huido sería el menor de los problemas de la ciudad. Y él saldría de caza.

14. Marea media

La Ciudad, ahora.

Tras unas horas, el dolor casi había desaparecido, pero no la vergüenza, la incomprensión ni el desamparo. Toda su vida, que no era demasiado pero era, Sakura había seguido ciegamente a Hisakosan sin cuestionarse sus motivos ni sus intenciones. Era su abuela y quería lo mejor para ella. O eso le había parecido hasta que se fue con el Cazador y ella se quedó sola y tendida en su cama, acurrucada y sangrando aún. ¿En qué la había convertido? ¿Una novia? ¿Una esposa? ¿Un objeto? ¿Una moneda de cambio? No era una niña, pero tampoco se sentía como una mujer. No tenía que haber sido así. Hisakosan lo sabía. Tenía que haberla protegido. Tenía que haber encontrado otro modo. Pero no lo hizo. Un rincón de su mente le recordó que podría haber sido peor. Que el Cazador podría haberla tumbado y forzado todo lo que hubiera querido, que podría haberla hecho pedazos, e Hisakosan habría permanecido igual de imperturbable en la puerta. A su modo, había sido amable. Amablemente cruel.

Miró el reloj. A esa hora en el instituto sus compañeros estarían dando matemáticas, sin preocuparse por la sangre entre las piernas ni por el fin del mundo, y Sakura los odió igual que odiaba a Hisakosan, sabiendo que no tenían culpa. O, en el caso de Hisakosan, diciendo que no tenía culpa, pero sintiendo todo lo contrario. Cuando finalmente pudo reunir fuerzas, se deslizó hasta la ducha y allí se dejó caer de nuevo, con la esperanza de que el agua la limpiase, le aliviase el dolor. No funcionó demasiado. Podría haber sido Malik. Era moreno, simpático, guapo, de su misma edad. Quizás dentro de un par de años, antes si se hubiese sentido preparada. Ahora no. Ahora ya no sería nunca. Era la esposa del Cazador. De una cosa que ni siquiera la quería como esposa. De una cosa. Y eso no iba a ser como *La Bella y la Bestia*. No había un príncipe debajo de esa máscara de plata. De hecho, Sakura estaba segura de que no había nada bajo la máscara, al menos nada humano. No lloró, aunque el agua le caía por la cara. O quizás llevaba llorando tanto rato que ya no se daba cuenta. Finalmente cerró el grifo, y como ya no sangraba, se puso ropa interior limpia, se vistió con un chándal cómodo y se sentó delante de un libro de texto abierto sin verlo realmente. Nada tenía sentido ya, pero se obligó a mantener la ficción de que sí. Así la encontró su abuela cuando llegó a casa. Aunque ya no era su abuela. Era algo más.

Hisakosan regresó sola, pasado el mediodía. No la saludó, no le preguntó cómo estaba. Se acercó, le puso las manos sobre los hombros y la besó en la frente.

—Nada podrá hacerte daño mientras esté aquí —susurró. Sakura la creyó—. Disponemos de poco tiempo, y tienes que aprender muchas cosas. Así que escucha.

Y Sakura escuchó. Escuchó como no había escuchado en toda su vida. Y aprendió. Aprendió los misterios de escrutar el destino en las grietas de los huesos quebrados por el fuego, y que nunca tendría el don de su abuela para ello. Aprendió los nombres de los nueve dragones y las nueve formas de invocarlos, y que una vez que se invocan no pueden ser expulsados. Aprendió que todas las emociones pueden alimentar el poder de un hechizo, pero que el dolor y el sufrimiento son las más poderosas. Aprendió todo lo que su abuela podía enseñarle, y aun así no aprendió nada que le diese un motivo para perdonarla. Después empezaron a prepararse para lo que estaba por llegar.

2

La mañana había sido rara. No tan rara como para que Sombra hubiese cogido la mochila y se hubiese largado de la ciudad, pero lo suficiente como para que estuviese pensando hacerlo. Dejando aparte el encuentro con el que había iniciado el día, claro. Él nunca se había sentido preparado para los grandes momentos: había llegado hasta ellos y los había superado lo mejor posible, pero no se sentía cómodo. Ni en el instituto, ni en la universidad ni en la vida en general. Cuando había hecho falta, había sido valiente; cuando había sido necesario, había sido astuto, o encantador o discreto. Pero prefería permanecer en un segundo plano. Por eso en realidad había cogido sólo lo importante y había escapado a esa ciudad, donde nadie le conocía. La herencia familiar era demasiado pesada para sus hombros. Sonrió al recordarlo. No por su padre, sino por el pequeño reino que había logrado forjar en su carpintería reconvertida. Su padre nunca le había hecho sonreír.

Él fue el que empezó a encargarse de su educación mágica. Tras muchas discusiones, al final pesó más el razonamiento incuestionable de que la magia ceremonial era compleja, ardua y que exigía una gran precisión, así que debía empezar a formarse primero en ella. Luego tendría tiempo de aprender la magia natural de su madre. Tenía seis años, y mientras sus amigos coloreaban dibujos de *Barrio Sésamo*, él calcaba sellos y símbolos de la *Clavicula Salomonis* hasta que le dolían los dedos. Y ese sólo fue el principio. No le gustaba recordar esos años. Así que dejó de hacerlo y comenzó a poner las provisiones sobre el escaso espacio libre de la mesa. Ya no utilizaba magia ceremonial si podía evitarlo, pero «si podía evitarlo» era la parte clave. Para alejar los malos recuerdos, cogió un cuchillo de hoja ancha de un soporte que había junto al fregadero y cortó un par de porciones del queso curado que había traído. Después de un par de bocados, fue a por el péndulo. No era un péndulo especialmente valioso ni raro, por lo que descansaba sin más sobre una de las baldas repletas de libros. Con cuidado, limpió el polvo de la pirámide de

cuarzo y comprobó que la cadena de plata seguía en buen estado. La plata barata perdía brillo enseguida. ¿Y ahora qué? La pregunta que le rondaba era sutil, y no tenía claro cómo plantearla, sólo sabía que la respuesta la tendría el péndulo. Dándole vueltas descuidadamente, regresó a la mesa y cortó algo más de queso, acompañándolo esa vez de la hogaza de pan de semillas que también había traído. Con las nuevas provisiones, removió papeles hasta encontrar un folio con una cara limpia y cogió un lapicero que rondaba por allí.

En la parte superior de la hoja escribió «El Cazador», pero no se molestó en añadir más detalles. Iba a hacer un mapa conceptual, no una enciclopedia. Todavía no tenía claro lo que era el Cazador (de hecho, no tenía ni idea), sólo sabía que la envoltura era lo único humano en él. Y sabía que su llegada no era casual. El problema era que ni siquiera creía que el propio Cazador supiese por qué estaba allí, al menos de momento. Luego estaban las puertas. Lo escribió debajo del Cazador, y lo unió con una línea. Una puerta se había cerrado, e indudablemente tenía que ver con el lugar de origen del Cazador. Y el hierro. Apuntó «Cuchillo» a la derecha de «Cazador», y lo unió también. Lo tenía en la punta de la lengua. No eran hadas. Un escalofrío le recorrió la espalda. De eso estaba seguro. Y en su experiencia, más amplia de lo que quisiera, no se había cruzado con criatura ni poder alguno que permitiese suponer la existencia de un cielo o un infierno. El problema estaba en que los planos eran demasiados para hojear bestiarios al azar. No era un ser elemental. Más bien arquetípico. Escribió «¿Arquetipo?» a la izquierda de «Cazador», pero no lo unió todavía con una línea. Necesitaba otro descanso.

Se levantó y dio pasitos lentos por delante de sus estanterías sin ningún objetivo concreto. Había vuelto a coger el péndulo y lo hizo oscilar en círculos descuidadamente. Al acelerar, la pirámide de cuarzo lanzó un zumbido. Sabía que eso era lo que tenía que hacer él: salir zumbando. Si el Cazador estaba allí, eso sólo podía implicar que estaban en el centro de lo que fuese. Era posible que el maremoto llegase a salpicar a todo el mundo, pero ellos estaban en el epicentro del terremoto. Sólo que todavía no habían llegado los temblores fuertes. Eso era lo que quería preguntarle al péndulo. Eso era lo que estaba seguro que le iba a responder. Sombra maldijo en voz baja. No quería marcharse. Aunque debía hacerlo. Le había dicho que tuviese cuidado, pero él iba a huir. Por un momento, pudo oír perfectamente la risa de Mijailo, pero acompañada por el clásico «Sé un hombre» de su padre. Volvió a la mesa.

Lo peor era que Olena no se lo reprocharía. No esperaba que se quedase por ella. Le diría que era absurdo. Quizás bonito, pero absurdo. E inútil. Suspiró. No tenía sentido retrasarlo más, así que abrió un cajón y sacó el diagrama del péndulo. Su madre siempre insistía en que cada uno debía encontrar su camino en la magia en general y en la adivinación en concreto, y con el diagrama había llegado a sentirse orgulloso de seguir sus consejos. Había comenzado con una simple hoja de papel, con una cruz en la que horizontal significaba sí y vertical no. Después decidió que eso era

demasiado simplista y, además de horizontal y vertical, añadió los puntos cardinales y los elementos en sus extremos: este-aire, sur-fuego, oeste-agua, norte-tierra. Centro-espíritu, aunque no hiciese falta indicarlo. Luego vinieron los tres círculos concéntricos, uno a mitad de los ejes, otro rozando sus bordes, y el otro equidistante del círculo central, rodeándolo todo. El mundo interior, el mundo real, el mundo exterior o astral. Tras ello, añadió un aspa más pequeña, en diagonal, dentro del círculo interior, para reflejar el orden (de superior izquierda a inferior derecha) y el caos (de inferior izquierda a superior derecha). Y como el círculo interior había quedado dividido en ocho partes, le asignó a cada una un elemento vital: ojos, oídos, nariz, boca, manos, corazón, genitales, pies. Cuando comprendió que no iba a necesitar nada más, aprendió a tallar y labró el diagrama en una tabla cuadrada de madera de roble. Eso había sido en su penúltimo año de universidad, cuando el universo se había puesto de acuerdo para que coincidieran casi todos los puntos de vista posibles sobre la magia en el mismo campus. Lucian. Siiri. Habían sido buenos tiempos. Pero los recuerdos no iban a darle las respuestas que necesitaba, así que concentró la energía, dejó libre el péndulo sobre el centro del diagrama y planteó la primera pregunta.

¿Dónde estaba el centro de todo? El mundo real.

¿En la ciudad? Sí.

¿Qué podía perder si se quedaba en la ciudad? Los ojos. Los oídos. La nariz. La boca. Las manos. El corazón. Los genitales. Los pies. Todo.

¿Había alguna forma de impedir lo que iba a suceder? Lo que estaba más allá de este mundo.

¿Podía él hacer algo al respecto? No.

¿Qué podía perder si salía de la ciudad? El corazón. Sólo el corazón.

¿Podía salvar a Olena si se quedaba? No.

A la mierda. Le entraron ganas de lanzar el péndulo por la ventana, pero el péndulo no tenía culpa, así que se limitó a dejarlo caer al fregadero. De pie, frente a la ventana, contempló la calle. La gente todavía no lo sabía. No se habían dado cuenta. Sólo notaban cierta inquietud, cierto desasosiego. Estaban más irritables, o más emotivos o más eufóricos. ¿Y dentro de unas horas? ¿La irritación se convertiría en violencia? ¿La emoción en histeria? ¿La euforia en locura? Probablemente sí. Él también lo notaba. La marea estaba subiendo, y si no estuviese protegido tras un sólido dique (instintivamente se tocó el colgante que llevaba bajo la ropa), él también estaría comenzando a sentir sus efectos. No le quedaba demasiado tiempo. Quizás hasta el anochecer, quizás hasta medianoche. Cuando la marea subiese lo suficiente, ya no saldría a la calle. Saldría a aquello en lo que se hubiese transformado la calle. Así que tenía que hacerlo ahora. Cogió su mochila, con las cuatro cosas que pensó que podría necesitar, y salió a buscar la verdad. O lo más parecido que pudiese encontrar.

3

Eligió un parque porque allí podría observar a gente variada, estaba cerca de casa y no tenía ganas de coger el metro, pero sobre todo porque en ese momento necesitaba árboles. Siempre había sido así, incluso en las épocas malas, en las que no se atrevía a acercarse a un roble por lo que pudiese aguardar dentro. Los árboles siempre le ayudaban a desconectar, a olvidar los grimorios, el enochiano y la demás parafernalia. Estaban antes del hombre. Seguirían después. Eligió un abeto grande y se sentó debajo mientras rozaba su corteza con la mano. Era antiguo y sus raíces se hundían profundamente en la tierra. Percibió el pulso de su energía vital, suave pero intenso, y le ayudó a concentrarse. Eran los hombres los que tenían que preocuparle.

A unos veinte de metros a su derecha había una compleja estructura de rampas, barras y curvas, donde los chicos practicaban con el monopatín. No era un pasatiempo muy de su gusto, pero le serviría como muestra. Cinco chicos con tablas de *skate*, una chica también con monopatín, otra chica con patines, y un par de chicas más sentadas en lo alto de una medialuna, ejerciendo de animadoras. Todos tendrían entre quince y veinte años. El más alto de los chicos, moreno y con un absurdo flequillo hacia arriba, le dio una buena calada a un porro y se lo pasó a su compañero, algo más bajo y con granos, para después lanzarse contra una barandilla y saltarla limpiamente. Las *groupies* aplaudieron con ganas, pero él no se dio por aludido. Granos tampoco aplaudió. De hecho, había una corriente subyacente de furia en él. Sombra se concentró. Dejó que la energía verde que ascendía por la corteza del árbol penetrase a través de su espalda; permitió que su propia energía azulada descendiese a la tierra, buscando las raíces y creando un círculo con el árbol, y proyectó sus percepciones hacia el grupo. ¿De dónde venía esa furia? ¿Qué se estaba cerniendo sobre la ciudad? Primero trató de percibir alguna huella de magia, fuese una maldición o un eco de otro trabajo, pero no había rastro alguno. A continuación buscó líneas de fuerza externas cargadas de energía negativa o emocional que pudiesen alimentar ese comportamiento, pero el parque estaba completamente limpio. No era fruto de una manipulación externa, pero tampoco era ambiental. Así que tenía que ser interno. Se concentró en el aura, y poco a poco vio como la huella espiritual de Granos comenzaba a hacerse perceptible a su alrededor. Era normal. No era una persona especialmente violenta ni agresiva. Y sin embargo algo le estaba pasando. Podía notar como su pulso se aceleraba, como su respiración se hacía más rápida, como abría y cerraba la mano con fuerza, apretando la madera de su monopatín. Ahí había una desproporción, pero era incapaz de determinar su origen.

Centró su atención en la chica de los patines. De pelo castaño, atlética, no iba con el grupo de los *skaters*, simplemente compartían pista. En realidad, sin ser Sombra ningún entendido, le parecía muy superior en capacidad acrobática a los chicos,

aunque quizás tuviese que ver el hecho de que ella no estaba fumada. La escrutó, en busca de rastros de la violencia que iba lentamente dominando a Granos, pero no encontró nada. En su caso era diferente. La observó unos minutos. Cada vez más deprisa, cada vez más difícil. Tampoco era normal. Tuvo la certeza de que pensaba seguir aumentando la presión sobre sí misma hasta que se hiciese pedazos contra una barra o un muro. Deseaba que le pasase. Y también venía de ella misma. Necesitaba una tercera muestra para completar su estudio y eligió a Escotes, una de las *groupies* que a pesar de su entusiasmo no lograba atraer la atención de sus amigos *skaters*. Lo lógico sería pensar que en ella era la lujuria lo que estaría en marea ascendente, pero no le dio esa impresión. A pesar de su pose provocativa, lo que notó en ella fue una actitud felina, depredadora. Cruel. No era la violencia de Granos. Ella no estaba furiosa con nadie. Sólo quería hacerles daño. Emocionalmente, de momento. Y también era algo suyo, suyo del todo. Aunque desmedido.

Desconcertado, Sombra sondeó aleatoriamente a los demás ocupantes del parque. La típica anciana entretenida con las palomas, el cuarentón deportista corriendo con su perro, la madre descuidada centrada en el móvil mientras su hijo se revolcaba en la tierra, el borracho discreto con su botella... En todos estaba creciendo algo, y en ninguno era algo positivo. No había duda de que iba a ser una mierda de noche, así que se apresuró a regresar a casa y consultó los horarios de los trenes que salían de la ciudad. Había tres posibilidades de alejarse un buen trecho antes de que se pusiese el sol, pero después de ver los trenes consultó las novedades editoriales, y después las ofertas en artículos de alquimia. Sabía de sobra que no iba a ir a ningún lado.

4

Cuando terminó de enseñarle a Sakura todo lo que podía en ese reducido tiempo, Hisako empezó a preparar las protecciones para su hogar. Y cuando terminó con las protecciones, tuvo la certeza de que no sería suficiente. Las primeras desanimarían a muchos o les confundirían. La segunda capa causaría daños a los siguientes. La tercera mataría a los que quedaran. Pero vendrían más. No le preocupaba, sabía lo que tenía que hacer llegado ese momento y no dudaría en hacerlo. El problema era después. Había cometido un error de cálculo. Creía que al desposar a la muchacha con el Cazador, este la protegería; pero no pensó que eso también podría convertir a Sakura en un objetivo apetecible para sus enemigos. Ahora, al caer el sol, cuando los demonios aflorasen a la superficie, la pequeña reluciría como un faro en la noche. La pregunta era: ¿cuántos se estrellarían contra sus rocas antes de que estas cediesen? ¿Los suficientes? Hisako Takahasi ya no tenía miedo. Sólo tenía que matar. Y si eso fallaba, sólo tenía que morir. Era lo menos que podía hacer por su nieta. Ahora

todavía era una servidora de la Serpiente. Pero esa noche, ella sería la Serpiente.

15. Los elegidos

La Ciudad, ahora.

Dos tareas y todo sería suyo, pero Frank no tenía ni puta idea de cómo enfocar la primera. El primer escollo que tenía que salvar era que no se había enterado ni de la mitad de lo que el Arconte le había dicho: las Puertas, los Señores, el Tercer Lugar... Nada de eso tenía sentido para él. Aun así sonrió y asintió, así que ahora no tenía más remedio que actuar como si supiera lo que estaba haciendo. Necesitaba guerreros. Eso sí lo había entendido. Una especie de grupo de asalto, de al menos cinco personas. La Sombra le había especificado claramente qué tipo de individuos debían ser: de fuerte voluntad, ingeniosos, creativos, adaptables. Y, por supuesto, tenía poco más de un par de horas para reclutarlos, y otro par más para el curso de formación. En esas circunstancias, Frank tenía claro que sólo había una opción, que era a la que solía aferrarse casi siempre: si no puedes hacer las cosas bien, hazlas de modo que parezca que las estás haciendo bien.

Decidió comenzar por un poco de fuerza bruta. Al fin y al cabo, si estaba creando un comando, cada integrante debería destacar en algo. Como *El equipo A* y todas esas mierdas. O *Los siete magníficos*. ¿Y dónde mejor que un gimnasio? No tenía mucho tiempo, así que entró en el primero que vio, una instalación grande y moderna, con spa, piscina, bicicletas y todas esas tonterías, que pasó por alto directamente. Quería una mala bestia, no un mariquita levantapesas. Y pronto encontró la zona adecuada. En una de las habitaciones acristaladas del gimnasio había colgados sacos de boxeo y otros instrumentos a los que pegar, y allí había seis o siete tíos grandes como castillos repartiéndose hostias. Frank no era ni experto ni aficionado a esos supuestos deportes, así que no supo decir si estaban haciendo lucha libre, kick boxing o cualquiera de esos absurdos nombres orientales. Lo importante era que se estaban pegando. Pegando de verdad, como pudo comprobar cuando uno de los tipos logró acertar con un rodillazo a la cara de su contrario, y empezó a brotarle la sangre de la nariz. El agresor levantó una mano en gesto de disculpa, pero al parecer sus disculpas no fueron aceptadas, porque su contrincante le inmovilizó esa mano y le asestó una serie de golpes en el estómago, levantándolo un poco más del suelo con cada uno, hasta que lo dejó tirado en el suelo.

—¡Vale por hoy! —dijo el que debía de ser el monitor, que no parecía tener ninguna intención de meterse en medio, y que esperó a que la mala bestia se hubiese alejado un par de metros antes de ver el estado del otro.

Frank sonrió. «¿Quién dijo miedo?».

—Disculpe, caballero.

Le interceptó justo antes de entrar a los vestuarios. Sabía que con su impecable

traje y el maletín de cuero negro destacaba enormemente, pero era parte de su técnica de marketing. El aspirante a homicida le miró desde arriba, apretando una toalla contra la nariz para que dejase de sangrar.

—¿Sí?

Afortunadamente, su aspirante sabía hablar. Y era evidente que el traje había despertado su curiosidad.

—Me gustaría proponerle un negocio —atacó directamente Frank, tendiéndole una tarjeta—. Digamos que soy un ojeador.

El bruto echó un vistazo a la tarjeta, en la que sólo ponía «Frank R. Schiolla», y volvió a escrutarle, sin saber qué debía esperar.

—¿Tiene un momento ahora? —Sonrisa, siempre sonrisa.

—¿Por qué no? —El tipo se encogió de hombros, y Frank le siguió al interior de los vestuarios. Por suerte estaban vacíos—. Tú dirás.

—Estoy buscando a personas excepcionales para un trabajo excepcional. Legal. Muy lucrativo. —Decidió ir al grano. No parecía un tipo demasiado sutil—. Y usted encaja perfectamente en el perfil que estoy buscando, señor...

El tipo desentumeció un cuello enorme y probó a retirarse la toalla ensangrentada. Al parecer, todo estaba ya en orden en su nariz.

—Bruno —dijo mientras sorbía algo de sangre y escupía en un lavabo—. ¿Qué es lucrativo para ti?

Perfecto. Alguien que pregunta por la paga en vez de por el trabajo ya está dispuesto a aceptar. No había nada como trabajar con honrados mercenarios.

—En realidad, amigo Bruno, soy el genio de la lámpara. —Frank se permitió una sonrisa de suficiencia. Tenía palomas de sobra en el maletín—. Pide un deseo y se te concederá.

El luchador lanzó una carcajada corta y dura.

—Qué capullo. Y yo que pensé que esto iba en serio. —Resopló—. ¿De quién es la idea de la broma, canijo?

Frank no perdió la compostura.

—Pide.

La seguridad siempre hacía dudar a los inseguros. Lo sabía porque lo vivía en sus propias carnes todos los días. Y Bruno dudó.

—Vale, geniecillo. —Se dirigió hacia la puerta y la abrió ligeramente, señalando a otra de las zonas, donde un variopinto grupo de mujeres se esforzaba para seguir el ritmo de una monitora morena y fibrosa. Demasiado músculo y pocas curvas para el gusto de Frank, pero de rostro atractivo sin embargo—. Quiero que me la chupe.

Los jóvenes, siempre tan predecibles. Sin dudar un segundo, cerró la puerta y echó el pestillo. Bruno le observó intrigado mientras habría la maleta y sacaba una paloma.

—Pero ¡¿qué mierda...?! —rugió cuando le retorció la cabeza a la paloma, pero Frank le impuso silencio con un gesto y comenzó a salmodiar. Finalmente lanzó unas

gotas de sangre sobre el rostro de su primer recluta.

—No te limpies la sangre —le ordenó—. Ahora, sal y entra en los vestuarios de al lado.

—Son los de las tías.

Frank cortó la protesta con un gesto.

—Entra y disfruta. Yo te esperaré aquí.

Se sentó y el bruto permaneció de pie, dudando, durante casi un minuto. Después abrió el pestillo y salió, cerrando la puerta a su espalda. Frank permaneció sentado tranquilamente en un banco. Saludó con cortesía a un par de aspirantes a musculitos que entraron a cambiarse y siguió esperando. Unos diez minutos después, Bruno regresó con una sonrisa estúpida y satisfecha en el rostro.

—Estaba inconsciente, o drogada, o algo —dijo con una mirada de admiración—. Pero no me la ha chupado. Se la he metido por el culo.

Frank suspiró. ¿Eso era lo que los Arcontes entenderían como creatividad e ingenio? Esperó que sí.

—Estupendo —dijo; luego se levantó y le tendió un sencillo mapa garabateado en una servilleta—. En esta dirección dentro de dos horas.

El bruto lo contempló con el mismo esfuerzo que si estuviese tratando de descifrar un jeroglífico egipcio.

—Dos horas —recalcó Frank antes de salir—. Y yo que tú me marcharía antes de que tu amiga despierte.

2

Para el segundo miembro, Frank optó por un enfoque más sutil que compensase al tal Bruno. ¿Y qué había más opuesto a un musculitos? Un *geek* de esos. Así que fue a un centro comercial y se dirigió a una tienda de videojuegos. Desafortunadamente, casi todo eran niños, y todo el mundo sabe que los niños se cagan de miedo ante la mínima, así que fue hacia el único candidato posible, un chaval de unos dieciocho o veinte años, que estaba enganchado al mando de una consola matando nazis o algo así. Allí tenía que ser más sutil, así que esperó un rato.

—No se te da nada mal esto —dijo finalmente.

El chaval le contestó sin dejar de mirar la pantalla:

—Se me da de puta madre.

—¿Te interesaría probar un concepto nuevo?

El chico le miró de reojo, pero sin perder el ritmo de disparos, esquivas y lo que fuese que estuviese haciendo. Frank prosiguió:

—Inmersión total del jugador.

—¿Realidad virtual?

—Eso está completamente desfasado —se arriesgó a decir. La verdad era que no tenía mucha idea del asunto—. Es algo mucho más revolucionario. Y bien pagado.

—Vale.

Había sido mucho más fácil de lo que pensaba. Frank le dejó la dirección y confió en que fuese capaz de separarse del mando a tiempo de acudir a la cita. No se iba muy convencido, pero todavía tenía mucho trabajo que hacer y no le quedaba demasiado tiempo.

Decidió aprovechar el entorno, y se dio una vuelta por la zona de bares y restaurantes. Ingenio y creatividad. ¿Qué se suponía que hacían los jóvenes creativos? ¿Las cosas esas de los cómics y el rol? Vio a un chico con una camiseta de esqueletos saliendo del cine. Ropas negras, cadena. Al lado de él iba una chica también gótica, o emo, o lo que quiera que fuesen. Dos mejor que uno. Les siguió un poco, para no parecer demasiado agresivo, y aguardó a que se sentaran a tomarse unos refrescos. Se sentó a una mesa contigua, esperó unos minutos y, finalmente, les tendió su tarjeta.

—Disculpadme, pero no he podido evitar observaros, y tengo una propuesta para vosotros.

La parejita cruzó una mirada llena de intención y rompieron a reír. Eso le desconcertó. Cuando lograron controlar la risa, fue la chica la que habló.

—Vale, ya hemos hecho porno una vez. —«Joder con la juventud», pensó Frank. Aunque no le importaría nada verla en acción—. ¿De qué estamos hablando?

—Me temo que no es ese tipo de propuesta —explicó acercando su silla—. Es algo que nunca habéis hecho, y que recordaréis toda vuestra vida. —La pareja volvió a mirarse con intensidad, y se cogieron una mano por encima de la mesa. A Frank le estaba dando un poco de grima tanta complicidad, pero no podía andarse con remilgos en ese momento—. ¿Qué decís?

Por supuesto, dijeron que sí. Cuatro. Al menos uno más. A ser posible, dos.

3

Decidió tratar de completar el reclutamiento en el metro, de vuelta a casa (no pasó por alto lo lastimoso que era considerar su casa esa azotea, pero era con lo que tendría que conformarse hasta ser el Rey del Mundo). Su grupo mortal tenía una forma definida, no había duda, pero seguía necesitando una cabeza. Y eso fue lo que trató de encontrar en el metro. Pero ¿qué tipo de líder necesitaba su comando? Un jubilado de aspecto desagradable, reseco y malhumorado. No. Los demás no le iban a hacer ni puto caso. Un sacerdote algo entrado en carnes. Frank se meaba en la Iglesia y sus sacerdotes, y suponía que sus reclutas también lo harían. Un profesor más atento a las

niñas que cotorreaban delante de él que al libro de geografía que llevaba en la mano. Tal vez. Algo de dotes de mando tendría. Una ejecutiva de treinta y bastantes, de aspecto cansado, totalmente concentrada en un mar de cifras. Perfecto. Él conocía a ese tipo de personas. De hecho, podría haber sido una de ellas si no se hubiesen cruzado los Arcontes en su vida. Gracias a Dios. O a quien fuese. Tranquilamente, se levantó de su asiento y se situó enfrente de la ejecutiva. No era muy atractiva. Se notaba que se esforzaba en hidratarse o lo que fuera que hiciese, y en maquillarse con cuidado, pero había demasiado cansancio en ese rostro como para que resultase atractivo. Frank le tendió su tarjeta.

—Creo que puedo ofrecerte lo que necesitas. —Era una frase cuidada. No decía «puedo darte», que habría sonado obsceno, y el «creo» unido a la sonrisa conciliadora y de complicidad trataban de superar el pánico natural a que un desconocido te hable en el metro.

La mujer levantó la cabeza apenas un instante, dejando un dedo para marcar la posición por la que iba revisando una columna. Al parecer le había tomado por un camello elegante, pero aun así preguntó.

—¿Y qué necesito?

—Poder.

Frank sabía perfectamente la respuesta. Era lo que todo el mundo buscaba, o al menos todo el que tuviese ciertas aspiraciones. Y ella las tenía.

La ejecutiva se limitó a sonreír, cansada.

—Si fuese tan fácil...

—Lo es. —Frank sonrió mientras se sentaba a su lado.

Abrió el maletín sólo lo suficiente como para meter la mano, y la mujer contuvo un grito de sorpresa. Evidentemente pensaba que iba a sacar un arma o algo así. Pero sólo necesitaba un poco de maña. Cogió a otra de las palomas medio muertas que llevaba dentro («medio» era la palabra clave) y le retorció el pescuezo mientras las palabras fluían fácilmente de su boca. Estaba cogiendo mucha soltura en eso. Sólo le llevó unos segundos concluir y sacar la mano manchada de sangre, que se limpió cuidadosamente con un pañuelo de seda. La ejecutiva le miraba con ojos desorbitados de espanto. Hasta que sonó su teléfono. Tras una sucesión de síes y noes, colgó con un sorprendido «Gracias».

—De repente soy demasiado importante para perder el tiempo en balances.

La respuesta de Frank fue su sonrisa más deslumbrante.

—Así de fácil —dijo.

Objetivo mínimo de ventas cumplido, ahora a por la bonificación.

Bajó del tren un par de paradas antes de su destino, tras dejarle otro mapa a la última recluta, y decidió pasear hasta la azotea y, de paso, comer algo. Se había saltado el almuerzo, y era poco probable que tuviese tiempo para una cena en condiciones.

Se compró un *shawarma* en una cafetería que había un par de manzanas antes de su edificio, y trató de no mancharse de salsa de yogur mientras se lo comía. Sabía a gloria, y el paseo le daba tiempo para preparar la sesión de entrenamiento con sus muchachos. El bruto, el *geek*, la parejita morbosa, la ejecutiva. ¿Qué le faltaba a la mezcla? ¿El astuto traicionero? ¿El gracioso? Algo gruñó en un callejón a su derecha. Lentamente, se volvió. ¿Un perro? ¿Un lobo perdido? ¿El león del circo? Lo que vio le resultó aún más extraño. Era una persona. Más o menos. Tenía sus dos brazos y sus dos piernas, pero también tenía la boca llena de sangre que evidentemente no era suya, llevaba jirones de ropa por única vestimenta y estaba acuclillado en el suelo masticando algo. El gruñido al parecer era para marcar territorio o algo así. A Frank se le habían quitado las ganas de seguir masticando la carne del *shawarma*, así que se agachó ligeramente, lo suficiente como para dejar su comida en el suelo pero no tanto como para no poder salir corriendo a la mínima oportunidad. El salvaje se inclinó ligeramente hacia él, olisqueando las especias. Pareció gustarle, porque dio un paso tentativo en su dirección. No iba realmente a cuatro patas, más bien avanzaba a saltitos en cuclillas, apoyándose sobre las manos y las puntas de los pies, como si fuese un gran simio. Le mostró los dientes, y Frank dio un paso hacia atrás. Muy, muy despacio, fue abriendo el maletín y preparando otra paloma. Esa vez no servirían de nada las tarjetas de visita, pero tenía la certeza de que una demostración de fuerza pura captaría la atención del salvaje. Cuando llegó hasta el *shawarma* y dio un golpecito de prueba al envoltorio, Frank le retorció el cuello al pájaro y, envolviendo sus palabras, surgieron unos veloces zarcillos de oscuridad que aferraron al salvaje por el cuello, lo alzaron un par de metros en el aire y después lo lanzaron con fuerza contra la pared del callejón. El salvaje logró recomponerse y rodó por el suelo para adoptar una postura agresiva, pero los zarcillos seguían flotando amenazadoramente. Cuando Frank dio un paso hacia él, con la confianza de los tentáculos sobrenaturales que le protegían, el salvaje inclinó la cabeza en señal de sumisión. Sonriente, le dio una palmadita en la cabeza. Ya tenía lo que le faltaba. La mascota. Que al parecer se llamaba Miguel, según decía la maltrecha etiqueta con el nombre que llevaba colgada de los restos de ropa que le envolvían.

—En marcha, amiguito —dijo amigablemente, y lo que ahora era Miguel le siguió a un par de metros de distancia.

Frank notó perfectamente que había más interés que miedo en la criatura, y eso era bueno, porque no podía mantener los zarcillos oscuros más de unos minutos. Cuando llegaron a la calle principal, deshizo los restos ya inestables del hechizo y confió en que la gente no se espantase demasiado ante la visión de su acompañante. Miró a su alrededor. La calle estaba casi vacía y las pocas personas que había a la

vista parecían tener todas una prisa de mil demonios. Sintió un débil cosquilleo. Quizás una urgencia. Quizás ganas de hacer cosas malas. Quizás el deseo irrefrenable de buscar un agujero en el que esconderse. No lo tenía claro. Pero tenía una cita a la que acudir, y no podía faltar. Él era el anfitrión.

16. Dos corazones

La Ciudad, ahora.

Ivo salió de su escondite un poco antes del anochecer, cuando el cielo ya estaba adoptando un tono anaranjado que amenazaba con convertirse en violeta y después dar paso al negro. Su plan era esperar un poco más, hasta que la oscuridad ayudase a ocultarle, pero las sensaciones que le habían ido llegando en las últimas horas le decían que no iba a ser necesario retrasarlo más. Había decidido permanecer oculto en el mismo cementerio, ya que era un lugar grande y lleno de recovecos y escondrijos, y al mismo tiempo estaba muy poco transitado. Lo ideal habría sido encontrar una tumba abierta y vacía en el suelo, pero la parte de tumbas del cementerio llevaba mucho tiempo completa, y todos los nuevos añadidos eran largas columnas de nichos, así que finalmente decidió ocultarse a plena vista y trepó a una de esas estructuras. Sin otra protección que lo improbable de su ubicación, se recostó sobre los nichos y esperó atento.

Tumbado, con los ojos cerrados, permitió que la vida de la ciudad le fuese bañando suavemente, a oleadas que le iban haciendo llegar fragmentos de información. Un anciano que paseaba con una pequeña radio en el bolsillo de la camisa le permitió saber que la policía no creía que el asesino Lain siguiese en la zona del centro, pero que recomendaba a los ciudadanos estar atentos e informar ante cualquier sospechoso. Un jardinero le comentó a su compañero que llevaba todo el día con una sensación rara, como si cada vez estuviese más nervioso, pero que no sabía por qué. Su compañero le contestó que él también estaba raro, pero que de lo que tenía ganas era de acabar de una vez el trabajo y emborracharse hasta no recordar su nombre. Ocultas tras haberse saltado las clases, una adolescente apostó con sus amigas que era capaz de meterse en un nicho vacío. No se atrevió, y como castigo todas las demás le escupieron en la boca. Nunca había tenido la intención de meterse, sólo quería que le escupieran. Un hombre se masturbó contra una lápida. Cuando el semen le manchó la mano, lanzó un grito de terror y salió corriendo. La marea estaba subiendo. La ciudad era presa de sí misma. Nadie se fijaría en él. Así que Ivo descendió de su escondite y volvió a sumergirse en las calles.

El trato eran dos corazones humanos por cada respuesta. No era barato, pero si sabía aprovecharlo bien, no era caro. Había tenido mucho tiempo para pensarlo. Necesitaba seis corazones. Tres respuestas. La pregunta que no había logrado solventar todavía era cómo conseguirlos. Era el Cazador. Pero carecía de presa. A su lado, la ciudad le ignoraba. Las calles estaban repletas de transeúntes que parecían querer huir del ocaso. Todos trataban de evitar la mirada de los demás y, cuando las cruzaban, surgían expresiones de violencia apenas contenida o de temor. Algo estaba

creciendo en todas y cada una de las personas de la ciudad. Diferente en cada caso, pero no demasiado. Vagando prácticamente a la deriva, Ivo se detuvo en un paso de cebra. El semáforo estaba a punto de ponerse en verde para los conductores, y en cuanto lo hizo, un monovolumen se puso en marcha. No aceleró bruscamente, no quemó neumáticos. Simplemente la conductora tenía mejores reflejos que los que iban al volante de los otros vehículos. Al conductor del coche que estaba justo a su lado no pareció gustarle. Al ver que el monovolumen, un amplio coche familiar verde oscuro, se adelantaba a su todoterreno rojo brillante, pisó el acelerador a fondo, y en cuanto logró ponerse a su altura, unas decenas de metros más adelante, se abrió hacia la izquierda invadiendo el carril contrario y giró el volante de sopetón para embestir al monovolumen. Le impactó de lleno en la puerta del conductor, y con un crujido espantoso el metal se plegó fácilmente ante el empuje de las defensas de acero del todoterreno. El atacante no se detuvo, siguió acelerando, y el monovolumen subió a la acera y con un último impulso se aplastó contra la pared del edificio de al lado. Dos corazones. Ivo se aproximó al accidente, aunque no había sido un accidente. A su alrededor, los peatones que habían observado lo sucedido se apresuraban a alejarse, siempre con la mirada baja. Los demás conductores rodeaban el amasijo que habían formado los dos vehículos y trataban de continuar su camino. Sólo Ivo avanzaba hacia ellos.

Cuando llegó junto al todoterreno, su conductor estaba tratando de dar marcha atrás, pero las defensas delanteras se habían incrustado con demasiada fuerza en su objetivo. Al ver que era inútil, bajó del coche. Era un hombre joven, de unos treinta o treinta y cinco años, musculoso de gimnasio, bronceado de cabina, con ropa cara de estilo informal. Salió del coche con un grito de triunfo y abrió el maletero para sacar una palanqueta. Ivo rodeó el coche y llegó hasta él cuando tanteaba el peso de la barra de metal, como si fuese un caballero con una nueva espada. Sujetándola con ambas manos, lanzó un par de arcos amplios al aire y, aparentemente satisfecho, fue hacia los restos del monovolumen. El Cazador le siguió en silencio. Cuando llegaron junto a lo que quedaba de la puerta, pudo ver que la conductora todavía seguía viva, pero a duras penas. El metal debía de haberle aplastado las piernas, estaba cubierta de cristales, y los airbags y el cinturón la tenían prácticamente inmovilizada. Era una mujer de cabello rubio ensangrentado y ojos azules de moribunda. Miró al hombre de la palanqueta, y luego más allá de él; entonces vio a Ivo.

—Por favor... —susurró tratando de girar la cabeza inútilmente hacia atrás.

Había una niña de unos cinco o seis años en el asiento trasero, sujeta a una silla infantil y medio inconsciente. Por suerte para ella, ocupaba el asiento de detrás del acompañante.

—Necesito tu corazón —dijo el Cazador. La madre le miró, con ojos cada vez más borrosos. Y le entendió.

—Sí —suplicó.

Ivo sacó el cuchillo. El conductor se volvió, con la palanqueta firmemente sujeta.

Describió en el aire un arco brutal de izquierda a derecha, horizontal al suelo. Ivo retrocedió un paso para evitarlo. Las armas a dos manos son lentas. El conductor lanzó otro golpe, esa vez de derecha a izquierda. Y no hay muchas posibilidades a la hora de atacar con ellas. El conductor levantó la barra para asestar un golpe de arriba abajo, pero antes de que alcanzase el punto más alto ya tenía al Cazador sobre él. El cuchillo de hierro se hundió profundamente en su axila. Salió y volvió a hundirse entre sus costillas, por debajo del corazón. Salió una vez más y, dando un paso atrás, Ivo dejó que el conductor se desplomase en el suelo, agonizando. En silencio, se arrodilló a su lado y abrió los músculos del abdomen de un profundo tajo. Sin dudar, introdujo la mano por la abertura y alcanzó el corazón. Y se lo sacó. Con él en la mano, volvió al maletero del todoterreno y vació la bolsa de las herramientas para meterlo dentro. Luego regresó junto a la mujer.

Cuando llegó a su lado, pensó que también había muerto, pero de repente sus ojos se fijaron en él.

—Ivo... —Fue prácticamente un suspiro. El Cazador se dio cuenta de que casi no tenía pulso—. Debes... encontrar... la...

La cabeza cayó sin fuerzas. Había muerto. De hecho, había muerto antes de esas últimas palabras. No había sido la mujer. No habían sido los Arcontes. ¿Había un tercer participante en el juego? Si lo había, no era el momento de preocuparse por él. Hábilmente cortó los airbags y el cinturón, y le abrió el pecho para recoger el segundo corazón. Después rodeó el coche para sacar a la niña del asiento trasero. Ningún caminante se había acercado. Ningún vehículo se había detenido. Sacó a la pequeña, semiinconsciente, se la echó sobre un hombro y, con la bolsa en la otra mano, comenzó a caminar en busca de un lugar donde pudieran atenderla.

2

Avanzó a través de calles laterales y callejones, aunque en realidad no creía que nadie fuera a intentar detenerle o a hacer preguntas sobre la niña inconsciente que llevaba al hombro. Aun así, era el Cazador y la discreción era parte de su esencia. Estaba en uno de esos callejones, encerrado entre dos filas de edificios antiguos y maltrechos, cuando le cerraron el paso. Eran tres. La cabecilla era una mujer que debía de haber superado ya los cincuenta, aunque hacía lo posible para evitar demostrarlo. Iba vestida con un traje de chaqueta y falda, y resultaba completamente fuera de lugar, con su collar de perlas y su pequeño bolso de mano. A su derecha la acompañaba un hombre alto, gordo, sudoroso. Ivo podía olerle desde donde estaba, y era el olor de la grasa y la mezquindad que surge en ocasiones cuando eres más fuerte que todos los demás. El cuello abierto de su camisa dejaba ver una gruesa cadena de oro, a juego

con los múltiples anillos, y el pequeño bigote que adornaba su labio superior se movía continuamente, como si estuviese rumiando algo que no acababa de tragar. El tercero, al otro lado de la cabecilla, era bastante más joven; veinte años, tal vez. Vestía un chándal verde y camiseta negra, y mientras se pasaba una mano nerviosa por la cabeza rapada, con la otra hacía oscilar lentamente un bate de metal.

Ivo se detuvo y los estudió. Estaban juntos, pero no eran un grupo. Lo mismo que estaba alterando al resto de los habitantes y hacía que se enfrentasen entre ellos a esos tres los había unido. Para el Cazador eso no los hacía ni más ni menos peligrosos. Tenía una misión. Nada podía detenerle. Sólo eran tres corazones más. Pero había que seguir las reglas. Aguardó en silencio y sin moverse, pero dejó la bolsa en el suelo.

—Vamos a recuperar la ciudad. —Fue la mujer quien habló, con la seguridad que da el estar acostumbrada a dirigirse a un público—. Estamos hartos de que gentuza como tú controle las calles. Las domine. Las vigile. Eso se acabó.

—Se acabó —coreó el gordo.

—Ahora vamos a ser nosotros los que cobremos por pasar —continuó la mujer—. El dinero. El reloj.

—No tengo —contestó Ivo tras un largo silencio.

Los tres cruzaron miradas cargadas de duda, pero entonces un brillo cruel y ansioso iluminó los ojos de la mujer.

—Danos a la niña, entonces —dijo extendiendo una mano ávida.

—No.

—En ese caso...

La mujer llevaba una pistola en el bolso. No llegó a sacarla. Mientras empezaba a abrirlo, el cuchillo de hierro voló hacia ella. No era un cuchillo equilibrado ni estaba pensado para ser lanzado, pero la distancia era escasa, así que apenas se desvió, hundiéndose hasta el mango en el cuello de la cabecilla. Sorprendida, trató de aferrarlo mientras caía al suelo. El gordo lanzó un rugido y cargó. Era una mole gigantesca, probablemente más de ciento treinta kilos, que avanzaba a toda velocidad. Ivo aguardó. Cinco metros. Tres. Uno. Se apartó a un lado y a toda la fuerza del impulso añadió la potencia de su propio brazo empujándolo hacia la pared. La cabeza chocó contra el muro y el cráneo crujió. El gordo empezó a deslizarse lentamente hacia el suelo, mientras la sangre, espesa y oscura, iba cubriendo su pelo y goteando sobre los hombros. El tercero aguardó y comenzó a hacer girar el bate.

—Primero te partiré las piernas, hijo de puta —le amenazó, aunque sin acercarse—. Y luego te voy a meter el bate por el culo, para que disfrutes mientras me follo a tu niñita.

Ivo no se movió. El chico siguió haciendo oscilar el bate. Una gota de sudor comenzó a resbalarle por la frente. Cuando hizo el movimiento, trató de que resultase inesperado, pero no lo fue. Con un giro potente, tiró el bate hacia el Cazador, mientras se agachaba para coger la pistola del bolso, que todavía aferraba la mujer.

Ivo corrió hacia delante y con la mano libre cogió el bate en el aire. El chico llegó hasta el bolso y metió la mano. Ivo sujetó con fuerza el cuerpo de la niña y saltó para tomar impulso en la pared del callejón. Cuando el chico se incorporó, sujetando el arma con las dos manos y apuntando al frente, fue para descubrir que delante de él no había nadie. Desde arriba, el bate cayó sobre él, golpeándole en la clavícula derecha y hundiéndole prácticamente el hombro. Con un grito de dolor, hincó la rodilla en el suelo y la pistola salió despedida. Trató de levantar la vista para ver desde dónde le habían golpeado, pero antes de que lo lograra, el bate trazó una diagonal ascendente, destrozándole la mandíbula y torciéndole brutalmente el cuello con un chasquido seco.

La niña lanzó un pequeño gemido en su inconsciencia, así que Ivo la dejó con enorme cuidado sobre el suelo, aunque sólo el tiempo necesario para recuperar su cuchillo y hacerse con los tres corazones. Ya sólo necesitaba uno más. Recogió a la pequeña y continuó su camino.

3

El hospital era un hervidero de actividad. Ivo no se sorprendió a tenor de lo que estaba sucediendo en la ciudad. Todos los miembros del personal corrían de un sitio a otro y no dejaban de entrar por la puerta heridos de todo tipo, junto con personas afectadas por ataques de ansiedad y pánico. Nadie parecía prestarle atención, pero aun así no quiso arriesgarse. No había ninguna camilla vacía, por lo que se limitó a dejar en el suelo a un anciano balbuceante y colocó a la niña en la camilla que ocupaba. Después la llevó lo más cerca que pudo del puesto de enfermeras de urgencias y se dio la vuelta para salir en busca del sexto corazón.

—Ivo... —Se volvió hacia la voz. A un par de metros, una anciana le hacía señas desde una silla de ruedas del hospital. Tenía un vendaje casero en la cabeza, empapado en sangre, y el brazo derecho le colgaba sin fuerzas, pero sus ojos brillaban con intensidad. Con la misma intensidad que los de la madre de la niña—. Es difícil encontrarte —sonrió de un modo extrañamente juvenil para ese rostro arrugado—, sobre todo cuando los anfitriones últimamente tienen tendencia a morir.

Ivo no dijo nada. No tenía nada que decir. Pero escuchó.

—Supongo que no recuerdas quién eres, ni quién soy —prosiguió la criatura que hablaba a través de la anciana—, por eso llevo todo el día tratando de encontrarte.

Un acceso de tos le impidió proseguir, y el debilitado cuerpo se estremeció entre espasmos casi un minuto antes de que pudiera continuar.

—No te fíes de las Sombras —logró proseguir al fin, tras limpiarse

temblorosamente la saliva de los labios con el único brazo que podía mover—. Nos han atacado. Busca la otra piedra. No hay demasiado tiempo.

La anciana se detuvo y escrutó el rostro impasible de Ivo.

—Mierda, Cazadora... —Trató de gritar, pero le salió apenas un gemido maltrecho—. No hay tiempo para vacilaciones. —Otro acceso de tos—. Tienes que sentir algo. Percibe quiénes son los tuyos. Acaba con los demás. Encuentra a tu presa.

—¿Por qué debería fiarme de ti más que de cualquier otro? —Por lo que sabía, esa voz podría ser de cualquiera. Ya le habían manipulado demasiado.

—A la mierda —desistió la anciana—. Que el Torturador limpie su mierda. No voy a seguir entrando en moribundos. Cuídate de las Sombras, Cazadora. Y hazme el favor de recordar.

La anciana tosió una vez más y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Hizo un último intento de inhalar con fuerza, pero los pulmones no quisieron responder, y lo poco que quedaba de vida en ella se extinguió. Aun así, Ivo no se movió. Le había llamado Cazadora. No Cazador. Lo cual quería decir que conocía algo sobre su esencia, sobre lo que había adoptado ese cuerpo. Algo que no era evidente. A pesar de ello, no le había proporcionado ninguna ayuda. Por supuesto que no podía fiarse de las Sombras. Ni de su esclavo. Ni de la vidente. De nadie. Pero no le había dicho lo que tenía que encontrar, ni dónde. No le había explicado cuál era su misión, ni cómo llevarla a cabo. No le había aclarado qué había fallado, ni por qué sentía esa urgencia. Ivo sintió el peso de la desesperanza en su interior. Probablemente no se lo había dicho porque ella tampoco lo sabía. Porque no podía ayudarle. O quizás sí. Empujó la silla de ruedas hasta una esquina y le sacó el corazón. Después salió caminando y puso rumbo al cementerio.

4

Cuando llegó al osario no tuvo que invocar nada porque la Sombra ya estaba allí, flotando sobre el diagrama de sangre pero al mismo tiempo atenta quizás a otros lugares. Sin hacer ruido, Ivo se situó justo en el límite de los símbolos y abrió la bolsa de herramientas. Al instante, la Sombra levantó su remedo de cabeza y un brillo codicioso resplandeció bajo el manto de oscuridad que la cubría.

—Dos corazones, una respuesta —susurró extendiendo una mano descarnada—. Ese es el trato. Y sólo te ofrecemos la verdad.

Ivo había tenido tiempo de sobra para pensar las preguntas. Las Sombras no le ayudarían a hacer su trabajo, no si no les convenía, como parecían indicar las palabras de quien hablase a través de las moribundas; y él sabía que no necesitaba a nadie para cumplir su misión. Sólo a sí mismo. Depositó dos corazones en la garra.

—En mi situación actual, ¿puedo cumplir mi misión?

—No.

La Sombra sonrió. Por Ivo estaba bien, que pensase que había desperdiciado una pregunta. El Arconte se llevó los corazones a la capucha, y con un sonido de succión y desgarró se deshicieron en arena entre sus esqueléticos dedos.

—¿Qué necesito para lograr cumplir mi misión?

Esta era la clave. Llevaba demasiado tiempo sabiendo que le faltaba algo. Tendió otros dos corazones.

—La piedra que tiene en el bolsillo el doctor Harold Zweig.

No era necesario ser un genio. El doctor huido del hospital en el que había despertado. Probablemente encargado del ritual que le trajo aquí, o participe en él. Quizás traidor, quizás cobarde, quizás enloquecido. Eso no era importante. Sólo importaba una cosa más.

—¿Dónde puedo encontrar al doctor?

No esperaba unas coordenadas para GPS, pero se las dieron.



17. Marea alta

La Ciudad, ahora.

La ciudad estaba siendo inundada por el caos, y el sargento Kardos no podía hacer nada para evitarlo. Al mediodía había sido una sensación rara; a media tarde, una serie de problemas dispersos pero inquietantes. Al caer la noche, toda la ciudad había estallado. No era ningún novato, aunque tampoco podía decir que llevase toda la vida en el cuerpo. Llevaba catorce años en la policía, los cinco últimos como sargento, y había visto más cosas de las que habría querido. Fumaderos de droga. Redes de explotación de personas. Dos casos de asesinato múltiple con violencia extrema. Disturbios que dejan media ciudad ardiendo y la otra media temblando de espanto y sorpresa. Pero eso era distinto. A mediodía, Müller le había dicho que cada vez se sentía más inquieto. Al caer la tarde, lo encontró en los vestuarios, encogido en una esquina, bebiendo sin parar y con una mirada temerosa como nunca le había visto. Dos horas antes, cuando terminó su turno, caminó hasta la puerta de la comisaría, miró al exterior y se volvió hacia sus compañeros, completamente pálido y aterrorizado. «No puedo, Dios santo, no puedo salir», fue lo único que dijo. Y se pegó un tiro en la boca. Allí mismo, delante de todos. Lo peor del asunto era que no había sido el primero. Media hora antes, Aguirre había bajado a los calabozos y había comenzado a disparar a los que estaban dentro con una escopeta. Logró matar a siete y herir a doce más antes de que consiguiesen reducirlo. «¡No escaparéis, hijos de puta, no en mi turno!», era lo único que decía. Tuvieron que dejarlo inconsciente para impedir que siguiera lanzándose contra las celdas.

Y eso sólo era lo más sangriento, lo más evidente. Al caer la tarde, no dejaban de llegarles llamadas de todo tipo. Asaltos. Ataques. Desapariciones. Sospechas. Historias absurdas. Hacía más o menos una hora que las llamadas habían comenzado a ser cada vez menos. Cuando dejó la comisaría, hacía quince minutos, el teléfono llevaba diez sin sonar. La ciudad se había abandonado a sí misma, a esa extraña locura que lo estaba inundando todo. Justo cuando salía, vio la puerta del despacho del teniente abierta. El teniente estaba en el suelo, desnudo, a cuatro patas. Sobre su espalda estaba tumbada una de las agentes, no sabía quién. No le interesaba. Otro compañero la estaba penetrando, y había al menos tres más alrededor, todos desnudos. A Kardos le pareció que uno estaba orinando sobre la cabeza del teniente, o de la chica. No se quedó a verlo. Simplemente, salió a la calle y empezó a caminar.

La noche era templada, indiferente. La ciudad seguía como siempre y donde siempre. Eran sus habitantes los que habían cambiado. No eran unos disturbios. No había lucha, ni frentes, ni fuegos ni barricadas. Y eso lo hacía todo mucho más terrible. Más bien eran pequeñas imágenes de infierno desarrollándose a su alrededor.

No quería verlas. No miraba. Únicamente agachaba la cabeza y seguía andando. Necesitó quince minutos más de paseo para darse cuenta de que no estaba yendo hacia su casa, de que en realidad no quería ir allí. ¿Qué podía encontrarse? ¿Seguiría Moira allí? Y de ser así, ¿en qué estado? Se la imaginó desnuda, con sus pezones rosáceos mordisqueados por un grupo de violadores sin cara mientras la penetraban sin piedad. Y a ella le gustaba. O no. Se la imaginó vestida, y apuñalada o descuartizada por un asesino sin rostro. Se la imaginó asesinando a una víctima inocente, como esa vecina gorda del piso de abajo, o a los niños del piso de al lado. Cualquiera de esas cosas podrían estar sucediendo. O todas a la vez. Y no quería verlo. Un escalofrío le recorrió la espalda y aceleró el paso. Sabía perfectamente lo que quería hacer. Sólo necesitaba una oportunidad.

Unos minutos más tarde llegó hasta un parque. Le daba la impresión de que cada vez que había un gran espacio abierto la gente empezaba a formar grupos, a crear una especie de jerarquía y a actuar con cierta organización dentro de la locura. Eso había sucedido allí, pero primero la vio a ella. No era muy hermosa, pero se lo pareció. Quizás porque tenía un pelo muy rubio, casi blanco, en una melena corta y redondeada. Moira lo tenía negro y por los hombros. Su piel era blanca, más blanca aún por la luz de las farolas del parque. Mediría quizás uno sesenta, no más, y tenía una hermosa figura, con unos generosos pechos y unas piernas firmes y bien modeladas. Sus pechos rebotaban descontroladamente mientras corría con todas sus fuerzas. En algún momento había perdido los zapatos y volvía la cabeza hacia atrás a cada instante. Luego los vio a ellos. Serían quizás doce o quince. De todo tipo. Había un chico gordo, de unos veinte años, que prácticamente babeaba mientras trataba de ir más deprisa de lo que le permitía su cuerpo, y su rostro estaba pasando ya del rojizo al amoratado. Había un hombre con traje, de unos cuarenta años, que corría con el estilo de un profesional, a pesar de que llevaba unos zapatos de piel en vez de unas deportivas, y de que seguía teniendo su maletín en la mano. Había una mujer delgada, con el uniforme de una hamburguesería, que se tropezaba cada tres o cuatro pasos pero aun así mantenía el ritmo. Había un niño, de no más de ocho o nueve años, en una bicicleta. Y más. Bastantes más. Todos corrían detrás de la chica. Y ella continuaba jadeando delante de ellos y no dejaba de mirar atrás. Kardos calculó que si corría en diagonal hacia su izquierda podría lograr cortarles el paso, y eso fue lo que hizo.

No le costó demasiado esfuerzo. Estaba en buena forma y había una ligera pendiente hacia abajo que jugaba a su favor. Pero, sobre todo, era lo que quería hacer, lo que necesitaba hacer. Un banco se interpuso en su camino y lo saltó limpiamente. Esquivó una papelería. Sacó el arma. Ya los tenía delante.

—¡Alto! —No esperaba que le hicieran caso, pero lo hicieron. El variopinto grupo se detuvo en seco y le observaron con ojos llenos de anticipación y ferocidad, pero también con algo que podía ser temor o no serlo—. ¡Todo el mundo quieto!

Esa vez su orden no tuvo efecto. Uno de ellos se adelantó. El líder, supuso,

aunque no porque tuviese aspecto de líder. Era igual de aleatorio y anodino que los demás. Un hombre de unos treinta, con pantalones vaqueros, botas de *trekking* y una camiseta de mangas largas verde. Y sin embargo era diferente. Todos los demás parecían... Era difícil decirlo. Sin motivo. Como si estuviesen sonámbulos. Pero en los ojos del líder había llamas de muerte y destrucción. Kardos le apuntó con el arma, justo entre los ojos. El líder dio un paso hacia delante. No le disparó. No tenía sentido. Después de él vendrían otros, y otros y otros. No había ido allí para disparar a unas cuantas gotas de agua mientras la tormenta rugía a su alrededor. Había ido para morir. Sólo entonces se atrevió a pensarlo, a aceptarlo, a disfrutarlo. El grupo fue rodeándole lentamente, pero él no apartó los ojos del líder, de esa poderosa pero inocente furia homicida. Y deseó que lo hiciera. Acabar con las dudas, el sufrimiento, la angustia de no saber. Acabar con esa noche maldita. El círculo comenzó a cerrarse a su alrededor, y Kardos sacó el cargador de la pistola y lo lanzó lejos. Su cuerpo se estremeció con anticipación. ¿De quién sería el primer golpe? El impacto de un maletín en la nuca le sacó de dudas. Se desplomó sin ofrecer resistencia. Sintió el dolor. Un dolor desgarrador y limpio, puro, inigualable. Y lo disfrutó. Alguien le aplastó la cabeza contra el suelo, y como pudo la movió hacia un lado para contemplar la tranquilidad del parque, la inmensidad del cielo nocturno.

Unos metros más allá estaba la chica rubia. Había dejado de correr, y esperaba su turno.

2

Con una percepción que nada tenía que ver con la vista, Hisako escrutaba la calle de pie tras la mirilla de la puerta. Las ventanas permanecían cerradas y había salvaguardias inscritas sobre papel de arroz sujetas a todas las cortinas. No había ninguna luz en el interior. Ni una lámpara, ni una vela. Nada. Era parte de las protecciones que habían entretejido. A su espalda oyó a Sakura canturrear. Se había puesto música con unos cascos y trataba de pasar el tiempo. Ella simplemente escrutaba. Escrutaba y reforzaba, como una araña anciana y paciente. Pero las arañas eran cazadoras, no defensoras. Por eso su tela caería finalmente, era inevitable.

Fuera todavía todo era un mar rugiente. Lo sentía en los huesos y en el alma. Las hormigas aún vagaban buscando a sus reinas, y los generales reuniendo sus ejércitos. Mientras, las ovejas correteaban en abundancia, esperando para ser ajusticiadas. Desde su atalaya tras la puerta ya había presenciado cuatro asesinatos y dos violaciones, y eso en lo que cabía en su limitado campo de percepción. Pero eso estaba bien. Luego, cuando la primera emoción hubiese desaparecido, cuando cada lobo tuviese a su manada tras de sí, comenzarían los problemas. Buscarían auténticas

presas, objetivos, y entonces Sakura resplandecería como un premio maravilloso. Hisako no sabía cuánto quedaba para eso. Una hora, dos como mucho. Ella no vería otro amanecer. Se volvió por encima del hombro, hacia la figura que reposaba en el salón, moviendo un pie rítmicamente.

—Cazador, recuerda tus votos —susurró, pero la oscuridad no le respondió. Tampoco lo esperaba.

3

Sombra oyó un grito en la calle. No era el primero. No sería el último. Esa vez tampoco se levantó a mirar. Había retirado todos los muebles, dejando un espacio lo más amplio posible en el centro de la habitación, y en él había dibujado con tiza un gran pentágulo en el suelo. Luego había reforzado las uniones de las líneas con montículos de sal y había colocado una vela en cada uno de los puntos cardinales. Rojo para el sur, atalaya del fuego. Azul para el oeste, atalaya del agua. Verde para el norte, atalaya de la tierra. Amarillo para el este, atalaya del aire. Por supuesto, había disensiones sobre los colores, pero con esa combinación él se sentía cómodo, y eso era lo importante. Cuando estuvo listo, alzó las paredes de energía protectora como una esfera, con el pentágulo como su centro, y se sentó tranquilamente en su interior. Iba a ser una noche larga, así que había traído consigo todo lo que se le ocurrió: un par de libros, pan, queso, un hornillo portátil, la tetera, agua, té una botella para mear, la mochila de emergencias. Tomó otro sorbo de té, y trató de concentrarse en la lectura. Había elegido una colección de relatos de ciencia ficción para evadirse todo posible, pero no lo estaba consiguiendo.

Sabía que su comportamiento era absurdo. No había huido de la ciudad. Pero tampoco se atrevía a salir en busca de Olena. El gran Sombra atacaba de nuevo, en todo su esplendor. Esbozó una mueca de desagrado. Malditos fueran todos. El mote se lo puso su padre, al menos indirectamente, cuando se marchó de casa. Tuvieron una discusión muy fuerte. Él le exigía compromiso, dedicación, claridad de ideas. No necesitaba esforzarse para visualizar perfectamente la conversación: la biblioteca iluminada por la brillante luz de una mañana de verano, las ventanas abiertas, el olor a azahar que venía de los campos, el mar al fondo si miraba hacia el horizonte. Y a su espalda, la voz sería de su padre, como siempre, pero al mismo tiempo triste, lo cual era mucho más inusual.

«La Luz y la Oscuridad no admiten término medio —le dijo—, y tú te empeñas en andar siempre en la sombra. Debes decidir. ¿O es eso lo que quieres ser toda tu vida? ¿Una sombra? Una sombra no es nada».

Él no contestó. No tenía respuestas. Sólo quería irse, y fue lo que hizo. Y fue una

sombra. Y fue Sombra. Sin implicarse del todo, sin huir del todo. Se había tatuado «Ni esperanza, ni miedo» intentando convencerse de que su visión del mundo era la valiente, la adecuada, sin juzgar ni decantarse. Pero no era así. Lo sabía perfectamente. Allí estaba, bebiendo té mientras la ciudad se hacía pedazos, pero no porque no quisiese huir, sino porque no se atrevía a ir a por la mujer a la que quería salvar. Y el ser consciente de ello no lograba cambiar su decisión, o mejor dicho, su «no-decisión». Cogió una rebanada de pan y lanzó un suspiro de resignación. Se había olvidado la mantequilla. Grandes problemas, grandes soluciones. Cogió el *athame*, y con el cuchillo ritual cortó una puerta en la esfera de protección y salió fuera del pentáculo.

En cuanto puso un pie en el exterior, percibió la ola de emociones que asolaba la ciudad. Golpearon contra las protecciones entretejidas en el pentáculo que llevaba colgado al cuello y resbalaron a su alrededor, pero le dejaron un regusto amargo en la boca. Sabor a odio. Sabor a violencia. De dos pasos silenciosos llegó hasta la nevera y, además de la mantequilla, cogió algo de fiambre, unos yogures y media tableta de chocolate. También aprovechó para aliviar la vejiga en el fregadero. No se atrevía a ir hasta el baño. Mientras lo hacía, lanzó miradas alternativas al chorro y al exterior. No quería que alguien saltase a por él a través de la ventana, pero tampoco quería mearse sobre la encimera. No había casi nadie a la vista. Un chico estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una farola, y se mecía adelante y atrás, sin prestar atención a nada de su alrededor. Parecía que tenía sangre en las manos. Oyó el rugido de una moto a todo gas, y unos instantes después cruzó frente a él una chopper a toda velocidad, con una incongruente gorda sobre ella. Le dio la impresión de que tenía los pechos al aire, y un perro o algo así entre ellos. Sombra no trató de buscarle sentido. Sacudió las últimas gotas de orina, se lavó las manos y regresó con los alimentos al círculo de protección. Una vez dentro, volvió a tomar el *athame* y cerró la puerta, sellando nuevamente la esfera.

Cuando se sentó, no pudo evitar mirar la mochila. No la había traído para huir. Estaba bastante seguro de la solidez de sus protecciones, dentro de lo razonable. No eran una muralla. Toda muralla puede ser asaltada o derribada. Eran más bien una capa de invisibilidad. Nadie iba a mirar en esa dirección, porque no había nada que mirar. La mochila era para ir a buscar a Olena. Si se decidía. Maldita sea. Cuando se decidiese. Untó la rebanada de pan con mantequilla y le puso unas rodajas de chorizo encima, pero la dejó sobre el plato sin pegarle un mordisco. El estómago se le había cerrado completamente. Fuera, volvió a oír el estruendo de la motocicleta, y alguien gritó no demasiado lejos. Saldría. Pero todavía no. Bebió un sorbo de té y se obligó a masticar el pan. Sabía bien.

De repente, todo se había descontrolado. El rodaje había empezado a ir raro, pero Mark había visto cosas más raras. Por algo era una de las figuras más solicitadas en el porno BDSM. Debió haberse largado cuando la pelirroja (¿June? ¿Ana?) comenzó a mordisquear las cuerdas del amarre. Pero ella insistía en que estaba bien, no dijo la palabra de seguridad, y sólo habían alquilado el piso para seis horas. Así que se quedó, y cuando le mordió el pecho a Divine, nadie supo qué hacer. Morder, joder. Le había arrancado medio pezón del primer mordisco. El resto del siguiente. Y aun así Divine no se alejó. Siguió sobre ella, cabalgándola con la misma intensidad, con esa mirada perdida que tenía desde que llegó. Nadie podía culparle por haberse encerrado en el lavabo del dormitorio principal, teniendo en cuenta que Lluís, el cámara, había vomitado en el suelo y había comenzado a revolcarse en él lloriqueando incoherencias. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Media hora? ¿Una hora? No tenía ni idea. Se había quitado el reloj, porque había escenas de sexo manual, y se le había quedado en el dormitorio, con la camisa. Con la camisa, la cartera, el teléfono. Pegó el oído a la puerta y no oyó nada, pero aun así no se atrevió a abrir. Tras unos segundos, volvió a la ventana. Fuera, las calles parecían algo más tranquilas, pero por lo que había podido intuir desde la altura del piso doce, también allí se habían vuelto locos.

De todos modos, lo que realmente más le inquietaba no era que todos hubiesen perdido la cabeza. Se miró en el espejo, y vio su rostro serio y firme. La barba gris muy recortada, igual que el escaso pelo que le quedaba, también gris. Los músculos marcados del pecho y los brazos, que envidiarían muchos con la mitad de su edad. Miró el reflejo de sus ojos, azules y vivos, pero rodeados de las arrugas que correspondían a sus cuarenta y ocho años.

—Lo que te preocupa realmente, viejo cabronazo —dijo, y trató de sonreír al espejo, pero no lo consiguió—, es por qué tú sigues cuerdo.

18. El Cazador y la presa

La Ciudad, ahora.

El enorme parque del sudoeste reflejaba las convulsiones que había sufrido la ciudad en las últimas horas. Al principio, sucesos aislados. Luego, acciones individuales. Después, los supervivientes empezaron a competir, a enfrentarse, a buscar seguidores o líderes. Había sido un proceso largo y sangriento, como atestiguaban los cuerpos mutilados repartidos por la amplia extensión de arboleda, caminos e instalaciones; un proceso que ahora llegaba a su punto culminante.

Más o menos en el centro de la zona arbolada había una pequeña elevación de hierba, con un también pequeño lago artificial a sus pies. Era el lugar preferido para las meriendas de familia durante el día, y para las parejas durante las horas más silenciosas de la noche. Un lugar tranquilo y acogedor, decorado con un par de estatuas de piedra de forma indefinida, y que por derecho propio se había convertido en la imagen del parque. Y ahora era el último bastión de uno de los ejércitos. No tenían nombre, pero tenían líder: el Intocable. Así le habían apodado sus adeptos, entre murmullos. No sabían si el nombre le agradaba o no, porque el Intocable nunca hablaba. Sólo señalaba con un dedo, y ellos respondían. Bajo sus órdenes, ya habían acabado con los Sacaojos y los Pollas Tiasas, pero se trataba sólo de pequeños grupos, sin un líder fuerte. Nada que ver con los Devoradores. Al pie de la colina, un grupo de casi un centenar de personas aguardaba escrutando a los defensores, que se habían parapetado del mejor modo posible entre las estatuas, arrancando incluso algunos bancos de los paseos para emplearlos como barricadas. Los seguidores del Intocable no habían tenido miedo. Tampoco los Devoradores. Todos los que habían tenido miedo al principio de la noche eran ahora cadáveres esparcidos por la hierba, o bien estaban a buen recaudo, dispuestos para ser convertidos en cadáveres una vez hubiese un ganador claro.

—Ya vienen. —El Chico de la Bicicleta era el explorador de los seguidores del Intocable, y era capaz de deslizarse sin ser visto ni oído hasta el mismo campamento de los Devoradores—. La primera línea está quieta, pero tras ella se están preparando. Han arrancado un par de bancos, y creo que van a utilizarlos como arietes.

El Viejo Desdentado asintió. Él no estaba con el Intocable desde el principio, pero desde que se unió al grupo había adoptado la posición de senescal. Su líder no tenía por qué rebajarse a esas cuestiones mundanas. Era el Intocable.

—Hamburguesas, tú protegerás el ala derecha. Llévate a los cinco que prefieras. Maletín, tú al lado izquierdo con otros cinco. Bicicleta, permanecerás en la reserva con otros cinco más, por si tratan de envolvernos por el lago. El resto, conmigo.

Rápida y quedamente, el grupo se fue desplegando. El enemigo les superaba en

una proporción de tres a uno, pero ellos estaban con el Intocable. Sólo tenían que resistir hasta que se decidiera a actuar, y entonces la victoria sería suya. Los que sobreviviesen de los Devoradores se unirían a sus filas, se harían con sus cautivos y celebrarían la victoria como se merecía. El Viejo Desdentado esbozó una sonrisa hueca y de labios flácidos. Estaba deseando arrancar unos cuantos dientes más. Esperando que le diese suerte, agitó el bolsillo del pantalón donde había ido acumulando sus capturas, y los dientes le devolvieron un entrechocar reconfortante. Apretó la empuñadura de su arma, una gruesa escoba de madera a la que le había arrancado las cerdas y que había reforzado en su extremo con gruesas piedras sujetas con cuerda, para crear una especie de almádena. Los huesos crujían de un modo delicioso bajo su peso.

Los Devoradores iniciaron el ascenso. No hubo ninguna señal, simplemente comenzaron a trepar por la colina en masa, sin ningún orden concreto. Eran una horda de langostas. Pero las langostas no eran más que insectos, y a los insectos se los aplasta con el pie, pensó el Viejo Desdentado.

—¡Que nadie cruce las barricadas! —ordenó—. ¡Mantened las posiciones!

Le habría gustado mirar hacia atrás para ver si el Intocable se había puesto en pie y se disponía a entrar en batalla directamente, pero como senescal no podía permitirse la más mínima vacilación, así que mantuvo los ojos clavados en las figuras que ascendían por la colina. Hubo un destello, y después una botella en llamas trazó un arco por el aire hacia las barricadas. Afortunadamente, con la cuesta no habían calculado bien el impulso y se quedó corta, estrellándose contra el suelo y creando una mancha de llamas que lanzó sombras inciertas sobre el claro. El segundo cóctel molotov fue más certero y ascendió por encima de la barricada de su derecha.

—¡No! —La orden llegó demasiado tarde. El estúpido de Gordo Sudoroso golpeó la botella con su bate de béisbol, probablemente con la absurda intención de devolverla contra los atacantes, pero lo que consiguió fue partirla en pedazos y que la gasolina en llamas cayese sobre él. Chillaba como el cerdo que era—. ¡Apartad la barricada! —rugió, y unos cuantos brazos se apresuraron a obedecerle.

Era el encargado de la defensa, y él debía tomar las decisiones duras. Con un golpe de su escoba envió al Gordo en llamas rodando ladera abajo. La primera fila de atacantes se apartó fácilmente, pero impactó contra algunos de los que iban detrás, extendiendo las llamas y sembrando algo de caos en el ascenso de los asaltantes, aunque no lo suficiente.

—¡La barricada! ¡Cerradla! —El grito le salió ridículamente agudo.

Había calculado mal la velocidad. Viendo una abertura, la vanguardia de los atacantes había acelerado mucho mientras él contemplaba el descenso del Gordo, y ahora los tenía casi encima. Añadió su hombro a las manos que empujaban los bancos apilados, pero ya había muchos otros hombros en el lado contrario. La inestable barricada se mantuvo en equilibrio durante un tenso segundo, sin desplazarse hacia un lado ni hacia el otro. Entonces llegó el ariete. Con un impacto brutal, derribó los

bancos sobre los defensores, abriendo el paso y dejando atrapados a al menos un par bajo un amasijo de madera y metal. El Viejo Desdentado hizo girar su almádena con furia. Había sido su culpa. Pero los otros eran los que iban a pagarlo caro. El primer golpe acertó de lleno en el rostro a un chico bajito, que no llevaba más arma que una navaja de mariposa, y sangre y fragmentos de hueso salieron disparados contra sus compañeros mientras se desplomaba con el cráneo destrozado. Trató de detener la inercia del golpe para volver a lanzar otro martillazo, mientras una chica se plantaba ante él. Tenía el rostro oculto por un casco de moto rosa con un dibujo de Hello Kitty, y hacía girar una gruesa cadena en la mano. El Viejo Desdentado trató de enviar un golpe hacia la rodilla de la chica, para después poder rematarla a gusto, pero era demasiado rápida. Dio un paso atrás para evitar la almádena, y le lanzó un golpe a las manos con la cadena. Los eslabones de metal se enrollaron en torno a sus muñecas, y sintió como las articulaciones crujían cuando la chica tiró hacia ella. Desequilibrado, comenzó a caerse hacia delante, sólo para encontrarse con el cabezazo del casco, que le hundió la nariz en el rostro. Se tambaleó y boqueó tratando de respirar. La chica había puesto un pie sobre el asta de la escoba, así no iba a poder levantarla, pero eso poco importaba ya. Sonrió con una mueca sin dientes, y el casco se hundió esa vez en su mandíbula. No le importaba morir. Mientras caía al suelo, logró volver la cabeza hacia atrás. Sus muñecas se hicieron pedazos cuando la chica las pisó, y comenzó a soltar la cadena para rematarlo.

—Es inútil —balbuceó entre escupitajos de sangre, y con los ojos señaló a la figura que avanzaba hacia ellos.

El Intocable había decidido actuar.

Con un rugido, la chica del casco ignoró la cadena y recogió la almádena para cargar con ella contra el Intocable. A duras penas podía levantar la pesada arma, pero aprovechó todo el impulso de la carrera para lanzar un golpe paralelo al suelo, pensado para destrozar las piernas de su oponente. Era un golpe certero, cruel, y el Intocable no hizo el menor intento de evitarlo, pero la cabeza del arma no llegó a alcanzarle. Simplemente rebotó, como si la maza hubiese impactado contra un muro de acero. Un latigazo de dolor recorrió los brazos de la chica del casco, y el arma escapó de sus manos mientras caía al suelo desequilibrada. Contempló el fuego en los ojos del Intocable. Y algo se transformó en su interior. Cuando se levantó, recuperó la almádena y se lanzó de nuevo a la carga, pero esa vez colina abajo.

2

Llegó como una sombra en medio de la noche y observó el campo de batalla desde la periferia. El viaje hasta el parque había sido relativamente fácil, al menos para él.

Coger un teléfono de un cadáver donde consultó las coordenadas por internet, y después moverse lo más oculto posible, lo cual para Ivo era mucho. A veces caminando, a veces corriendo, a veces trepando por los edificios. En el casco antiguo había sido mucho más seguro ascender a los tejados y saltar de uno a otro, cruzando así las estrechas y retorcidas calles de la ciudad vieja. Bajo sus pies, en el suelo, el paisaje era similar al del resto de la ciudad. Cazadores y cazados. Asesinos y asesinados. Torturadores y víctimas. No existía término medio, o eso parecía. Tampoco se detuvo mucho a observar. No era su guerra, y en general parecía que los participantes lo sabían, de modo que en más de una ocasión le bastó con detenerse y dar un paso hacia las sombras de un portal o de un callejón para que uno de los cada vez más frecuentes grupos prosiguiesen su marcha. Otras veces no, sobre todo cuando el atacante iba en solitario. Al pasar junto a una boca de metro, trató de sorprenderle por la espalda un chico armado con dos botellas rotas, y que de algún modo se había recubierto entero de fragmentos de vidrio, pasándolos a través de su ropa como si fuese una especie de erizo de mar cristalino. Ivo lo envió escalera abajo de un golpe, y lo dejó retorciéndose atravesado por su propia armadura. Más adelante encontró en los tejados una chica medio desnuda, con los pies y las manos ensangrentados de trepar por las paredes. Le gruñó, amagó golpes, pero al final se alejó, ante la impertérrita inmovilidad del Cazador, así que la dejó seguir su camino. Finalmente, justo antes de llegar al parque, un motorista que había adornado la moto con varias cabezas, trató de cortarle la suya de un hachazo. Ivo sujetó el hacha en pleno golpe y la lanzó junto con su dueño varios metros por el aire. Cuando cayeron sobre el asfalto, oyó el crujido de huesos, pero no podía perder más tiempo, así que simplemente se internó en la masa de árboles y hierba, guiado ya más por los sonidos de lucha que por el GPS. Tenía la certeza de que su objetivo estaría en el centro de la refriega. Y probablemente sería su motivo.

Llegar hasta la colina fue fácil, porque al parecer toda la vida del parque se había concentrado en ella, y los muertos no resultaban un problema, pero una vez allí tuvo que pararse a meditar su siguiente paso. Habría más de un centenar de personas allí, todas armadas. Ivo concentró sus sentidos en sus movimientos, sus actitudes, sus olores. Habían luchado, pero ya no. Si antes hubo conflicto, ahora estaban unidos. Había ancianos, niños y adultos. Hombres y mujeres. Podía matarlos a todos si se lo proponía, pero corría el riesgo de acabar con Zweig accidentalmente, y perder la piedra. Había buscado una foto suya en internet, pero lo más probable era que estuviese un poco cambiado, como el resto. No podía permitirse más retrasos, así que optó por rodear la colina hasta el lago y cruzarlo por el agua. No era una solución mágica, pero posiblemente ya estaría a medio camino de la cima cuando le descubriesen. Cuando llegó a la orilla, se sacó el cuchillo del pantalón y lo llevó en la mano para evitar que se le cayese al fondo accidentalmente, y después se sumergió. Buceó los veinte metros que había de una orilla a otra, y emergió en completo silencio en la ladera de hierba. Por encima de él podía ver que habían encendido una

especie de hoguera en la cima y que casi todo el mundo se había congregado a su alrededor. Aclamaban un nombre: Intocable. Ivo sonrió tras su máscara de plata. Ahí estaba el doctor. Comenzó el ascenso.

A unos treinta metros de la cúspide encontró al primer vigía, pero estaba bastante aislado de sus compañeros y en realidad permanecía más atento a lo que sucedía en la cima que a lo que había fuera de ella, así que resultó sencillo dar un pequeño rodeo y evitarlo. Unos metros después, justo fuera de la luz de la enorme hoguera que alzaba sus llamas hasta algo más de tres metros, Ivo se detuvo y escuchó. Sólo podía ver las espaldas de las personas que estaban más próximas a él, pero las voces le llegaban con total claridad, por encima de la multitud silenciosa y expectante.

—¡Arrodillaos ante el Intocable! —gritaba una voz masculina—. ¡Arrodillaos y contemplad su poder!

La muchedumbre rugió en aclamación, pero tras unos instantes se hizo de nuevo el silencio.

—Aquel que no esté dispuesto a unirse a nosotros —continuó la voz— puede elegir su muerte. A sus propias manos, o contra el Intocable.

La masa volvió a rugir con aprobación, e Ivo decidió acercarse. Era un momento tan bueno como cualquier otro. Dio tres zancadas rápidas y comenzó a abrirse paso discretamente entre la parte exterior del gentío. Todos estaban demasiado concentrados en lo que sucedía en el centro como para prestarle atención, así que siguió avanzando. Unos metros después, pudo ver que junto a la hoguera habían apilado cadáveres, pero todavía no habían lanzado ninguno a las llamas. Al parecer, estaban esperando a completar el grupo. En el centro del círculo que se había formado, tan próximo al fuego que debería estar abrasándose, se encontraba Zweig. Ya no tenía aspecto de doctor. Más bien parecía una copia desvaída de un asesino de serie de televisión, con su ropa cómoda y su rostro desapasionado. Y sin embargo, había poder en él. Ivo lo sentía con una claridad absoluta, como si una gigantesca campana de bronce estuviese tañendo para llamarlo. La pregunta era si el poder provenía de él o de la piedra que portaba, y era necesario encontrar la respuesta antes de atacar.

Un hombre con un maletín arrastró a un chico con la pierna rota hasta postrarlo delante de Zweig. El calor debía de ser abrasador, porque inmediatamente la piel del chico se cubrió de perlas de sudor. El del maletín se retiró un poco y volvió a dirigirse a la multitud.

—¡Únete o muere!

La consigna no resultaba nada original, pero lo interesante para Ivo era que Zweig apenas parecía ver al chaval. Su mirada era fuego, sí, pero carecía de una voluntad tras ese fuego. Era un cascarón, lleno de poder, pero un cascarón al fin y al cabo. El poder era prestado, ya no tenía dudas al respecto. Aun así, esperó a ver qué sucedía. El chico trató de incorporarse, y tras un par de intentos logró mantenerse erguido, cojeando torpemente. La masa aguardaba en silencio. Brilló un cuchillo. Fue una

buena estocada, precisa y rápida, pero inútil. El arma salió volando, como si hubiese chocado contra una verja electrificada, y el chico cayó de nuevo al suelo, retorciéndose por el dolor, al que se sumó el de la pierna, cuando el hueso asomó por la fractura. La multitud lanzó un ensordecedor abucheo, y el hombre del traje y el maletín arrastró al lisiado hasta la pila de cadáveres. Cuando el chico trató de alejarse a gatas, una chica embozada con un casco rosa le aplastó el cráneo con una maza improvisada que apenas era capaz de levantar.

Eran muchos. Violentos. Armados. Estúpidos. Ivo sonrió sin hacerlo, y dio un paso al centro, saliendo de la protección de la masa. Sólo entonces todos los ojos se fijaron en él, en el desconocido que había penetrado hasta su sangrienta ceremonia de fidelidad.

—¿Quién eres? —le interpeló el del maletín, acercándose hasta estar a unos centímetros de su rostro. El que su actitud amenazadora no amedrentase a Ivo no pareció afectarle, y siguió escupiendo sus frases con rabia—. ¡No importa quién seas! ¡Sólo hay dos opciones! —Se volvió hacia la multitud, dando un paso atrás para dejarle el camino libre—. ¡Únete o muere!

Ivo no se dignó a contestar, simplemente avanzó hasta colocarse a apenas un metro de Zweig, el hasta ahora conocido como el Intocable, y lo escrutó buscando la fuente de su poder. Estaba en el bolsillo del pantalón. La piedra. Sacó el cuchillo de hierro y la muchedumbre que le rodeaba lanzó un abucheo generalizado, para después empezar a corear «Muerte, muerte, muerte». El calor de la hoguera debería resultar incómodo, pero a Ivo no le molestaba más que el frío. Aun así, tenía prisa. Contempló una vez más los ojos del doctor. Allí no quedaba nada. Las llamas eran demasiado intensas, y hacía mucho que habían consumido al hombre. Pero si hubiese seguido siendo una persona, le habría matado igual. Hierro. Nada de acero, de cromo-vanadio ni de aleaciones indestructibles. Sólo el viejo y ancestral hierro, que en las leyendas siempre surgía como anatema para todo ser fantástico. Era el momento de que su cuchillo llevase a cabo la misión para la que realmente había sido reclutado. Clavó la hoja en el corazón de Zweig sin encontrar ninguna resistencia, y la sacó. El cuerpo se desplomó hacia delante y lo sujetó antes de que cayese, introduciendo la mano en el bolsillo. En cuanto aferró la pequeña piedra, lo dejó deslizarse hasta el suelo, donde la sangre comenzó a formar un charco a su alrededor. Un silencio atónito había cubierto la colina. Ivo se alejó de la hoguera y tomó el mismo camino por donde había ascendido, en dirección al lago. Aún no había alcanzado el círculo de centinelas cuando la turba recuperó la voz y se lanzó a la carrera en pos de él. Ivo corrió.

Los centinelas trataron de cortarle el paso, aunque no sabían realmente qué había sucedido. La mayoría estaban demasiado lejos para interceptarle. Al único que tenía próximo bastó con un simple empujón con el hombro para enviarlo rodando colina abajo. Oyó el sonido de cuerpos tropezando y cayendo a su espalda. Luego el sonido de cuerpos pisoteados, y gritos de dolor. Sin detenerse ni un instante, sujetó con

fuerza el cuchillo en una mano y la piedra en la otra, y saltó al lago, que cruzó con brazadas rápidas y poderosas. Sólo cuando puso pie en la otra orilla se permitió lanzar una mirada a sus perseguidores. Unos cuantos se habían tirado al agua y nadaban con desigual suerte, pero la mayoría estaban rodeando el lago por alguno de los dos lados, creando más o menos una pinza a su espalda. Corrían con todas sus fuerzas, pero Ivo les llevaba ventaja de sobra, así que se limitó a desaparecer entre los árboles. Ninguno podría darle alcance. Pero eran molestos. Se internó en las sombras lo suficiente para que no pudieran verle desde el lago, y trepó al árbol más alto que había a su alrededor, un fresno de casi quince metros. Desde su copa observó como los perseguidores pasaban bajo sus pies y se dispersaban. Aguardó quince minutos antes de descender, cuando la muchedumbre ya se había convertido en rastreadores confusos y aislados, y recorrió en silencio la ruta más rápida hasta el exterior del parque.

Tenía la piedra. Pero no sabía qué hacer con ella. Ningún conocimiento había despertado en su interior. Ninguna claridad. Pero la clave estaba en ella. La sacó para observarla. Un fragmento de mármol blanco, manchado de sangre. ¿De quién? ¿De dónde? No había respuestas. Pero esa era la única respuesta posible. Alzó la mirada. En la carretera que rodeaba el parque había una figura esperándole, un hombre de unos cincuenta años, vestido de negro, con una barba gris muy recortada y la cabeza rapada. Estaba apoyado en un quad, esperando. Sólo que no era un hombre, sólo lo llevaba puesto. Como él.

—Tienes que tragarte la piedra —le dijo el desconocido cuando llegó a la acera. Ivo no respondió, pero se acercó hasta él.

19. El Enviado

La Ciudad, antes.

El Torturador observó la ciudad a través de la ventana. No había tenido mucho donde elegir. Era el actor porno o el dibujante de cómics eróticos, y el actor estaba en un punto más céntrico. Los intentos de la Víctima por localizar a la Cazadora habían resultado frustrantemente inútiles, así que había que optar por otro enfoque. Si no podían poseer a un anfitrión que estuviese junto a la Cazadora, no había más remedio que tomar prestado un cuerpo y salir a buscarla. Y eso era lo que acababa de hacer. Se contempló en el espejo y se dio un pellizco cariñoso en la mejilla.

—Te he hecho el amo de tu profesión. Ahora necesito que me lleves a un par de sitios. —El rostro le devolvió desde el espejo un guiño que era suyo—. Empecemos por lo fácil.

Con precaución, el Torturador abrió la puerta del baño y buscó señales de peligro. No dejaba de ser un simple humano, y las formas humanas eran terriblemente frágiles. Todo parecía tranquilo. Había una chica medio devorada y desangrada hacía rato, y encima otra chica terminando de comérsela, pero una estaba demasiado muerta y la otra demasiado ocupada como para molestarse en mirarle. Un poco a la derecha yacía un cuerpo de hombre con la cabeza en un charco de sangre, probablemente tras habérsela destrozado a cabezazos contra la pared, por lo que indicaban los desconchones y las manchas en el muro. Nada que fuese asunto suyo. Salió del baño de puntillas, recogió lo que parecía el resto de su ropa y buscó carteras o bolsos. Encontró algo de dinero, pero nada que pareciese una llave de un coche. Eso era un problema. Tal y como estaban las cosas, no tenía la menor intención de meterse en el metro. Cogió todo lo útil y bajó a la calle por la escalera.

Una vez en la entrada del edificio, se paró a escrutar el paisaje al otro lado de las puertas de cristal. Violencia y deseo, y miedo, y violencia. No podía arriesgarse a que nada de eso se interpusiese en su camino. Pero ¿cuál era su camino? Cerró los ojos y percibió la presencia de la Cazadora como un destello brillante y plateado. No había pérdida, pero estaba lejos, y en movimiento. Y más sutil, pero estática, la otra piedra. Ese debía ser su objetivo. Sólo necesitaba el modo de llegar hasta él. Abrió la puerta y salió a la calle mirando con precaución a un lado y a otro. Tenía que elegir bien el medio de transporte porque no había opción a equivocarse. Un coche probablemente sería lo más seguro, quizás un todoterreno, pero le convertiría en un blanco muy grande y no demasiado ágil. Una moto, por otra parte, era más rápida y maniobrable, pero hasta un golpe perdido podía llevarlo al suelo. El Torturador sonrió a la calle vacía. «¿Dónde hay un helicóptero cuando lo necesitas?». Sin saber hacia dónde dirigirse, escrutó los vehículos que tenía a la vista. Una furgoneta de reparto que se

había estrellado contra una señal de tráfico. Una bicicleta aplastada y retorcida. Una moto encadenada a la verja de una casa. Un monovolumen con las puertas abiertas y una mano colgando de una ventanilla. Nada le convencía. Así que empezó a andar.

Unas manzanas más adelante le llegó el estruendo de metal contra metal, mezclado con el rugido de motores acelerados al máximo. Con precaución, cruzó un callejón para acercarse entre sombras al origen de los sonidos. Al parecer, unos cuantos ciudadanos con tiempo libre habían decidido montar una justa versión actual. Habían despejado una calle, y dos tipos montados en motos cargaban el uno contra el otro, uno armado con una cadena que hacía girar sobre su cabeza y el otro con lo que bien podía ser el palo de una fregona con un cuchillo atado a la punta. Se cruzaron con un rugido, y mientras el cuchillo se clavaba en el estómago de uno de los luchadores, arrancándolo del asiento, la cadena se enredó en la rueda del otro y también lo hizo volar por los aires. Los dos cuerpos cayeron al suelo, aunque sólo uno trató de incorporarse. El Torturador extrajo el cuchillo del cuerpo inmóvil y se lo clavó un par de veces en el pecho al otro. No había tiempo para tonterías. Después revisó los alrededores. Al parecer había llegado al final de la justa, porque había algo más de una docena de motos por allí, con sus respectivos cadáveres junto a ellas. Pequeña cilindrada, gran cilindrada, todoterreno, urbanas... y lo que le hacía falta. Un quad. Sin perder más tiempo, quitó del asiento al piloto, que tenía un brazo casi arrancado de cuajo, y buscó entre los cadáveres un casco que le quedase bien. Una vez pertrechado, probó a accionar el contacto, y el motor lanzó un sólido ronroneo. Aceleró.

2

La Ciudad, ahora.

El Torturador contempló el rostro inexpresivo de Ivo Lain. Era muy extraño percibir a la Cazadora pero tener delante esa cara adusta en vez de su máscara de plata, y más raro aún bajar la vista y percibir por debajo de las ropas unos sólidos pectorales en vez de unos pechos, pero eso ya era una reflexión más personal. ¿Cómo ganarse la confianza de un amnésico? Ese era el auténtico problema.

—¿Qué te parece si entramos ahí? —dijo señalando un pequeño bar que tenía la puerta abierta y del que salía una acogedora luz ámbar.

La Cazadora mantuvo su política de silencio, así que detuvo el quad junto a la puerta y bajó para asomarse con precaución al interior. Algunas mesas tiradas, sangre y cristales por el suelo. Le pareció ver asomar una pierna por detrás de la barra, y al

otro lado de la puerta de lo que supuso debía de ser el almacén parecían surgir gemidos y jadeos. Un sitio tan bueno como cualquier otro. El Torturador entró, y después de encontrar un vaso limpio tras la barra, se sirvió una cerveza del grifo. Sin preguntar, le puso otra a la Cazadora. Ivo bebió en silencio.

—Vale —dijo el Torturador—, pregunta. Sin tapujos, sin precios, sin nada. Necesito que confíes en mí y que te tragues la piedra, para que podamos terminar el trabajo que tenemos que hacer.

—¿Qué está pasando?

El Torturador observó la envoltura de la Cazadora mientras esbozaba una sonrisa cansada.

—Empezando por lo fácil, como a mí me gusta. —Suspiró—. No lo sé, pero puedo suponerlo. ¿Tienes prisa?

No hubo respuesta, así que comenzó por el principio.

—Imagínate una esfera flotando en el espacio. Ese es el mundo. Ahora imagínate que esa esfera ya no está flotando, sino que es un plano infinito, sin límites. Ahora ponle otra capa encima. Y si quieres otra debajo, y otra más. La realidad son planos. Una lasaña, si prefieres. Ahora estamos en el plano que los humanos llaman el mundo real, pero ni tú ni yo somos de aquí. Ambos pertenecemos al Reino. ¿Y qué es el Reino, te preguntarás? —Por supuesto, Ivo no había preguntado—. Es donde las pesadillas se desarrollan. Y he dicho «se desarrollan». Los humanos duermen, cruzan hasta el Reino y allí crean sus pesadillas. Una vez que se han despachado a gusto, vuelven al mundo y siguen sus vidas normales y felices, habiendo liberado esa parte oscura de sí mismos.

—Entonces ¿tú y yo somos pesadillas? —Algo había resonado en el interior de Ivo, el Torturador lo notaba.

—No tan rápido. —Sonrió—. Las pesadillas son de los humanos. Son parte de ellos. Forjadores, los llamamos. Nosotros sólo les prestamos el escenario y, en ocasiones, los actores secundarios. El guión es suyo y sólo suyo. Tú eres uno de los Señores del Reino. Arquetipos. Conceptos de pesadilla, por decirlo de algún modo. Y yo soy una Musa Oscura, como mi hermana, la cual, por cierto, está un poco indignada, porque lleva toda la noche buscándote, y todos sus anfitriones han tenido hoy la poca decencia de morirse. Los Señores representan aspectos del Reino. Las Musas inspiramos a los humanos a transformar parte de esa oscuridad en creación. —El Torturador bebió otro sorbo de cerveza—. Sublimación, lo llaman los psicólogos.

La Cazadora le miró con sus ojos prestados de asesino.

—Eso no responde a la pregunta.

—Lo sé —continuó el Torturador—, te aseguro que lo sé. Nos atacaron. Dejaron herida de muerte a la Reina. Y tú fuiste elegida para buscar al culpable. Hice un ritual que permitió que entrases en un cuerpo, pero...

—Déjame adivinar. —El rostro de Ivo no sonrió, pero sonrió—. Algo falló.

El Torturador asintió.

—El proceso por el cual puedo hablarte ahora es similar a una borrachera de inspiración. El anfitrión pierde el sentido y la Musa toma el control. Sólo que la piedra interfirió con el difunto doctor. La energía era demasiado intensa, o él demasiado débil. No pude controlarlo el tiempo suficiente para completar el ritual. Así que en vez de tener al gallo del gallinero, conseguimos un pollo sin cabeza y una cabeza sin pollo.

El Torturador se sirvió otra cerveza y logró encontrar una bandejita de frutos secos antes de seguir. Los sonidos de la trastienda habían cesado hacía unos minutos, pero nadie había salido, así que prosiguió:

—Llegamos a cuando las cosas se ponen interesantes. Dado que la había cagado, salí en tu busca, con la ayuda de la Víctima, mi hermana Musa. Y atacaron el Reino. Un ataque totalmente inesperado, por lo antiguo de su origen. Ya habrá tiempo para eso. Los Señores que quedaban tuvieron que tomar una decisión, así que cerraron las Puertas del Reino. Y este es el efecto. —Señaló con una mano todo lo que les rodeaba—. Sin poder acceder al Reino, los humanos se han quedado sin la posibilidad de echar su mierda a ningún sitio, hasta que la mierda les ha salido por la boca. La mitad de la población mundial sueña con matar a alguien, y la otra mitad está deseando que la castiguen. Y el que no fantasea con violar a alguien es porque fantasea con que le violan. Así que cuando el nivel ha subido lo suficiente, cada uno ha sacado a la luz lo que llevaba dentro, y le ha dado rienda suelta. Y así estamos. Entre polvos y cadáveres. Y no es que me queje, es casi como estar en casa. Sólo que estamos, como por así decirlo, encerrados fuera.

La máscara de la Cazadora se tomó su tiempo antes de asentir. El Torturador podía percibir como las piezas comenzaban a encajar en su interior.

—¿Y por qué se están agrupando ahora?

El Torturador se encogió de hombros.

—Ni idea. Supongo que algunos forjadores llevan dentro algo más parecido a un arquetipo, y que eso atrae a los forjadores normales. O vete tú a saber. Tampoco es que me importe mucho.

Ivo dio un par de vueltas al vaso vacío y lo rellenó. En la calle se oyó ruido de pasos a la carrera y gritos de furia, pero pasaron de largo.

—Has hablado de planos —dijo una vez tuvo el vaso lleno delante—. ¿No hay un reino de los sueños también?

El Torturador asintió.

—Así es. Con su rey y su reina. Y sus gloriosos señores. ¿Y?

—¿Por qué no lo solucionan ellos? ¿O por qué no ayudan?

—¿Llamarías a un electricista si te han reventado las tuberías y estás a punto de ahogarte? Pues eso mismo. Los planos no se cruzan. Tú y yo estamos sentados en la encrucijada, y nadie va a pasarse por aquí hasta que esto no se arregle o no se rompa del todo.

—¿Y cuál es nuestro objetivo? —preguntó la máscara de la Cazadora—.

¿Salvarlo o romperlo?

—Nuestro objetivo es que nos suda la polla todo esto. Trágate la piedra y vamos a salvar a la Reina.

En ese instante, el Torturador sintió como un relámpago helado le cruzaba las entrañas. Las Puertas. Las Puertas se habían abierto un instante. Lo suficiente para que entrase el enemigo. En el otro extremo de la realidad, el asalto al Reino había comenzado. Lanzó una mirada suplicante al cuerpo de la Cazadora, o lo más parecido de lo que era capaz. La Cazadora no lo había sentido como él. Pero había sentido algo. Se tragó la piedra. Y recordó.

Cuando los ojos de Ivo Lain volvieron a clavarse en él, ya era ella. El Torturador sonrió aliviado.

—¿Esto es lo mejor que me encontraste, Torturador? —dijo la Cazadora con sarcasmo—. ¿Un asesino en serie?

—No protestes —se defendió—. Yo estoy en un actor porno alternativo cuarentón, y no me quejo.

La Cazadora lanzó una carcajada breve y gélida.

—Acábate la cerveza, tenemos que desollar a alguien.

El Torturador dio un último trago largo, se guardó el resto de los frutos secos en un bolsillo y acompañó a la Cazadora hasta la calle. A pesar de la conmoción en el Reino, allí todo seguía igual. La tranquilidad de los muertos rota esporádicamente por los estallidos de los que matan. O de los follados y los que follan. O todo al mismo tiempo. El concepto era tremendamente familiar para el Torturador, pero no se sentía realmente cómodo al verlo ejecutado en el mundo. Cada cosa tenía su lugar, y no era ese.

—¿Hacia dónde? —preguntó sacudiéndose las reflexiones.

—Al centro de todo.

El cuerpo de Ivo comenzó a andar. El de Mark le siguió.



20. El Asedio

La Ciudad, antes.

Frank R. Schiolla había elegido la azotea como centro de entrenamiento por dos razones: primero, porque al osario iba a regresar esa cosa, y no tenía ganas de volver a cruzarse con ella; y segundo, porque llevaba en ella el tiempo suficiente como para sentirse cómodo. Pero cada vez se arrepentía más de su decisión. Le faltaba grandeza. Entre las cagadas de paloma, la basura y los restos de pequeños cadáveres, parecía más un refugio de mendigos que el centro de operaciones del inminente Rey del Mundo. Aun así, a sus reclutas no parecía importarles demasiado. Sus reclutas. Paladeó el término, y el poder que conllevaba. El bruto, el *geek*, la parejita viciosa, la ejecutiva, el salvaje. Esa era la materia prima a partir de la cual forjaría su reino. El primero que había llegado era Bruno, el bruto, todavía con el subidón del polvo robado y riéndose estúpidamente cada vez que se acordaba de él. Frank le dejó que se entretuviese mirando y escupiendo a la gente en el suelo, mientras preparaba el espectáculo. Se había traído del osario un par de bolsas de huesos para la invocación, pero en cuanto empezó a repartirlos se percató de que la azotea estaba pasando de lo vulgar a lo cutre, como una película de terror de los años cincuenta. Tenía un manojo de costillas en la mano cuando llegó la ejecutiva. Lanzó una mirada de simple y clásico asco a la basura que la rodeaba, pero no pestañeó ante las costillas, lo cual era buena señal.

—Me alegra que hayas llegado antes que el resto —le susurró mientras le indicaba que se alejaran todo lo posible del bruto—. No voy a andarme con rodeos: te he elegido porque tienes madera de líder, y lo sabes. —Un poco de adulación gratuita nunca venía mal para vender, sobre todo si el comprador andaba corto de autoestima. Le guiñó un ojo—. Mantente atenta, y ten un poco de paciencia.

Ya tenía dos entretenidos: uno escupiendo a los caminantes (podía imaginárselo pensando «Parecen hormiguitas» o cualquier otra estupidez digna de un niño de cuatro años), y la otra dándole vueltas a qué y cómo iba a liderar. Como si Frank lo supiese. Los Arcontes habían sido bastante escuetos al respecto. Así que a él no le quedaba otra opción que ser críptico. Oyó una especie de gañido ahogado. Había dejado al salvaje en el piso vacío de abajo, entretenido olisqueando la nevera y gruñéndole a su ropa sucia de heces. No tenía claro la impresión que causaría en los demás, y prefería reservárselo hasta que se hubiese aclarado con el resto de las cosas. Como colocar los huesos, no fuera que le diese por ponerse a mordisquear una tibia antes de invocar a los Arcontes. O peor aún, durante el proceso.

Unos minutos después, con los añadidos que había traído del osario ya colocados, llegó la parejita. Oyó su irritante risita de complicidad antes de que llamasen a la

puerta de la azotea, y se alegró enormemente cuando la sonrisa se les borró al ver la mugre y los huesos. Aunque la alegría le duró poco.

—¡Son calaveras de verdad, Heller! ¡Me encantan! —La chica había cogido una y la acariciaba como si fuese un puto gatito. A Frank le pareció repulsivo. Pero aun así se la follaría—. ¿Puedo quedarme una cuando acabemos?

—Puedes quedarte todas si quieres —contestó con su mejor sonrisa, y los dejó eligiendo qué huesos pensaban llevarse y dónde iban a ponerlos.

Frank observó el cielo. Ya se veían las primeras estrellas por el oeste. Tenía que empezar a trabajar, aunque faltase uno.

—Caballeros, señoras. —No eran ni una cosa ni otra, pero ¿qué más daba?—. Todos han venido aquí por un motivo. Todos tienen ante sí una oportunidad única.

En cuanto empezó a hablar, se acercaron a él, con el brillo del interés y la codicia en los ojos.

—El premio: todo lo que...

—Perdón, me he perdido.

El puto *geek*. Con lo bien que le estaba quedando. Recompuso un gesto magnánimo, le indicó que se uniese al resto y retomó la frase.

—Todo lo que deseáis. Sin limitaciones. Sin trucos. —La parejita se miró y lanzó una risita. El bruto flexionó uno de sus enormes bíceps. La ejecutiva no le quitó ojo de encima. Y el *geek* buscó a toda prisa un sitio donde sentarse sin llenarse el culo de mierda de paloma—. Todo por un justo precio.

—¿Qué hay que hacer?

El bruto hizo crujir los nudillos y la ejecutiva asintió. El problema era que Frank no sabía cómo explicarlo sin que sonase absurdo.

—Vuestra misión es sencilla. —«Por decir algo», pensó—. Solamente tenéis que abrir una Puerta.

El *geek* resopló.

—¿Y la Puerta está en...?

Frank mantuvo la calma, pero a duras penas. Otra interrupción más y soltaba a las palomas y lo sacrificaba a él para la invocación. Sabía que no se atrevería, incluso ahora, incluso allí, pero se dio el gustazo de pensarlo durante todo un segundo. Luego continuó, tratando de que la tensión de la frustración no se reflejase en su rostro.

—Ahí llega lo interesante. —«Sencillo», «interesante», esos eran los adjetivos que querían los compradores—. No está en este mundo.

A continuación explicó lo poco que le habían contado, pero por las caras de su auditorio no debió de hacerlo muy bien.

—¿Cómo llegamos, entonces, al Reino ese? —preguntó la ejecutiva.

—¿Cómo que forjar la realidad? ¿Qué realidad? —dijo la parte con polla de la parejita.

El bruto se limitó a observarlo con expresión tranquila, pero eso sólo reforzaba las sospechas de Frank de que no preguntaba porque no había entendido ni una

palabra.

—Esto es ridículo —dijo el *geek*, y se levantó para irse.

Frank notó que el cuello se le tensaba, y una dolorosa contracción comenzó a crecer sobre su hombro derecho. Era hora de empezar el espectáculo. Lanzó una llamada mental, confiando en que los restos del hechizo aún hiciesen al salvaje receptivo, y al parecer era así, porque antes de que el *geek* llegase a la puerta, esta se abrió con un portazo dando entrada a la figura bestial de su salvaje, más desconcertante aún porque llevaba un paquete de salchichas a medio comer en la mano.

—Ahora que estamos todos —prosiguió Frank, aprovechando el desconcierto—, creo que es el momento de que dejemos a un lado las palabras y veáis de qué estoy hablando.

Invocar de nuevo al Arconte le resultó tremendamente fácil. Incluso una pizca menos aterrador. Además, esa vez contaba con que alguno de los seis espectadores tuviera un buen ataque de pánico que compensase su anterior falta de valentía. Alguna de las chicas, por lo menos. No hubo suerte, o no completamente. Pudo contemplar el terror en la mirada de todos y cada uno de ellos cuando la figura sombría se condensó sobre los huesos; pudo sentir su estremecimiento. El deseo de golpearla, o de huir, o de arrodillarse ante ella. O de todo al mismo tiempo. Eso era bueno. Pero nadie se meó encima, lo cual empezaba a resultar frustrante.

«¿Y ahora qué?», pensó con una repentina sensación de indefensión. No tenía más preparado. Los Arcontes no le habían indicado que hiciese nada más. O eso creía. Contuvo el aliento, suplicando no haberse equivocado, no haber vuelto a desperdiciar otra oportunidad. Esa vez no. Entonces percibió el susurro y respiró de nuevo. El Arconte estaba hablando con cada uno de los elegidos. Frank no alcanzaba a oírlo, ni quería. Ya había tenido su ración por ese día. Por unos cuantos días, de hecho. Se limitó a aguardar. Tras diez minutos interminables (y sabía perfectamente que habían sido diez minutos, porque había mirado el reloj como veinte veces), el susurro cesó y los elegidos se tumbaron en el suelo, todos y cada uno con su propia versión de la sonrisa «Voy a ser el Rey del Mundo». Qué ilusos. No sabían que él y sólo él iba a serlo. Hasta sintió un poco de lástima por ellos, pero es lo que tiene ser peón: crees que vas a convertirte en reina hasta el mismo momento en que te sacrifican.

El Arconte se volvió hacia él, y cualquier remoto deseo de bromear o sentirse superior murió al instante en su interior.

—¿Amo? —susurró clavando la mirada en los zapatos.

—Tu misión aquí ha concluido —susurró la Sombra—. Estamos satisfechos.

Esas dos palabras valían medio mundo.

—Ahora —continuó el Arconte tras una pausa— debes proseguir con las tareas que se te han encomendado.

Frank asintió con energía, pero cuidándose mucho de no levantar la cabeza tanto

como para contemplar el rostro de la Sombra, o más bien su ausencia. Sin esperar una respuesta, el Arconte desapareció, pero podía percibirse claramente como su esencia permanecía en los elegidos. Cuando se atrevió a mirar a su alrededor, pudo ver que todos estaban dormidos como corderitos. Como corderitos que van directos al matadero.

—Adiós, peones corderitos —se despidió desde la puerta de la azotea tras coger un par de palomas más por si acaso.

Ya no iba a volver por allí. Sólo una misión más, sólo una venta más, y ya sí. El Rey del Mundo. Dejó que la puerta se cerrase a su espalda con un ruido sordo, y esperó al ascensor silbando animadamente.

2

El Reino, antes.

—¿Dónde estamos?

Lanzó la pregunta al vacío, pero de repente el vacío tomó forma, y ya no estaba sola. Los demás comenzaron a cobrar existencia a su alrededor. Así que era la primera, la líder. Como le habían dicho. A pesar de ello había dudado hasta ese mismo momento. La habían traicionado demasiadas veces: en el amor, en el trabajo, en la amistad. «Demasiados golpes para un solo corazón, Annetta», se dijo, y esperó a que las otras cinco figuras hubiesen cobrado consciencia de dónde estaban. Flotando en la nada.

—¿Es este el lugar? —preguntó Emerick, el de los ordenadores.

Una líder tiene que conocer a sus subordinados.

—Es el camino hacia el lugar. —En cuanto lo dijo, tuvo la certeza de que era así.

—¡Allí! —gritó Elrike.

¿O había sido Heller? Su aspecto en el Reino era confusamente similar. De hecho, todos ellos tenían una apariencia bastante... indefinida. Pero no era momento para reflexiones. Efectivamente, donde indicaba Heller (¿Elrike?) se distinguía un punto negro, con dos puntos blancos, uno a cada lado.

—En marcha —indicó Annetta.

Los demás la siguieron, o eso quiso pensar. Probablemente sólo fuesen en la misma dirección.

Cuando llegaron junto a ellos, los puntos se habían hecho enormes; tres gigantescas Puertas de mármol: negra la del centro, blancas las de los lados. Y estaban cerradas.

—Hay que encontrar la forma de entrar —musitó mientras deslizaba una mano por la fría superficie.

—Capitán Obvio, al rescate —murmuró Emerick a su espalda, pero ella le ignoró. No valía la pena rebajarse a juegos infantiles.

—Pues empujemos —dijo Bruno mientras hacía eso mismo con ambas manos.

Los músculos de sus brazos se hincharon, su frente se perló de sudor, pero las Puertas no se movieron lo más mínimo. El hombre salvaje lanzó un gruñido bajo y olisqueó el suelo. Annetta se limitó a observar fijamente la negra superficie de mármol. No se le ocurría nada. No había cerradura, ni llamador ni ninguna clave que indicase lo que hacer.

—En *El Señor de los Anillos* bastaba con decir «mellon» —apuntó Heller.

—No... —le interrumpió Elrike—. Esto es más bien *Matrix*. No hay cuchara.

—No hay cuchara —asintió su casi gemelo, como si tuviese algún sentido.

La ejecutiva no entendía absolutamente nada.

—No hay cuchara —se unió Emerick a la absurda letanía.

—Pues claro que no hay cuchara —espetó Bruno, y resopló—. Es una puerta.

Elrike se volvió hacia el culturista.

—Lo que queremos decir, hombretón —explicó con lo que comenzó como una palmadita, pero más bien se transformó en una caricia por el sólido bíceps—, es que realmente no es una puerta. Sólo parece que hay una puerta. Esto es un sueño, ¿no?

—La voluntad —asintió Annetta, que finalmente empezaba a intuir por dónde iban.

—La voluntad —repitió Emerick encarándose hacia las grandes hojas de mármol negro—. Hay que desear que se abra. A la de tres.

—Uno —dijo Heller.

—Dos —continuó Elrike.

—Tres —terminó Annetta.

Y la Puerta se abrió. Fue sólo un segundo. Mucho menos, probablemente. Pero fue suficiente. En cuanto se cerró, ya estaban al otro lado. El Reino. La pesadilla. Y eso era justamente lo que parecía. Frente a ellos se extendía un laberinto aparentemente infinito de muros formados por cadenas, cadenas repletas de púas y garfios que se agitaban y retorcían como serpientes de metal. Ni siquiera tuvieron tiempo de asustarse. En cuanto llegaron al otro lado, el muro más cercano estalló en un resplandor plateado, y cientos de esas cadenas armadas se lanzaron hacia ellos.

Pasaron muchas cosas al mismo tiempo. A su izquierda, la parejita se alzó repentinamente por los aires, a lomos de un gigantesco dragón negro y momentáneamente a salvo de las cadenas. ¿Cómo demonios...? A su izquierda, Emerick estaba parapetado detrás de una barricada de sacos, en realidad una especie de nido de ametralladoras, y comenzaba a rodearse de lo que parecían soldados alemanes. ¿Qué estaba sucediendo? A su espalda, Annetta oyó el rugido del salvaje, pero no podía mirar atrás. Las cadenas avanzaban directas hacia ella. Dispuestas a

aferrarla, desgarrarla, atravesarla. Forjar. Por un instante logró hacer retroceder el pánico. Eso era lo que había dicho la Sombra. Forjar el mundo. Pero ¿cómo? ¿Cómo detener un muro de cadenas vivas? No podía. Esa era la clave. No podía. Pero podía evitarlas. Imaginó una capa de invisibilidad. No podía pensar en nada más. Sólo le venía a la mente esos dibujos animados antiguos de *Dungeons & Dragons*. Se envolvió con esa capa invisible para que las cadenas no pudieran detectarla. Porque era una capa que impedía que las cadenas la detectasen, se repitió una y otra vez. El metal pasó a su lado. Chocó chirriando contra las barricadas y empezó a retroceder cuando las ametralladoras comenzaron a abrir fuego. Varios soldados con lanzallamas empezaron a derretirlas. Como un relámpago, vio pasar a lo que podía haber sido el salvaje, aunque ahora era mucho más grande, y mucho más lupino. Se perdió dentro del laberinto, evitando los ataques de las paredes o triturando los eslabones de metal con sus mandíbulas. Miró hacia todas partes, pero no encontró a Bruno, aunque le pareció ver en la distancia el brillo de la llamarada del dragón. Y ahí terminaba su papel como líder. Cada uno había tomado su camino. Pues ella tomaría el suyo.

Contempló el laberinto y enseguida supo que no podía enfrentarse a él. Intentar cruzarlo como el salvaje era absurdo. La posición defensiva de Emerick resultaría inútil. Superarlo por los aires era predecible, aunque fuese a lomos de un dragón. Y probablemente Bruno era tan estúpido que ya estaría muerto. Pero no ella. ¿No podía forjar cualquier cosa? Sonrió bajo la seguridad de la capa invisible e imaginó una trampilla, una trampilla que la llevaría a un túnel subterráneo que la conduciría a salvo hasta su objetivo. Eso sí era una buena idea. A sus pies se formó la compuerta de madera, y entró. El túnel era amplio, lo suficiente como para caminar ligeramente agachada, y estaba iluminado con antorchas a intervalos regulares. Perfecto. Sin quitarse la capa, comenzó a avanzar, dejando atrás el estruendo de las ametralladoras y el chirrido del metal. Apenas había avanzado quince pasos cuando las oyó. Ratas. Ratas por delante en el túnel. Ratas por detrás. Muchas ratas. La sacudió una risa ligeramente histérica. ¿Cómo había sido tan inocente? Por supuesto que el Reino iba a defenderse. Ratas. En un túnel. Se acercaban. Pensó deprisa. Muros. Eso era. Levantó unos muros de sólidas rejas metálicas. Gruesos. Con púas de acero. Electrificados. Ya pensaría luego cómo moverlos. En cuanto estuvieron alzados, el sonido de las ratas cesó. Por supuesto. No iba a ser tan fácil.

El siguiente asalto llegó precedido de un rugido, un estruendo proveniente sólo del túnel que tenía delante. Annetta trató de adivinar qué podía ser. ¿Un rinoceronte para derribar su muro? ¿Una horda de salvajes? ¿Cadenas subterráneas? Era imposible contrarrestarlo hasta que lo viese. Notó el sudor cayéndole por la espalda. Las manos le temblaban. Tenía los ojos secos, pero no se atrevía a parpadear. Hasta que lo vio. Agua. Frente a ella vislumbró una ola que ocupaba todo el túnel. Bucear. Una botella de aire comprimido con su regulador. Máscara. En cuanto lo pensó, lo tuvo todo puesto. La electricidad. Sólo en el último instante se acordó de que sus rejas estaban electrificadas, y borró esa parte. Después se preparó para el impacto

como pudo. La inundación la lanzó contra el muro que había alzado a sus espaldas, y sintió como las púas de los alambres la atravesaban por una decena de sitios. No se le había ocurrido quitarlas también. A duras penas mantuvo el regulador en la boca, mordiendo la boquilla con fuerza para ahogar el grito. «Sin púas —pensó—, sin púas». Y las púas desaparecieron. Pero no el dolor. De hecho, no le dolía sólo la espalda. Le empezaba a doler todo. Confusa, levantó una mano para observarla a través del agua, y pudo ver infinidad de minúsculas heridas, como pequeñas quemaduras que empezaban a aumentar. El dolor la asaltó por todo el cuerpo, como una oleada rojiza. No era agua. Era ácido. Estaba sumergida en ácido. No podía ser. Era una pesadilla. Tenía que despertar. Despertar para no morir. Sólo era una pesadilla. Pero las Puertas estaban cerradas. No despertó.

Edificio Babilonia

Estudio.

No podía dejar de dibujar. Y ya ni siquiera se molestaba en acabar los dibujos. Eran bocetos, esquemas, ideas. Si sobrevivía a esa noche, tendría el esqueleto para cien cómics, o probablemente más. El problema era que no creía que fuera a sobrevivir. Ese era el otro motivo que le hacía permanecer encadenado al tablero de dibujo, sin levantar siquiera la mirada. Por lo menos hasta que se le acabó el papel. Consultó el reloj. Algo más de las once de la noche. Sin querer, lanzó una mirada furtiva hacia la ventana. La había estado evitando toda la noche, desde que la locura creativa empezó. Desde que los gritos empezaron. Y aunque los gritos prácticamente habían desaparecido ya, seguía sin atreverse a mirar.

La pregunta subyacente a sus miedos era evidente: si él no hubiese estado dibujando, ¿qué habría estado haciendo? ¿Adónde habrían ido a parar todas esas ideas y esos impulsos? Sabía que la respuesta estaba al otro lado del cristal, en la calle. O en el piso de abajo. O en el de enfrente. Lo sabía demasiado bien. Por eso corrió hasta el dormitorio, que hacía las veces de almacén, cogió más papel de una de las cajas que tenía debajo de la cama y regresó corriendo hasta su tablero. Entonces llamaron a la puerta. Lanzó una mirada aterrada hacia ella. Volvieron a llamar.

—Disculpe —dijo una voz de mujer. No conocía apenas a sus vecinos, y en ese momento no tenía ninguna intención de empezar a conocerlos. Aun así, la voz insistió —: Disculpe. Sólo será un momento.

—¡Sé que estás ahí, pedazo de mierda! —interrumpió una voz masculina—. ¡Sé lo que haces! ¡Sé lo que eres! ¡Abre!

La puerta no era ninguna maravilla, pero tenía todos los cerrojos echados, y eso era lo único que podía hacer, así que no se movió de su tablero. Ni siquiera respiró. Cuando el silencio se hubo prolongado casi cinco minutos, volvió a centrarse en los bocetos. Lo siguiente era que el padastro entraba con los dos perros en el salón, y toda la familia vitoreaba. Luego un primer plano de la cara de...

El sonido del golpe contra la puerta fue aterrador. No era un golpe. Era un hachazo. Se dio la vuelta justo a tiempo de ver como el segundo impacto abría una fisura claramente visible en el lado interior de la puerta, cerca de las bisagras. No había tiempo. No había salida. Miró a su alrededor en busca de algo que pudiese utilizar como arma, pero sabía de sobra que no lo había, y en caso de haberlo, no iba a servirle de mucho. Miró la ventana. Quince pisos. ¿Cuántos metros era eso? Demasiados. Pero había un pequeño alféizar, y una pequeña opción resbaladiza era mejor que un hacha en la cabeza. Abrió la ventana y se encaramó a ella lo mejor que pudo. No estaba muy ágil que dijéramos. El viento le azotó peligrosamente, pero

como pudo se agarró a los minúsculos salientes. Ahora el siguiente paso. La ventana del estudio contiguo. Una gota de sudor le recorrió el cuello. No había otra opción. Los gritos de al lado se habían apagado hacía más de una hora, así que cualquier horror que pudiera ver por la ventana sería mejor que el hacha que le aguardaba allí. Saltó como pudo y se agarró como pudo, entre jadeos. Mientras intentaba pegarse todo lo posible a la pared, oyó que la puerta cedía ante los golpes, y un grito triunfal. Después, silencio.

—Te dije que no estaba aquí —dijo la voz femenina.

—El muy cobarde habrá saltado —se burló la voz masculina.

Oyó que se acercaban a la ventana, pero afortunadamente no llegaron a sacar la cabeza por ella.

—Uno menos, en cualquier caso —añadió la misma voz.

Oyó ruido de papeles. Sus obras. Podían quedárselas todas.

—¿Qué pasa? —dijo la mujer.

—Estas atrocidades... Recógelas. Ahora aprenderán los niños adónde conduce la perversidad.

Tras un par de minutos que se hicieron eternos, el ruido se alejó. Sólo entonces se atrevió a respirar profundamente. Las rodillas le temblaban. ¿Sería capaz de saltar de vuelta? Pero ¿qué otra opción le quedaba? La ventana en la que estaba tenía las cortinas echadas. Al otro lado podía haber cualquier cosa. Otro asesino con un cuchillo en vez de un hacha. Una orgía. Un suicidio en masa. Había una ranura. En el extremo más alejado. Como pudo, acercó el rostro al máximo, tratando de entrever algo del interior. La esquina de un colchón. Quizás la rodilla de alguien sentado. Sangre. Sangre por todas partes. Mejor malo conocido. Sin pensárselo más, saltó de vuelta a su ventana. En el último momento, uno de sus pies resbaló. No tenía impulso suficiente. Extendió los brazos, desesperado, manoteando en busca de un asidero. Quince pisos. Los dedos rozaron el alféizar. La pierna tocó la pared de hormigón. Quince pisos. Empezó a deslizarse. Y se detuvo. El canalón. La pierna había tocado el canalón. Con un dolor agónico, afianzó las manos y trató de izarse. Pesaba demasiado. Se había vuelto gordo dibujando. Y eso le iba a matar. Quince pisos. Logró alzarse lo suficiente para colocar la cabeza sobre el alféizar, y lanzó una mano desesperada hacia el marco de la ventana. Entonces lo supo. En cuanto levantase la mirada, ahí estaría la mujer, con sus bocetos. Y el hombre, con su hacha. Esperándole. Y abajo, quince pisos. Se aferró al alféizar y se impulsó hacia arriba.

La habitación estaba vacía. A trompicones, logró entrar completamente en el estudio y se arrastró hasta la maltrecha puerta, dispuesto a bloquearla con todo lo que no estuviese fijado al suelo.



IV

*Puedes ganar cuando nadie puede entender en ningún momento cuáles son
tus intenciones.*

SUN TZU, El arte de la guerra.

*I'm tired, would you take me home where I can rest in your arms I don't
need to make amends.*

*[Estoy cansada, ¿me llevarás a casa? Donde pueda descansar en tus
brazos y no necesite disculparme ante nadie.]*

LYRIEL, «Paranoid circus».

21. El Dragón y la flor

La Ciudad, ahora.

Llevaban rondando por delante de la casa un par de horas. Sin saber qué buscaban. Sin saber por qué no se iban. Hisako los llevaba percibiendo desde el principio, sentada tras las cortinas del salón. No necesitaba ojos para saber lo que sucedía. Vio como derramaban la primera sangre, y vio la última. En algún momento entre ambas, Sakura se durmió con los cascos puestos y la dejó descansar. Necesitaría todas sus fuerzas antes del alba. Pero todavía no. Uno de los paseantes miró hacia la casa sin verla, pasando la vista una y otra vez sobre ella. Finalmente, dio un paso hacia el portal. Era un hombre de unos cuarenta años, con el pelo largo y negro salpicado de canas, y una chupa de cuero llena de desgarrones y manchada de sangre que no era suya. No era muy grande, pero era muy fuerte. En el tiempo que llevaba frente a la casa, le había visto matar a cuatro personas: una anciana, un niño de unos diez años y un par de chicas jóvenes; a todos ellos del mismo modo, con un brutal abrazo que les aplastaba las costillas mientras manoteaban inútilmente y le tiraban de los remaches. Después se sentaba como si tal cosa en el suelo y les sacaba los ojos y la lengua sólo con los dedos, y se los guardaba en los bolsillos. Dio un segundo paso y colocó el pie derecho sobre el escalón de la puerta. Uno de los hechizos inscritos en papel de arroz se consumió, deshaciéndose en cenizas en silencio. El hombre se dio la vuelta y cruzó de cinco zancadas rápidas la calle. Ya en la otra acera, miró desorientado hacia todos lados sin tener claro cómo había llegado hasta allí. Al otro lado del cristal, Hisako olvidó el color del primer kimono de mujer que le habían regalado. No era un gran precio a pagar, pero era un precio; así funcionaba su magia. No eran los complicados ceremoniales occidentales, sus combinaciones, leyes e invocaciones. Era la magia del Dragón y de la Serpiente, en la que todo tiene un precio. Había sido el primero. Vendrían más.

El de la chaqueta de cuero murió a manos de un grupo de cuatro chicas, probablemente de la edad de Sakura. Una de ellas agotó otro hechizo, antes de que se alejaran calle abajo, y con él se llevó la sonrisa del primer hombre al que había amado. Más tarde fueron llegando el gordo que corría desnudo, la anciana de los perros, los gemelos que se habían cosido las manos y la embarazada del hacha. Tras ella empezaron a aparecer las bandas. Grupos de dos, de cuatro, de diez. A veces se enfrentaban entre sí, o capturaban a algún solitario. En el mejor de los casos, se lo llevaban a otro lugar. Casi siempre hacían lo que les venía en gana en la misma calle. En el peor de los casos, se acercaban demasiado a la casa y los papeles de arroz se consumían a una velocidad endiablada. El último se deshizo poco antes de medianoche, y en la memoria de la vidente ya no quedaba nada que no fuese esencial.

La habían despojado de todo lo accesorio, como un árbol al que el otoño va arrancando las hojas sin piedad, una a una pero sin detenerse hasta que sólo queda un esqueleto. Ahora empezaría a perder lo importante.

2

La noche le había cambiado. Lo empezó a comprender pronto, en cuanto el sol comenzó a lamer el horizonte en el oeste. En ese instante, contemplando la belleza de la puesta de sol desde su patio trasero, la claridad de la revelación se abrió paso hasta él, liberándole del peso agotador de las cosas inútiles. Llevaba algo más de dos horas en el jardín, desde que llegó a casa y se encontró a su mujer tirándose al perro. No vio ningún motivo para molestarla, dado que él llevaba demasiado tiempo sin ganas de sexo y el perro parecía follar como un campeón. Durante un segundo se preguntó qué pensarían los niños, pero cuando subió a verles (su mujer estaba en mitad del suelo de la cocina) descubrió que el chaval se había encerrado en el armario, muerto de miedo Dios sabía por qué, y la chica estaba vestida con el uniforme del colegio, azotándose y masturbándose al mismo tiempo. Así que volvió a la cocina, cogió un par de cervezas y se fue al patio trasero. A esperar. No sabía qué, pero esperó. Y con el ocaso llegó la claridad. Fue hasta el garaje, encontró la vieja caja de las cosas de deporte de la universidad y sacó la máscara de hockey. Al ponérsela, comprendió. Ya nada tenía importancia. Ni su mujer, ni los niños ni el perro. Ahora ni siquiera recordaba sus nombres. Era un cazador. Eso era lo único. Salió a la ciudad.

Al principio todo resultó confuso. No era una cacería; lo que había en las calles era simplemente caos. Caos sexual. Caos violento. Caos aterrado. Todo dependía de dónde mirase o de cuánto tiempo mirase. Pero tras su máscara de hockey estaba a salvo. Era inescrutable, y pronto descubrió también que era fácil ser invisible. Simplemente tenía que quedarse quieto. Cuando se detenía y se recostaba en una pared, los ojos podían pasar sobre él como si no fuese más que un buzón de correos o una farola. Era el cazador, y el mundo entero podía convertirse en su presa. Aun así, no cazó a nadie. Visitó las oficinas de su empresa. Paseó por el parque. Le entró hambre y se metió en las cocinas de un restaurante para prepararse un bocadillo. Se tomó un café en la cafetería de los Juzgados. No había prisa. La presa aparecería llegado el momento. Lo sabía con la misma certeza con que supo que debía colocarse la máscara. Finalmente, la nueva revelación le llegó cuando. Había subido hasta uno de los miradores de la periferia y descargaba su orina contra un arbusto mientras contemplaba las luces y los fuegos de la ciudad bajo sus pies, cuando percibió el brillo. No era un brillo real, pero lo veía con total claridad, entre la masa de edificios. Al fin una presa. Se subió la cremallera y comenzó a bajar tranquilamente.

No tenía sentido apresurarse, así que fue paseando, y durante el paseo se preguntó quién sería su objetivo, pero en ningún momento se planteó por qué tenía que tener un objetivo. Era su naturaleza. Quizás fuese un hombre fuerte, un desafío al que no podía enfrentarse directamente, sino para el que necesitaría toda su astucia. No. ¿Una mujer hermosa y seductora? No. Era una chica. Una chica joven. No demasiado poderosa por sí misma, pero que había estado protegida por alguien más peligroso. Por eso no la había visto hasta ahora. Aun así, no debía confiarse. En cierto momento de su trayecto vio una armería a su derecha. Alguien ya había destrozado la puerta, así que simplemente entró, cogió una escopeta de repetición y una caja de cartuchos, y continuó su paseo. Comenzó a tararear una melodía, la sintonía de una serie de televisión de las que veía su chico. ¿O era su chica? ¿O era él? Todo empezaba a volverse indiferente, y después a desaparecer. Todo lo que no fuese la caza.

Conforme se acercaba a su objetivo, comenzó a cruzarse con más gente. Al principio, personas solas; luego, grupos. Él se limitó a dejarlos pasar. Nadie intentó detenerlo ni atacarle. Hicieron bien. Si alguien le hubiese cortado el paso, se habría limitado a dispararle. Nada podía interponerse entre el cazador y su presa. Con esa reflexión le vino una duda. ¿Qué haría cuando finalmente la capturase? Se encogió de hombros. Cuando llegase el momento lo sabría. Probablemente algo relacionado con el sexo. Había visto tanto en lo que llevaba de noche que le habían entrado un poco de ganas. Sólo un poco. Ante todo, estaba su misión. Era el hombre de la máscara de hockey. Comprobó que la escopeta estuviese a punto, y dobló la última esquina. Si esperaba alguna señal evidente, no la hubo. Parecía una calle completamente normal, con viejas casas de una o dos plantas alineadas. Pero allí tenía que estar, en alguna parte. Comenzó a andar despacio, escrutando las puertas. No andaba lejos. De repente sintió el tirón. El corazón se le aceleró, sintió como la adrenalina recorría su cuerpo, y corrió hacia una de las puertas con la escopeta lista. Dispararía a la cerradura, una patada para abrir paso, y luego otro disparo para cualquier protector que hubiese. Apuntó con cuidado sin detenerse, y entonces la vio, justo delante de sus ojos. No sabía de dónde había salido; no sabía cómo, pero tenía una serpiente enroscada en la mano, preparada para morderle. Con una maldición, agitó el brazo tratando de quitársela de encima, pero estaba enroscada con fuerza. Soltó un momento la escopeta y trató de ayudarse con la otra mano, pero el reptil se deslizó ágilmente y, retorciéndose, se deslizó por una manga de su camisa. La notó bajar por el pantalón. Estaba en el muslo. En la rodilla. Iba a morderle. Cogió el arma y disparó. Sólo cuando se desplomó al suelo entre astillas de hueso y músculo se percató de que acababa de dispararse en la pierna. La sangre arterial brotaba con fuerza. No tuvo tiempo de pensar mucho más.

Hisako ahogó un grito cuando la oleada de dolor le abrasó el dedo meñique de la mano derecha. No había ninguna herida visible, pero el dedo se fue consumiendo y agrietando, y finalmente deshaciéndose hasta que no quedó más que una cicatriz reseca. Tras unos segundos, la anciana respiró con calma, recuperando la compostura. Había sufrido dolores mucho más terribles. Simplemente la había cogido por sorpresa. Esbozó una mueca que podía ser una sonrisa mientras se rozaba el espacio de donde había nacido su dedo. ¿Qué era un meñique para alguien que iba a perderlo todo esa noche? La respuesta le llegó con la serenidad que correspondía a sus años y su sabiduría: era el comienzo de algo ya inevitable. A su espalda, Sakura seguía durmiendo. Fuera, alguien más se acercaba. Una mujer joven. Se detuvo ante la casa, pero no hizo ademán de entrar. En lugar de ello, se inclinó sobre el cadáver, con curiosidad. Después extendió una mano y le quitó la máscara de hockey. La contempló durante más de un minuto a la luz de la farola, en silencio. Finalmente se la puso. Y se fue. Pero los siguientes no se fueron.

Llegaron entre ruido de acero contra el asfalto y gritos de guerra. Debían de ser casi veinte, y coreaban una única palabra que Hisako no entendía y que parecía ser el nombre de su líder. Rokar. Rogar. No podía distinguirlo entre el estruendo. Algunos llevaban barras de metal, otros mazas improvisadas con pinchos, pero la mayoría portaban hachas. Sólo el cabecilla iba desarmado, porque él era su propia arma. Gigantesco, hinchado, ensangrentado. Las manos de sus anteriores víctimas se sacudían en su cinturón a cada paso que daba, y su cohorte le seguía coreándolo. Cuando llegaron a la altura de la puerta, se detuvo levantando un puño. Su hueste cesó los gritos al instante, y centraron sus ojos brutales y codiciosos en el punto que indicó su líder. Lanzó un rugido y los demás bárbaros hicieron chocar sus armas contra el suelo, iluminándolo con las chispas que arrancaba el acero. Lanzó un nuevo rugido y los veinte cargaron contra la puerta. Ninguno la alcanzó. El que iba más adelantado se transformó en una abominación reptiliana delante de los ojos del que iba segundo, así que este le clavó el hacha entre los omóplatos. El que iba tercero, sorprendido, levantó su maza sin saber bien qué hacer, pero se había convertido en una serpiente, así que la dejó caer. El siguiente trató de cercenar la cabeza de la víbora que comenzaba a trepar por su tobillo, amputándose el pie en el intento. De un modo u otro, todos fueron cayendo. El último fue el líder, que se abrió las entrañas con sus propias manos en busca de la pequeña culebrilla que había visto penetrar por su ombligo. Al otro lado de las cortinas, Hisako respiró profundamente mientras las oleadas de dolor iban remitiendo. No se molestó en contar cuántos dedos había perdido. No demasiados. También se había consumido una de sus orejas. Y algo más en su interior. No había vuelta atrás. Los cadáveres se acumulaban frente a su puerta, y sólo servirían para atraer más rápido a los siguientes atacantes. La anciana se preguntó cuántas oleadas más podría resistir. ¿Dos? ¿Tres?

Al final fueron cuatro. Los Acaparadores sólo buscaban objetos de valor, y tras despojar a los cuerpos de la puerta de cualquier cosa remotamente útil, se alejaron en

cuanto el primero de ellos se apuñaló en un ojo. Los Vendedores de Carne tiraban de una larga cadena de hombres y mujeres de mirada perdida, y parecían tener prisa; aun así, uno de ellos se acercó a la puerta y fue abatido por un disparo de uno de sus compañeros, que no supo explicar con claridad por qué le había atacado, y pasó a engrosar la fila de cautivos antes de que partiesen. Los Desgarradores llegaron profiriendo obscenidades, e hicieron tres intentos antes de que todos yaciesen esparcidos por el suelo. Una figura solitaria se detuvo un instante al otro lado de la calle. Iba acompañada de un grupo dispar y temeroso, que la seguía como corderos. Sin embargo, un par de los corderos se separaron del rebaño y dieron unos pasos vacilantes hacia los muertos y la puerta que había junto a ellos. Cuando se mutilaron con las armas que había por el suelo, el resto del rebaño continuó su avance, e Hisako supo que no podría crear más ilusiones. Ya sólo le quedaba un recurso. Lentamente, casi sin poder sostenerse, se acercó hasta Sakura para despertarla suavemente, y la anciana sintió como si su cuerpo fuese a desvanecerse en cualquier momento, igual que una figura de papel a punto de ser desgarrada por el viento. La muchacha se despertó desorientada y se quitó los cascos.

—Pronto llegará el momento —le susurró—. Ve a recoger el regalo del Cazador.

Sakura asintió y se deslizó hasta su cuarto. Unos segundos después regresó con el *tanto*.

—Pronto estarás sola —continuó Hisako—. Defiéndete. Usa todo lo que tengas. Todo lo que sepas. Y cuando no puedas más, llámalo.

La muchacha no contestó, sólo le devolvió una mirada gélida y se sentó en el suelo, con el cuchillo en la mano. Volvió a ponerse los cascos. La anciana no dijo más. No tenía fuerzas. Y la frialdad de su nieta, su odio tal vez, era simplemente otro de los precios que tenía que pagar. Afortunadamente, sólo le quedaba el último precio. Había vivido más años de los que esperaba, y muchas más cosas de las que habría deseado. No era una perspectiva realmente desagradable. Sólo una cosa la enturbiaba.

—Resiste, Sakurachan —insistió, aunque llenar los pulmones era una tarea titánica. Si es que aún tenía pulmones—. Resiste y él vendrá.

No sabía si la había oído. No había tiempo para saberlo. Había llegado el Hombre de Blanco, e Hisako supo que sería el último. Avanzaba con precaución, con una sonrisa gélida en los labios y un afilado escalpelo en una mano. No era como el resto. Mientras que en los otros la violencia o el miedo o el deseo fluían descontrolados, en su interior todas esas emociones habían adoptado una forma, habían cristalizado en algo. Algo que había reconocido a Sakura y la buscaba para consumirla. No lo lograría. El Hombre de Blanco contempló los cadáveres y los sorteó con extremo cuidado, sin pisar ninguno. Al otro lado de la cortina, la anciana buscó unas fuerzas que no tenía para lanzar una última ilusión. El Hombre de Blanco lo percibió. Con absoluta precisión, sin dudar un segundo, sin que el pulso le temblase lo más mínimo, hizo girar el escalpelo y se sacó los ojos.

—Ningún truco puede vencerme, anciana. —Sus palabras llegaron a través de la puerta con total claridad—. Entrégame a la chica y consúmeme. O contempla cómo la destruyo antes de consumirte.

El Hombre de Blanco dejó caer los globos oculares ensangrentados y dio un paso más, y luego otro. Colocó una mano sobre la puerta. Estaba cerrada, pero no resistiría mucho. Se dispuso a empujarla, pero entonces le sobrevino un dolor agudo en el estómago y un acceso de tos. Tosió con fuerza, doblándose del esfuerzo, y a la tos le sucedió una arcada, y luego otra. Finalmente, el vómito inició su ascenso por la garganta y comenzó a salir, pero incomprensiblemente no cayó al suelo, sino que se quedó colgando de su boca, atravesado en su garganta. No podía ver lo que sucedía, así que tanteó, y lo que tanteó se enroscó en su mano y le mordió. Serpientes. Tenía serpientes en el estómago. Sintió otro dolor agudo en el vientre, mucho más intenso, y cayó al suelo retorciéndose. Tenía serpientes en el estómago, y se lo estaban comiendo por dentro. Quiso gritar, pero tenía la garganta obstruida. Quiso incorporarse, pero algo estaba ocupando también sus intestinos y pugnaba por salir de ellos. Luego dejó de querer moverse, aunque su cuerpo, ya sin vida, siguió ondulando y retorciéndose bastante tiempo.

En el interior de la casa, Sakura bajó la vista un instante para manipular el reproductor de música, y cuando la volvió a levantar Hisakosan no estaba. Simplemente no estaba. Se incorporó de un salto y miró hacia todos lados bajo la escasa luz que penetraba por las ranuras de las cortinas. Se había desvanecido. No. Se había deshecho. En el lugar donde se había alzado unos instantes antes reposaban sus ropas, vacías salvo por una fina capa de polvo que empezaba también a disolverse, empujado por un viento invisible. Estaba sola. Y eso era lo mejor que podía sucederle esa noche, pero no duraría. Sin soltar el *tanto* en ningún momento, recogió las ropas de su abuela y las dobló cuidadosamente. Aún la odiaba, pero sabía que si sobrevivía, ese sentimiento desaparecería con el tiempo, así que depositó ese recordatorio de su sacrificio sobre su cama y regresó junto a la ventana. Atisbó la calle al otro lado de las cortinas, y se sintió desfallecer al ver la pila de cadáveres que había junto a su puerta. Una serpiente parecía estar saliendo de uno de ellos. Sintió el comienzo de una arcada, pero la reprimió y desenvainó la daga. Resistir. Pedir ayuda. Sobrevivir. Sobre todo, sobrevivir. Sin eso, nada tendría sentido. Se sentó en la silla que antes había ocupado Hisakosan, y aguardó.

22. Hacia el vórtice

La Ciudad, ahora.

—Entonces ¿tienes claro hacia dónde vamos?

Aunque la respuesta era evidente, el Torturador no pudo evitar hacer la pregunta. Al fin y al cabo, la esencia de la Cazadora había pasado mucho tiempo fragmentada, y la ciudad no estaba como para vagar a la deriva por ella.

—Sí —fue la lacónica respuesta.

—¿Y sabes también cómo llegar hasta ese lugar?

Ivo se detuvo y le lanzó una mirada inexpresiva, pero el Torturador podía percibir su esencia más allá del cascarón de carne. Era la Cazadora, pero no lo era. El mundo de los soñadores la había cambiado.

—Si te refieres a si conozco el nombre de la calle —dijo tras una larga pausa—, la respuesta es no. Pero no sabía que te hubieras vuelto tan exquisito. Llegaremos.

—Es todo lo que necesito saber —contestó el Torturador encogiéndose de hombros.

No tenía sentido seguir con el tema. En el peor de los casos, suponiendo que Ivo Lain fuese realmente el que mandaba y no la Cazadora, tampoco tenía una opción mejor. Así que no había más remedio que atravesar la tormenta con el navío que tenía. O mejor dicho, ir hasta su mismo corazón.

—¿Notas lo que está pasando? —preguntó la Cazadora unos metros más adelante—. ¿Percibes cómo se mueven?

El Torturador asintió.

—Se están reuniendo. Algunos puede que incluso se estén transformando. —La sombra de incomprensión en el rostro de Ivo fue todo lo que necesitó para continuar la explicación—. El Reino tiene sus reglas. No todas hechas por nosotros, pero son sus reglas. Allí, todo forjador que entra lleva consigo sus deseos y temores, pero estos acaban siendo clasificados en uno de los aspectos que encarnan los Señores. Que encarnáis. Aquí, con toda la mierda rezumándoles por los orificios, era inevitable que comenzase a suceder lo mismo. Tal vez sea un forjador con una voluntad más fuerte, o alguien en el que los deseos se enfocan de un modo concreto, o simplemente el azar, pero están eligiendo a sus propias encarnaciones de los señores: su dragón, su cazador, su bestia, su oscuridad, su laberinto, su reina.

—¿Y su torturador y su víctima?

—Eso lo llevan ya todos dentro de un modo u otro. —Suspiró—. Probablemente comiencen a agruparse en torno a estos aspirantes a señores, y los distintos dragones, y bestias y lo que sea lucharán entre sí hasta que sólo quede uno de cada.

—¿Y entonces?

El Torturador esbozó una sonrisa cansada.

—Ni idea. Pero deberíamos poder estar de vuelta en casa mucho antes de que eso suceda. En cuanto la Reina vuelva, abriremos las Puertas y todo habrá sido sólo un mal sueño. Un mal sueño con algunos miles de muertos, claro.

—Haberlo pensado antes —susurró la Cazadora antes de indicarle que se detuviese con un gesto.

Unos segundos después, el Torturador oyó el ruido de pasos y conversación. Se encontraban en una calle estrecha, salpicada de pequeñas tiendas que todavía permanecían más o menos intactas tras las rejas de los escaparates, y que unos metros más adelante desembocaba en lo que parecía ser una pequeña plaza protegida por unos grandes castaños. La Cazadora le indicó que siguiesen avanzando en silencio, y a unos pasos pudo distinguir las formas que colgaban de las gruesas ramas. Las farolas estaban rotas, pero una gran hoguera en el centro de la plaza daba la luz suficiente como para ver con claridad los cuerpos desnudos que se balanceaban en sogas. No es que fuera especialmente original, pero tenía cierto toque primitivo y fresco en medio de los edificios de ladrillo y hormigón.

—¿Damos la vuelta? —susurró el Torturador.

—Que la den ellos.

2

Bajo los árboles, él era el señor. Bajo los árboles no había escapatoria, como atestiguaban los cuerpos de los que habían intentado huir. Podía haberse limitado a ordenar que los encadenasen, o que les partiesen las piernas, pero eso no habría reflejado tan bien la idea que deseaba transmitir: desesperación. Una vez que alguien pisaba la sombra de sus árboles, no había escapatoria. Parecería que sí, por supuesto, pero no era verdad. En eso residía su don: en crear una esperanza y luego arrebatársela del modo más cruel. Por supuesto, no lo había entendido hasta esa mañana, cuando todavía era Ahmed Lagrich, el tratante de antigüedades. Había tenido atisbos, por supuesto, como la inmensa satisfacción de prometerle un gran precio por un objeto a esos vendedores que acudían a él acuciados por la necesidad, y después, entre disculpas y gestos de contrición, no dejarles otra opción que aceptar sólo una cuarta parte del dinero que les había prometido. O cuando aseguraba a una de sus hijas que podría ir a algún sitio, y después, fingiendo que había olvidado lo dicho o que ella le mentía, castigarla por tratar de escaparse a sus espaldas. Sí, había tenido atisbos. Pero sólo cuando pisó la plaza y se sentó a descansar en ella mientras el sol se ponía y las sombras cubrían la ciudad, comprendió realmente su misión. Después todo había sido fácil. Sus palabras tenían poder, y bastantes acudieron en busca del

sufrimiento que les ocasionaba. Otros ansiaban causar sufrimiento por ellos mismos, pero carecían de guía y de propósito, así que también llegaron hasta él. Ahora sus dominios contaban con guardias, esclavos y sirvientes. Y él era el señor. Se movió para acomodarse, y los esclavos que le servían de asiento lanzaron gemidos de dolor. No era un hombre especialmente grueso, pero llevaban mucho tiempo sin cambiar de postura. El trato era que si le servían bien como asiento durante una hora, los dejaría libres. Si no, los colgaría. Lo que no sabían era que «servir bien» era un término ambiguo. Al cabo de diez o quince minutos diría que eran incómodos y haría colgar a uno, para después dejar que los otros tres pensasen cómo podían volverse más cómodos en la siguiente media hora.

—Señor... —La voz de su capitán le sacó de sus agradables reflexiones—. Hay dos desconocidos en la frontera. Dicen que van a cruzar.

—Que entren, que entren. —Ahmed sonrió. Había reglas. Él las había creado, pero eran reglas, y la primera era que no tenía poder sobre nadie que no entrase por su propio pie en sus dominios—. Traedlos ante mí.

El guardia se despidió con una inclinación de cabeza, y apenas un minuto después regresó con los dos cautivos. Sólo que no parecían cautivos. Uno tendría algo más de cuarenta años, estaba en buena forma y tenía una expresión sarcástica, como si todo (los cadáveres, el trono vivo, él mismo) no fuera más que una gran broma que sólo él entendía. El otro era algo más joven y completamente inescrutable, inexpresivo. Las dos cosas le desagradaron. Ninguno parecía tener miedo para explotarlo. Ninguno parecía tener esperanzas que extinguir. Pero pronto tendrían miedo de sobra, y sólo la mínima esperanza necesaria para que su destrucción fuese más dulce.

—Bienvenidos —dijo incorporándose, lo que provocó algunos sollozos y gemidos de dolor bajo él—. Soy Ahmed Lagrich, señor de estos dominios. Y como visitantes en él, sois mis invitados. ¿Qué es lo que os trae hasta este rincón de la ciudad?

Fue el sarcástico el que contestó:

—Vamos a cruzar la plaza.

No era una petición, y eso le molestó aún más.

—Mi plaza —corrigió, e hizo un pequeño gesto a su capitán, que a su vez indicó a sus guardias que tomasen posiciones alrededor de los prisioneros.

—La plaza.

Sintió como la furia le ascendía por la garganta. «Perros estúpidos».

—¿Cómo te atreves? —rugió—. ¿No sabes quién soy? ¿No ves quién soy?

Con un amplio gesto abarcó los cuerpos que colgaban de los árboles, los guardias sedientos de sangre, los esclavos atemorizados. Su dominio.

—Lo sé perfectamente —respondió el otro con una voz suave, pero que resonó por toda la plaza—. Eres una mala copia de la Oscuridad; tan mala, que si él apareciera aquí te mearías en esa silla de carne que te has construido. Ahórrate disgustos y cállate la boca. Nosotros sólo estamos de paso.

Como pudo, Ahmed logró tragarse las ganas de gritar insultos y maldiciones. No era digno de él. Chasqueó los dedos y los guardias empuñaron sus armas.

—Nadie sale de mis dominios sin mi permiso —siseó—. Cogedlos, pero no los matéis. Todavía.

Tenía diez guardias. Podía permitirse esos lujos.

—Como quieras.

El irrespetuoso se encogió de hombros, y dio un paso atrás para situarse detrás del silencioso.

Entonces todo dejó de tener sentido. Los guardias avanzaron. El silencioso sacó un cuchillo de la nada, y la primera mano que ya se extendía hacia él se retiró con tres dedos y medio menos. Probablemente el guardia gritó, pero Ahmed estaba sumido en una especie de bruma sin sonido. Todo parecía moverse a cámara lenta. Todo menos el silencioso. Él era un relámpago plateado de muerte. Un corte. Una puñalada. Un golpe. Un derribo. Otro corte. Cuando sólo quedaban seis guardias en pie quiso gritar que lo mataran, que no intentasen cogerlo. Que alguien sacase una maldita pistola y lo matara. No tenía claro si llegó a decirlo o no, pero uno de los guardias comenzó a sacar su pistola. Y se quedó sólo en eso, en el intento. Luego el silencioso pasó a alternar los cortes y los golpes con los disparos, y durante todo el tiempo su compañero estaba siempre detrás de él, inalcanzable, como una sombra sigilosa. No podía estar pasando. Pero pasaba. Cuando sólo quedaban dos guardias de pie, cerró los ojos. No quería verlo, porque sabía qué vendría detrás. Mientras aguardaba, se preguntó si tendría la suerte de que le pegasen un tiro, o al menos de que le cortasen la garganta rápidamente. No quería que lo ahorcasen. Ahorcado de sus propios árboles. También sabía que podían hacerle cosas mucho peores, él mismo las había ordenado hacer esa noche. Aun así, lo que más le dolía no era saber que iba a morir. Era haber pensado que realmente era el señor. Con los ojos cerrados, lloró y aguardó. Pero nadie vino a por él. Al final abrió los ojos y contempló los cadáveres en el suelo, y los esclavos que le observaban con mirada vacía. Se habían ido. Realmente se habían ido.

—Bien, asiento... —Tuvo que carraspear para aclararse la garganta—. Me habéis servido casi bien, así que os daré una última oportunidad. Si sois capaces de actuar como guardias lo que queda de noche, viviréis para ver la luz del día.

Se incorporó e hizo un gesto a los esclavos que había tenido debajo, que comenzaron a levantarse entre muecas de dolor. Ahmed inspiró con fuerza, y el pánico de unos instantes antes se fue disolviendo rápidamente. Era su dominio. Era el señor. En silencio, los nuevos guardias cogieron las armas que prefirieron de sus predecesores. Uno de ellos ordenó a un par de esclavos que limpiaran el suelo y los otros se situaron a su lado, con una mirada decidida en el rostro. Aún había mucha noche por delante, e iba a disfrutarla.

Ivo limpió el cuchillo en un charco que se había formado al romperse una boca de incendios de un hotel, y lo secó en un pedazo de ropa más o menos limpio de sangre del guardia de seguridad de ese mismo hotel, que yacía con la cabeza en el charco.

—La cosa irá empeorando conforme nos acerquemos al vórtice —dijo mientras se incorporaba, guardando el cuchillo en la cintura del pantalón.

—Era de esperar —repuso el Torturador, sentado en los escalones de la entrada—. Repítame por qué tenemos que cruzar la maldita ciudad andando en vez de ir en mi estupendo quad. Me duelen los pies. Tener cuerpo es una mierda.

—Ya te he dicho que no hace falta que vengas conmigo. —De hecho, Ivo se lo había dicho tres veces. No podía ayudarlo. Es verdad que tampoco le molestaba, pero no podía ayudarlo. Pero era testarudo—. En ese envoltorio no eres más que un humano. Por eso te duelen los pies. Y si te hieren, morirás.

—En ese caso, lo sentiré mucho por Mark —repuso levantándose con una mueca de dolor—, pero ya hemos tenido problemas una vez. Esto no se había hecho nunca. Y sí, ahí dentro está la Cazadora, pero también eres Ivo. Quién sabe qué sucederá antes de que acabe la noche.

—Encontraré a mi presa. La mataré. Regresaremos al Reino. Eso es lo que pasará.

—Pues que pase pronto. ¿En marcha?

Ivo asintió y comenzó a andar de nuevo. En realidad comprendía las dudas del Torturador. La segunda piedra le había entregado los recuerdos y los conocimientos de la Cazadora. Con lo cual podría decirse que era la Cazadora. Pero no era así. Su cuerpo se había transformado sin una mente que lo guiase y se había convertido en algo distinto. Era Ivo Lain, el Ivo que había despertado en la habitación mirando el techo. Antes había sido la Cazadora, y probablemente volvería a serlo después. Pero ahora era Ivo. Era cierto que compartía los objetivos de la Cazadora, y su esencia, y llevaría a cabo su misión. Pero mientras era sólo Ivo había tomado decisiones, había establecido alianzas y había forjado juramentos, todo ello acciones que la Cazadora nunca habría llevado a cabo, y que le cobrarían su precio antes del amanecer. A su espalda, el Torturador comenzó a silbar una canción.

—Ir en silencio sería más seguro —indicó Ivo tras unos minutos.

—¿No dijiste hace un rato que fueran ellos los que dieran la vuelta?

En ese momento les atacaron. Ivo oyó una serie de zumbidos bajos y supo que el peligro venía desde arriba. Estaban cruzando una calle que discurría entre series de edificios residenciales altos, con las grandes puertas de los garajes intercaladas entre los portales y mucho sitio para refugiarse, así que eso fue lo que hizo, desplazándose velozmente hasta situarse tras una columna de un soportal. Al verse solo en mitad de la calle, el Torturador miró confuso hacia un lado y otro, mientras los clavos de una

pistola automática seguían cayendo sobre él. Era cuestión de segundos que uno le acertase. Ivo saltó en su dirección; lo derribó y rodaron ambos por el suelo tratando de alejarse de la lluvia de acero. Un segundo zumbido más próximo surgió del lado opuesto de la calle. Había varios tiradores y ninguna calle lateral próxima.

—¿Arriba o abajo? —preguntó el Torturador.

—Arriba.

Ambos cruzaron de nuevo la calle, corriendo hacia el portal más próximo, que estaba cerrado por una puerta de aluminio y cristal. Sin detenerse en ningún momento, Ivo lanzó todo su peso contra ella, pero no hubo resistencia. La puerta se abrió fácilmente en cuanto entró en contacto con ella, como si sólo hubiese estado encajada. Justo entonces supo que era una trampa, pero llevaba demasiada inercia para detenerse. Los cables saltaron en cuanto puso el primer pie en el suelo de la entrada, así que no tuvo más remedio que saltar. Un afilado cordón de acero le rozó la cabeza, y otro le produjo un tajo profundo en el brazo derecho, pero lo peor se lo llevaron las piernas. La fuerza había hecho que arrancase el alambre inferior, y ahora lo tenía enrollado en torno al tobillo izquierdo, incrustado prácticamente hasta el hueso. Cargando el peso sobre el otro pie, trató de rodar y levantarse, pero el metal le mantenía sujeto a la pared.

—¡No cierres! —gritó, pero el Torturador ya estaba detrás de él, empujando la puerta con fuerza.

La cerradura se cerró con un chasquido a sus espaldas y una reja metálica comenzó a descender, cortando cualquier remota posibilidad de volver a la calle por ese camino.

—Mientras más avanzas, más perdido estás —susurró el Torturador cuando la reja tocó el suelo.

En el exterior, la lluvia de clavos había terminado.

Ivo tiró sin miramientos del cable del tobillo, hasta que logró liberar el pie. Al instante la brutal herida comenzó a cerrarse.

—El Laberinto.

—Digamos que un buen aprendiz —repuso el Torturador—. ¿Forzamos la puerta?

Ivo dio un paso cojeando, y luego un segundo paso ya sin cojear, avanzando hacia el interior mientras sacaba el cuchillo.

—Que lo hagan ellos.

—Como quieras.

El Torturador le siguió iniciando de nuevo su silbido.

La siguiente trampa de cables se disparó en cuanto pusieron el primer pie en la escalera, pero el cuchillo fue más rápido, y los alambres se desplomaron inofensivos a su lado. Tras ellos no hubo más trampas, pero se iniciaron los ataques sorpresa, que también terminaron cuando hubo media docena de cadáveres en los escalones. Aun así, en el noveno piso el Torturador le pidió que se detuvieran.

—Sólo será un momento —dijo mientras recorría el pasillo, hasta detenerse

delante de la puerta de un apartamento y llamar al timbre.

Unos segundos después oyeron el sonido de las cerraduras, y les abrió un hombre de unos treinta años, con gafas y pelo corto y desordenado. Mordisqueaba un bolígrafo y tenía arrugados bajo el brazo lo que podrían ser los planos del edificio.

—¿Cómo...? —empezó a hablar, pero el Torturador le silenció con un gesto.

—El Laberinto no es esto —le susurró al oído—. No es cables, ni amputaciones, ni esas estupideces de las películas de «terror». El Laberinto significa que, por mucho que lo intentes, no vas a conseguirlo. Que hay alguien más listo que tú, y está ahora mismo a tu espalda, a punto de matarte.

El hombre se dio la vuelta velozmente y su suspiro de alivio fue audible cuando vio que detrás sólo estaba la habitación vacía.

—No había... —empezó a decir dándose la vuelta, pero se encontró con el rostro de Ivo a un par de centímetros del suyo, y la frase murió en sus labios mientras la orina descendía entre sus piernas.

Vio el cuchillo ensangrentado ascender y cerró los ojos. Sintió la presión de la parte plana del metal sobre su hombro. Una vez. Dos veces. Luego nada. Cuando abrió los ojos, se habían marchado, dejando tras de sí sólo una mancha de sangre en su ropa.

Tres pisos después alcanzaron la azotea.

—Allí —señaló Ivo.

Era un edificio como otro cualquiera, a unas seis manzanas de distancia. El Torturador sintió la energía que emanaba de él en cuanto lo miró, y no había sido el único. Todas las calles que lo rodeaban estaban repletas de grupos de gente. Todos avanzaban hacia el mismo lugar. Aunque sólo las dos figuras de la azotea sabían por qué.

23. Sombra

La Ciudad, ahora.

Llevaba diez minutos con la mochila colgada del hombro y la mano en el pomo de la puerta, quizás más, pero era incapaz de abrirla. La pregunta que se repetía una y otra vez, siempre que comenzaba a girar el picaporte, era la misma. «¿Qué piensas hacer, Sombra?». Y de nuevo se detenía. Mentalmente ya había llevado a cabo el plan cien veces: salir de casa, ver si era posible coger el metro, recorrer las calles hasta el club en el que trabajaba Olena. Una vez en él, subir hasta su habitación, confiar en que siguiera allí, cogerla. Salvarla, quizás. Y luego buscar un rincón seguro, ver si era posible regresar a su casa. Y esperar el amanecer. Sencillo, directo, heroico. El problema era que Sombra sabía perfectamente que no era un héroe, y entonces empezaban los «¿y si...?». ¿Y si no había ninguna ruta que pudiese atravesar sin peligro? ¿Se enfrentaría a ellos o regresaría a casa? ¿Y si Olena ya no estaba allí? ¿Seguiría buscándola o volvería a casa? ¿Y si Olena no quería irse con él? ¿La convencería o la obligaría, o volvería a casa? Y si al final todo le conducía a volver a casa derrotado, ¿por qué intentarlo? Aun así, seguía en la puerta. Aun así, volvió a girar el picaporte. La ciudad estaba en silencio. Los gritos se habían reducido hasta desaparecer hacía ya algún tiempo. ¿Y si Olena estaba ya muerta? «Vendré a por ti — le había dicho antes de despedirse la noche anterior—. Si sigo vivo, vendré a por ti». No lo había pensado. Lo había dicho sin más. Entonces se planteó el «¿y si...?» más terrible, el que llevaba toda la noche aguardando. ¿Y si Olena le estaba esperando? La calle seguía en silencio. Sintió como un escalofrío de miedo le recorría la espalda. Abrió la puerta.

La ciudad mostraba los restos de una guerra. Pequeña, limitada y mezquina, pero una guerra. Nada más bajar los escalones, tuvo que sortear una barricada improvisada construida con los puestos que antes habían ocupado la calle. Los dos cuerpos desmadejados que había tras ella indicaban que no había sido suficiente. Sombra escrutó la acera en dirección a la boca de metro. Aparentemente todo estaba despejado. Aun así, cerró los ojos para extender su consciencia. Con un suave deslizamiento, separó ligeramente su forma astral, sólo un instante, lo justo para prolongar sus sentidos hasta la escalera que se sumergía bajo la piel de la ciudad. Al momento se retiró. Allí sólo había muerte y oscuridad, con una intensidad abrumadora. No tomaría esa ruta. Rápidamente optó por el sentido opuesto y comenzó a andar. En el fondo, siempre había tenido claro que, si se atrevía a salir, atravesaría el parque. El verdor era su único refugio ahora. Las calles sólo eran trampas de hormigón y asfalto. Sin saber por qué, echó a correr, como si la oscuridad del metro hubiese salido en su persecución, pero todo estaba tranquilo a su espalda.

Sólo cuando hubo recorrido un par de manzanas se detuvo para recuperar el aliento. A su alrededor la noche seguía tranquila, así que se quitó la mochila y se dejó caer en el escalón de un portal para comprobar que con la carrera no se hubiese dañado nada del contenido. Todo seguía en orden. Las cajas cerradas, los textos a salvo, el cuchillo en su funda. Durante un momento meditó si sería mejor buscar un lugar más resguardado, pero desde donde estaba podía ver una buena extensión de calle, así que prefirió no moverse de nuevo hasta que tuviera las cosas más claras.

Echar a correr había sido una estupidez, y lo sabía. Podría haberse dado de bruces con cualquier cosa. Pero llevaba demasiado tiempo alimentando sus miedos antes de cruzar la puerta, y le habían estallado en la cara. No podía permitírsele de nuevo. Cogió de la mochila un mapa del centro y lo desplegó sobre el rellano del portal. Encontrar el péndulo le costó un poco más, pero al final apareció. Por último, desenganchó la pequeña brújula plateada que llevaba en el llavero y orientó el mapa correctamente. Cuando todo estuvo en su sitio, lanzó una última mirada preocupada a ambos lados de la calle, y se concentró en el péndulo. En cuanto la cadena quedó libre, notó como las líneas de energía se acumulaban con enorme intensidad en un único punto concreto. «Y va aumentando», pensó. La marea había barrido la ciudad, y ahora todo estaba reuniéndose en un único sumidero. Aún quedaba por ver si era para desaparecer o para entrar en erupción. No conocía mucho la zona del vórtice. Edificios residenciales de nueva construcción, creía recordar. Afortunadamente, lejos de la ruta que pensaba seguir. Sombra se permitió una sonrisa mientras recogía los objetos y volvía a guardarlos en la mochila, pero enseguida se le borró. ¿Y si...?

2

La siguiente pausa la llevó a cabo cuando alcanzó la linde del parque. Había recorrido unas diez manzanas a pie, pegado a los muros y lo más silenciosamente posible, pero el par de veces que se había cruzado con alguien habían sido las protecciones que había tejido sobre él lo que le había mantenido a salvo. Las miradas pasaron sobre él, fijándose en la mancha de sangre que había en ese momento en el muro sobre su hombro derecho, o en la luz que acababa de encenderse en la ventana que quedaba sobre su cabeza. Sombra había tenido mucho cuidado de que sus protecciones estuvieran enfocadas a desviar, nunca a reflejar ni a bloquear. Esa noche tenía que ser aire, y de momento lo estaba consiguiendo. Ahora, ante él se extendía una suave ondulación de hierba salpicada de pinos dispersos y algún que otro banco. La mayoría de las farolas seguían encendidas, con lo cual, en cuanto se internase en el parque estaría mucho más expuesto de lo que se había encontrado hasta ahora, pero él también podría ver a cualquiera que se acercase, y había árboles, y cielo sobre su

cabeza, no pisos y pisos de ventanas que podían ocultar toda clase de ojos interesados. En realidad debería sentirse más a salvo. Pero no era así. En cuanto puso un pie sobre la hierba, percibió el sufrimiento que recorría todo el verdor. La sangre había calado hasta las raíces. De hecho, la sangre se había derramado muy cerca. Con cuidado, Sombra fue avanzando en la dirección de la mancha de sufrimiento más cercana, y no necesitó recorrer ni veinte metros para poder ver el cuerpo. Probablemente, los cuerpos. Había restos de un hombre de mediana edad, y puede que de una chica. Parecía como si los hubiesen desmembrado a base de fuerza bruta y después simplemente los hubiesen dejado allí. No pudo evitar contemplarlos con cierta curiosidad morbosa. ¿Se habían resistido? ¿Habían acudido como corderos al matadero? ¿Había sido un enfrentamiento o una cacería? Entre las vísceras le pareció ver un brillo metálico, y cuando se acercó un poco más pudo ver que había una pistola sobre la hierba. La recogió con cuidado, pero era innecesario, ya que le habían quitado el cargador. No, no se habían resistido. Desplazó los restos tratando de no mancharse mucho el zapato, pero el cargador no parecía estar por allí. A su alrededor todo seguía tranquilo y sin nadie a la vista. Sacó el péndulo. Encontrar objetos en las inmediaciones era el ejercicio más básico, prácticamente un entrenamiento, pero había demasiados ecos en el parque que interferían continuamente con su concentración. Respiró hondo, sujetó la pistola con la mano izquierda y dejó caer la cadena del péndulo de modo que rozase el cañón. Se concentró y el cuarzo comenzó a oscilar. A la izquierda. Un poco más. Un poco más a la izquierda. No, no tanto. Allí estaba. Recogió el cargador del suelo y trató de introducirlo en la pistola. Era la primera vez en su vida que cogía un arma de fuego, pero tampoco tenía mucha ciencia. Después buscó el seguro. En las películas, el pardillo novato siempre se olvida de quitar el seguro, y por eso muere. Y Sombra no tenía intención de morir esa noche. Una vez que tuvo claro dónde quedaba cada cosa, la guardó en la mochila, sin hacer el típico gesto de apuntar. Era el último recurso si todo lo demás fallaba, y no se sentía más seguro ni más hombre por llevarla. Más bien todo lo contrario. Antes de marcharse, regresó hasta la masa de restos. Le intrigaba saber por qué llevaba pistola uno de los muertos. ¿Era guardia de seguridad? ¿Policía? ¿Un criminal? Tratando de mover la menor cantidad de carne posible, buscó una cartera o una placa. Allí estaba. No pudo evitar una sonrisa. Él con una pistola de policía. Cuando volviese a casa, tenía que escribir a algunos viejos amigos. Se llevarían una grata sorpresa. Si volvía a casa, claro. Levantó la mirada y observó con detenimiento la extensión del parque. Aparentemente, todo seguía tranquilo. Se levantó y siguió andando.

3

Tras el parque, había recorrido una serie de calles amplias, también salpicadas por los estragos de la noche. Había preferido siempre avenidas antes que calles estrechas, porque sus protecciones funcionaban mejor cuando había muchos elementos para distraer la atención, pero afortunadamente no le había vuelto a hacer falta confiar en ellas. Las calles estaban desiertas. Todo estaba concentrándose en el mismo punto. O casi. No obstante, los sonidos de la vida comenzaron a reaparecer conforme se aproximaba al club. El edificio donde trabajaba Olena se encontraba en la periferia del casco antiguo, y había sido reconvertido de mansión venida a menos a local de alterne. En la planta baja estaba el bar; en las dos plantas superiores, los dormitorios. Ocho o diez en total, Sombra no estaba seguro. Olena siempre trabajaba en la primera planta, y la verdad era que nunca había subido a la segunda. De hecho, Olena era la única prostituta con la que había estado. No lo había planeado, simplemente sucedió. Acababa de entregar un encargo en una casa cercana, era de madrugada, y estaba cansado y solo. Sobre todo solo. Así que entró en el club, se pidió una cerveza, y ella se sentó a su lado. Luego las cosas simplemente sucedieron. Y más adelante, lo puntual se fue convirtiendo en costumbre. Mientras daba los últimos pasos hasta la puerta de entrada, Sombra trató de hacer memoria. Llevaba casi cinco meses viéndola, y podían haberse visto ya casi treinta veces. Treinta horas. Poco más de un día. ¿Suficiente como para jugarse la vida? Al parecer, sí.

Habían colocado un macabro adorno junto a la puerta de metal: dos hombres ahorcados, colgando de cuerdas sujetas a las ventanas del primer piso. Uno era cincuentón, gordo y peludo; el otro, algo más joven y calvo. Ambos estaban desnudos y tenían regueros de sangre seca en las piernas que surgían de su entrepierna. Sombra supuso que les habrían cortado los genitales, y decidió quedarse con la suposición antes de inspeccionar más los cuerpos. ¿Qué más le daba a él si se los habían cortado o arrancado? La pregunta era qué significaba eso para las chicas del interior. ¿Alguien había purificado el lugar? ¿O alguna de las chicas había sacado la bestia interior? Con precaución, colocó la oreja sobre el metal de la puerta, pero todo parecía estar silencioso al otro lado, así que no tuvo más remedio que tomar aire y empujarla lentamente. La hoja se abrió con un tenue chirrido, y la luz ambarina del interior le bañó. Al otro lado, una sala desierta le recibió. Desierta, pero no intacta. Las mesas estaban volcadas, y los vasos y las botellas esparcidos por el suelo. No había cadáveres a la vista, pero todavía quedaba mucho edificio por ver. Sombra avanzó hacia la puerta que daba a la cocina, tratando de hacer el menor ruido posible, aunque la infinidad de cristales del suelo se lo ponía bastante difícil. Cuando hubo sorteado la mayor parte del trayecto, comenzó a llegarle el olor a carne asada. Era un olor apetitoso, pero Sombra no se engañó. Tal como había transcurrido la noche, lo más probable era que la carne tuviese nombre y permiso de conducir unas horas antes. Sólo lanzó un vistazo rápido desde el marco, para cerciorarse de que el interior estaba vacío, y dejó que la comida siguiese su curso mientras él inspeccionaba la parte de atrás de la barra. También estaba despejada. Miró con recelo la escalera.

Luego la puerta de salida. Pero ya había llegado demasiado lejos como para echarse atrás, así que se aproximó hasta los escalones y miró hacia arriba.

Las luces del pasillo del primer piso estaban encendidas, como siempre durante la noche, pero dado que había dos tramos de escalones no alcanzaba a ver el pasillo superior sin entrar. Normalmente, justo al final de ese segundo tramo se encontraba Mijailo, sentado en un taburete leyendo un periódico o haciendo un solitario, por si surgían problemas. En el segundo piso no había nadie vigilando, Sombra no sabía si porque allí sólo iban clientes habituales o porque las chicas no eran extranjeras. No había preguntado, y en realidad no quería saberlo. Escuchó un momento más y le pareció distinguir el sonido de un roce, y luego otro. ¿Seguiría el guardián en su sitio, con su baraja francesa?

—¿Mijailo? —susurró, aunque sin recibir respuesta.

Lo intentó de nuevo, apenas un poco más alto, también sin éxito, así que finalmente no tuvo más remedio que iniciar el ascenso. Tres escalones. Cuatro. De nuevo el roce. Con toda la precaución posible, se tumbó sobre los últimos peldaños para intentar asomar la cabeza por el pasillo. Las patas del taburete. Botas. Cartas. El guardián estaba en su sitio. Más o menos. Sombra se incorporó, y salvó los escalones que le quedaban, pero Mijailo no se volvió hacia él ni le dirigió la palabra. Se limitaba a mezclar su baraja de cartas.

Algo fallaba, pero no sabía el qué. No parecía que le hubieran arrancado los ojos, ni que le hubieran clavado a la silla, ni que estuviese mutilado de ningún otro modo. Lo cual sólo dejaba otra opción, pensó mientras una oleada de pánico le recorría. Él era el ejecutor. Y sin embargo... No había visto el cadáver de ninguna chica. De hecho, todo estaba extremadamente tranquilo en el pasillo. Podría haber sido una noche de aburrimiento, si obviaba el destrozo de abajo y los cadáveres. Sombra comenzó a sudar y lanzó una mirada angustiada a los escalones por los que acababa de subir. La Torre, había dicho el tarot. Todo se iba a venir abajo. Pero había hecho una promesa. Pegándose a la pared opuesta a Mijailo, comenzó a deslizarse. Sólo un paso. Luego otro más.

—[Ella ya no está ahí, ¿sabes?]^[1]

El guardián no había levantado la mirada, y las palabras no tenían ningún sentido para él.

—[Has tardado demasiado.]^[2] —Ahora sí le miró. Sus ojos eran pozos vacíos. Ni miedo, ni ira ni voluntad. Nada.

—Tengo que encontrarla —susurró Sombra—. ¿Está en su habitación?

Mijailo le observó durante unos segundos, sin responder.

—[Ella te quería. Y tú has llegado tarde.]*

—Tengo que seguir —se disculpó Sombra. Aún sin comprender lo que le había dicho, el tono no auguraba nada bueno—. Tengo que encontrarla.

—Arriba. —Aquella palabra le llegó cuando ya estaba a punto de abrir la puerta de la habitación acostumbrada. Se volvió para dar las gracias, pero Mijailo ya estaba

de nuevo sumergido en el incesante ir y venir de su baraja.

El segundo piso. Lo desconocido. El peligro. La destrucción. Todo su instinto le decía que se diese la vuelta y se largase corriendo. O como mínimo, que tratase de descubrir hacia dónde demonios se dirigía. Quería ir a casa a por el tarot. Quería sacar el péndulo. Quería trazar un pentáculo y alzar las mejores protecciones que pudiese. Pero lo que hizo fue poner un pie en el primer escalón, y luego otro en el segundo, y así sucesivamente. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Y cada paso le acercaba más a la oscuridad. No había ninguna luz encendida en el segundo piso, o al menos ninguna que pudiese verse desde la escalera. Sin embargo, sí empezó a oír algo. Al principio sólo era un susurro, pero conforme ascendía, peldaño a peldaño, el susurro fue transformándose en un suave cántico. No, un cántico, no. Una canción. Alguien cantaba en la oscuridad. Cuando llegó al último escalón, Sombra se detuvo.

—¿Olena?

Como única respuesta, la canción aumentó de volumen, hasta que la letra se hizo reconocible:

Alas, my love, you do me wrong
To cast me off discourteously^[3].

Era una tonada antigua, que no había perdido un ápice de su melancolía con sus muchos años. Una inmensa tristeza le embargó.

For I have loved you well and long,
Delighting in your company^[4].

Sin pensarlo, dio un paso penetrando en la oscuridad. Entonces la vio. Ya no era Olena. Era su voz, eran sus ojos, era su pelo. Pero ya no era Olena. Estaba desnuda, pero toda su piel se encontraba cubierta de sangre, y permanecía sentada sobre una masa informe de cuerpos entrelazados y retorcidos. La canción cesó y del asiento se separó una figura femenina, otra de las chicas que trabajaba con Olena. Era pequeña, menuda, felina. Había sido hermosa. Ahora sólo era una delgada figura repleta de crueldad. Nunca se había aprendido su nombre.

—El que entra debe morir —canturreó. Sombra permaneció completamente inmóvil—. Arrodíllate. ¡Arrodíllate! —insistió.

Con el grito Olena se puso en pie, y el resto de los cuerpos que había a sus pies se desentrelazaron y se fueron situando a su alrededor, como un séquito silencioso. Alguien encendió una vela, y le siguieron otras, hasta que todo el pasillo estuvo iluminado por haces titilantes.

Y Sombra se rió. Una risa amarga y desesperanzada, pero risa al fin y al cabo. Él, el héroe, el caballero, el salvador. El estúpido. No había nada que salvar. Lo había sabido desde que la conoció, lo había sabido todas y cada una de las veces en las que habían estado juntos. Lo había sabido incluso cuando dijo que iría a por ella. Olena nunca había sido una víctima. En su interior era la reina de su mundo. Y ahora su mundo era sangre y muerte, y no había lugar para él.

—Arrodíllate. O muere —sentenció la chica que actuaba de corifeo.

Sombra lanzó una última mirada a los ojos gélidos y deshumanizados de la mujer a la que había ido a rescatar. En el interior de la mochila la pistola pesaba una tonelada, y sentía la frialdad del metal y el calor explosivo de la pólvora en su interior. Sólo tenía que dejar que la correa se deslizase por su hombro, meter la mano, sacarla y disparar. Así la liberaría, y probablemente a su séquito. Así acabaría con todo. «Vendré a por ti», le había dicho. Y había cumplido. Se dio la vuelta y echó a correr.

4

Corrió saltando los escalones, corrió por delante de Mijailo, que no levantó la vista a su paso, corrió a través del bar, corrió a través de las puertas, corrió perdiéndose en la noche. Y en ningún momento volvió la vista atrás. Cuando finalmente se detuvo, no sabía en qué parte de la ciudad estaba ni cuánto tiempo había transcurrido. Tratando de controlar la respiración, repasó los lazos de energía que había entretejido hacía ya lo que parecían mil años, para asegurarse de que todo estaba en su sitio. Sólo cuando se hubo cerciorado de que las protecciones seguían intactas, se permitió pensar en qué iba a hacer. La respuesta surgió de forma natural. Volver a casa. Escribir una carta, si es que aún había tiempo. Marcharse. Marcharse lo más lejos posible.

Las dos primeras cosas fueron relativamente fáciles. La ciudad estaba cada vez más vacía, y las pocas personas con las que se cruzó se apresuraban hacia el vórtice, sin prestar atención a nada de lo que estaba a su alrededor, siempre y cuando no les bloquease el camino, y Sombra se aseguraba de no bloquear el camino de nadie. En cuanto cerró la puerta de casa, una sensación de seguridad le invadió al verse rodeado de objetos familiares, pero no se dejó engañar por ella. Encendió el ordenador, coordinó los pensamientos lo mejor que pudo y los envió. Tras ello, lanzó una mirada inquieta por la ventana. Todo seguía tranquilo. Sacó una maleta de debajo de la cama y empezó a empaquetar las cosas realmente valiosas: libros, reliquias, apuntes. Entonces oyó las voces. Muchas voces. Niños, ancianos, jóvenes. Pero eso no fue lo que le hizo levantar la cabeza. Las voces no gritaban, ni chillaban ni lloraban. No había miedo ni sufrimiento en ellas. Iban hablando, charlando, canturreando, incluso riendo. Y sin saber por qué, eso le espantó mucho más que todo lo que llevaba escuchado esa noche. Con la maleta aún abierta, Sombra se acercó a la ventana para contemplar el exterior. Debían de ser un centenar, probablemente más. De todas las edades, de todos los aspectos. Sólo tenían una cosa en común: en sus rostros se podía ver la esperanza. Al contemplar a la comitiva, algo gélido comenzó a cristalizar en sus entrañas, algo que le decía que esa noche, esa esperanza era la semilla de algo mucho peor que toda la muerte que se había desatado, algo mucho más antinatural.

No se dirigían hacia el vórtice.

Sombra no era ningún héroe. Pero su vida era el conocimiento, y necesitaba saber antes de huir. Cogió su mochila y salió en pos de la procesión.



24. La defensa

El Reino, ahora.

En la extensión nívea del Salón de Mármol se alzaban todos los servidores del Reino. Y eran pocos. Muy pocos, a ojos de Sura.

—No somos ni cien, ¿verdad? —le preguntó al mayordomo.

—Ochenta y ocho —respondió Priscus, pero después reparó en el cadáver de Corda, que yacía cubierto por un sudario junto al catafalco de la Reina—. Ochenta y siete.

—¿Por qué tan pocos? —No tenía sentido para la doncella. El Reino era, a efectos prácticos, infinito.

—Nadie lo sabe. O mejor dicho, nadie se ha preocupado por saberlo. Quizás en la biblioteca del Torturador haya alguna información al respecto, pero si es así, yo lo desconozco.

—Entonces tendremos que conformarnos con lo que tenemos. Con lo que somos.

Dando un paso al frente, Sura levantó las manos para captar la atención de sus hermanos. En un instante, las escasas y quedas conversaciones se desvanecieron, ochenta y cinco túnicas blancas susurraron y luego enmudecieron, y ochenta y cinco pares de ojos negros se fijaron en ella desde ochenta y cinco rostros macilentos. El ejército del Reino, o al menos lo que tendría que servir como tal.

—Hermanos y hermanas —comenzó con una voz clara, que alcanzaba fácilmente todos los rincones del Salón de Mármol—, como bien sabéis, el Reino está siendo atacado. La Reina ha muerto a manos de nuestros enemigos, y el Dragón yace inerte a su lado. La Cazadora ha partido al mundo despierto en busca de venganza y curación, y junto a ella han acudido el Torturador y la Víctima. Y mientras tanto, la guerra se aproxima a las columnas de este salón. —Sura hizo un gesto amplio con la mano para abarcar todo lo que les rodeaba—. Más allá de estos arcos, la Oscuridad y el Laberinto contienen a los asaltantes, pero sólo los contienen, pues en su naturaleza no está la destrucción, sino la desesperación y el agotamiento. Tarde o temprano llegarán hasta aquí. Más pronto que tarde. Y entonces nosotros deberemos luchar. Matar. Morir. Nuestra hermana Corda ya ha caído, pero eso no significa nada para nosotros, que ya no somos ni carne ni sangre. Sin embargo, si el cuerpo de la Reina es destruido, quizás tan sólo dañado, todo lo que tenemos, todo lo que somos, no servirá de nada, y el sacrificio de los Señores que han viajado al mundo será estéril y vacío. Cuando la Reina renazca, todo el daño sufrido será borrado. Pero es nuestra misión preservar su cuerpo hasta ese momento.

Un susurro de asentimiento recorrió la sala, seguido de un rugido de energía, de ansias de lucha. Sura sonrió con calma. No era ella quien hablaba. Ella sólo era una

simple servidora. Moldeable, caótica, cambiante. Era la sangre de la Reina la que hablaba a través de ella, era la sangre de la Reina la que la había convertido en su líder. Lanzó una breve mirada a su espalda, donde la Bestia aguardaba tumbada en silencio, escuchando atentamente sus palabras. Le pareció que le hacía un breve gesto de asentimiento, así que de nuevo centró su atención en sus hermanos, y prosiguió.

—¡Somos los hijos e hijas del Reino! —exclamó, y le respondió un vítor que resonó hasta los altos techos de mármol—. ¡Somos el Reino! —Un nuevo vítor se alzó, y Sura aguardó a que se extinguiese antes de concluir—: Priscus, mayordomo del Salón de Mármol, nos dará las instrucciones pertinentes para la defensa.

En cuanto la doncella dio un paso atrás, sintió que la energía que la había inundado desaparecía. No, no desaparecía, sólo se retiraba a su interior, dispuesta a regresar en cuanto fuese necesario, tal y como había sucedido en el Tercer Lugar. Cruzó su mirada con la Bestia y sintió la impaciencia de la Señora, pero no podían partir antes de que sus hermanos estuviesen totalmente organizados. La sangre de la Reina aún era necesaria allí.

El anciano mayordomo paseó lentamente la mirada sobre sus hermanos, como un curtido general revisando a sus tropas. Sintió el peso de la *lorica segmentata* sobre los hombros y del *gladius* en la cintura con total claridad, y el olor del sudor y del cuero. Contempló rostros conocidos. Arvina, Labeo, Helva, Rutila... Si se concentraba, podría nombrar a todos y cada uno de los servidores allí presentes. Todos habían llegado después de él, aunque algunos, como Prócula, la guardiana de la Puerta Negra, llevaban casi tanto tiempo como él. Un nudo le cerró la garganta, y durante unos segundos fue incapaz de hablar. Él no era Sura. Él no había sido bendecido por la sangre de la Reina y el don del gobierno. Pero entonces recordó de nuevo la firmeza del asta del *pilum* y el brillo del águila dorada de la legión al amanecer. Daba igual si esos recuerdos eran suyos o no. Eran recuerdos, y eso le bastaba.

—El enemigo cruzará pronto esos arcos —comenzó, apuntando con un imaginario *gladius*—, y entonces todo lo que se interpondrá entre el futuro del Reino y su destrucción seremos nosotros. Más allá del Salón, estamos siendo atacados por tanques y soldados, y también por dragones y caballeros. Pero cuando los asaltantes crucen los límites del Salón, todo lo que les acompaña se deshará. Nada puede ser forjado en el Salón. Sin embargo, estos soñadores no son normales. Arrastran con ellos el poder de la vigilia, y lo más seguro es que logren conservar con ellos ciertos elementos: armas, armaduras... Aquellos que sean capaces de transportar con sus manos o de conjurar.

Priscus hizo una pausa. No había miedo en los ojos de sus hermanos y hermanas, pero era imprescindible que comprendieran la dimensión del peligro. La Reina no había caído por falta de poder, sino porque desconocía a lo que se enfrentaba. No volverían a cometer ese error. Tomó aire y prosiguió:

—Cuando entren, utilizaremos esos poderes en su contra. Somos servidores.

Somos hijos e hijas del Reino. Y si los forjadores pueden transformarse en el Salón, nosotros nos aferraremos a su voluntad para transformarnos con ellos. Si alzan una espada, nosotros alzaremos de vuelta ochenta y seis. Si disparan una bala, nosotros les devolveremos ochenta y seis. Sólo debéis recordar una cosa: la Reina debe permanecer a salvo.

Una voz surgió del auditorio.

—Has dicho ochenta y seis —apuntó Novellus, un joven servidor que solía permanecer cerca del Laberinto.

—Así es —asintió Priscus—. Sura partirá con la Bestia para defender el Tercer Lugar.

Muchas miradas preocupadas se cruzaron entre los servidores, pero nadie planteó ninguna protesta ni objeción. Aprovechando la pausa, la doncella de la Reina se encaramó sobre la Bestia, que ya escarbaba el suelo. Desde la posición que le proporcionaba el lomo de la Señora, contempló lo exiguo de sus fuerzas, y el miedo le atenazó las entrañas. Quería poder transmitirles el fuego que corría por sus venas, la energía inagotable de la Reina. Pero no podía.

—Defended a la Reina —fue lo único que acertó a decir, y partió a toda velocidad por uno de los arcos.

El Tercer Lugar aguardaba, y si el enemigo llegaba hasta él, estarían igual de derrotados que si la Reina era destruida.

2

Los atacantes habían adoptado dos tácticas totalmente diferentes, pero ambas estaban funcionando igual de bien, y el Laberinto lo sabía. No podía derrotar a alguien que no se permitía ser derrotado. Esa era la esencia del Laberinto: un problema cada vez más complejo, hasta agotar al soñador. Pero si el soñador no se agotaba, si su ingenio se mantenía firme y fresco, cualquier laberinto podía ser superado. Y eso era lo que estaba sucediendo. Uno de los atacantes forjaba elementos militares: primero soldados, luego carros de combate. En ese momento avanzaba inexorable a la cabeza de una cuña de mechas de combate, gigantescos robots de doce metros de altura, que abrían una estela de destrucción a su paso apoyados por fuego de cobertura de tanques de energía. A gran altura sobre ese ejército, otros dos atacantes volaban a lomos de un dragón, protegidos por hechizos y armaduras mágicas y lanzando flechas de llamas y conjuros de destrucción contra todo lo que el Laberinto iba levantando a su paso. No había miedo en ellos, y el miedo era lo único que le habría permitido encontrar un resquicio en sus creaciones, una grieta por la que hacerlos caer presa de la desesperación; y de la desesperación a la muerte sólo había un pequeño paso, como

había descubierto la primera atacante. Pero había sido la única.

Mientras que ese grupo avanzaba de un modo lento y espectacular por tierra y aire al mismo tiempo, los otros dos atacantes avanzaban de un modo mucho más rápido y directo, protegidos por la simple idea de su indestructibilidad. Uno era una bestia lupina, más grande y más salvaje a cada paso que daba adentrándose en el Reino, y que ya parecía capaz de rivalizar con la misma Bestia. Y tras ella iba un hombre hercúleo, de brillante metal que no podía ser dañado por nada que el Laberinto alzase frente a ellos. Porque mientras estuvieran completamente convencidos de su invulnerabilidad, serían invulnerables. Esa era la naturaleza de la pesadilla, esa era la naturaleza del Laberinto. Y no es que la Oscuridad estuviese teniendo mucha más suerte. La Oscuridad es el miedo a lo que no conocemos, a lo inesperado, a lo ignoto, pero los asaltantes forjaban con total claridad su destino, y las herramientas para alcanzarlo. No se permitían dejarse rodear por los elementos que los Señores iban creando a su paso, sino que los aplastaban y trituraban sin contemplaciones. Tenían un destino y pensaban alcanzarlo. Pronto.

Si la Cazadora hubiese estado allí, podría haberlos perseguido, convirtiéndolos en presa en vez de en atacantes. Si el Dragón hubiera estado vivo, se habría alzado como una fuerza infranqueable, y los forjadores habrían desesperado, incapaces de superarlo. Si la Reina permaneciese en su trono, los soñadores simplemente no penetrarían en el Reino. O si se les hubiese dejado penetrar, habría sido para extraerles la verdad sobre sus amos y después devolverlos gimoteantes al mundo. Pero la Cazadora estaba más allá de los límites del Reino, y el Dragón y la Reina yacían exangües en el Salón de Mármol. La Oscuridad y el Laberinto no sabían si los atacantes triunfarían, porque eso quedaba más allá de su alcance, pero sí sabían con total seguridad que alcanzarían sus objetivos. El Salón de Mármol. El Tercer Lugar. No estaba en su naturaleza el poder impedirselo. Pero aun así, lo intentaron.

3

—¡Ya están aquí!

El grito rasgó el tenso silencio que cubría el Salón de Mármol, y como un solo hombre, los ochenta y seis servidores se irguieron para recibir a los asaltantes. Cinco se aproximaban hacia ellos, pero en el último instante dos cambiaron de dirección, dejando atrás el Salón y avanzando hacia el Tercer Lugar. No obstante, tres podían ser demasiados, y Priscus lo sabía.

—¡Dos grupos! —rugió, y los servidores se dividieron disciplinadamente. Su único plan consistía en aislar a los atacantes cuando entraran en el Salón, para lo cual necesitaban diferenciar claramente la influencia de cada uno de ellos. Si enfrentaban

espadas contra armas de asalto y balas contra conjuros, perderían antes de comenzar —. ¡Atacad en cuanto entren! ¡No tendremos una oportunidad mejor!

—¡Por el Reino! —gritó alguien.

—¡Por la Reina! —respondió otra voz, y ochenta y cinco voces respondieron con un vítor.

Priscus permaneció en silencio, sin apartar la vista de la arcada, esperando.

Y llegaron. Entraron con un estallido que arrancó astillas de los pilares de mármol, conforme un gran dragón negro se deshacía en nada, seguido de un mecha de aspecto humanoide. El mayordomo había esperado que sus jinetes rodasen por el suelo desconcertados, pero los forjadores descabalgaron ágilmente, pasando a la ofensiva sin perder tiempo. El que tenía más cerca era el piloto del robot, que disparaba con letal precisión con dos pistolas automáticas mientras giraba y rodaba con enorme agilidad. Servidores soldados le devolvían el fuego, pero era demasiado rápido, demasiado preciso. Una de sus hermanas, Saturnina, se aproximó para tratar de derribarlo cuerpo a cuerpo, pero el forjador bloqueó su ataque inmovilizándola, y pasó a utilizarla como escudo humano. Otro de sus hermanos, Vespillo, apuntó lentamente con un fusil de francotirador, pero en el último instante el atacante debió de intuir la mira láser, porque se movió rápidamente y fue la cabeza de Saturnina la que estalló. Priscus calculó que antes de cinco minutos habría llegado junto al Dragón.

En el otro frente, los forjadores eran dos, un chico y una chica. Ambos vestían cotas de malla ligeras y resplandecientes, y luchaban armados con largas lanzas, espalda contra espalda. Sus ataques eran una hermosa coreografía de vueltas, estocadas y saltos, bailando una danza de muerte. Los servidores trataban de someterlos con espadas, hachas y mazas, pero las lanzas tenían demasiado alcance, y les era prácticamente imposible llegar hasta ellos. En un impulso heroico, Crespus se lanzó contra una lanza, y aunque se empaló en ella, la aferró lo suficiente como para que Aculeo se precipitase por encima de su cuerpo, dispuesto a clavar su hacha en el cráneo del atacante. Cuando vio el acero frente a su rostro, este levantó la mano libre y, murmurando una invocación, lanzó un chorro de llamas sobre el servidor, que cayó al suelo retorciéndose mientras el magma fundido le abrasaba. El mayordomo podía ver perfectamente que la danza de los atacantes tenía un sentido, y que en un par de minutos estarían en posición para avanzar directamente hasta el catafalco de la Reina.

No podían derrotarlos. La certeza golpeó a Priscus con la brutalidad de la muerte. No podían derrotarlos, porque los servidores estaban utilizando retazos de lo que estaban forjando los soñadores para enfrentarse a ellos. Y en su sueño, ellos eran los héroes. Eran invencibles. Llegarían hasta el Dragón, hasta la Reina, destruirían sus cuerpos, y todo estaría perdido. Para siempre. Allí, viendo como el blanco mármol del Salón se teñía cada vez más de carmesí, Priscus regresó al momento en que contempló por primera vez sus prístinas columnas, hacía una eternidad, una era. En el principio. Había seguido a la Reina a través de una de las arcadas y su esencia había

adoptado forma estable. Recordó como Mab había extendido los brazos para abarcar toda la amplitud del Salón.

«Contéplalo, Priscus —le había dicho—. Contéplalo y grábalo así en tu corazón, porque tuya será la tarea de que así permanezca». Ese día se había convertido en el mayordomo del Salón de Mármol. Desde ese día se había encargado de mantenerlo incólume y de restaurarlo cuando había sido necesario, armado simplemente con ese recuerdo.

Entonces lo comprendió. Lo comprendió y su risa cansada se extendió hasta las altas cúpulas, por encima del fragor de la batalla, aunque nadie le prestó atención. Sus hermanos servidores estaban demasiado ocupados muriendo inútilmente. Los forjadores estaban demasiado ocupados masacrándolos para llegar hasta su objetivo. Priscus cerró los ojos. Vio la pureza de las columnas. Vio lo immaculado de los suelos. Vio lo brillante de la cúpula. Sin moverse de donde estaba, rozó con su recuerdo cada base de mármol, cada losa, cada veta, extendió su esencia hasta todos y cada uno de los rincones. Vio las cosas como debían ser. Y las hizo realidad. El Salón lo había creado la Reina. Ningún mortal podía alterarlo ni mancillarlo, no sin su permiso. Y no se lo iba a conceder.

—No —susurró sin abrir los ojos, y todos los ocupantes del Salón se detuvieron sin saber por qué—. El Salón es de la Reina. Su alteza Mab lo hizo, y a mí me otorgó el privilegio de mantenerlo.

Priscus abrió los ojos. Inconscientemente, sus hermanos se habían apartado, de modo que podía ver con claridad a los tres atacantes, al joven de las pistolas y a la pareja de las lanzas.

—No tenéis permiso para estar aquí. —Sus palabras brotaron como una corriente de gélido viento blanco, que azotó a los forjadores—. No tenéis permiso para forjar aquí. —El viento les embistió, y todo lo que les envolvía, les protegía, comenzó a disolverse, como una estatua de hielo al sol. Pistolas. Armaduras. Lanzas. Todo—. Yo os lo prohíbo.

Con la última sílaba, el viento cesó. Frente a él ya no había atacantes. Había un chico con gafas, que miraba desconcertado a un lado y a otro. Había una pareja de jóvenes vestidos de negro, que se abrazaban sin saber qué hacer. Y casi medio centenar de servidores, vestidos con sus túnicas blancas, que los observaban con sus negros ojos.

—No... No... No... —tartamudeó el chico de las gafas.

—¡Nos prometió que podríamos hacerlo! —chilló la chica, al borde de la histeria—. ¡Que podríamos hacer cualquier cosa!

—Nos han engañado —le susurró su pareja, y después se dirigió a los servidores en voz más alta, intentando que sonase firme, aunque se le quebró a mitad de la frase—. ¡Nos han engañado! ¡No sabíamos...! ¡No queríamos...!

Priscus levantó una mano, haciéndoles callar. No quería oír sus excusas. No le interesaba saber sus explicaciones. Ambas eran cosas que correspondían a los

Señores, y no estaban allí. Él sólo tenía una misión.

—Habéis alzado vuestras armas contra la Reina. Habéis atacado el Salón. Moriréis.

El chico de las gafas intentó echar a correr hacia una de las arcadas, pero era desgarrado y torpe, y tropezó al par de metros, rodando por el suelo de mármol. Trató de incorporarse de nuevo, pero los servidores ya estaban sobre él. Le sujetaron por las muñecas, por los brazos, por el cuello. Le sujetaron por los tobillos, por las pantorrillas, por el abdomen. Le sujetaron por el pelo, por las orejas, por los genitales. Y después tiraron. Y tiraron. Y se rompió. Cuando sólo sujetaban pedazos sanguinolentos, los servidores se volvieron hacia la pareja, que no había intentado huir. Permanecían abrazados, apretándose con todas sus fuerzas, con los ojos cerrados. Tal vez murmuraban palabras de consuelo, tal vez rezaban a sus dioses, tal vez trataban de convencerse de que todo era un sueño. Nada de eso importaba. Los servidores les rodearon, fila tras fila. Y apretaron. Y apretaron. Y volvieron a apretar. Cuando los huesos dejaron de crujir, se separaron, y una masa de ropas, carne y sangre se desplomó al suelo. Sólo entonces, con el Salón a salvo, Priscus se permitió preocuparse por sus hermanos caídos.

—Recoged los cuerpos —ordenó—. Colocadlos junto al catafalco de la Reina.

Saturnina, Vespillo, Crespus, Aculeo, Ahala, Macra de la Puerta Blanca, Helva, Flava... Y más. Cuando acabaron de recoger los cadáveres, había treinta y nueve servidores inertes junto al catafalco. Y saber que la Reina los devolvería a la vida sólo sería reconfortante cuando la propia Reina estuviese viva. Ya no dependía de ellos.

25. El rebaño

La Ciudad, antes.

El día estaba siendo cada vez más raro. Inquietante incluso. Y cuando algo la inquietaba, no sabía cómo pero siempre acababa en la biblioteca. No es que fuese demasiado grande, en realidad nada en el instituto lo era, pero estaba bien provista de libros y las altas estanterías repletas de volúmenes la relajaban. Aunque no a Lola.

—Me está poniendo de los nervios —repitió por enésima vez, contemplando como la bibliotecaria pasaba de nuevo por delante de su pasillo, con la misma expresión que pondría un policía que vigilase a un criminal reincidente—. Te lo digo, Andrea: como vuelva a pasar con esa cara de perro, me levanto y le escupo.

Andrea suspiró. Lo raro del día había afectado también a Lola, pero de algún modo había logrado arrastrarla con ella hasta su rincón de calma. Durante la clase de matemáticas las cosas casi se habían descontrolado del todo. Vale que todos sabían que el Cara a Cuadros, el profesor, era un salido, pero de ahí a empezar a acariciarse el paquete mirándolas había un mundo. A Andrea casi le vino una arcada cuando se percató, pero era como si el resto de las chicas no se diesen cuenta. Cuando miró hacia atrás, a ver si alguien más reaccionaba o lo estaba soñando, y se encontró con que Lucy estaba con la falda prácticamente en el ombligo y las piernas completamente separadas, se puso roja como un tomate, la arcada se transformó en una náusea incontrolable y salió por la puerta musitando que se encontraba mal. Nadie le hizo el más mínimo caso. Cinco minutos después, cuando estuvo segura de que no iba a venirle otra arcada si entraba de nuevo, abrió la puerta, dijo que necesitaba que Lola la acompañase a la enfermería, y prácticamente la arrastró con ella hasta el pasillo y desde allí a la biblioteca. Y no tenía claro que hubiese sido una buena decisión. Cuando la sacó al pasillo, ya tenía esa mirada dura, la cara de piedra, como solía llamarla, aunque nunca en voz alta. Lola podía ser muy complicada de tratar. No es que hubiese tenido una infancia problemática, ni que tuviese líos en casa. Nadie los tenía en su instituto. De hecho, eran la élite de la ciudad, como se empeñaba en recalcar la directora una y otra vez en la charla semanal. «Y tenéis que comportaros como tal», terminaba. Pues ahí estaba el vicedirector tocándose el nabo y una alumna abierta de piernas. Buena élite.

Al menos, desde que habían llegado a la biblioteca todo estaba tranquilo. Hubo un momento en que oyeron algo de jaleo en el pasillo, pero Andrea se limitó a centrar la mirada en el libro. Por su parte, Lola tenía clavada la vista en la estantería que tenían justo enfrente, con los labios tensos en una línea de frustración. Cuando se ponía así no podía decir nada que no la hiciese enfadar más, así que Andrea prefirió quedarse callada. Pero la bibliotecaria tuvo que pasar de nuevo. Como impulsada por un

resorte, Lola se levantó.

—¿Qué?! —gritó mientras avanzaba para encararse con ella con gesto desafiante.

No se detuvo hasta que sus caras casi se rozaron. Andrea no sabía el nombre de la bibliotecaria. No era muy buena para los nombres. Simplemente era la bibliotecaria. Cuarenta. O más. Le costaba calcular la edad de los adultos. Pelo recogido en una coleta castaña. Normal. Era alta, eso sí. La frente de Lola apenas le llegaba a la barbilla.

—Castigada —fue lo único que dijo. Ante el asombro de Andrea agarró a su amiga por el cabello, sujetando con fuerza un largo mechón de pelo negro y envolviéndoselo en la mano, y prácticamente la arrastró hasta su escritorio. Lola no abrió la boca, sólo la miró con esos ojos de hielo, mientras la bibliotecaria sacaba una gruesa regla de madera de un cajón, de unos cincuenta centímetros de largo—. Inclínate.

Andrea sintió que el estómago se le revolvía de nuevo. No podía estar pasando. Pero estaba pasando. Todavía en silencio, Lola se inclinó para apoyar las manos sobre el escritorio, y con dos tirones bruscos la bibliotecaria le subió la falda y le bajó las bragas, dejando sus nalgas al aire.

—Diez azotes. Cuenta.

La regla restalló como un látigo y, paralizada, Andrea observó como surgía una franja roja allí donde había golpeado, que comenzó a hincharse.

—Uno —dijo Lola, y la regla golpeó de nuevo—. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Los golpes se sucedían con brutal velocidad. Rojo. Morado.

—Seis. Siete. Ocho. Nueve.

El noveno impactó con tanta fuerza que Andrea creyó intuir puntitos de sangre en la regla. Pero ya sólo quedaba uno.

—Nueve —dijo de nuevo Lola, y la regla volvió a golpear—. Nueve. Nueve. Nueve.

La regla subía y bajaba, y la intuición de la sangre se había convertido en certeza. Nueve. Nueve. Nueve. Las nalgas eran un amasijo rojo y morado. Nueve. Nueve. Las gotas salpicaban cada vez que la regla se alzaba, manchando el escritorio, las paredes, los libros. Y seguía diciendo «Nueve». Andrea sintió que el estómago se le volvía del revés, y cayó de rodillas vomitando. En cuanto pudo controlar las arcadas, se levantó y echó a correr. «Nueve», seguía resonando a sus espaldas. Nueve. Nueve.

2

No tenía a donde huir. La biblioteca era su refugio. Lo había sido. Pero ya no podría

serlo nunca más. Así que corrió lo más lejos posible, a lo más opuesto, y después de un tiempo que no supo precisar, se encontró en el gimnasio. Cruzó la pista, entró en los vestuarios y se encerró en uno de los servicios. Y lloró. Y esperó. No pensaba salir. No hasta que el mundo dejase de estar loco. Tardara lo que tardase.

Probablemente habrían pasado un par de horas cuando oyó los pasos.

—¿Hola? —La voz sonaba tranquila, lo cual ya era mucho con el día que estaba viviendo, y extrañamente amistosa—. ¿Hola? —volvió a insistir.

Andrea asomó la cabeza por debajo de la puerta y vio unos zapatos elegantes de cuero negro, y la parte baja de un pantalón de traje, también de color oscuro.

—No quería molestar —continuó el desconocido, hablando hacia el fondo del vestuario—, pero las cosas se han puesto un poco peligrosas ahí fuera, y me preguntaba si alguien podía necesitar ayuda.

Por fin algo de lógica en el caos. Andrea no se planteó ni por un momento que pudiese ser una trampa. Tan sólo abrió la puerta con un suspiro aliviado, y prácticamente se echó en brazos del hombre, que la sostuvo con una sonrisa desconcertada, sin soltar un maletín negro.

—Hola —dijo el desconocido, dedicándole una amplia sonrisa—. Me llamo Frank.

Andrea le devolvió la sonrisa, o al menos lo intentó, pero se le ahogaba con un llanto contenido.

—Hay... Yo... —balbuceó, sin atreverse a separarse de Frank. Si lo hacía, el caos se abalanzaría de nuevo sobre ella.

—Lo sé, lo sé —la tranquilizó—. Pero ya no corres peligro. No conmigo. ¿Quieres salir de aquí? ¿De todo esto?

Andrea asintió. Sabía que si intentaba hablar de nuevo se echaría a llorar, y no sabía si podría parar.

—Pues vámonos. Hay otro par de personas esperando ahí fuera, no sé si las conocerás. Uno también es un estudiante... —Frank la observó valorativamente—. Pero no, es más joven que tú. Y creo que la otra es una conserje, pero está demasiado conmocionada y no ha sabido explicármelo. Una señora mayor, con el pelo corto y blanco, y gafas de pasta moradas.

—Sí, es una de las conserjes —logró contestar entre hipidos. En cierto modo, era como si esa conversación intrascendente la acercase un poco más a la normalidad, aunque sólo fuese un pasito—. No sé cómo se llama.

—No te preocupes, tampoco es importante. Salgamos de aquí.

Frank le dio un beso paternal en la frente, y Andrea dio otro pasito más hacia la racionalidad, lo suficiente como para separarse de él y mirar la puerta de los vestuarios con aprensión. Nueve. Nueve. Nueve.

—No creo que pueda salir —dijo suplicante.

Al otro lado estaba la locura. La sangre. Lola.

—Sí puedes. —Frank le tendió la mano—. Yo te llevaré. Conmigo no te pasará

nada. Nos iremos de aquí. Si lo deseas. Te lo prometo.

Y Andrea le creyó. Cualquiera otra opción era demasiado terrible.

Salieron de los vestuarios en silencio. Frank con pasos firmes y seguros, Andrea con pasos ligeros y temerosos, pero salieron, y al otro lado, como le había prometido, estaban la conserje y un chico de primer año que le sonaba vagamente. La conserje parecía estar indemne, salvo por la mirada errática y vacía, pero el chico tenía la camisa desgarrada y unas marcas que podían ser de golpes de vara o quizás de latigazos recorriéndole el pecho y la espalda. Aun así, parecía bastante entero, y le sonrió tímidamente.

—Soy Marco.

—Yo Andrea.

Por un momento dudó si darle la mano o dos besos, y finalmente no hizo nada. Tal vez todos los demás compañeros estuviesen muertos, o algo peor. No era el momento de preocuparse por cómo saludar a un chico desconocido. Pero hacerlo era mejor que recordar lo que había visto, o peor aún, que imaginar lo que podía ver.

—¿Te duele? —le preguntó señalando uno de los verdugones.

—Casi nada —respondió el chico, y parecía sincero—. Frank me los ha curado, y ya no me molestan si no me apoya.

No preguntó cómo se los había hecho. No quería saberlo.

—¿Queréis que nos marchemos?

Por un momento casi se había olvidado de su salvador. Andrea asintió intensamente, y en cuanto Frank se puso en marcha, le siguió junto con los otros supervivientes.

Marco le dijo algo, y sin darse cuenta estaban hablando de profesores, y de música, y habían salido del instituto. Un par de pasos por delante, Frank canturreaba tranquilamente con la conserje apoyada en su brazo. Nada parecía atemorizarle, y cuando Andrea se detuvo con aprensión, sin atreverse a dar el último paso fuera del edificio, él se volvió hacia ella y le sonrió, y su sonrisa era calma, y la promesa de un lugar mejor, así que olvidó sus miedos y siguió hablando con Marco.

Unos minutos después, Frank se detuvo delante de un edificio y le siguieron escalera arriba; esperaron frente a la puerta de un apartamento, hasta que volvió con un hombre gordo, y luego frente a la puerta de otro, del que salió con una niña de cuatro o cinco años. Era genial, porque todos iban a salvarse, así que Andrea les saludó y siguió bromeando con Marco, y cuando la niña, que se llamaba Lia, comenzó a cansarse, ella la cogió en brazos un rato, y siguieron andando detrás de Frank. Después del edificio vino una casa de una sola planta, y luego otro edificio, y luego un callejón, y luego tal vez un hospital, pero Andrea pronto dejó de prestarles atención, y perdió la cuenta. Simplemente cada vez eran más, y cada vez se sentía más a salvo. Con cada persona que Frank encontraba, la normalidad, la realidad tal y como debía ser, se acercaba un pasito más.

Aunque había cadáveres en algunas calles, podían cruzar a la otra acera o, si no

había más remedio, pasar sobre ellos y mirar a otro lado. A veces oían gritos, pero podían charlar como si no los escuchasen, y dejarlos atrás tras unas manzanas. En ocasiones incluso se cruzaban con gente, con gente mala, pero entonces Frank les decía que se parasen, y que se quedasen quietos y en silencio. Ellos lo hacían y la gente mala se iba, y después podían seguir andando y encontrando a más personas escondidas. Buenas personas. Como ella. Como Marco. Como la conserje. Sólo había que seguir a Frank. Sólo había que hacerle caso. En una ocasión un par de chicos no le hicieron caso: se separaron del grupo y avanzaron hacia una casa, y les pasaron cosas malas. Pero los demás siguieron andando. Iban a estar a salvo. Se lo habían prometido. Sólo tenían que desearlo.

3

Frank R. Schiolla contempló su rebaño. Treinta y cuatro. Y todavía quedaba mucha noche por delante. Había tiempo de sobra. Sonrió, y treinta y cuatro rostros le devolvieron una sonrisa bobalicona. Todavía necesitaba muchos más, pero los encontraría, encontraría sus pequeñas madrigueras, sus oscuros armarios y los cubículos donde se acurrucaban, y les vendería lo que más deseaban comprar: la esperanza. Al fin y al cabo, ese era su trabajo, siempre lo había sido, así que podía dedicarle una noche más.

—En marcha —dijo, y su rebaño le siguió mansamente, entre charlas y canciones.

Dio un pequeño saltito para evitar que un charco de sangre estropease sus relucientes zapatos, y dentro del maletín rebotaron las dos palomas medio muertas que aún le quedaban. Más que suficientes para llegar al amanecer. Sin poder evitarlo, comenzó a silbar una canción, y varias voces se le unieron en una melodía descuidada y desenfadada. ¿Cómo no iba a estar feliz? Iba a ser el Rey del Mundo.

4

Cuando la comitiva pasó por delante de su ventana, Sakura no la vio. Hacía tiempo que había abandonado su puesto de vigilancia. Demasiada muerte. Y dicho así sabía que sonaba infantil y superficial. Demasiada muerte. Pero era lo que había al otro lado de su ventana. No esa muerte abstracta de los libros. Ni esa muerte reseca de los cementerios. Era esa clase de muerte que se esforzaba en sacar al exterior todo lo que debía quedar dentro. Crueldad. Barbarie. Vísceras. Así que se había alejado todo lo

posible. Durante un rato fue a su cuarto y puso la música lo más fuerte posible en sus cascos. Pero el ruido no podía espantar al miedo. Como tampoco podía el tacto del acero que apretaba con fuerza, continuamente. ¿Qué haría si venían? ¿Chillaría? Probablemente. Por un momento se preguntó si sería verdad que uno podía orinarse de puro miedo. Lo peor, lo que hacía que una náusea la golpease con la fuerza de un puñetazo, eran esos horribles momentos en los que la asaltaba el pensamiento de qué harían con ella. Tenía que encogerse, enroscada en una bola en el futón, y respirar rápido y profundamente. Se veía degollada. Se veía violada. Se veía mutilada. Y no quería verse así. En un momento dado se percató de que estaba gritando y llorando, no sabía desde hacía cuánto. Le costó detenerse. Mucho. Al final lo consiguió. Y siguió vagando de un rincón a otro de la casa, buscando sin encontrar el consuelo del espíritu de su abuela. Estaba sola. Y aterrada. Y no quería morir.

No, Sakura Takahasi no vio pasar al rebaño por el otro lado de su ventana.

26. El Tercer Lugar

El Reino, ahora.

Cuando Sura pisó de nuevo el suelo firme del Tercer Lugar, sintió que la sangre de la Reina se inflamaba en su interior, pero el fuego no era una muralla, y lo sabía bien. El fuego podía ser atravesado, o extinguido, y se acabaría agotando. Era un arma, sí, pero un arma capaz de destruir por igual al atacante y al atacado. Aun así, era la única arma con la que contaba. Frente a ella, la mole de granito continuaba igual de imponente y silenciosa que la vez anterior. «Una prisión», le había dicho la Bestia en su primera visita. Por un instante la servidora consideró la posibilidad de empujar las puertas, de recorrer los pasos que la separaban de las descomunales hojas grises, y ver qué había al otro lado. Era un deseo caprichoso, absurdo, pero al mismo tiempo intenso. ¿Abrir las puertas detendría los ataques? ¿Transformaría el Reino? ¿Lo destruiría? ¿Agradecería el ser aprisionado su liberación? Todas esas preguntas le cruzaron por la mente en un instante, pero una sola mirada a la Bestia le sirvió para tener la certeza de que al menos esa Señora no le proporcionaría respuesta alguna. Pero ¿y la criatura del otro lado? ¿Contestaría sus preguntas?

—No lo hagas —gruñó la Bestia. Sin darse cuenta, Sura había recorrido ya la mitad del espacio que la separaba de las puertas—. Ignora sus susurros. Eso es lo que quiere. Eso es lo que es.

—¿Es humano? —Aunque era una pregunta, en cuanto lo dijo la servidora supo que era verdad.

—Lo fue —murmuró la Bestia mientras contemplaba fijamente las puertas grises—. O al menos eso asegura el Torturador. Tiene su historia registrada en algún pergamino, pero si es cierta o no, no sabría decirlo.

Era la parrafada más larga que Sura había oído decir a la Bestia en todo el tiempo que llevaba en el Reino, así que cuando la Señora guardó silencio y se volvió hacia la masa gris que se alzaba más allá de los límites del Tercer Lugar, la servidora no insistió, y trató de concentrarse también en la inminente llegada de los atacantes. Sintió que la sangre de la Reina cobraba vida de nuevo en su interior, y su percepción atravesó sin dificultad el muro gris, sumergiéndose en el océano cambiante del Reino. Los asaltantes se habían dividido en dos grupos. Uno se disponía a penetrar en el Salón de Mármol. El otro continuaba avanzando en dirección al Tercer Lugar. La doncella contempló como el Laberinto y la Oscuridad alzaban un impedimento tras otro, pero los atacantes avanzaban en línea recta, como una fuerza indómita. Imparable. Sura trató de sondear su esencia, de comprender a los forjadores que se acercaban cada vez más, pero eso fue lo único que pudo discernir. Imparables. Eso es lo que eran. Sólo eso. Acarició el áspero granito del suelo con un pie. Pronto dejarían

de serlo.

—Aquí llegan —gruñó la Bestia, pero la advertencia no era necesaria.

Cuando surgieron del caos gris, la servidora estaba preparada. O al menos eso pensaba.

Eran dos. El primero se había transformado en un *juggernaut* metálico, una mole vagamente humanoide de duras planchas de metal, de las que brotaban afiladas púas cubiertas de óxido y sangre. Debía de medir cerca de dos metros y medio, y a cada paso el granito crujía y se agrietaba bajo su desproporcionado peso y la brutal fuerza de sus piernas. Sura no distinguió rostro alguno, pero en lo que podía considerarse su cabeza había dos rendijas, y tras ellas se atisbaba un brillo rojizo y malvado. No se había transformado: se había protegido. Una sonrisa cruzó el rostro de la servidora mientras comenzaba a concentrar todo el poder que le otorgaba la sangre de la Reina, y prestó atención al otro atacante. El primero avanzaba lentamente, y tenía tiempo de sobra. Quizás tres segundos.

Ese otro forjador era una bestia. Una gigantesca figura lupina, completamente diferente a la Señora de la Pesadilla que combatía junto a ella, pero extrañamente familiar. Allí no había armadura ninguna ni disfraz; el forjador ya no era reconocible bajo la piel y los colmillos. Lanzó un aullido y sus patas levantaron esquirlas del suelo mientras se precipitaba contra la Bestia. Las fauces chasquearon, mechones de pelaje salieron disparados al aire, y atacante y defensora rodaron por la piedra. Sura no podía dedicarle más tiempo, ni parecía necesario. Volvió a centrar la mirada en la abominación metálica y liberó todo su poder. Esa vez no fue una oleada de fuerza bruta, como en el primer ataque, sino que modeló y refinó la energía hasta forjar una lanza, una lanza cruelmente afilada que concentraba todo su impulso en apenas una punta de aguja, que proyectó directamente hacia la ranura del ojo, y lo que hubiese detrás.

Rebotó. Simplemente rebotó, desviándose hacia las alturas y dispersándose en el aire silente del Tercer Lugar. Sura lanzó una maldición y alzó una mano, proyectando la energía hacia arriba con la intención de lanzar a su oponente hacia las alturas, pero el *juggernaut* no se levantó un centímetro del suelo. Simplemente continuó con su avance. Lento. Inexorable. Con un rugido, la servidora envió contra él una esfera de fuerza del tamaño de una mesa, luego otra del tamaño de un coche, y después una del tamaño de una casa, pero el forjador continuó hacia delante. Un paso. Otro. Otro. No podía pararlo. La sangre de la Reina no era lo suficientemente fuerte. El Tercer Lugar no era lo suficientemente hostil con los atacantes. O ella no sabía cómo emplear ni una cosa ni la otra. No podía pararlo. Pero tampoco podía dejarlo pasar. Así que lo detuvo. Levantó las manos, echó un pie atrás para resistir el impacto y empujó el pecho de la mole metálica. El metal chirrió y un gruñido de esfuerzo surgió del interior del rostro, pero no se detuvo. Lentamente, centímetro a centímetro, comenzó a empujar a Sura hacia atrás. No intentó golpearla, ni apartarla. Sólo avanzó un paso, y luego otro, y otro. La servidora lanzó una carcajada sin humor mientras oleadas de

dolor le recorrían los brazos, la espalda, las piernas. No iba a apartarse. Y que la Reina la perdonase, porque eso no iba a servir de nada.

2

Llevaba corriendo mucho tiempo. Quizás desde siempre. Ya no recordaba cuándo había comenzado a correr. Tampoco recordaba por qué. Sólo tenía la certeza de que eso era lo que debía hacer: avanzar, avanzar, avanzar. Siempre hacia delante. Destruyendo todo lo que se alzase a su paso, todo lo que intentase detenerlo. Un rincón de su mente le decía que no siempre había sido así. Que antes había sido pequeño, débil. Que no había podido decidir si avanzar o retroceder, y que eso dependía de otras criaturas. De otras personas. Un rincón de su mente le decía que él también había sido una persona. Aunque era difícil creerlo. ¿Cómo podía haber sido un reponedor de un supermercado, si sus mandíbulas eran poderosas como el acero? ¿Cómo podía haber sido un humano frágil y sin objetivo, si sus patas eran firmes como montañas y veloces como arroyos? ¿Cómo podía haber superado los peligros del Reino si realmente hubiese sido esas patéticas cosas? Primero le habían atacado con cadenas, cadenas vivas como serpientes, de brillante acero, que se enroscaron en sus patas. Pero él tiró, saltó, y los eslabones se partieron liberándolo. Frente a él, se abría un laberinto, pero no se dejó engañar. Los caminos y las curvas no eran más que ilusiones que conducían a callejones sin salida, así que embistió contra una pared de cadenas entrelazadas, y estas se hicieron a un lado, como gusanos temerosos. Luego cruzó otra pared, y luego otra, y las cadenas se deshicieron a su alrededor, dando paso a un bosque. Era un bosque hermoso, umbrío y tranquilo. Querían que se sintiese cómodo y bajase la guardia, pero no podían engañarle. El bosque era tan falso como las cadenas. Se lanzó contra dos árboles caídos que le bloqueaban el paso, y se hicieron a un lado. Corrió directamente hacia un lago que se interponía en su camino, y sus patas se impulsaron con firmeza sobre la superficie del agua. Mientras corría sobre el lago, algo en ese rincón cada vez más recóndito de su cabeza le dijo que se llamaba Miguel y que no podía andar sobre el agua, que nadie podía, pero rechazó esos pensamientos con una risotada lupina que terminó en gruñido.

Cuando llegó a la otra orilla del lago, se percató de que una figura le seguía, o más bien le acompañaba. Se cubría con una especie de piel de acero, pero bajo esa piel era humano. Muy humano. Sintió desprecio por la fragilidad de su carne y por la mezquindad de su espíritu, que se ocultaban bajo una falsa fuerza. Él no era así. Era la bestia. E iba a alcanzar su objetivo. No sabía cómo se llamaba, pero lo sentía con fuerza abrumadora: una llanura de granito, y en ella, unas puertas dobles que se alzaban hasta una altura inimaginable. Tenía que llegar hasta ellas, tenía que abrirlas,

y todos sus deseos serían satisfechos. Por eso no podía detenerse. Pero mientras seguía corriendo, atravesando esa vez un desierto de arena blanda y huidiza, cada vez tenía menos claro cuáles eran esos deseos. Saltó ágilmente una traicionera poza de polvo, que podría haberle sumergido en sus profundidades para ahogarlo, y sintió la libertad de lo salvaje. Lanzó un aullido de pura felicidad. ¿Qué podía desear? En el rincón minúsculo, ese Miguel que no era él, que no podía ser él, susurró que deseaba un buen empleo, donde cobrase lo justo o, a ser posible, un poco más, y donde no tuviera que matarse trabajando; deseaba una casa que fuese un hogar, limpia y luminosa, no un semisótano donde apenas cabían sus cuatro cosas; deseaba un coche, un coche bonito y grande en el que ir al trabajo, y poder olvidarse del traqueteo del metro y del sudor de los pasajeros; deseaba una mujer hermosa y cariñosa, y varios hijos a los que poder enseñarles a jugar al fútbol. Ridiculeces. Estupideces. Vaguedades. Gruñó como la bestia que era, desechando esas trampas que alzaba el Reino contra él en forma de recuerdos sin sentido. Un grito ahogado a su espalda le hizo detenerse. El estúpido humano, envuelto en su coraza, se había hundido en la poza de polvo y gritaba de sorpresa. Si el grito hubiese sido de miedo, la bestia le habría abandonado sin dudarlo, pero lo mismo que le decía que tenía que alcanzar la llanura de granito, le insistía en que esa criatura patética era su compañero, que tenían el mismo objetivo. Así que sujetó el brazo recubierto de metal con sus fauces y tiró de él sin esfuerzo, liberándolo de la trampa. Después siguió corriendo, sin volverse a ver si iba tras él.

Al desierto le siguió una montaña de desfiladeros imposibles, que amenazaban con lanzar a cualquier viajero a profundas simas erizadas de púas de obsidiana, pero ignoró la trampa del vértigo y se limitó a clavar sus garras en las lisas paredes. Se hundieron en ellas como si fuesen suave algodón, y trepó y trepó sin detenerse. Cuando alcanzó la cima, descubrió una ciudad abarrotada de tráfico, con brillantes coches que pasaban a toda velocidad. Eran igual de falsos que todo lo anterior. Avanzó sin dudar, y los vehículos se fueron apartando a su paso, y en su estela vio de nuevo al humano de la piel de metal. Era tan estúpido que el tráfico volvía a agruparse frente a él, y los coches fueron chocando uno tras otro contra la coraza que le envolvía. Aun así, no detuvo su avance: era estúpido pero resistente. Un todoterreno le golpeó de lleno en un costado, pero fue la carrocería la que se dobló como el papel, y el humano la lanzó por los aires con la misma facilidad con la que un niño se deshace del envoltorio de un dulce. El minúsculo habitante de su conciencia que aún insistía en que él también era humano le instó a ayudarlo, a explicarle que debía ignorar las mentiras del Reino, no combatir las. Pero él era la bestia, así que ignoró el impulso, reduciendo un poco más la absurda voz de ese Miguel. Y entonces pisó granito.

En un instante prácticamente volaba sobre el asfalto, y en el siguiente todas las ilusiones habían desaparecido. Frenó en seco, levantando guijarros del suelo, y contempló la extensión que tenía ante él. Llevaba tanto tiempo entre fantasmas y

ficciones que casi no recordaba lo que era real, y eso lo era. La áspera dureza de la roca bajo sus pies. La monolítica altura de las puertas. El latido que le llamaba desde el otro lado. Pero también eran reales los enemigos que se interponían entre él y su destino. Oyó un crujido metálico, y dejó que el humano le sobrepasase. Era ridículamente lento, absurdamente vulnerable. Así que le dejó pasar mientras él retrocedía un paso, ocultándose entre las brumas que lamían los bordes de la llanura. Sus oponentes eran dos. Una figura pequeña y de aspecto patéticamente mortal, pero que contenía un gran poder. Y su némesis. Contemplarla era como mirarse en un espejo. No pensaba rebajarse a luchar contra un enemigo inferior, así que lanzó un aullido de desafío, y con un chasquido de mandíbulas inició el combate. Saltó directamente hacia el cuello de su oponente, que retrocedió con un gruñido, y rápidamente contraatacó. Estaba prevenido, así que le resultó fácil saltar a un lado, evitando el mordisco que iba dirigido hacia su pata delantera. Con cautela, caminaron trazando círculos el uno en torno al otro. Tenían un tamaño similar. Una velocidad similar. Unas fauces similares. «Pero tú eres humano», le gritó Miguel desde el último reducto de su mente. En ese momento su némesis atacó. Sólo había sido un segundo de duda, ni siquiera eso, pero fue suficiente. Sus colmillos le apresaron con fuerza el cuello, y una oleada de dolor punzante le atravesó. Trató de rodar, pero la presa era inamovible. Trató de retorcerse para poder devolver el mordisco, pero sólo logró desgarrarse aún más la piel de la garganta. «¡Sólo eres un reponedor!», gritaba la voz pequeña pero mortífera de su interior. Tan mortífera que le iba a matar. No podía permitirlo. Cerró los ojos un instante, tratando de apartar el dolor. Olvidó el cuerpo de su némesis, sus colmillos, la llanura de granito, las puertas, y se lanzó de lleno hacia el interior. Buscó el rincón donde se ocultaba Miguel. Lo encontró. Y una vez lo hubo encontrado, hundió los dientes en sus entrañas y las esparció por el suelo. No era humano. Nunca lo había sido. Nunca lo sería.

Cuando abrió los ojos de nuevo, todo fue fácil. Con un suave movimiento, desequilibró a su némesis y giró hábilmente, liberándose de la presa. Tenía profundas incisiones en la piel del cuello, y la sangre le manaba de la garganta, pero el dolor no era nada frente a la embriaguez de la pura libertad. No tenía ataduras, no tenía límites. Saltó sobre su oponente, y con un brutal crujido trituró carne y huesos. Volvió a morder, y luego una vez más. Apretó y tiró, desgarrando con la despiadada eficacia de aquello que sólo existe para destruir. Era la bestia. Podía acabar con cualquier cosa que se le enfrentase. Y lo hizo. Cuando el cuerpo que tenía entre los dientes dejó de estremecerse, alzó la mirada.

Contempló las puertas de granito, y la voz oscura que había al otro lado le susurró que se apresurase, ahora que la única defensora que quedaba era incapaz de detenerlo, enzarzada en una batalla cuerpo a cuerpo perdida de antemano contra el humano de la piel de metal. Su única respuesta fue un aullido de desafío. Esa voz no le hablaba a ella. No podía prometerle nada a ella. Esa voz había hecho un trato con Miguel, y Miguel estaba muerto. Ella era la Bestia. Miró de nuevo al suelo, y la forma

ensangrentada que yacía a sus pies se deshizo en polvo, barrida por un viento invisible. Y recordó.

Recordó el Salón de Mármol. Recordó a la Reina, que yacía sin vida sobre su suelo. Recordó a sus hermanos, los Señores que estaban luchando. Recordó el peso de la servidora Sura sobre su lomo, y sus preguntas. Recordó que se había enfrentado a un forjador que creía que él era la Bestia, y que por un momento pensó que había sido derrotada. Y luego recordó que no era posible destruir a los Señores sin destruir el propio Reino. Pero sobre todo recordó que ella era la Bestia. Que su esencia era la destrucción. Cruzó de dos zancadas la distancia que la separaba del último atacante y clavó sus colmillos en una pierna. El metal no era metal, sólo era un escudo contra el miedo, y en cuanto sus dientes arañaron la carne que había bajo él, el miedo brotó como un torrente incontrolable. La coraza cayó, y el hombre tembló de espanto. Trató de darse la vuelta para escapar, pero, desprovisto de su coraza, descubrió que la servidora lo tenía firmemente sujeto por los brazos con lazos de fuerza invisible. Intentó liberar la pierna, pero sólo logró que los colmillos se hundiesen más profundamente en ella. Cuando la primera gota de sangre brotó, la Bestia saltó hacia atrás, mientras el poder de la sangre de la Reina estallaba en las manos de Sura, abrasando al horrorizado forjador. No quedó nada de él.

Temblorosa por el esfuerzo, la servidora se tambaleó y estuvo a punto de caer, pero la Bestia la sostuvo con suavidad con el hocico. Sura le sonrió, y le acarició débilmente una enorme oreja.

—Por un momento pensé...

La Bestia bufó con desdén como única respuesta.

Lentamente, ambas caminaron hasta la orilla del granito y contemplaron la marea gris que les lamía los pies. Sin esfuerzo, su consciencia recorrió el espacio sólido que les rodeaba y saltó cruzando las grisáceas mareas siempre cambiantes que lo rodeaban. Todo era silencio en el Tercer Lugar. Ya no había enemigos en el Salón de Mármol. Las Puertas permanecían cerradas.

—¿Hemos salvado al Reino? —preguntó Sura mientras sentía que el poder se ocultaba de nuevo en su interior.

—Hemos protegido el Reino —gruñó la Bestia—. No está en nuestra mano salvarlo ni condenarlo. La Reina sigue muerta. Pero hemos hecho todo lo que podíamos hacer.

La servidora asintió, y ambos penetraron en el caos para reunirse con sus compañeros.

27. Edificio Babilonia

La Ciudad, ahora.

Llegaban de todas partes de la ciudad, y ninguno sabía el porqué. La mayoría avanzaba en grupo, siguiendo a un líder que en algún momento de la noche había sentido el impulso de ponerse en marcha, de recorrer las calles sin ningún destino en mente, pero avanzando todo el tiempo hacia el mismo lugar. En ocasiones se cruzaban con otros grupos, casi siempre de forma silenciosa, intercambiando sólo miradas de hostilidad. Otras veces alguien lanzaba un insulto, una piedra, un disparo, y la calle se transformaba en un campo de batalla durante unos minutos salvajes pero breves. Finalmente acababa surgiendo un nuevo líder, y a su señal los supervivientes reemprendían la marcha, olvidado el conflicto. Todos avanzaban. Todos tenían que llegar allí. Y cuando lo vieron, supieron que habían alcanzado su destino. Los Cadenas de Acero hicieron resonar sus eslabones. Los Hijos de la Sangre lanzaron un aullido de triunfo. Los Cortadores besaron las orejas y los ojos que llevaban engarzados en sus collares. Y después se hizo el silencio. Algunos se sentaron, otros permanecieron de pie, pero todos se limitaron a contemplar el edificio sin saber qué hacer ni cómo hacerlo. Esperando la llamada de la voz que les había convocado. Esperando sus órdenes.

El grupo que seguía a la Chica de la Almádena improvisada fue de los últimos en llegar. Tras la muerte del Intocable habían sido necesarios muchos enfrentamientos y muertes para que un nuevo líder se alzase, y cuando finalmente la sangre comenzó a secarse en el suelo, la Chica ordenó avanzar, dejar atrás la colina y el parque, y dirigirse hacia el corazón de la ciudad. Recorrieron calles silenciosas y vacías, en las que hasta los cadáveres parecían haberse ocultado, sin encontrar oposición alguna, y pronto todos sintieron la urgencia que impulsaba a su líder. Tenían que llegar. Tenían que someterse. Un murmullo de asentimiento recorrió la mermada columna, aunque nadie sabía con qué estaban de acuerdo. Sólo sabían que lo estaban. Avanzar. Llegar. Someterse. Avanzar. Llegar. Someterse. Ese era el cántico que acompañaba cada paso. Finalmente doblaron una esquina y, con un gesto de la mano, la Chica les ordenó detenerse. Frente a ella la calle estaba llena. Cientos de personas. Quizás miles. Hombres y mujeres. Jóvenes y viejos. Todos guerreros. Todos supervivientes. Una sonrisa se abrió camino en su rostro, la primera desde la muerte del Intocable. Allí estaban entre hermanos, aunque antes hubiesen sido enemigos, aunque la sangre de alguna de esas tribus hubiese sido vertida por su almádena. Todo eso quedaba atrás. Cuando levantó la mirada hacia el edificio, no pudo evitar arrodillarse. En algún lugar tras el hormigón y el cristal, su nuevo señor aguardaba el momento de mostrarse. Y su ejército respondería.

—Esperaremos —dijo mientras dejaba caer pesadamente la almádena sobre el asfalto, y con un suspiro de satisfacción se permitió cerrar los ojos unos instantes para descansar. Nunca volvió a abrirlos.

2

—Problemas. Una maldita plaga de problemas es lo que tenemos ahí delante —dijo el Torturador suspirando—. Han crecido como setas.

—Setas con armas —apuntó Ivo.

Ambos observaban perchados desde la azotea más próxima al edificio en el que se encontraba el vórtice, aunque había más de veinte metros de uno a otro. Imposible alcanzarlo desde las alturas.

—Pues con armas o sin ellas, tendremos que cruzar. —El Torturador se encogió de hombros—. Salvo que tengas alguna otra idea, claro.

Ivo no contestó. Simplemente comenzó a bajar por la escalera de incendios, y el Torturador le siguió tras repetir el gesto con los hombros. Eran catorce pisos, pero el Torturador prefirió silbar en vez de preguntar de nuevo. Ya conocía lo suficiente a esa versión de la Cazadora como para saber que se tomaba su tiempo. Aun así, cuando Ivo se detuvo en la tercera planta para escrutar atentamente a los ocupantes de la calle, no pudo evitar insistir.

—¿Y bien?

Ivo sonrió tras su rostro impasible.

—Piel de cordero —dijo indicando con la cabeza—. Bajo nosotros tenemos a unos viejos conocidos.

—Tú primero —indicó el Torturador, y le cedió el paso.

E Ivo descendió. Bajó los últimos peldaños en completo silencio y salvó ágilmente los dos metros que le separaban del suelo, rodando sin provocar el menor sonido. Cuando se incorporó de nuevo ya tenía el cuchillo en la mano y estaba a unos quince metros de los hombres que se encontraban más alejados del edificio. Con zancadas rápidas, salvó la distancia que le separaba de ellos. En ese momento ya no eran individuos, no tenían capacidad de actuar por sí mismos. Eran parte de algo mayor, los brazos vivos y segmentados de una criatura más grande, inofensivos hasta que la cabeza se percatase de su presencia. Así que lo único que tenía que hacer era acabar con la cabeza. Estaba seguro de que si se hubiese acercado al edificio por cualquier otra calle, la alarma habría saltado al instante ante una presencia desconocida, pero para las personas que habían estado sobre la colina él no era en realidad un desconocido: era el asesino del Intocable, el que había derrotado a su líder. Y en algún rincón primitivo y oscuro de la mente humana, eso le otorgaba en

cierta forma el derecho a gobernarlos. Por eso nadie alzó la voz, por eso nadie le señaló acusadoramente. Simplemente observaron como llegaba hasta ellos, y lo dejaron pasar. Ahora sólo necesitaba encontrar a su nuevo líder. Ivo recorrió el grupo con la mirada. ¿Qué hacía la cabeza cuando el cuerpo permanecía inactivo? Descansar. Dormir. Allí estaba. La chica que tenía a su lado la almádena improvisada. Sólo necesitó tres zancadas más y un movimiento rápido del cuchillo para cortarle la garganta. Después todo fue tan simple como levantar la enorme maza, y sus seguidores se pusieron en pie. Hizo un gesto en círculo sobre su cabeza y le rodearon en una apretada formación. Movi6 un poco la almádena en horizontal y abrieron el círculo lo suficiente como para que el Torturador llegase hasta su lado. Después comenzaron a caminar hacia el portal.

—¿Piel de cordero? —El Torturador sonrió—. Si estos son los corderos, pobres pastores.

—Esta ya no es ciudad para pastores —replicó Ivo, pero al decirlo algo resonó en su interior, algo que indicaba peligro, que tiraba de él de vuelta a las calles.

Sabía bien que no podía permitírselo, no ahora, así que desechó la sensación y se concentró en los metros que quedaban frente a ellos.

A pesar de la muchedumbre que se había congregado en torno al edificio, nadie parecía haberse decidido a cruzar las puertas, que permanecían abiertas pero desocupadas. Sólo aguardaban. La pregunta era: ¿les permitirían entrar a ellos? Ivo sujetaba con fuerza la almádena con una mano y el cuchillo con la otra, por si necesitaban abrirse paso, pero la respuesta fue sí. Nadie les bloqueó el camino, nadie pronunció siquiera una palabra para detenerlos. Cuando alcanzaron el escalón que daba acceso al portal, los hombres y mujeres que les rodeaban simplemente se detuvieron, como si hubieran tropezado con una muralla invisible, y la Cazadora y el Torturador cruzaron la arcada. EDIFICIO BABILONIA, ponía en letras doradas sobre la puerta.

—¿Y ahora? —preguntó el Torturador tras pulsar el interruptor de la luz, y esperar a que los fluorescentes del techo dejaran de parpadear.

—Arriba.

Y subieron.

Nadie de la calle había cruzado al interior del edificio, pero el cierre de las Puertas del Reino se había cobrado allí un precio mayor que en ninguna otra parte de la ciudad. Allí parecía como si la energía de los soñadores, en vez de extenderse y dispersarse, se hubiese concentrado y vuelto a concentrar, hasta prácticamente alterar la realidad. Ivo podía percibir el aroma de la Bestia surgiendo de una escalera que descendía al semisótano, aunque hacía tiempo que se había alejado de allí. Algunos pisos más arriba estaba la Oscuridad. Y más arriba, el Dragón. Y en lo más alto, la Reina. Sólo que no eran la Bestia, la Oscuridad, el Dragón ni la Reina. Eran mortales que, por su carácter, sus deseos o sus miedos habían manifestado las características de la Bestia, de la Oscuridad, del Dragón. Y era el asesino de la Reina. El cuchillo

vibró con anticipación en su mano, y el deseo de regresar al Reino vibró en su corazón. Liberarse de esa prisión de carne, de ese mundo estático. Y sin embargo, una fibra del cuerpo en el que se había envuelto insistía en que no todo había concluido, en que tenía promesas que cumplir. Una en concreto. Observó el arma de hierro que esgrimía. Tendría que pagar su precio antes del amanecer. Pero no ahora. Seguido por el omnipresente silbido del Torturador, Ivo inició el ascenso por la escalera hacia su objetivo.

Cuando llegaron al segundo piso, pudieron percibir claramente el temor irracional que inspiraba la Oscuridad, pero provenía casi del final del pasillo, muy lejos de la escalera, así que se limitaron a ignorarlo.

Cuando alcanzaron el quinto, les llegó el olor a muerte y acero propio de la guarida del Dragón, pero no notaron su presencia, así que continuaron ascendiendo.

Cuando pusieron el pie en el descansillo del tramo que conectaba con el octavo piso, el Dragón atacó. No fue discreto, no fue sutil. Era el Dragón, y no necesitaba nada de eso. Su figura surgió de las sombras de la escalera, y lanzó un hachazo paralelo al suelo, directo al cuello de Ivo. No fue un golpe excesivamente rápido, ni le sorprendió especialmente. Sólo tenía que agacharse para evitarlo, y clavarle el cuchillo en las entrañas. Pero no lo hizo. Ni siquiera fue consciente del ataque. En ese momento, justo en ese momento, a media ciudad de distancia, Sakura lo llamaba. Lo necesitaba. Había hecho un juramento. Había forjado unos votos. Pero antes de ser de carne había aceptado la misión de devolver la vida a la Reina matando a su asesino. La indecisión sólo le asaltó durante un instante, pero era más de lo que podía permitirse. Mientras el filo del hacha se aproximaba cada vez más a su cuello, Ivo se preguntó si la cabeza volvería a crecerle cuando se la cercenasen, porque eso era lo que iba a pasar. Inevitablemente. La hoja hendió piel, carne y hueso, y la potente sangre arterial saltó prácticamente hasta el techo una, dos, tres veces antes de perder la fuerza de un corazón que se detenía. Pero no eran la carne ni la sangre que envolvían la esencia de la Cazadora. Ivo sintió como la presencia del Torturador se alejaba, mientras el cuerpo de Mark, el actor porno alternativo, se desplomaba al suelo con la cabeza apenas unida al cuerpo. El Dragón tiró del hacha hacia atrás para asestar otro golpe, pero tras el hacha fue la hoja de hierro de Ivo, que se clavó hasta la empuñadura en la cuenca de su ojo izquierdo. Cuando el cuchillo volvió a salir, el cadáver del Dragón del edificio Babilonia cayó y rodó escalera abajo, otro cuerpo más para la incontable lista que salpicaba la ciudad. Una mujer salió del descansillo y corrió hacia él con el rostro desencajado de dolor e incomprensión. Ivo se hizo a un lado y continuó su ascenso mientras la mujer chillaba desconsoladamente sobre el cadáver de su amo. Esos gritos no significaban nada para él. Sin embargo, claramente resonando en su interior, se oía otro grito ahogado. Al otro lado de la ciudad, Sakura seguía invocándole, pero tendría que resistir un poco más. Un tramo de escalones. Un corto pasillo. Una puerta.

La Cazadora empujó, y la entrada se abrió en silencio. Era un pequeño estudio:

cocina y salón separados por una barra, un baño a la derecha, y al fondo el único dormitorio, y el asesino de la Reina.

—Pobre Mark —comentó una voz a su espalda—. Se le echará de menos.

Ivo volvió la cabeza lo justo para ver a un joven con sobrepeso, vestido con ropas cómodas.

—¿Más porno?

—¿Eso era ironía? —El Torturador suspiró—. Dibujante erótico. Es lo único que quedaba. Literalmente. ¿Dispuesto?

—Dispuesto.

Juntos, cruzaron el salón y se asomaron con precaución al dormitorio. La cama era un estanque de sangre, sobre el que flotaban los restos apenas reconocibles de una mujer. Debían de haberla apuñalado más de cien veces, con toda clase de objetos, y después parecían haberla golpeado y destrozado hasta convertirla en una masa informe de brillante carmesí. Junto a ella, sentado en el borde de la carnicería y con la mirada perdida en el infinito, había un hombre joven, de unos veinticinco años, con los brazos cubiertos de sangre hasta los codos. A sus pies, en un pequeño charco rojo, había un cuchillo de cocina pequeño, un cuchillo de sierra, un tenedor de trinchar, un martillo, un mazo de madera, una especie de pisapapeles de cristal agrietado y algunos otros objetos más pequeños, indistinguibles. Cuando llegaron junto a él, el asesino habló, aunque sin dirigirles la mirada.

—Sólo quería salvarla —murmuró—. Salvarla de mí. No sé qué ha pasado.

—Si estás lleno de mierda, no es buena idea ponerte un tapón en el culo —gruñó el Torturador, tras escupir al suelo con desprecio—. Y matar al fontanero es una idea mucho peor.

El asesino se incorporó lentamente y con pasos tambaleantes se aproximó hasta la ventana. Bajo ellos, la calle seguía repleta de una legión que aguardaba órdenes.

—No quería... —balbuceó—. No tienen por qué estar aquí.

—Se llama derecho de conquista —explicó Ivo, acercándose un paso, por si intentaba saltar por la ventana—. Has matado a la Reina. Para ellos, tú eres la Reina ahora.

—Por poco tiempo —puntualizó el Torturador.

—¿Vais a matarme? —Había una nota de esperanza en su voz, bajo el horror que la inundaba.

—También —dijo Ivo mientras le clavaba el puñal en el vientre—. Pero cada cosa a su tiempo.

Clavó de nuevo la hoja, y después dejó que el asesino se desplomase de rodillas con un gemido ahogado, mientras el Torturador se acuclillaba a su lado para explicarle el proceso.

—Primero te desollaremos —dijo—, y con los tendones de tus manos...

Ivo no prestó atención, sino que contempló la ciudad por la ventana, un mosaico de luces bajo el que se ocultaba un mosaico de muerte. Aún tenía una promesa que

cumplir. Y todavía estaba a tiempo de cumplirla.

—¿Puedes seguir solo? —preguntó dándose la vuelta repentinamente.

—... y con las orejas dentro del saco... —El Torturador se detuvo un momento, y escrutó el rostro que envolvía a la Cazadora durante unos largos segundos. Finalmente, se encogió de hombros—. Te avisaré cuando estemos listos.

Ivo no aguardó a oír el resto de la explicación. Corrió escalera abajo, saltando tramos enteros de escalones. Atravesó la puerta que daba a la calle abriéndola de una embestida. Y se encontró en medio de un millar de rostros vacíos y hoscos, que le contemplaban con furia mientras aferraban toda clase de armas.

—Tú... —rugió uno de los que estaban junto a él, un hombre de unos cuarenta años que empuñaba unas tijeras de podar oscurecidas por la sangre seca.

—¡Lo has matado! —gritó unos metros más atrás un chico que no llegaría a los quince y que estaba colocando una flecha en un arco.

—¡Tú! —gritó de nuevo el hombre de las tijeras, señalándolo con un dedo acusador.

—¡Tú! —corearon una decena de voces, y luego un centenar, repletas de odio y desesperación en la misma medida.

E Ivo rió. Rió en voz alta, por primera y última vez, con carcajadas crueles y gélidas que hicieron enmudecer a la muchedumbre.

—Yo —dijo.

Y empezó a matar.

28. El Rey del Mundo

La Ciudad, ahora.

La primera docena se había transformado en un centenar, y este en dos, y ahora prácticamente quinientas almas inocentes seguían a Frank R. Schiolla, entre conversaciones, risas y canciones, avanzando hacia su salvación. Frank no pudo evitar un suspiro de satisfacción. La noche había sido larga y compleja, sobre todo en las primeras horas tras la medianoche, pero después las aguas se habían ido calmando, y ahora todo iba como la seda. El peor momento había sido poco antes de reunir el primer centenar. Estaban cruzando por una calle secundaria hacia un ambulatorio donde se había refugiado media docena de personas cuando uno de esos grupos de matones que vagaban por la ciudad les cortó el paso. Fue repentino e inesperado: surgieron de detrás de un par de coches aparcados, haciendo girar amenazadoramente bates, palanquetas y hasta un hacha. Por un instante Frank pensó que todo se iba a ir a la mierda. Que no iba a poder ser el Rey del Mundo, cuando ya casi lo tenía al alcance de la mano. El problema no era la chusma armada. Tenía dos palomas en el maletín, y cada vez más soltura en esas lides. El problema era su rebaño; para poder venderles la idea de salvación tenía que mantener la ilusión de la salvación; para poder venderles la idea de la bondad tenía que mantener la ilusión de la bondad. Se había presentado ante ellos como portador de la paz, de la inocencia, de la caridad. No podía simplemente hacer que a los inoportunos atacantes les reventasen las tripas y confiar en que sus alegres seguidores siguieran confiando ciegamente en él. Los matones gritaron alguna simpleza, como «Quietos», «Primero mataremos al del maletín», o quién sabe qué. Frank no estaba prestando atención. Sólo podía pensar en formas cada vez más sangrientas de acabar con ellos, pero ninguna solucionaba su problema. Ya tenía al más valiente de la chusma a apenas un par de metros de él cuando se le ocurrió la solución. Ciegamente. Simplemente le pidió a su séquito que cerrasen los ojos, con su mejor voz de vendedor, tranquilo y alegre. Y lo hicieron. Benditas ovejas. Así de sencillo. Cuando los Arcontes acabaron de reclamar la sangre de los atacantes, Frank indicó a su rebaño que avanzase, aún con los ojos cerrados, y los mantuvo así hasta que salieron a la avenida que conducía al ambulatorio. Si alguien vio algo por la rendija de un ojo, no hizo mención alguna, y todos pudieron continuar su camino hacia la salvación.

Solucionado ese problema, el resto fue un verdadero paseo. De hecho, más o menos cuando su grupo tenía ya doscientas personas, todo empezó a funcionar solo. Literalmente. Eran sus ovejitas las que se encargaban de encontrar a otras ovejitas asustadas, de sacarlas de sus escondrijos y convencerlas para que siguiesen al buen pastor. «Vamos a un lugar seguro». «Él nos salvará». «Salgamos de aquí».

Asquerosamente edulcorado, y asquerosamente efectivo. Él sólo tenía que sonreír, indicar que siguieran avanzando, y luego sonreír un poco más. Era un auténtico líder. O eso quería pensar. Pero cada vez que comenzaba a darle vueltas al «gran final» sentía que la inseguridad y el miedo volvían a morderle las rodillas para hacerle tropezar. «Autoestima, autoestima —se repetía—. Vas a ser el puto Rey del Mundo. No hay lugar para las dudas». Pero así era él. Así había sido toda su vida, y así seguiría siendo. Volvió a sonreír. Sólo tenía que conseguir que sus ovejitas no se diesen cuenta, y empujarlas hasta el salto final. Sólo una par de horas más. Hasta antes del amanecer. Y después, Rey del Mundo. Y que le dieran por culo a la autoestima.

2

Sombra estudió la columna oculto tras un contenedor de basura. No podía estar seguro de cuántos eran ya, pero probablemente más de trescientos o cuatrocientos. Quinientos, quizás. Era un ejército más numeroso que cualquier otro con el que se hubiera cruzado en la ciudad, pero al mismo tiempo era totalmente pacífico. O eso había pensado. Todos menos uno. Lo del callejón había sido una auténtica carnicería; tanto, que en ese momento Sombra se arriesgó a perderles la pista para tratar de comprender cómo lo había hecho.

Se inclinó sobre los cadáveres, o más bien lo que quedaba de ellos, y pasó la mano sobre las heridas tratando de percibir la energía. No era magia normal. Ningún humano tenía una energía tan oscura. Era... Sombra no sabía cómo definirlo. Era la oscuridad de mil generaciones de negros deseos centrada en una aguda cuchilla de odio y hambre. Con un estremecimiento, se atrevió a tocar la sangre que impregnaba el suelo y cerró los ojos expandiendo su consciencia. Las emociones siempre resultaban fáciles de percibir, aunque el espacio y el tiempo eran un asunto completamente diferente, sobre todo careciendo de herramientas apropiadas. Pero no tenía otra opción, así que lo hizo. Aferró los hilos del tiempo y separó con infinito cuidado una hebra que cruzaba ese lugar. Como un temeroso Teseo, siguió el hilo hacia atrás segundo a segundo, minuto a minuto, hasta el momento mismo en que la energía asesina fue invocada. Ya casi la tenía. Ya casi. Casi.

Sorprendido, soltó el hilo y trastabilló hacia atrás mientras abría los ojos. No habían llegado a verlo, pero existía la posibilidad de que sí. A través del tiempo, a través del espacio, si hubiese retrocedido un segundo más, si se hubiese demorado un segundo más, lo habrían descubierto. Sombra ya no necesitaba saber cómo se había llevado a cabo la matanza. Sabía qué la había producido, lo cual era mucho más importante. Arcontes. El pastor del rebaño estaba mezclándose con fuerzas muy

superiores a su entendimiento, de eso no había duda, y si algo había aprendido Sombra en todos sus años de estudio era que los Arcontes constituían una de esas entidades de las que había que huir. Simplemente huir. Su risa más amarga resonó en el callejón repleto de cuerpos. Huir. Lo que siempre se le había dado mejor. Y lo que ahora no estaba dispuesto a hacer de ninguna de las maneras. La duda que le carcomía era si el pastor era un simple peón o una pieza clave. Dicho de otro modo: si matarlo podría cambiar algo.

Desde que salió del club de Olena, Sombra no había podido pensar en otra cosa. Cambiar algo. Matar a alguien. Demostrar que podía hacer algo más que huir. Pero sólo si tenía sentido. El problema era que aún no lo sabía con certeza. El rebaño en sí era inofensivo, pero su guía no. Mientras avanzaba de nuevo tras ellos todo lo discretamente que podía, trataba por todos los medios de deducir su objetivo más probable, pero le faltaban claves. Los sacrificios voluntarios siempre eran más poderosos que los sacrificios forzados, aunque la oscuridad a la que servía el pastor no parecía discriminar demasiado al respecto. Aun así, Sombra no quería ni imaginar qué buscaría obtener alguien con quinientos sacrificios humanos. Eran demasiados. Era demasiado horrible. No por la cantidad de muertes; en ese momento, en la ciudad probablemente hubiese el triple o el cuádruple de ese número de cadáveres. Era demasiado horrible porque lo que impulsaba al guía no era la locura que se había apoderado del resto de sus conciudadanos. Por lo que sabía, quizás del resto del mundo. En el corazón del caos, bajo la marea de deseos e impulsos, alguien estaba llevando a cabo un plan, un plan que no era suyo sino de poderes antiguos y siniestros a los que nada importaba la vida. Para los cuales la vida era alimento. Y él, que era el único que parecía haberse dado cuenta, no lograba descubrir en qué consistía. Sólo podía seguirlos, calle tras calle, edificio tras edificio, y ver que su número continuaba aumentando.

Lo más triste era que resultaba hermoso verlos. Avanzaban juntos y felices, ayudándose, animándose. Los más fuertes sostenían a los más ancianos. Los jóvenes cogían en brazos a los niños. Una chica de unos quince años caminaba justo detrás del pastor, como si estuviese siguiendo al mismo Buda en toda su magnificencia, alentando continuamente a sus compañeros y atenta a cualquier señal de otro necesitado que sumar a su causa. Y parecía que la capacidad de la ciudad de producir más almas inocentes que habían permanecido a salvo no tenía fin. Una niña escondida en un contenedor de basura. Un mendigo que había pasado toda la noche borracho bajo un montón de periódicos y había despertado justo cuando los cánticos pasaban junto a él. Una madre con un bebé y un gato en su trasportín, que cerró los pestillos de su coche de lunas tintadas y llevaba horas cantando nanas sin mirar al exterior. Siempre quedaba alguien más, hasta que la cabeza de la columna ya no era visible desde la posición que los seguía, varios metros por detrás del último miembro del rebaño.

Entonces se detuvieron. Del modo más discretamente posible, Sombra corrió por

una calle paralela para tratar de descubrir qué estaba sucediendo en la cabecera. Saltó sobre los restos aún humeantes de una hoguera abandonada, se agachó para pasar por un hueco que había en una barricada de la que aún pendían cadáveres empalados, y sacó la pistola. No lo pensó, simplemente la sacó y quitó el seguro. Si conseguía acercarse lo suficiente como para asegurar el tiro, dispararía contra el pastor. Y después pensaría en las consecuencias. Recorrió los últimos metros con la mente completamente en blanco, sintiendo sólo el peso del arma en la mano, la tensión de su dedo junto al gatillo. Dobló la esquina que le devolvería a la calle principal. Pero ya era demasiado tarde. La columna se había puesto en marcha, y su líder avanzaba tranquilamente con al menos diez metros de seguidores a su espalda, haciendo imposible cualquier disparo, y menos de alguien que empuñaba un arma de fuego por primera vez. Sintiendo como una mezcla de desesperación y frustración le atenazaba el pecho, Sombra prácticamente se situó codo con codo con los caminantes de la parte más exterior del rebaño, oculto apenas tras un cartel publicitario atravesado por varios cortes. Necesitaba saber. Pero todo era demasiado incoherente.

«Caminemos hacia el amanecer», canturreaba alguien exultante. «Todos juntos, todos juntos», coreaba una voz infantil. «No tenéis que preocuparos. Nadie tiene que preocuparse», animaba otro. Pero nadie decía adónde iban. Nadie decía por qué iban allí. Nadie era capaz de soltar una palabra útil, aunque sólo fuese una. Con cuidado, Sombra volvió a colocar el seguro en su sitio, y esperó. Cuando la columna se hubo alejado y ya sólo se oían sus cánticos y risas, se guardó el arma en el pantalón y salió tras ella. Había tenido su oportunidad, y la había perdido. O quizás no había llegado a tenerla nunca. En cualquier caso, ya sólo podía seguirlos y esperar al final. Y confiar en que en algún momento de ese final encontraría una posibilidad para hacer algo.

3

Toda gran actuación requiere un gran final, y Frank R. Schiolla le había dado muchas vueltas a cuál debía ser el escenario de ese final. Lo primero que le vino a la mente, como no podía ser de otro modo, fue una iglesia. O mejor aún, una catedral. Algo inmenso y glorioso, con gruesas columnas, mármol, imágenes de santos. Algo con un altar al que subirse y desde el que dirigirse a su rebaño. Pero tras pensarlo un rato le pareció una idea infantil. Él nunca había sido una persona muy religiosa. Una iglesia era simplemente el lugar al que le obligaban a ir a aburrirse de pequeño, y por donde había caído alguna que otra vez si la boda de un familiar o un amigo lo requería, nada más. ¿Qué sentido tenía para él convertirse en el Rey del Mundo en ese escenario? Ninguno. Así que lo desechó, y en ese mismo momento se quedó sin ideas. Andaban y andaban, y con cada manzana que recorrían su rebaño aumentaba en uno o dos

miembros (o a veces más, si había suerte), pero llegó un momento en que tenía que decidirse, con inspiración o sin ella. Se hacía tarde. Tomó aire, levantó una mano para indicar que se parasen y se dirigió a su séquito.

—Me habéis seguido con esperanza y valentía toda esta noche —comenzó a decir con su mejor sonrisa—, y gracias a ello no sólo vosotros estáis a salvo, sino que hemos salvado a muchos, muchísimos, que de no ser por vuestra bondad y ayuda no estarían ahora a nuestro lado. Y os lo agradezco. —«*Captatio benevolentiae*— se dijo—. No se llega a ser un gran vendedor sin algo de estudios»—. Pero el peligro aún está cerca. Nos rodea. Nos acecha. No estamos a salvo, y lo sabéis.

Hizo una pausa dramática, para que un murmullo de asentimiento recorriese el rebaño. Cuando consideró que la idea había calado lo suficiente, continuó su discurso.

—Os prometí que os sacaría de aquí. Y voy a cumplirlo. —Hubo un comienzo de aplauso, y Frank lo dejó crecer lo suficiente, hasta que recorrió como una ola la columna. Con falsa modestia agachó la cabeza, sólo para levantarla unos instantes después con una mirada de decisión heroica. Siempre había querido poner esa cara, pero la verdad es que no resultaba muy útil para vender seguros—. Es el momento. Es el momento de marcharnos. Es el momento de encontrarnos con nuestro destino...

Se detuvo. ¿Dónde? ¿Qué lugar era digno de recibir al Rey del Mundo? ¿Por qué lugar quería que le recordaran? ¿Había realmente algún rincón en la ciudad que significase algo para él? Y entonces lo supo. ¿Frank el Obispo? ¿Frank el Presidente? ¿Frank el Líder? No quería mandar, no quería gobernar en el sentido estricto. Quería ser el puto amo. Quería ser una estrella del rock. En sentido figurado, pero era así como quería sentirse. Por tanto sólo había un sitio al que ir.

—... en el Auditorio Imperial.

Todos los grandes conciertos habían sido en el Auditorio. Todo el que era alguien había sido aplaudido y ovacionado desde sus gradas. Y allí era donde tenía que acabar todo. O empezar, según se viese. Con una sonrisa sincera e ilusionada, Frank dio la espalda al rebaño y se puso en marcha, con la certeza de que le seguirían. Hasta el fin del mundo, si hiciese falta. Quizás un poco más allá. Pronto lo comprobaría.

4

El lugar no era en realidad ningún lugar. Antes lo había sido, pero lentamente fue borrándose de la existencia, como tantas otras cosas, devorado por el paso de años y siglos que se habían estirado hasta convertirse en milenios de polvo y olvido. Antes había sido no sólo un lugar, sino un lugar poderoso y brillante. Un lugar amado, y odiado, y temido, y deseado. Pero ese antes murió, y ruinas sobre ruinas fueron

depositándose, como capas de vacío que cada vez transformaban más en nada todo lo que fue. Hasta que un día realmente fue sólo nada, sepultada bajo el peso del tiempo. No, ya no era ningún lugar. Pero era. Los Arcontes se referían a él como Abajo, y eso resultaba suficiente.

Abajo no había luz. Ni sonido. Ni espacio, en realidad. Era sólo un punto donde todos estaban allí al mismo tiempo, siendo uno sin el Uno que les unía. Y aunque carecían de forma, se colocaron en un círculo que de hecho no existía. Y reunidos en ese círculo no necesitaban hablar, porque todos eran lo mismo, pero aun así lo hicieron.

—El asalto al Reino ha sido un fracaso total —dijo Herrumbre, adelantándose. Un silencioso asentimiento de capuchas le respondió, y volvió a su lugar.

Tras ello, se instaló entre las figuras de sombra congregadas un silencio distinto, expectante. Ninguna quería atreverse a ser la primera en decirlo, pero todas lo sentían por igual. Había sido un plan perfecto, y se había ejecutado con total precisión. Ciertamente, no había sido el primero. Ni el segundo. Durante siglos habían tejido planes en murmullos silenciosos, compartido ideas, vigilado, esperado. Y durante siglos habían fracasado. Porque todos sus planes eran demasiado complejos, demasiado improbables. Hasta que finalmente descubrieron cuál era el único plan perfecto. Y lo guardaron como un tesoro, en la oscuridad y en la sombra. Un plan tan perfecto que no podía fallar si encontraban la oportunidad adecuada. Tan perfecto que sin esa oportunidad nunca podría llevarse a cabo. Y el tiempo pasó, y el mundo cambió, y su poder fue menguando cada vez más. Como una vela se fueron agotando y desvaneciéndose. Llegaron incluso a aceptar que su desaparición absoluta era casi inevitable. Casi. Pero jamás abandonaron el destello de esperanza del plan. Llevaban aguardando miles de años la oportunidad adecuada, el momento justo para llevarlo a cabo. Y ahora, finalmente, había llegado. E iban a tener éxito. Porque no podía ser de otro modo.

—Hermanos... —Fue Espina la que ocupó el lugar central—. La victoria es inminente.

No esperaba calurosos vítores ni una ovación, y no los recibió. Llevaban aguardando casi una eternidad, aferrándose a una pequeña semilla. Podían esperar una hora más. Aunque estuvieran totalmente seguros de su triunfo. Así que esperaron.

Y mientras lo hacían, comenzaron a revivir recuerdos, recuerdos que cobraban vida a su alrededor y por los que se deslizaban como visitantes invisibles. Recuerdos de sangre derramada en su nombre y en el de aquel al que servían. Recuerdos de miedo y deseo. Recuerdos de pactos y de dones. Recuerdos de un mundo que fue suyo, brevemente, muy brevemente, pero lo fue. Y que debería haber sido suyo para siempre. Recuerdos de la derrota más cruel y brutal, de la desesperación que le siguió. Y de cómo de esa derrota surgió lo que eran ahora. Recuerdos de la dolorosa herida de comprender lo que significaba la libertad. Porque ellas eran las Sombras del Amo. Y recuerdos del dolor menos intenso pero interminable de aceptar que nunca

serían libres. Hasta ahora. Era el momento. Era su momento. Era su mundo. Por fin.
Para siempre.

29. Antes del amanecer

La Ciudad, ahora.

Recibió cien heridas, pero las cien se cerraron. Infligió muchas más, y todas quedaron abiertas y sangrantes. Llegó un momento en que nadie se atrevía ya a acercarse a Ivo, y se limitaron a observarle con odio y temor, pero siempre a una distancia prudencial. Sin más oposición, Ivo corrió. Corrió con la velocidad de los sueños y de la muerte, sin temer nada, sin desviarse de su camino, con la seguridad de que su auténtica misión ya estaba cumplida. Con la seguridad de que llegaría a tiempo.

Desde la ventana del ático, el Torturador lo observó alejarse con una sonrisa sincera en el rostro rechoncho que portaba en ese momento, y volvió a centrar su atención en el humano que se desangraba lentamente en el suelo.

—Perdón por el retraso —se disculpó con auténtica amabilidad. No le gustaba dejar las cosas a medias—. Sigamos.

Con meticulosa precisión, continuó separando la piel del cuerpo. Era un proceso que requería concentración y cuidado si quería coser una buena bolsa. Cortó, desgarró y tiró de la piel todo lo necesario, sin preocuparse de que el asesino de la Reina muriese antes del momento indicado. Había derramado la sangre de la reina Mab con sus propias manos; eso no iba a suceder. Y no sucedió. Todavía quedaba tiempo de sobra hasta entonces.

2

Había sido un día duro para la cazadora. Alina había tenido que huir. Había visto cómo mataban a gente. Había tenido que luchar. Había quitado vidas. Pero todo había transcurrido como a través de una bruma, sin tener realmente lógica, sin saber que era la cazadora. Hasta que se arrodilló junto a aquel cadáver y le cogió la máscara de hockey. Entonces todo comenzó a cobrar sentido, y ahora estaba a punto de culminar, en cuanto cruzase la puerta y acabase con su presa, que aguardaba atemorizada al otro lado. Aun así, no había sido fácil. Antes de esa noche Alina había sido administradora de redes informáticas, y cuando cayó la oscuridad en realidad aún lo era. Sabía que no debía seguir siéndolo, pero desconocía qué otra cosa debía ser. Recorrió las calles lo mejor que pudo, observando, aprendiendo, tratando de encontrar las conexiones entre todo lo que sucedía e intentando descubrir cómo encajaba ella en todo eso. Pero nada tenía sentido. Simplemente era una pesadilla hecha realidad, o mejor dicho, un

mosaico de pesadillas. Pero aceptar esa idea no aclaró las suyas.

Hasta que se puso la máscara. En ese momento todo se hizo tan evidente, tan simple. Ella era otra pesadilla. Sin más. La cazadora. El nombre le daba una finalidad a su existencia. Así que cazó. La primera presa fue una oveja; una oveja fuerte y joven, pero oveja al fin y al cabo. Cuando el cuerpo del veinteañero yació inerte en el suelo a sus pies, haberlo matado con sus propias manos no le reportó ninguna satisfacción. Ahí tuvo la segunda revelación: era la cazadora, pero tenía un objetivo. Una presa. Así que partió en busca de un desafío mayor, lo cual era fácil, ya que la ciudad era un hervidero de grupos armados, enfrentándose y volviéndose a enfrentar en una compleja lucha por el poder y la posición. Tras su máscara de hockey, Alina eligió al que le pareció el líder más fuerte, y cayó sobre él con toda su ferocidad. Matarlo no le aportó la descarga de energía que esperaba, pero así logró su jauría. Eran dieciséis: fuertes, veloces, salvajes, crueles. En cuanto su líder murió, se arrodillaron ante ella en señal de lealtad. No juraron, porque ninguno podía hablar ya; se habían arrancado la lengua en señal de fidelidad inquebrantable, fidelidad que ahora depositaban en ella. Le pareció bien, y con la jauría a su espalda continuó su marcha en busca de presas. De la presa. Hubo otras luchas, escaramuzas, enfrentamientos, pero en ninguno de ellos la encontró. Hasta que, irónicamente, se le ocurrió volver al principio, al lugar donde había recogido la máscara de hockey y donde había descubierto su destino.

En cuanto puso el pie en la calle, antes incluso de ver el sitio exacto donde reposaba el cadáver del anterior portador, Alina la sintió: viva, joven, atemorizada. Suya. Esa era la sensación principal, de una intensidad abrumadora: era suya. La presa de la cazadora. E iba a cobrársela. Aun así, no permitió que la emoción nublar su astucia. La presa estaba oculta en una casa, y frente a su puerta yacían dispersos los restos de multitud de estúpidos que habían tratado de alcanzarla sin éxito. Allí donde ellos habían fracasado, Alina tendría éxito. Ella era la cazadora. El resto no. Con precaución, ordenó a su jauría que se dispusiese en forma de abanico, para abarcar cualquier posible ruta de escape. Después, con un silbido les ordenó avanzar. Era el momento.

3

Tras la cortina de la ventana del salón, Sakura observó como los atacantes se desplegaban sin poder evitar que un estremecimiento de pánico la recorriese. En algún rincón de su corazón había esperado que la destrucción de Hisakosan, su sacrificio, fuese suficiente para protegerla. Pero en su cabeza siempre había sabido que no sería así. Por eso tenía el *tanto* desenvainado y firmemente sujeto en la mano

derecha, y la manga del brazo izquierdo remangada. Ya había visto lo que podía hacer la vida de una anciana. Ahora sólo restaba confiar en que la sangre de una muchacha fuese suficiente. Sólo tenía que hacer bajar la hoja, rozar la carne, y la sangre brotaría. La voluntad entretejida haría el resto. Pero no fue capaz de hacerlo. El brillante filo del *tanto* no se movió un milímetro. El estremecimiento de pánico se transformó en una cadena férrea, agónica, que amenazaba con asfixiarla.

Entonces la ventana estalló. Entre una lluvia de cristales y astillas, uno de los intrusos saltó hasta el salón, ignorando las pequeñas heridas que le había provocado el impacto. Sakura lanzó un grito y trató de colocar el arma a modo de defensa frente a ella, pero el atacante, un chico joven pero algo mayor que ella, se agachó con la rapidez de una serpiente y la aferró de los tobillos. Con un repentino tirón, la muchacha se encontró en el suelo, un choque seco y brutal que le vació los pulmones de aire. La vista se le nubló durante un segundo. «Voy a morir», pensó, pero no soltó el cuchillo. Una mano ascendió hasta su muslo, otra subió aún más para sujetarla de la cintura. Y el *tanto* descendió. No fue una decisión premeditada. Sólo fue el puro deseo de vivir concentrado en un filo de acero. La hoja se hundió con sorprendente facilidad a través de la piel y de la carne, y Sakura la sacó para volver a clavarla. Sólo cuando las manos que la sujetaban perdieron su fuerza, se dio cuenta de que le había acuchillado en el cuello y de que tenía las piernas empapadas de sangre. Sangre que no era suya. Inútil sangre derramada. Si su magia hubiera tenido otro origen ya habría vertido sangre suficiente para sobrevivir hasta el amanecer. Pero esas no eran sus reglas. Así que, antes de que el valor de la desesperación la abandonase, pasó la afilada hoja del *tanto* por su antebrazo izquierdo. Al instante, apareció en él una fina hebra carmesí que fue aumentando de tamaño. La ventana volvió a estremecerse cuando el segundo asaltante se encaramó a ella, pero la magia ya había entrado en funcionamiento.

Quizás vio algo inesperado en el marco. Quizás un temblor en una pierna le hizo perder el equilibrio. Era la magia que había comprado con su sangre, y Sakura no necesitaba conocer los detalles, sólo los efectos. El atacante resbaló, de tal manera que cayó con todo su peso sobre uno de los fragmentos de cristal que aún permanecían en la ventana, atravesándose la garganta y bloqueando el paso al mismo tiempo. No los detendría mucho, pero era lo que tenía. Rápidamente se incorporó y corrió hacia el baño, cerrando con fuerza la puerta tras de sí. Sólo entonces comenzó a notar el dolor del brazo. El corte era limpio, pero la hoja estaba tan afilada que había resultado más profundo de lo que pensaba. Tras unos segundos de duda, se decidió a dejar el *tanto* un instante sobre la pila del lavabo y a envolverse la herida con una toalla. Los oídos le zumbaban. El corazón le martilleaba. Y la puerta del baño no aguantaría más de un par de embestidas. Cogió de nuevo el arma y se preparó para enfrentarse a la siguiente oleada.

Ruido de cristales y un gemido ahogado. La ventana ya estaba despejada. Gruñidos y un chasquido metálico. La puerta de la calle ya estaba abierta. Pasos.

Muchos. Ya estaban dentro. Demasiados. Sakura no quería morir. Pero la magia que le había transmitido Hisakosan no permitía otra opción. Todo requería un sacrificio. Y el sacrificio necesario para salvarse en una situación así, probablemente la mataría. Pero no quería morir. No tenía la voluntad ni la entereza de su abuela. Tenía miedo. Muchísimo miedo. Así que esperó, y lloró. Pero no bajó el *tanto*. Lloró mientras oía que los pasos se acercaban. Lloró cuando el primer golpe hizo estremecerse la puerta del baño, y cuando el segundo arrancó astillas, y lloró con más fuerza cuando el tercero desgajó un pedazo de madera y vio al otro lado un rostro que no era un rostro. Una máscara de hockey.

—He venido a por ti —le dijo una voz femenina desprovista de emoción desde el otro lado de la máscara.

—¡Vete! —chilló Sakura.

—No hay salida —continuó la voz tras la máscara—. He venido a por ti. Eres mía.

—¡No! —gritó Sakura, pero esa vez mientras gritaba el miedo se transformó. En agotamiento. En odio. En furia—. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No soy tuya! ¡Nunca lo seré!

Una risa cruel surgió de la máscara de hockey.

—¿Que no eres mía? Soy la cazadora. Claro que eres mía. Es mi destino. Es mi esencia. Es lo que soy.

Sakura avanzó un paso y lanzó una estocada a través del agujero de la puerta, más como un gesto simbólico que como un verdadero peligro para los atacantes.

—No eres más que una copia —rugió—. Una mala copia.

Y el miedo había desaparecido. Seguía sin querer morir, pero si iba a morir no quería que fuese en un cuarto de baño. Así que sujetó con firmeza el *tanto* y abrió la puerta. Al otro lado estaba la mujer de la máscara de hockey, y junto a ella una multitud de rostros crueles, que aguardaban pacientemente un paso atrás. La máscara asintió, como si Sakura hubiese salido en respuesta a su llamada, pero esa idea desapareció en cuanto la muchacha le escupió entre los ojos.

—Todos moriremos —susurró Sakura, mientras aproximaba el *tanto* a su vientre.

—No.

La voz no había surgido de la mujer de la máscara. Tampoco de sus acompañantes. Era una voz mucho más fría. Mucho más inhumana. La única voz que Sakura quería oír en ese momento.

—Todos no —dijo Ivo desde el marco de la puerta.

Y la muerte inundó el salón. El cuchillo de hierro silbó. Los huesos crujieron. La mujer de la máscara de hockey balbuceó con incompreensión. Y todo terminó. Sólo dos figuras permanecían en pie. Una menuda y con un *tanto* de acero. Otra, fría e imponente, con un cuchillo de hierro. Sakura sonrió. E Ivo le devolvió la sonrisa.

4

Había sido un trabajo arduo, pero ya estaba casi terminado. Con espíritu crítico, el Torturador analizó los resultados de su esfuerzo. Con cuidado, removi6 las cenizas a las que se habfa reducido el cuerpo mutilado del asesino de la Reina para asegurarse de que podfa dar por concluido el proceso. Habfa ardidido r6pido, m6s de lo esperado, pero la bolsa de piel llevaba preparada desde hacfa tiempo, asf que s6lo restaba el 6ltimo paso. Con delicadeza, fue vertiendo la ceniza en el interior del recept6culo de piel, cucharada a cucharada. Una vez hubo terminado, cogi6 los huesos y los parti6 en partes m6s pequefias para, acto seguido, irlos triturando en un mortero de m6rmar negro que habfa encontrado en la cocina. S6lo cuando la 6ltima esquirla de hueso estuvo a salvo en el interior de la bolsa humana, el Torturador se permiti6 estirar los m6sculos y desperezarse. El cuerpo que llevaba en ese momento no era precisamente atl6tico, y triturar huesos era una tarea dura. Los brazos le dolfan con cada movimiento, y no querfa ni imaginarse las agujetas que tendrfa el duefio a la mafiana siguiente. Pero 6l no tenfa intenci6n de quedarse a verlo. El ritual se habfa completado. Era hora de volver a casa.

5

Mientras se colocaba una venda alrededor del antebrazo del mejor modo que pudo, Sakura se atrevi6 a hacer la pregunta que temfa:

—¿Me llevar6s contigo?

El Cazador habfa permanecido de pie en medio de la sala, sin prestar m6s atenci6n a los cad6veres que a ella, pero no habfa mostrado intenci6n de marcharse. De momento. Pero lo harfa. No tenfa ninguna duda al respecto, y cuando tuviese que marcharse, los votos que habfan establecido no le servirfan de nada. Asf que tenfa que convencerle. Convencerle, o quedarse sola en esa ciudad cubierta de cad6veres y repleta de monstruos.

—¿Me llevar6s? —insisti6, pero no podfa hacer mucho m6s. No podfa conmovierle, no podfa seducirle.

El Cazador le devolvi6 una mirada tan frfa e indiferente que su sonrisa, que s6lo habfa durado un segundo, parecfa una alucinaci6n m6s que un recuerdo. Sakura sinti6 que el miedo volvf a apoderarse de ella, trepando lentamente desde su est6mago, y un sollozo se le ahog6 en la garganta. Adem6s, no habfa forma de sujetar la maldita venda sin que se moviese.

—No puedo llevarte. —Su voz fue un puafal de hielo, destruyendo cualquier

esperanza.

—Entonces, mátame —susurró—. ¡Mátame! No me queda nada.

El Cazador no contestó, sino que avanzó hasta su dormitorio, y tras coger uno de los libros de la estantería que tenía sobre el futón, se lo tendió. Sakura lo contempló sin entender, y el dibujo de un pequeño niño rubio le devolvió la mirada desde la tapa.

—No puedo llevarte —le explicó—. Esto es todo lo que puedo ofrecerte.

—¿*El Principito*? ¿Qué mierda quieres, que te siga aprovechando una migración de pájaros?

No tenía intención de insultar, y por un instante temió que se enfureciese con ella, pero ningún rastro de emoción atravesó el espejo de plata que tenía delante.

—No cómo viene. Cómo se va.

Sakura no entendía nada. Hasta que lo entendió.

—La serpiente. —Era cruel, era terriblemente cruel. Pero era una opción, la misma que ella había pedido a gritos unos instantes antes—. Si me mato, ¿iré contigo?

—En el Reino no hay lugar para los cuerpos —explicó el Cazador—. Pero si lo dejas atrás, te acogeré con gusto.

—¿Seré feliz? ¿No sufriré? —Una nota, que ni ella misma sabía si era desesperación o esperanza, tiñó su voz.

—Serás lo que quieras ser.

No era la respuesta que quería escuchar, pero Sakura supo que no le daría otra. Contempló el *tanto*, que descansaba sobre la mesa, al alcance de su mano. Estaba muy afilado. ¿Sentiría dolor si se cortaba el cuello con él? ¿Tendría la fuerza necesaria para clavárselo en el corazón? Un latigazo de dolor le recorrió el antebrazo izquierdo, que todavía tenía a medio vendar. Y eso apenas era un corte. No estaba preparada para morir. No todavía.

—Esa posibilidad ya es tuya. Siempre —le susurró el Cazador, y con gesto inescrutable le acarició la mejilla con una mano ensangrentada. Después irguió la cabeza, como si una llamada que sólo él oía resonase en la distancia—. Debo irme.

Y se desplomó. En el suelo, uno más entre los incontables cadáveres de la noche, yacía el cuerpo de Ivo Lain. Pero el Cazador ya no estaba allí.

30. El Principio

La Ciudad, ahora.

La comitiva había alcanzado una imponente edificación de metal y cristal, y se había detenido ante su puerta. Desde su lugar en la retaguardia, Sombra aguardó. No tenía otra opción. Desde el fallido intento de acabar con el líder, llevaba todo el camino tratando de pensar qué iban a hacer para así poder impedirlo, pero el lugar elegido le desconcertaba. ¿Un auditorio? La magia, natural o ceremonial, incluso la de sangre, funcionaba con correspondencias, equivalencias. Una iglesia para rituales, un cementerio para aproximarse a la muerte y todo lo que la rodeaba, una cueva o un bosque para los espíritus elementales. Pero no encontraba ninguna razón para reunir una cantidad enorme de energía emocional y concentrarla en un auditorio. Lo único que se le ocurría era que no fuese más que una fachada, y que en el interior estuviese preparado otro tipo de escenario completamente diferente, que no podría ver hasta que todos hubieran entrado. Demasiado tarde para prepararse. Pero ya era demasiado tarde también para dar marcha atrás. Así que aguardó en silencio hasta que el último miembro del rebaño hubo entrado, y unos instantes después se deslizó por las puertas. Nada ni nadie le impidió el paso.

El interior resultó ser lo que cabría esperar de un auditorio de grandes dimensiones. Lo primero con lo que se encontró fue un amplio vestíbulo de techos que se perdían en la oscuridad, ya que nadie se había preocupado por encender las luces. Del techo colgaban largas banderolas en las que se podían ver las fotos de cantantes pasados y futuros, desdibujados por las sombras, y un mostrador de información central completaba la escasa decoración de la sala. Al otro lado, una puerta doble que aún se cimbrecaba apuntaba la ruta que había seguido la comitiva, aunque Sombra no necesitaba indicaciones. Estaba claro que se dirigían al escenario. El problema era decidir adónde iba a dirigirse él. Se acercó al mostrador y consultó un mapa del recinto a la tenue luz que proporcionaban los focos del exterior. Cuando tuvo clara la ruta a seguir, dejó el prospecto, sacó de nuevo la pistola, y se dirigió hacia la escalera que le permitiría llegar hasta los palcos que se abrían justo sobre el lateral del escenario.

Mientras subía varios tramos de escalones, siguió considerando las posibilidades. Las dos grandes opciones eran una invocación o un pacto. El proceso podía ser similar, pero el resultado era bien distinto. Si el líder trataba de invocar a un Arconte, Sombra creía tener los recursos para frustrar el ritual, o frenarlo, incluso contando sólo con lo que llevaba encima. Pero había víctimas suficientes como para invocar una legión de Arcotes, y con que uno escapase bastaría para acabar con él. No con la ciudad, ni mucho menos con el mundo, pero sí con él. En cambio, si lo que trataba de

llevarse a cabo allí era un pacto, el resultado era mucho más incierto. Cada pacto tenía su propia naturaleza, su propio ritmo de intercambio: bienes por servicios, bienes por poderes. Indudablemente, el pastor que con tanto esfuerzo había reunido a todas esas ovejas ya tenía poder, y si lo que deseaba era más poder, este aumentaría exponencialmente en cuanto el ritual comenzase. En ese caso todo podía reducirse a un disparo rápido y preciso, o la destrucción. Y él no era precisamente un buen tirador. Pero era el único que había, así que tenía que bastar.

Con toda la precaución posible, alcanzó el palco y se asomó con discreción para ver qué sucedía bajo sus pies. Bajo él se extendía el escenario, y más allá la sala de butacas, por la que se habían repartido los integrantes del rebaño, aunque no había rastro de su líder, al menos de momento. Sombra trató de analizar la distribución de los asientos ocupados y vacíos, pero carecía de sentido. El Auditorio tenía el aspecto de eso: un auditorio con media entrada. Murmuró una maldición. Algo se le estaba escapando, y ese algo podía costarle su vida y la de muchos más. Estaba comenzando a asomarse de nuevo cuando el telón que ocultaba el escenario comenzó a abrirse repentinamente. Una calurosa ovación estalló entre los espectadores y un foco iluminó el centro del escenario.

—¡Bienvenidos! —saludó una voz por los altavoces, y el pastor del rebaño entró en el círculo de luz.

Sombra encadenó una maldición con otra. ¿Qué clase de magia era esa? ¿La de la teletienda? Lo que había sobre el escenario no era un mago, era un vendedor. Nada tenía sentido. Con lo cual no había nada que pudiera detener. Comprobó que el seguro de la pistola estaba quitado, hizo un amago de apuntar por encima de la barandilla del palco y volvió a esconderse. Esperaría un poco más. Quizás hasta que fuese demasiado tarde.

2

El Reino, ahora.

Las Puertas estaban cerradas, pero ellos no estaban entrando en el Reino; ellos eran el Reino. Aun así, la preciosa carga que transportaban pertenecía al mundo de la vigilia, así que no podían arriesgarse a exponerla a los cambiantes influjos del vacío gris, y tuvieron que alcanzar el Salón de Mármol directamente. Una máscara de plata. Una sonrisa sardónica pero cansada. Una bolsa de piel humana. Y todo lo que las acompañaba.

—¡Han vuelto! —exclamó un servidor, y la frase se extendió como un incendio

por todo el Salón.

Por doquier, piernas cansadas obligaron a sus cuerpos a levantarse, ojos agotados concentraron la mirada y brazos casi sin fuerzas aplaudieron para acompañar los vítores que brotaban por todas partes. La defensa del Reino se había cobrado un alto precio, sí, pero sería apenas un recuerdo en cuanto la Reina volviese a estar sobre su trono.

La Oscuridad fue el primero en adelantarse hacia sus hermanos, pero la primera en hablar fue la doncella de la Reina.

—¿Lo habéis conseguido? —Era más una súplica que una pregunta.

—Así es, valerosa Sura —respondió el Torturador acariciándole una mejilla, y después alzó la bolsa de piel humana para que todos pudieran verla claramente—. El asesino ha muerto. La Reina resucitará.

Un nuevo clamor de alegría empezó a alzarse, pero la argentina voz de la Oscuridad lo cortó antes de que cobrase mayor intensidad.

—Si es que tu ritual funciona.

—Funcionará —dijo la Cazadora tras su inescrutable máscara de plata—. Hemos pagado un precio demasiado alto para que no funcione.

La Oscuridad se encogió de hombros.

—Manos a la obra, entonces —dijo, y se apartó a un lado, abriendo paso hasta el catafalco en el que reposaba el cuerpo de la reina Mab.

3

La Ciudad, ahora.

Con una calma que rayaba la estupidez, el pastor llevaba casi un cuarto de hora alabando la valentía y la serenidad de su rebaño, exaltando de un modo tremendamente personalizado lo que cada uno de ellos había tenido que soportar y resistir para llegar hasta allí. Mientras tanto, con la espalda apoyada en la barandilla de su palco, Sombra jugueteaba con el seguro de la pistola. La invocación, el ritual o lo que quisiera que pensasen hacer parecía que no iba a empezar nunca. Sólo prolegómenos y prolegómenos. Pero esa misma ausencia de movimiento era lo que le mantenía a él paralizado. Durante un rato consideró seriamente la posibilidad de disparar antes de saber qué sucedía en realidad, pero no podía arriesgarse a que lo que tuviese delante fuera tan sólo la fachada de un ritual oculto. Tenía que saber. Así que siguió esperando.

—¡El amanecer se aproxima! —Algo en el tono de voz del pastor hizo que se

irguiera ligeramente. Más intenso, y por primera vez con una nota de apremio, en vez de elogio o complacencia. Lo que quisiera que fuese iba a comenzar ahora—. ¡El amanecer se aproxima, y con él, el fin de todo este sufrimiento inmerecido!

Sombra entrecerró los ojos, atento a cualquier alteración en las líneas de energía que rodeaban al rebaño, a su líder, incluso a la sala en su conjunto, pero todo permanecía inalterado.

—Levantaos —dijo el pastor, y todos sus fieles le obedecieron. En ese instante recorrió la sala un repentino aumento de energía, una energía brillante, eufórica, que desconcertó a Sombra. No había una pizca de miedo ni de sufrimiento en ella. Con su largo discurso les había vendido la felicidad, y ahora esta comenzaba a fluir libremente—. Os prometí la salvación. Os prometí un lugar seguro. Y vamos a tenerlo. Alzad la vista hacia al este. Contemplad el amanecer.

En realidad, la enorme cúpula del Auditorio no tenía ventana alguna, pero la multitud reunida en sus asientos volvió la cabeza al unísono hacia el este, como si hubiera algo que ver. Un escalofrío plateado recorrió las palmas de las manos de Sombra, y se incorporó totalmente. Nadie le prestaba la más mínima atención, y necesitaba ver. Necesitaba comprender. La energía del rebaño era tan intensa que casi era perceptible a simple vista, un auténtico tornado plata y oro que giraba con lentitud, más que evidente para cualquiera que supiera cómo tenía que mirar. Jamás había visto una energía tan limpia y tan potente. Había presenciado rituales de alta magia llevados a cabo por adeptos que se purificaban doscientos días antes de penetrar en el pentáculo. Había participado en las multitudinarias danzas en espiral de las sacerdotisas wicca. Pero Sombra nunca pensó que vería un despliegue semejante.

Lo peor de todo era que, aun teniéndolo literalmente delante de sus narices, no lo comprendía. ¿De qué servía esa espectacular pirámide invertida de fuerza? ¿Cómo iba a emplearla un vendedor bien vestido para una invocación? ¿Por qué iba a canjearla? Nada tenía sentido. Era energía de curación, de regeneración, de protección. Pero nadie que tratase con los Arcontes, y mucho menos que les sirviese, tendría interés alguno en la salvación. Sangre y oscuridad. Eso eran los Arcontes. Para ellos la luz no representaba siquiera una molestia.

—Cuando salga el sol —continuó el pastor—, nos marcharemos, abandonaremos para siempre esta tierra de sufrimiento y dolor.

Un estallido de pura felicidad recorrió el rebaño. Sombra vio lágrimas de gozo, abrazos, besos, y el torbellino de luz comenzó a girar más rápido, aumentando su intensidad y su tamaño al mismo tiempo. Ya prácticamente rozaba el techo, y pronto traspasaría el edificio y sería visible desde cualquier punto de la ciudad. ¿Era eso lo que querían? ¿Un falso faro para atraer a toda la luz, utilizando un cebo vivo y sincero? ¿O era sólo el paso previo a un suicidio colectivo que alimentase la sed insaciable de los Arcontes? Porque el pastor les había hecho la promesa mesiánica tantas veces repetida, que sólo acababa de una forma. «Os llevaré a un lugar mejor. Pero no con vuestros cuerpos, por supuesto». Sacrificios voluntarios. Los más

valiosos. Los más complicados. ¿Era eso? El arma le pesaba enormemente en la mano, y Sombra seguía sin saber qué hacer. Apuntó. Volvió a bajar el arma. Volvió a apuntar. La bajó de nuevo. No servía para eso. No era un asesino. Sólo quería saber. Tener la certeza. Así que cerró los ojos y, respirando profundamente, se separó de su cuerpo apenas lo suficiente, tratando de rozar con el espíritu lo que había más allá del rebaño, más allá de los muros. En unos instantes, el primer rayo de sol cortaría el horizonte. Tenía que saber, y tenía que saberlo ahora.

—¿Estáis conmigo? —Un «sí» entregado respondió a la pregunta del pastor—. ¿Estáis dispuestos a abandonar esta tierra injusta y cruel? ¿A dejarla atrás para siempre?

Sombra trató de apresurarse, de alejarse un poco más. Con precaución. Estaba rodeado de energías inmensas que podían desgajar su forma astral con la misma facilidad con la que un tornado destroza una cometa. Un nuevo «sí» estalló entre la multitud mientras él se deslizaba centímetro a centímetro, y con un movimiento fluido el torbellino de luz abandonó el patio de butacas y se desplazó hasta el escenario. Era inmenso. Perfecto. De un poder aterrador. No ilimitado. Pero casi. Y el rebaño seguía alimentándolo, y no paraba de crecer, aunque ya no le pertenecía. Habían entregado su voluntad a su líder. Al lobo con piel de cordero. Y con ella, todo ese poder.

—Vámonos, entonces.

Sólo en ese momento Sombra comprendió. Era un tornado, porque iba a hacer lo mismo que un tornado. Lo había tenido delante todo ese tiempo. Toda su vida, en realidad. Esa energía era curación, era regeneración. Era el instinto de salvarse. El instinto de huida. Huir. Por supuesto que se iban. Toda su vida lo había tenido en su interior, toda su vida el instinto de huir le había empujado, le había hecho saltar de un lugar a otro, esconderse, alejarse; y ahora, cuando más falta le hacía comprenderlo, no había logrado verlo. El pastor no estaba tratando de traer nada, de invocar nada. Se lo estaba llevando. Se lo estaba llevando todo. Rebaño. Sala. Auditorio. Todo. Dejando atrás toda cautela, Sombra extendió su conciencia más allá del palco, de la sala, del Auditorio, mientras el torbellino de luz se expandía a una velocidad prodigiosa, desbordando el edificio, engulléndolo. Pasó sobre él como una ola inmensa sobre un bañista sumergido, meciéndole suavemente, y en cuanto le superó, partió a toda velocidad tras la estela de la brillante energía blanca. Tras él, su cuerpo abandonado se desplomó flácidamente en el suelo, y frente a él contempló las calles que iban siendo inundadas por el estallido, anegadas por un maremoto de pura energía ardiente. Sombra se alejó aún más, pero era imposible seguir el ritmo de la cegadora expansión. Aun así alcanzó los parques, los edificios, los polígonos industriales de la periferia, y con un agónico esfuerzo final trató de alejarse aún más, de ver qué aguardaba más allá. Y chocó. Durante un segundo estuvo de nuevo sumergido en la cegadora fuerza de la ola, y un instante después salió despedido hacia atrás. Desconcertado, trató de avanzar de nuevo, lentamente. Era como intentar

luchar contra un brutal torrente de luz. De todos modos, avanzó. Alcanzó el borde mismo de la ola de energía. Y contempló lo que había al otro lado. Pero no había nada. Nada. Donde antes se alzaba el mundo, ahora sólo había un vacío impenetrable. Nada. El pánico le inundó, y el delicado equilibrio del viaje astral se deshizo como un castillo de naipes, arrastrándole de vuelta al Auditorio. Con la velocidad de un relámpago, Sombra regresó a su cuerpo, boqueando e incapaz de tomar aire durante unos agónicos segundos por el simple peso del terror. Cuando finalmente logró respirar e incorporarse, vio que el torbellino de luz que antes estaba frente a él se había consumido hasta no ser ya más que una vela tenue sobre la frente del pastor.

Se había llevado la ciudad. El torbellino se había llevado la ciudad. De algún modo, toda la energía acumulada había arrancado todo lo que le rodeaba, como si se tratase de una pequeña choza, y lo había lanzado fuera de la realidad, envuelto por su propia magia, flotando quizás en el vacío como una inmensa pompa de jabón. Rodeada de nada. Se había llevado la ciudad.

Sombra quiso correr. Pero ya no había ningún sitio al que huir.

4

El Reino, ahora.

El Salón de Mármol era una extensión de rostros tensos y silenciosos. Los servidores habían formado un círculo de caras grisáceas y ropajes blancos, que rodeaba el círculo mucho más variopinto pero igual de silencioso de los Señores de la Pesadilla. Y en el centro de todos ellos, el catafalco sobre el que reposaba la figura inerte de la Reina. La mortaja había sido retirada del cuerpo, y las crueles heridas sufridas eran claramente visibles para todos. A ambos lados del catafalco se habían situado los cadáveres de los servidores que habían caído en defensa del Reino, y más allá del círculo se alzaba la forma imponente y exánime del Dragón.

—Es el momento —anunció el Torturador, y con paso seguro avanzó hasta la losa de mármol. En la mano izquierda portaba la bolsa de piel humana, y de ella extrajo con la otra mano el unguento al que había sido reducido el cuerpo del asesino de la Reina. Rápida y metódicamente lo fue aplicando a cada una de las heridas, y después, dubitativo, dio un paso atrás. No sabía qué más hacer. No había nada más que hacer. El ritual había sido completado. Todo se había hecho de forma adecuada. Pero nada sucedió.

—Hemos fracasado —se lamentó el Laberinto tras unos segundos de silencio—. ¡Hemos fracasado!

Nadie se atrevió a oponerse a su grito.

—Era la única opción, y aún no sabemos... —trató de aplacarle el Torturador.

—Era un papel que bien pudo haberlo escrito un borracho, o un loco —le cortó la Oscuridad—. Hemos fracasado. La Reina ha muerto.

Con solemnidad, comenzó a volverse hacia el círculo exterior para proclamar la verdad, pero el hocico de la Bestia le detuvo.

—El Salón sigue aquí —gruñó—. Su poder sigue aquí.

—Hermana, es inútil —terció el Laberinto.

—No —replicó tajante la Bestia—. Ninguno de vosotros ha visto lo que yo. Su poder sigue aquí.

Y con un gesto de la cabeza señaló hacia una figura del círculo exterior.

—Por supuesto. —Los ojos del Torturador se iluminaron—. He estado fuera demasiado tiempo, perdonad mi estupidez. ¡Adelántate, Sura, doncella de la Reina!

La servidora dudó unos instantes y después salvó velozmente los metros que la separaban del catafalco. El Torturador esbozó una sonrisa cansada, que Sura no le devolvió.

—Ahora todo depende de ti. —Y con un encogimiento de hombros, se hizo a un lado.

La doncella de la Reina observó el catafalco y a la hermosa figura que yacía sobre él. Incluso en la muerte, incluso con las terribles heridas, la reina Mab era hermosa, hermosa como sólo podía serlo la Señora de las Pesadillas. Y no podía morir. No de ese modo, no después de todo lo que habían hecho. Así que Sura hizo lo único que podía hacer. Lo único que quería hacer. Se inclinó sobre la losa de mármol y depositó un suave beso sobre los labios de su reina.

No hubo un estallido, ni un resplandor, ni truenos ni relámpagos. En el Reino, los espectáculos se reservaban para los forjadores. Cuando la servidora se incorporó, las heridas de la Reina habían desaparecido. Con un suave movimiento, Mab se encogió para después desperezarse, como si acabase de despertar de un largo sueño. A continuación, se puso de pie sobre el catafalco con un movimiento fluido, no sin antes acariciar la mejilla de su doncella. La Reina posó su mirada sobre el Dragón, y la cortina gris que nublaba los ojos de la titánica criatura desapareció, y sus escamas indestructibles se agitaron de nuevo. Hizo un sutil gesto, y los servidores que reposaban muertos a sus pies se alzaron de nuevo en toda su plenitud.

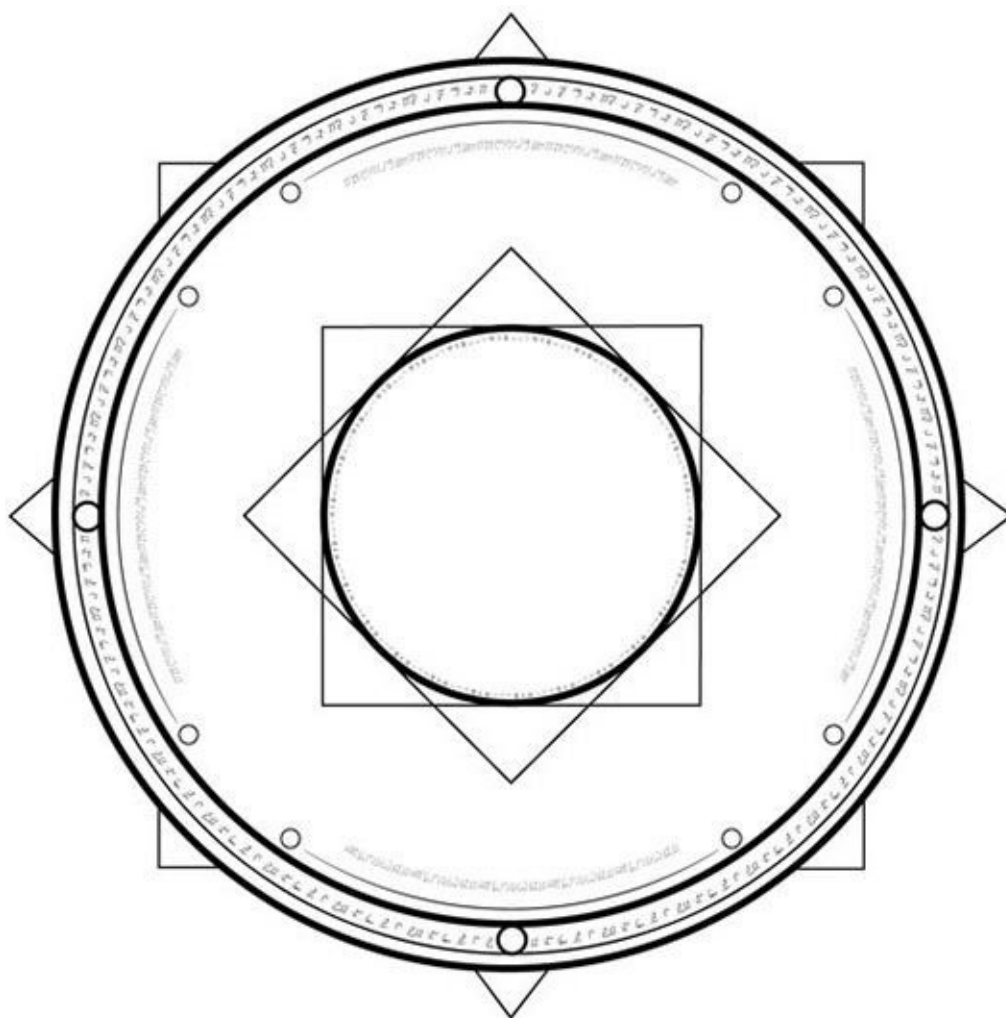
—Abrid las Puertas —dijo.

Y las Puertas se abrieron.





La magia





JUAN CUADRA PÉREZ (Málaga, España, 1978). Tras iniciar la carrera de Medicina, la abandona dos años después para estudiar Filología Hispánica. En el año 2000 escribe la aventura en tres volúmenes Spanish Show para el juego de rol Fanhunter, basado en los cómics de Cels Piñol. También escribirá una aventura para Dungeons & Dragons, que no llegará a editarse.

En el 2003 comienza su andadura en la editorial Devir como traductor, trabajando durante varios años como traductor de la serie «Reinos Olvidados» para Dungeons & Dragons. Desde el año 2006 compagina las tareas de escritura con la docencia, como profesor de Lengua Castellana y Literatura en varios institutos de la provincia de Málaga y Almería.

El Libro de Ivo, que ha sido publicada en septiembre de 2014 por el sello Fantasy de Penguin Random House es su primera novela y comienzo de **La Saga de la Ciudad**. En estos momentos ya ha completado la segunda parte, El libro de Sombra, y se encuentra trabajando en la tercera, El libro de Lucian.

Notas

[1] En ucraniano. <<

[2] En ucraniano. <<

[3] Ay, amor, me causas daño / al rechazarme con tanta descortesía. <<

[4] Ya que yo te he amado mucho y bien / deleitándome con tu compañía. <<